Premio
Francisco
Casavella
2010



El alquiler del mundo

Pablo Sánchez



César abandonó sus estudios de filosofía y está consolidando una brillante carrera en Trántor, la empresa líder en consultoría económica. Sus éxitos le hacen merecedor de la confianza del jefe, Lezama, que le encarga dirigir la sucursal de Barcelona, un reto ciertamente estimulante ya que la oficina parece estar maldita desde que una de sus empleadas, Yolanda, perdió la razón. La propuesta llega además en un momento idóneo ya que su matrimonio con Eugenia se desmorona sin remedio tras la adopción de su hijo Jan, un doloroso asunto del que no hablan jamás.

Pero en Barcelona los planes no parecer salir tan bien como César imaginaba, y poco puede hacer con unos empleados que basculan entre la depresión y la ineptitud, con la única excepción de Sara, una mujer en la que se da una mezcla de ingenuidad y aplomo que fascina a César, a la vez que socava su seguridad.

Cuando César descubre que Yolanda ha destruido una información decisiva que ayudaría a Trántor a recuperar su liderazgo, comprende que su propia carrera está en la cuerda floja y decide arriesgarlo todo y entrar en un negocio temerario que tiene una cámara de súper 8 como enigmático objeto de deseo.

Urbana, filosófica, veloz y pop, Pablo Sánchez ha escrito una novela intrépida, infectada de rabia genuina, con la acción digna de un *thriller* ejemplar y que propone una reflexión afilada y lúcida sobre el poder, el conocimiento y lo que vale la pena preservar. A través del mundo de las altas finanzas y de la empresa, el autor radiografía el capitalismo despiadado y el papel que desempeñan los ciudadanos en un engranaje que los aplasta.



Pablo Sánchez López

El alquiler del mundo

Áncora & Delfín - 1190

ePub r1.0

Titivillus 09.04.2024

Título original: *El alquiler del mundo*
Pablo Sánchez López, 2010

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A1

NOTA INTERNA
DE: Enrique Ruiz Lezama
PARA: todas las oficinas de TRÁNTOR
ASUNTO: Felicitación general

En el número 317 de la revista *Iniciativa y empresa*, TRÁNTOR ha sido elegida como una de las diez empresas españolas del año por la calidad y originalidad de su proyecto, el nivel comprobado de auto-exigencia y, sobre todo, por la filosofía específica de contribución a una cultura del desarrollo económico dentro y fuera de España. La revista destaca las recientes aportaciones de TRÁNTOR en Hispanoamérica y el compromiso social con la creación de riqueza y empleo en países menos favorecidos, pero también menciona la consolidación del trabajo realizado en España en la asesoría de las diversas administraciones públicas.

Este éxito indiscutible se suma a los otros reconocimientos obtenidos a lo largo del año que ahora termina, que ha sido, sin duda, el más importante en la ya larga historia de TRÁNTOR. La apertura, en enero, de una nueva oficina, esta vez en Buenos Aires, significa algo más que una notable expansión geográfica: significa la expansión de esa filosofía que todos compartimos y que es la base de nuestro esfuerzo colectivo.

Quiero compartir con vosotros estos éxitos y agradecer públicamente el grado de implicación que habéis demostrado durante estos doce meses. El futuro es prometedor gracias al equipo que formamos. Y gracias a los valores que compartimos: esfuerzo, pero con cooperación; competencia, pero con solidaridad, y ambición, pero con respeto.

Os deseo unas felices vacaciones y un feliz año nuevo en compañía de vuestras familias y seres queridos.

PD: Ya no tengo dudas de que TRÁNTOR funciona mucho mejor que mi idolatrado Real Madrid…

B1

Sara,

mi Sara, cuánto te echo de menos. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu precioso niño? Cuéntame cosas de él y a lo mejor consigo evadirme de todo lo que me rodea. ¿Se lleva bien con *Moriarty*? Seguro que sí.

Gracias por cuidar a mi adorable felino. También a él lo echo de menos. Hoy por fin me encuentro mejor y por eso puedo escribirte, aunque sea de forma fragmentaria y caótica. Siguen sin dejarme tener un ordenador, pero al menos me siento menos drogada. Todo recupera lentamente su ritmo. Parece que me han bajado la medicación; me siento mejor, de verdad. No se me ha aparecido mi padre muerto en estos días y el médico dice que es una buena noticia. Pero un manicomio sigue siendo un manicomio. Por mucho que lo llamen hospital o centro de salud mental.

Me parece que pronto me darán el alta. Una vez más, no pueden conmigo. De todos modos, ven a verme; no me basta con hablar por teléfono. Además, el médico dice que es positivo que reciba visitas.

Está convencido de que planeo otra venganza contra la gente de Trántor. Cree que solo pienso en la destrucción y en el resentimiento. No le he dicho que ya los dejé a todos hechizados y que ninguna venganza más es necesaria. No le he dicho lo que solo tú sabes: que en realidad solo los he enfrentado a su verdad. Más venganza sería, cómo decirlo, ponerme al nivel de mi padre. Y eso no sucederá nunca. Por eso no tengo dudas de que ya me siento mejor. No tengas miedo de venir a verme. Hay sofás cómodos para las visitas. No hay revistas del corazón, ni televisión, pero al menos veo colores verdes. Rojos no, pero verdes sí.

No he visto pájaros, aunque sí he visto la calle. Y nadie ha muerto en la calle mientras yo observaba. Se supone que eso es

bueno.

Te quiero mucho, y cuando salga de aquí te querré lo mismo o más. Perdona que diga tonterías, pero es que ya no sé escribir a mano. Hace muchos años que no escribo una carta en papel.

Te quiero, de verdad. Tú tienes alma y yo también. Nos salvaremos.

Yolanda

A2

La apuesta fundamental es que, a medio plazo, la integración en la Comunidad Económica Europea aportará a nuestra economía y a nuestros comportamientos esa visión universal de la que hemos carecido los españoles desde el Siglo de Oro. Saldremos, al fin, de nuestro aislamiento interior y participaremos plenamente en la construcción del mundo moderno.

Editorial de *El País*, 2 de enero de 1986

B2

Tal la tierra oirá en tu silenciar cómo nos van cobrando todos el alquiler del mundo donde nos dejas y el valor de aquel pan inacabable. Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros pequeños entonces, como tú verías, no se lo podíamos haber arrebatado a nadie; cuando tú nos lo diste, ¿di, mamá?

César Vallejo, *Trilce* (XXIII)

C

¿En qué consiste el capitalismo
con rostro humano?
Y, sobre todo, ¿de quién será el
rostro?

Primera parte

BETAMAX

Creo que hoy será un día importante. Acabo de conocer por fin a Marcos Muñoz; me habían hablado bastante de él en los últimos tiempos y, sorprendentemente, me ha tocado en la misma mesa en la comida de presentación de la convocatoria de premios de la Fundación Barrios, que mañana sin duda será noticia en casi todos los periódicos (he contado al menos una docena de fotógrafos).

No deja de ser curiosa la popularidad de Muñoz entre algunos círculos empresariales de Madrid y entre tanto ejecutivo agresivo, teniendo en cuenta que le llaman —y parece que a él le gusta— el Anarquista; he podido comprobar cómo le han saludado atentamente al menos veinte personas. A algunos los he reconocido: tipos ilustres, capitostes del Ibex35 e incluso el alcalde. Muñoz no ha saludado a la Infanta, al menos yo no lo he visto, pero sí ha estrechado la mano, por ejemplo, de Diez Echanove, el rey de los hoteleros, que presume de ser coleccionista de pianos, lo que da una buena idea de su patrimonio inmobiliario al margen de los hoteles de cinco estrellas. También ha hablado brevemente con Peñalver, el superbanquero que ascendió a director general porque a su predecesor lo mató un rayo en un campo de golf, en un caso increíble de buena suerte empresarial.

En la mesa somos seis comensales; todos tipos bastante pulcros, jóvenes (quizá yo sea el mayor) y dinámicos. Lezama me insistió en la importancia de representar convenientemente a la empresa en un evento en el que sin duda también iban a estar nuestros rivales, los cabrones de Center, y eso, entre otras cosas, me ha supuesto muchos dilemas con la corbata, aunque parece que finalmente la elección ha salido bien (la corbata me ha costado doscientos

cincuenta euros y no creo que pueda pasar la factura para que pague la empresa).

En efecto, Center también está aquí. Veo en otra mesa al enigmático Benjamín Krakowski, alma y cerebro de Center. Lo he reconocido, curiosamente, por la silla de ruedas. De él se dice que perdió las piernas al tirarse a las vías del metro hace muchos años; no parece creíble porque es un ejecutivo extraordinario, capaz de trabajar quince horas diarias y de viajar por medio mundo, y eso requiere una voluntad a prueba de devaneos existencialistas y debilidades autocompasivas. Desde luego, es una máquina en casi todos los sentidos, probablemente el mejor de España en su área. Mejor que yo, al menos de momento. Eso sí: yo cuento con el apoyo de Lezama, que me ha dado diversos consejos de buenas maneras empresariales en reuniones de ese nivel. Por ejemplo: solo hay que entregar un máximo de dos o tres tarjetas de empresa, y únicamente a los que pienses que pueden ser los mejores clientes o contactos de futuro; dar más significa rebajarse a la categoría de repartidor de propaganda callejera. Supongo que con ese criterio autoexigente confeccionó él su famosa agenda, en la que, según presume, guarda buena parte de los más importantes teléfonos de España, incluidos los números *de verdad*, no los de secretaria y contestador, sino esos teléfonos que pueden sonar cuando uno está con la amante cenando o con la prostituta en el lupanar.

No sé si los consejos de Lezama son oportunos o forman parte de su típico esnobismo, pero asumo que en su condición de ex ministro tiene experiencia y sabe fabricarse el estilo necesario para moverse en esos ambientes de la nobleza del pelotazo a los que ya no acude justamente porque son demasiado vulgares para alguien de su talla.

Otro consejo que también he tratado de seguir: nunca bebas más de dos copas de vino, porque una copa vacía es una señal de ansiedad; y tampoco presumas de *sommelier*, porque siempre puede haber alguien en la mesa que te deje en evidencia sobre los años ideales de los sabores afrutados. Marcos Muñoz, en cambio, no parece seguir ningún consejo de buenos modales; nos esperaba en la mesa con un *gin-tonic* en la mano y sospecho que no era el primero, porque sé reconocer el ritmo del bebedor habitual y los éxitos y fracasos de su autocontrol. Es curioso: por lo que me han dicho, nadie entiende cómo ha llegado a ser jefe de prensa de la

Fundación. A mí me recuerda, con sus gafitas redondas y su pelo hirsuto, a Smithers, el servil y nada anarquista ayudante del señor Burns en *Los Simpson*. De hecho, Barrios tiene unos cincuenta y cinco años, pero al menos por la nariz ya tiene algo del anciano Burns, o sea que la doble comparación me parece objetivamente acertada.

En la comida, es precisamente Muñoz quien rompe el fuego. Critica sin disimulo alguno la calidad gastronómica del primer plato, unas delicias de calabacín y berenjena, sin siquiera haberlo probado, solo viendo la carta del menú.

—Y lo peor es que luego tendremos que ir a besar la mano del gran jefe, para pedirle favores. ¡Bendito estilo Corleone!

No me cuesta captar la desconfianza de los otros comensales; supongo que sospechan alguna especie de trampa oculta, porque no es normal que un Smithers como él hable en esos términos de un jefe supuestamente tan generoso como Barrios. Pero ya no me sorprendo de esas cosas. Sé que Barrios es tan obscenamente rico que podría permitirse que un mono con una máquina de escribir hiciera su contabilidad anual y aun así viviría de sus rentas durante varias vidas.

—Para conocernos un poco mejor, podríamos aplicar precisamente el test Corleone —continúa. Me fijo en él y pienso, por esa repentina sociabilidad, que también es cocainómano—. Es el método que aplicamos en el área de recursos humanos de la Fundación.

Los demás sonríen tímidamente, pero acaban asintiendo, sin duda porque saben de quién procede la propuesta y no quieren contrariar a uno de los hombres de confianza del magnate Barrios. Yo les dejo la iniciativa y me quedo en segundo plano.

—Es muy simple. Se trata de elegir tu personaje preferido de la saga de *El padrino*. Esa elección resume perfectamente qué eres y a dónde puedes llegar en una empresa y, en general, en la vida. Si eres culto o no, gay o hetero, líder o subordinado, realista o idealista, leal o desleal, de izquierdas o de derechas. Creedme, el método no falla nunca.

Rápidamente, antes incluso de que llegue el primer plato, se crea un extraño ambiente de examen escolar. Todos menos yo eligen mal; eligen lo previsible incluso cuando intentan sorprender. Uno,

por ejemplo, dice Al Pacino en vez de Michael Corleone, y con eso ya ha quedado en evidencia. Otro trata de hacerse el listo y se equivoca por completo en el nombre de Tom Hagen. Yo no dudo.

—Fredo.

Muñoz agita los cubitos de su *gin-tonic* y da su aprobación con la cabeza.

—Fredo Corleone, claro… el pobre Fredo, el perdedor absoluto asesinado por su hermano Mike. Fredo, interpretado por el feo y triste John Cazale, ese maravilloso actor que murió de cáncer pocos años después. Derrota al cuadrado, dentro y fuera de la ficción. Tienes sentido trágico de la vida. Se supone que eso no es bueno en el mundo empresarial. Dicen que para que una empresa funcione hay que conseguir que todo el que trabaja en ella crea que es eterna. Se lo diré a tu jefe cuando lo vea. Tu jefe es Ruiz Lezama, ¿verdad? Trabajas en una consultoría económica llamada Trántor.

—Así es. Y una de nuestras especialidades es impartir cursos sobre creación de empresas. He oído que la Fundación quiere poner en marcha cursos de ese tipo.

—Sí, creo que es una de las cosas que tengo que organizar la semana que viene…

Dos de los invitados, que seguramente tienen negocios muy ajenos al mío, empiezan a hablar entre ellos sobre temas triviales para desmontar la hegemonía de Muñoz en la mesa. Yo contraataco, pero sin parecer demasiado ansioso por llegar a un acuerdo con Muñoz.

—¿Y cuál es tu personaje? Porque tú también tienes que responder al test, ¿no?

Marcos tampoco duda.

—Clemenza. —Ante mí no es necesario explicarlo, pero Pacino y Hagen, los dos que aún nos prestan atención, no lo tienen claro—. El asesino gordo que cocina espaguetis para la familia.

Empezamos a comer las delicias de berenjena y pasamos a otros temas triviales: algo de televisión, algo de gastronomía pseudoerudita (Pacino presume de que ya ha visitado los sesenta y ocho restaurantes del mundo con tres estrellas Michelin, e insiste, sin que nadie se lo pregunte, en que Chez Veyrat es el mejor) y algo sobre las últimas grandes operaciones financieras y políticas. Ninguno habla con sinceridad, evidentemente. En el segundo plato,

un lomo de merluza a la vainilla que a mí, al menos, no me han servido a la temperatura justa. Pacino, director de una agencia de publicidad, cuenta anécdotas de algunas estrellas de cine que han trabajado en sus *spots* y menciona un par de meteduras de pata que no suenan muy verosímiles y que parece haber ideado y depurado para este tipo de reuniones sociales. Solo presto atención a la conclusión:

—Menudo idiota presumido… pero en esa ocasión entendí ese refrán… ¿Cómo es? «De lo que no se puede hablar, es mejor callarse».

Yo sé cuál es el error y me delato, quizá porque me he quedado un segundo de más con la copa en la mano. Ha sido apenas un instante y he seguido con el lomo, pero Marcos Muñoz sí interviene:

—Lamento contradecirte, amigo mío, pero no se trata de un refrán, y está un poco lejos del alcance intelectual de Sancho Panza. Hemos de ser justos y concederle el mérito que merece al gran Ludwig Wittgenstein.

—¿Quién?

—Un filósofo. Alguien que, digamos, piensa en los misterios del ser. Alguien que cree que puede haber algo en común entre la lógica y la ética. Una especie en extinción. Y eso que en los genes de su familia ya llevaban la extinción, puesto que era una de esas fantásticas familias en las que los hermanos se suicidan por costumbre. Y la frase que has mencionado pertenece a una de sus obras más famosas…

Inesperadamente, se gira hacia mí como poniéndome a prueba y siento la repentina obligación de continuar su frase:

—El *Tractatus Logico-Philosophicus*.

Pacino, primero boquiabierto, reacciona finalmente con desdén, rebuscando otra anécdota que sin duda tenía en la recámara, esta vez sobre Antonio Banderas. Marcos, groseramente, aprovecha para levantarse e ir al lavabo; en el camino, pasa por la mesa presidencial y saluda a Barrios.

Después de los postres, llega el momento de los discursos. Se hace el silencio y prestamos atención al largo parlamento (yo calculo casi veinte minutos) en el que Barrios anuncia los nuevos proyectos bienintencionados de la Fundación: becas, premio literario y de ensayo y una nueva biblioteca, proyectos que justifica

afirmando, entre otras cosas, que «esta España moderna me ha permitido desarrollar una carrera empresarial de la que estoy orgulloso y que alimenta a miles de familias en todo el país. Es hora de contribuir al progreso de todos». Justamente después de esa frase, la única que he querido memorizar, busco mi copa y mi mirada cae por casualidad sobre Marcos. Le observo con atención, porque he notado, por su parte, una curiosa atención al discurso de Barrios, sobre todo a la modulación de su voz y al ritmo de su oratoria, más que a los contenidos más o menos tópicos. Nada parece hacerle reaccionar, hasta que noto un levísimo movimiento de su cuerpo, como si adelantara unos centímetros la cabeza para escuchar mejor o concentrarse más en algo sin duda inminente. Y descubro el motivo: Barrios cita al poeta Rabindranath Tagore. Pero ha pronunciado mal el nombre, casi tartamudeando, y un parpadeo de Marcos, que a mi juicio denota decepción, me ha hecho comprenderlo todo. Él ha redactado el discurso, él es el cerebro de la faceta pública de Barrios. Cómo iba a saber Barrios quién es Tagore; sus conocimientos de poesía no pasarán de la *Canción del pirata* de Espronceda.

Media hora después, Marcos abandona la mesa, despidiéndose de todos. Aprovecho la oportunidad y le doy la única tarjeta del día.

—Yo no uso tarjeta —me dice sonriente—. Pero todo el mundo en Madrid sabe dónde encontrarme. Quiero decir, todo el mundo que realmente importa.

En cuanto se marcha, me dedico a pensar dónde coño dejé mi edición del *Tractatus* cuando me trasladé a vivir con Eugenia.

Al terminar la comida, paso rápidamente por la oficina, hago algunas llamadas y me dirijo en taxi hasta el club de equitación, donde Lezama me espera para una de esas reuniones imprevistas con las que tanto disfruta y que, según me enseña la experiencia, suelen ser relevantes. Yo diría incluso que la mayor parte de las noticias graves las ha dado casi siempre fuera de la oficina, como si su paranoia sobre los micrófonos ocultos en los despachos de las empresas importantes no fuera, realmente, paródica, que es lo que todos en la empresa creemos.

No llevo los guantes y mientras avanzo por la entrada principal

del club noto que los dedos se me congelan. Es el maldito frío navideño, sin duda, pero debería pensar si tengo algún problema de circulación. Hay poca gente a estas horas en el club y el ambiente es relajante; no parece que estemos todavía dentro de Madrid. Abunda el silencio, como decía mi padre. Echo un vistazo rápido en la cafetería y sigo hacia el campo de prácticas, donde encuentro a Lezama observando a unas amazonas que practican con sus caballos. Una de ellas, seguramente, es su hija Ariadna, aunque todavía no la distingo. Junto a Lezama, que viste de traje incluso cuando debería estar relajado, está Rosi, la secretaria permanente, o la Esclava, como yo prefiero llamarla. «Para mí no es humillante estar trabajando con alguien como él hasta las nueve o las diez de la noche; estoy al lado de un hombre importante, del cual se aprende muchísimo, y disfruto trabajando con él cada minuto. Espero algún día poder aprovechar todo ese conocimiento». Eso me dijo una vez; pero sé que su sueldo no llega a una quinta parte del mío.

Lezama y Rosi están discutiendo problemas de calendario, probablemente. Él no lleva el maletín, lo que significa que tampoco lleva su famosa agenda, cuyo interior nunca he podido ver y que, sin embargo, alguna vez he deseado robar, aunque solo fuera para curiosear un rato y devolvérsela después. Llego y saludo efusivamente al gran jefe y más fríamente a Rosi; hace una semana que no veo a Lezama. Me pregunta por la comida de la Fundación y pienso que debo comentarle algo sobre Marcos Muñoz, pero lo dejo para otra ocasión. Le menciono las presencias ilustres: la Infanta, el alcalde, Diez Echanove, Peñalver y, por supuesto, le hablo de Krakowski. Frunce el ceño cuando le hablo del *cyborg* de la Silla de Ruedas, como le llaman algunos.

Lezama asiente a toda mi explicación mientras sigue con atención las evoluciones de su hija, a la que por fin reconozco; solo tiene dieciocho años, pero vestida de amazona ya no parece la adolescente que conocí apenas hace un año, en la fiesta de cumpleaños a la que asistí con Eugenia. Con el casco no se le ve la melena rubia natural, con la que sin duda seduce y que también sin duda cuida hasta el más mínimo detalle. Un profesor la guía mientras ella se dedica a domar al caballo y a hacer que se mueva grácilmente, de forma lateral y levantando las patas de manera rítmica. Pero apenas aguanta unos segundos sin que el profesor la

interrumpa para darle nuevos consejos.

Antes de preguntarle a Lezama por sus últimos viajes, a Barcelona y a Nueva York, me siento en la obligación de preguntarle por la familia. Lezama tiene unos sesenta años; se divorció de la madre de sus hijos y hace unos diez años volvió a casarse, esta vez con una concejala quince años más joven que su primera esposa.

—Bien, estamos muy bien. Ya ves a qué se dedica mi Ariadna. Progresa lentamente, pero ya está preseleccionada para el campeonato madrileño.

—Yo creo que lo hace muy bien —interviene, estúpidamente, Rosi—. Llegará lejos.

—No lo sé —continúa Lezama—. Pero por lo menos no me ha salido artista, como el otro. ¿Te dije que Jorge va a dirigir un corto? —me pregunta—. Sí, ya hemos conseguido la financiación. Cuarenta mil euros. No ha sido fácil, porque mi hijo, como es lógico, es orgulloso y, como buen artista, quiere mantener su independencia. No estaba dispuesto a que yo se lo pagara. Me parece muy respetable, pero así no conseguía convencer a ningún productor. Por eso he tenido que hacer muchas llamadas y defender un guión que en realidad no he leído. Además, me estoy dando cuenta de que, por mi pasado político, nadie confía realmente en mí; todos ponen en duda mi sinceridad y suponen que detrás de lo que digo diplomáticamente hay múltiples estrategias ocultas. Y eso no siempre es así… Muchas veces sí, pero no siempre… Espero que mi hijo llegue a Hollywood y pueda jubilarme por fin. ¿Sabes? El guión es la adaptación del cuento de un tal Monterroso. ¿Lo conoces?

—Sí. Es el autor del cuento más corto de la historia. «Cuando despertó, el unicornio todavía estaba allí». Unicornio, o dinosaurio, nunca me acuerdo.

—Ah, es verdad. Algo de eso me dijo Jorge. Solo espero que este cuento sea un poco más largo, porque cuarenta mil euros son muchos euros y, si hay que gastarlos, espero que por lo menos lleguemos a los cinco minutos de metraje. Y sobre todo espero que mi hijo siente la cabeza de una vez por todas. Es un buen chaval, pero ya me ha dado demasiados sustos.

La hermosa Ariadna sabe que la están observando y

posiblemente por eso está nerviosa. Se baja del caballo y habla con el profesor durante unos minutos. Yo aprovecho la oportunidad para preguntar por Nueva York.

—He llegado esta mañana; apenas he podido pasar por casa para cambiarme de ropa y venir hasta aquí. Ha sido un viaje muy pesado. No sé por qué se me ocurrió que los altos cargos debíamos dar ejemplo de austeridad y no viajar nunca en *business*. Estuve a punto de pagarlo de mi propio bolsillo para poder descansar algo. Ayer, además, tuve una comida de trabajo que se alargó muchísimo. Por cierto, en un excelente restaurante vasco que acaban de abrir en la 41, si no recuerdo mal. Estuve comiendo, entre otros, con Austin LeMay. Según él, tenemos muchas posibilidades de conseguir el proyecto del Banco Mundial; naturalmente, no es posible ningún trato de favor y las condiciones son escrupulosamente legales, pero sin duda cumplimos todos los requisitos, y con una puntuación alta. Center también, por desgracia, pero nuestro conocimiento de Hispanoamérica es superior y yo puedo aportar ahí mi experiencia ministerial, que debería contar bastante. Tenemos tres meses para terminar todo el papeleo sin ningún problema. Se avecina una época muy importante y de mucho trabajo. Si no estamos al cien por cien, perderemos. Es una gran oportunidad, quizá la mejor que hemos tenido nunca. El Banco Mundial significa que por fin nos van a prestar atención de verdad. Hasta los presidentes de gobierno nos llamarán. Si esto sale bien, entramos en la pecera de los grandes. En la NBA, César. Subimos de nivel de verdad y nos acercamos a los dioses. La NBA, ¿te das cuenta?

Le estoy prestando atención, pero alterno la vista entre el rostro amable de boquita pequeña y grandes entradas de Lezama y la hermosura de su hija con el pantalón blanco entallado. Me doy cuenta de que hoy ando un poco caliente.

—¡Estupendo! —exagero, aunque no miento—. Todos estamos mentalizados para este proyecto. Ayer hablaba precisamente con Francisco del tema. Estamos seguros de que ganaremos a Center. No es el terreno de Krakowski.

—Rosi, por favor, ¿podrías traerme una botella de agua de la cafetería? El aire acondicionado de los aviones me está resecando las vías respiratorias. —Rosi nos abandona sin decir palabra, mientras Lezama y yo nos alejamos precisamente de la cafetería

para dar la vuelta al campo en el que Ariadna y otros cuatro jinetes siguen practicando. Eso significa, lógicamente, que me va a hablar de algo importante y necesita más tiempo y discreción, aunque no sé de qué se trata. Sospecho que no se trata de nombrarme socio a mí, ni tampoco, espero, a Francisco—. César, ya sabes que me gusta hablar con franqueza y no dar rodeos cuando se trata de cuestiones, digamos, estructurales de la empresa. He decidido que Francisco trabajará exclusivamente en el proyecto del Banco Mundial; para ti tengo un encargo que es tan o más importante, y me gustaría que tus tareas se las pasaras a Asun, que en estos meses no tiene muchos proyectos en marcha. Yo me encargaré de convencerla, no te preocupes por eso. Lo que te voy a proponer hoy es un cambio importante. Puedes decir que no, por supuesto; no se trata de obligar a nadie. Si Trántor ha llegado a donde ha llegado es precisamente por el respeto a las personas que formamos este equipo. Pero agradecería incluso personalmente, más allá de los criterios puramente internos de la empresa, que hicieras este sacrificio.

Capta mi desconcierto y trabaja aún más su pausada oratoria de senador romano, curtida a base de años de prudencia y serenidad ante los micrófonos y no exenta de una solemnidad de la que él es muy consciente y de la cual disfruta como si todavía estuviera en el Parlamento.

—Quiero nombrarte director de la oficina de Barcelona. —Ahora creo que puedo concentrarme durante unos segundos en observar a Ariadna; está justificada mi distracción, porque parece que estoy sorprendido. Pero no es sorpresa lo que siento; es una gran alegría que debo disimular para poder negociar bien—. Tranquilo, sería un puesto interino, pongamos de un año. Comprendo que en tus circunstancias familiares no es fácil, pero podemos buscar las mejores condiciones para que pases los fines de semana en Madrid, o te traslades con Eugenia y el niño a Barcelona, si es lo que os conviene. Todo esto lo iremos arreglando y discutiendo, pero necesito saber si puedo contar contigo para sustituir a Carvajal.

Apenas conozco a Carvajal, aunque sé que es un tipo con mucha más experiencia que yo. Sé que trabajó en El Corte Inglés y en el Santander y que, por tanto, tiene tablas. Se supone que fue uno de los grandes fichajes de la empresa el año pasado.

—Me parecía importante este año acudir a la cena de Navidad en Barcelona, y no a la de Madrid, para levantar la moral de la tropa. Ellos han pasado unos meses muy duros y ni siquiera yo sabía todos los detalles. ¿Recuerdas que murió el contable, por un tumor? Tenía apenas treinta años. A partir de ahí no ha habido más que desgracias. Pensé que desde que hospitalizaron a la loca todo iría a mejor, pero no ha sido así. Esa mujer perdió completamente el control y ha creado un ambiente terrible en la oficina. Imagínate: iba diciendo por ahí que había matado a su propio padre. Vaya personaje.

Yolanda no sé qué, Llorens o Llorente. La loca apocalíptica… aunque apenas tengo contacto con la oficina catalana y trabajo más con los de Sevilla o Bilbao, he oído hablar de esa mujer. Intentó de mil maneras joder a la empresa, fue detenida por la policía porque no quería abandonar la oficina, y ahora está en tratamiento psiquiátrico por orden de un juez. Supongo que se trata del típico ejemplo de sociópata que cree que el mundo tiene que funcionar según sus deseos personales y que es demasiado buena como para recibir órdenes de nadie.

—Solo se presentó Carvajal a la cena. No fue ni uno solo de los administrativos, tampoco ninguno de los técnicos, ni siquiera los júniors. Nadie más que Carvajal y yo. Y él llegó borracho como una cuba.

Puedo imaginar sin dificultad la frustración de Lezama por no poner en práctica, una vez más, todos sus trucos para ganarse el apoyo del público y mostrarse próximo y humano ante sus empleados: su entrevista con el Rey, sus nervios y dudas sobre si tenía que arrodillarse o no ante Juan Pablo II, sus anécdotas con Gorbachov y Kohl… Lo de siempre. Creo que eso es lo que realmente le duele: que nadie asistiera a su *show*. A lo mejor tendría que cambiar de espectáculo y dedicarse a contar otras cosas; por ejemplo, todo lo que sabe sobre las cloacas del Estado en aquellos años en los que se metió en política. Guerra sucia, pactos secretos, financiaciones irregulares: la basura típica y tal vez inevitable de la actividad política.

—Esa oficina necesita aire nuevo. He estado revisando los números: es la delegación que menos rendimiento ha dado durante este año, mucho menos que cualquiera de las hispanoamericanas.

Imagínate cómo están las cosas: nos sale más rentable la oficina de México que la de Barcelona, y eso no es tolerable. La productividad es bajísima. Sinceramente, reconozco que es ante todo culpa mía y de los demás socios haber dejado que la situación llegara hasta este extremo. Quizá confiábamos demasiado en Carvajal, pero es que realmente pensábamos que era el hombre idóneo. Sea como sea, hemos perdido, que yo sepa, dos proyectos que además se han llevado los de Center, lo cual es todavía más irritante. Center nos está ganando, César; a ti te lo puedo decir ahora. Recuerda que uno de esos proyectos, el de desarrollo local, era un proyecto de medio millón de euros. Estamos dando mala imagen en el sector, y solo faltaría que llegara al Banco Mundial alguna noticia sobre nuestra incapacidad para gestionar nuestras propias oficinas, cuando se supone que somos expertos en gestionar con eficacia. Por eso es importante resolver este problema de forma delicada pero contundente. Evidentemente, la primera solución que se nos ocurrió fue abrir un expediente para media oficina y reestructurarla por completo, pero los costes de la operación serían demasiado elevados y podría generarse cierta publicidad negativa. La idea es hacer una reestructuración más o menos progresiva, de modo que en dos años la oficina esté totalmente renovada y recuperemos el nivel de productividad que teníamos antes. Es lo que siempre se dice: hay que cortar la enfermedad sin atacar a todos los órganos. Ese es un reto importante para las personas como yo, a las que nos gusta trabajar con equipos y mover recursos humanos, pero ya no tengo edad ni tiempo para dedicarme a algo así. En lo primero que pensamos es en situar ahí a Francisco, porque tiene los conocimientos y la experiencia de dirección necesarios. Pero es un tecnócrata, como Carvajal, y empiezo a creer que necesitamos otra perspectiva. Yo diría que necesitamos a alguien, cómo decirlo, más empático; alguien que entienda el problema antes de abordarlo. Que lo entienda verdaderamente. El problema de esa oficina no es profesional, es sobre todo emocional: una dinámica de derrota, en pocas palabras. Esa mujer, la loca, se dedicó a tratar de convencer a todos los empleados de que fomentamos un egoísmo que nos va a llevar al Apocalipsis o algo más. Ya sabes, las bobadas nostálgicas de los antisistema. Sería de risa si no fuera porque la productividad se ha resentido. Parece que las tonterías metafísicas y utópicas

todavía son efectivas en el siglo XXI. Necesitamos a alguien que sepa ir más allá de las apariencias y encuentre la solución «espiritual» que necesita esa oficina. Cómo podría explicártelo: se trata de matar demonios. Obviamente, son demonios que están en una mente psicótica, pero la gente es más vulnerable de lo que parece al viejo encanto de lo misterioso. Nos conviene que vuelvas a sacar lo que podríamos llamar tu lado filosófico para desarticular todas las supersticiones que esa mujer ha dejado tras de sí. Tengo plena confianza en esas competencias específicas que solo tú tienes: esas que has demostrado en estos años en los que has progresado de manera espectacular en la empresa. Yo me rodeo de los más inteligentes para formar mi equipo de confianza: gente como tú o como Francisco. Sois de lo mejor que he conocido en este mundo de la empresa; dos valores en alza, mucho más brillantes que la mayoría de los consejeros delegados que conozco. Pero tú eres más adecuado que Francisco para esta responsabilidad. No se trata únicamente de tomar decisiones técnicas, sino que hay que moverse en el terreno escurridizo de las ideas, los sentimientos y las percepciones. Además, viviste en Barcelona un par de años cuando estudiaste el máster. Conoces la ciudad, entiendes el catalán y a los catalanes… Es tu gran oportunidad para demostrar liderazgo. Porque esa oficina necesita, ante todo, un líder. Y no hace falta que te recuerde las posibilidades de todo tipo que esto significa para tu carrera. Tampoco quiero engañarte: tendrás que tomar decisiones difíciles. Pero tienes carta blanca para tomar las medidas oportunas dentro de los límites razonables del presupuesto.

Rosi está llegando hasta nuestra posición con la botella de agua en la mano, y por eso deduzco que la conversación va a cambiar de contenido rápidamente. Lezama ha administrado sus palabras, pero necesita un colofón inequívoco y preciso.

—Piénsatelo durante los próximos dos días. Mañana saldré para Bruselas y volveré el jueves. Nos reuniremos el viernes por la mañana en la oficina a primera hora y, si me dices que sí, te daré más detalles y acordaremos el sueldo y, naturalmente, las dietas. Empezarías a principios de año, el día dos de enero, si es posible.

Rosi ya está con nosotros y Lezama le agradece la botella antes de tomar un largo trago que parece realmente satisfacerle.

—A propósito de todo esto, ¿cómo está tu familia?

—Bien, muy bien.

—A ver si cuando llegue el buen tiempo venís a la casa de El Escorial y hacemos una barbacoa. Un fin de semana que no esté yo de viaje, claro, cosa que igual no sucede hasta el verano… Hace mucho que no veo a Eugenia y tampoco al niño… ¿Cómo está, por cierto? ¿Va mejorando? ¿Han dicho algo nuevo los médicos? Debo decirte que tiene mucho mérito trabajar como tú trabajas y mantener una familia estable como la tuya. En eso, Francisco juega con cierta ventaja, hay que admitirlo. No es lo mismo tener hijos que no tenerlos, ¿verdad? Pero dime, ¿está mejor el niño?

Ariadna ya se ha bajado del caballo (supongo que es su propio caballo, el que su padre le regaló el año pasado y al que bautizó con el nombre de *Redford*, por el actor, deduzco) y lo acaricia como recompensa.

—Sí, Jan está mejor. Gracias por preguntar.

Son las ocho y media de la noche cuando llego a mi casa. He tardado demasiado en encontrar el taxi y ya no me da tiempo a ir a la tienda de Adolfo Domínguez para comprar otro traje. Podría pasar por El Corte Inglés, que aún está abierto, pero no me gusta comprar con prisas. Puede ser el primer traje con el que me presente en la oficina de Barcelona, y me parece importante calcular bien todos los detalles.

Abro la puerta y me encuentro con que Octavia todavía está limpiando. En realidad, no limpia; simplemente, pierde el tiempo con una bayeta esperando mi llegada.

—La señora me dijo que le esperara para explicarle que no han llegado los que tenían que reparar la televisión.

Una televisión de dos mil euros y, después de cuatro meses, no funciona. Las paradojas del consumismo, supongo; las sofisticadas necesidades del consumidor pueden adquirir hoy reminiscencias kafkianas. Lo más gracioso es que no tengo tiempo de resolver este asunto. Eugenia podría encargarse de ello, pero sabe que la televisión es mía y que me la quedaré yo. Es una manera sutil de irritarme, como su insistencia en que la pobre ecuatoriana lleve esa bata rosa ridícula que tanto nos hizo discutir durante meses hasta que tuve que aceptar que la asistenta debe ser distinguible para

cualquier visitante poco informado que entre en nuestro piso.

Le pregunto a Octavia si está la señora; me dice que está encerrada en su estudio. Le digo que puede marcharse ya, aunque insiste en prepararme algo de cena. Me gustaría preguntarle algo sobre su familia para darle un poco de conversación, pero cuando regreso a la cocina después de haberme cambiado de ropa, me encuentro con que el sándwich ya está preparado, acompañado de una pequeña ensalada. Octavia se despide y yo me quedo a solas con mi sándwich. Dudo entre comérmelo y hablar con Eugenia, pero finalmente pienso que es mejor decírselo cuanto antes.

Entro en su parte del piso y veo la puerta cerrada de su estudio. Supongo que está preparando sus clases y no quiere que la molesten. Que la moleste yo, para ser más exactos.

Toco la puerta discretamente y espero a que me dé permiso para abrir. Efectivamente, está escribiendo en su ordenador. Lleva puesta una sudadera blanca y sus mallas negras; ella sabe cuánto me gustaban esas mallas que ya hace años dejó de ponerse, siquiera debajo de una falda, para salir a la calle. Muestra ese desaliño tan aparentemente espontáneo cuyos secretos tardé un par de meses en descubrir desde que empezamos a vivir juntos.

Nos saludamos y ella cierra la ventana del programa para que no vea lo que está escribiendo. Es absurdo, porque estoy demasiado lejos y no podría distinguir el texto. Eso significa que quizá no está preparando clases, sino escribiendo correos electrónicos en los que habla con sus amigas de mí y, seguramente, habla de lo mal que la he tratado en estos últimos meses.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? Perdona que te interrumpa; tengo que contarte algo. —Hago una pausa antes de dar la noticia—. Me han ofrecido la dirección de la oficina de Barcelona. Durante un año, aproximadamente. Parece que hay muchos problemas por allí y necesitan algunos cambios. Es una buena oferta, aunque todavía no sé las condiciones económicas. Y sobre todo, es lo ideal en nuestra situación. Así podemos tomarnos más tiempo para resolverlo todo de manera sensata. Solo quiero que sepas que esto no es un abandono del hogar, sino simplemente un cambio de residencia temporal. Pienso que nos vendrá bien a los dos.

Eugenia sonríe en dos tiempos; el primer instante me parece hipócrita, después creo que se alegra sinceramente. Está de buen

humor, pero no se me ocurre cuál puede ser el motivo. ¿Tendrá por fin un amante? ¿Habrá encontrado a alguien que, entre susurros de cama, elogie su cuerpo hermosamente frágil? ¿Habrá cautivado a algún otro con su coquetería impredecible, llena de caprichos y espontaneidades extrañamente orientadas a hacerte sentir bien?

—Muy bien. Te felicito. En serio, estoy segura de que es una gran oportunidad para ti. En cierta manera, es lo que deseabas, ¿no? Tener tu propio equipo, tomar decisiones, actuar con iniciativa. Por fin vas a poder demostrar lo que vales.

—Esa frase admite dos lecturas, ya lo sabes.

—No, César, de verdad. Yo sé lo importante que es este trabajo para ti. Lo que te gusta y cómo te has entregado a él. Ahora empezarás a recoger lo que has sembrado.

—Eso espero.

—Antes de que se me olvide… me voy mañana a Londres temprano. Salgo con Emma de compras. A ver qué encontramos por allá. Llegaré el domingo por la noche, pero el lunes me iré a pasar la Navidad con mis padres. Por cierto, no han venido a arreglar la televisión. ¿Te lo ha dicho Octavia?

—Sí, ya me encargaré la semana que viene de arreglar el problema… Bueno, te dejo trabajar. Si no nos vemos, feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

Cierro la puerta y me quedo en el comedor durante unos instantes, tratando de percibir discretamente algo, un ruido que me sirva de pista para saber más sobre esa nueva vida, suya desde hace siete meses. Me siento en el sofá, frente al televisor que no funciona, y pienso una vez más en cómo se pudo estropear lo que teníamos Eugenia y yo, en la cronología menos evidente de nuestra crisis, la de aquellos momentos solitarios en los que ambos forjábamos los argumentos que luego nos echábamos en cara. Pero si hay algo que detesto es la melancolía: no soporto su efecto de mala anestesia y de profecía de las desgracias que probablemente ella misma acaba provocando.

No puedo negarlo: Eugenia me sigue excitando, y no necesita para ello ninguna absurda operación de los pechos como la que pensó en hacerse el año pasado. Después de doce años, ¿cómo hemos acabado así? ¿Cómo hemos fallado tanto? ¿Por qué la deseo todavía y, sin embargo, me angustia que hable, que diga las cosas

que no quiero oír, que me recrimine una y otra vez todo aquello sobre lo que hemos discutido mil veces?

Recuerdo que no he cenado el sándwich, o sea que veré la televisión en la cocina. Se me ocurre que es un buen día para quedar con Olga, aunque nunca la he llamado desde mi casa, supongo que porque no quiero que Eugenia se entere de mis rollos actuales. Entorno la puerta de la cocina y la llamo con el móvil. Dice que se alegra de escucharme, cuánto tiempo y todo eso. Le pregunto cómo está y cómo le va en su máster: dichosos veintiséis años en los que solo se piensa en follar y beber, y en los que el trabajo es algo poco preocupante. Le propongo que nos veamos esta noche; sueno débil, incluso patético, pero quiero que me diga que sí, realmente lo necesito. Siento que si termino con ella y con un buen polvo el día podría haber sido incluso muy bueno, el mejor de los últimos tiempos.

—Pero… estoy sin arreglar… ya no nos da tiempo a cenar, ¿verdad?

—No, pero podemos vernos después, a las once, en el Galligan's.

—Ufff… no sé, es que mañana tengo que levantarme temprano. Quizá no es buen día. ¿Por qué no me llamas mañana y vamos a cenar tranquilamente?

Me resistía a creerlo, pero esto lo confirma. Todas las veces que hemos quedado y hemos follado ha sido después de que le hubiera pagado la cena, y siempre en sitios de cien euros el cubierto. Me cuesta creer que sea tan estúpida, pero lo es: le encanta mirar las cartas de los restaurantes y tarda siempre una eternidad en decidirse. Para eso, digo yo, me voy de putas. Me despido de ella prometiéndole que la llamaré mañana. Ahora pienso que no lo haré, pero quién sabe lo que pasará mañana. Aunque también podría traerla al piso; nunca lo he hecho, y tal vez ya va siendo hora de profanar el santuario de este matrimonio.

Son las nueve y media de la noche; he cenado y decido encender el ordenador en mi estudio. Voy a avanzar un poco de trabajo; si me voy a Barcelona de aquí a dos semanas, prefiero dejarlo todo bien atado. Tengo que terminar los textos del nuevo curso de promoción empresarial para los cubanos exiliados, porque los vamos a entregar a la imprenta la semana que viene. Es fácil; no me costará demasiado. Solo hay que redactar con claridad, para que cualquier

idiota pueda entender lo fácil que es montar una empresa y que no es necesario seguir toda la vida en un destino de asalariado.

Voy a trabajar solo un par de horas. El día ha sido largo, pero creo que hoy han sucedido varias cosas importantes.

A veces imagino que estoy en uno de esos documentales televisivos en los que personas que no son famosas explican ante la cámara cómo es su vida diaria.

—Me fascina el capitalismo. No lo adoro religiosamente, pero confieso que me fascina. Sé que tiene su parte cruel; sé que es implacable con los perdedores; sé que no es igualitario. Por eso es necesario que exista la protección social; que se mantenga el Estado del bienestar y que haya unos mínimos garantizados por los servicios públicos. Jamás me he opuesto ni lo más mínimo a que el Estado tenga esa función. Pero la igualdad en sociedades complejas es poco más que un principio intelectual; es una abstracción tan necesaria como irrealizable, salvo en requisitos mínimos como los derechos básicos. ¿Podemos realmente pensar hoy en un mundo sin órdenes, sin jerarquías, sin sacrificio, sin competencia? Ese es un ensueño utópico absolutamente ridículo. La gente no quiere revoluciones ni grandes placeres poéticos o filosóficos; la gente quiere dinero, confort, bienestar y poco más, no pasarse la vida meditando sobre el *Dasein* de Heidegger. Es duro admitir en público que esto que tenemos es quizá lo mejor a lo que podemos aspirar los seres humanos. Pero es así: la creación y posesión de bienes no puede ser un asunto fácil, precisamente porque los bienes son muchos y muy complejos. El capitalismo, a pesar de su evidente imperfección, o precisamente por ello, llena la vida humana como ningún sistema lo ha hecho antes. Sí, la llena a menudo de materiales absurdos y prescindibles, pero también la llena de lucha y pasión, de diversidad y contrastes. No seamos ingenuos: la sociedad es más libre de lo que creemos, incluso cuando decide autoalienarse, y por eso quiere el capitalismo, no el comunismo, ni la economía de las tribus indígenas, ni ningún nuevo experimento. Yo al menos lo admito francamente; no soy uno de esos hipócritas que lloran por el Tercer Mundo pero no dudan en ponerse el iPod o las zapatillas fabricadas por niños al tiempo que ganan dinero

publicando artículos sobre los pobres palestinos. Creo que el capitalismo ha de tener límites legales y morales, por supuesto, pero su capacidad es desbordante, ilimitada, imprevisible. Eso es lo que lo hace apasionante: su capacidad creadora. Destructiva y creadora a la vez, como decía Schumpeter. Si Jesucristo volviera a la tierra, no se encontraría con el Gran Inquisidor de Dostoievski, sino con un consejo de administración que trataría de rentabilizar su esfuerzo. Cristo caería inevitablemente en un mercado que no podría controlar; se vendería a sí mismo como servicio redentor y tendría que negociar forzosamente. No podría evitar que sus palabras, su imagen, sus ideas, se convirtieran en mercancía. Incluso sus milagros solo funcionarían con un buen *marketing* y el apoyo de algunos *mass-media*.

»A mí no me mueve el afán de lucro. Quiero decir, obviamente me encantan las posesiones materiales y quiero tener la capacidad de elegir que te permite el dinero. Pero lo que a mí de verdad me interesa es la estrategia. Yo diseño estrategias, teorizo sobre ellas, reconozco sus señales, las percibo en los pliegues ocultos de la realidad, las manipulo como un alfarero trabaja el barro. Entrelazo necesidades humanas que no siempre están en la superficie y las conecto en un plan. En realidad, es muy simple. Pongo delante de mí un pedazo de vida (una empresa, por ejemplo); lo miro atentamente hasta que empiezo a *ver*, a *entender*. Entender qué quieren y qué les falta para conseguirlo. Para eso necesito, claro, información, datos, contabilidad, entrevistas personales y otros muchos elementos digamos empíricos. Pero, además de ese *dossier* previo, necesito algo más: necesito entender el sentido de todo lo que hacen, el significado que cada individuo le da a su trabajo y al de los demás, y ese significado está lleno de recuerdos y olvidos. Recuerdo de lo que fuiste y olvido de lo que eres; o al revés, recuerdo de lo que ya eres y olvido de lo que fuiste.

»Sí, soy bueno en mi trabajo. Nadie me gana en mi terreno. Y eso es así porque el misterio de la vida humana me sigue fascinando. Y en este hermoso y terrible capitalismo el misterio es constante, está en todos los rincones, detrás de cada anuncio. El socialismo vende verdades inmutables; el capitalismo gestiona incertidumbres. Creo sinceramente que el caos es más entretenido. Destrucción y creación.

Paso minutos y minutos llamando a la oficina de Barcelona y nadie responde; empieza a molestarme la situación y apunto en un *post it* que, en la primera oportunidad que tenga después de tomar posesión, debo abroncar, ante todo, a la secretaria, sea quien sea. Por fin se pone alguien al teléfono: el contable, un tal Alfredo. No tengo ganas de discutir y no le pido explicaciones sobre la incomprensible tardanza; ya llegará el momento de averiguar por qué son tan poco competentes en esa oficina. Me dice que Carvajal está de baja y que debo llamarle a su móvil o directamente a su casa. Así lo hago. Sé que ha sido informado de que los socios han decidido cambios en la oficina, o sea que la conversación debería ser fácil. Espero que se muestre cooperativo.

Su voz suena cordial, aunque algo apagada, como si acabara de levantarse de la cama. Pero son las doce del mediodía.

—Te daría la bienvenida pero no quiero engañarte. Esta oficina es una gran mierda y, si no fuera porque suena a película de serie B, te diría que está maldita. Aquí no se puede trabajar, César. Lo he intentado, de verdad, pero con esta gente no se puede hacer nada.

—Supongo que por eso los jefes han decidido que haya algunos cambios… La mala fama está empezando a extenderse y eso puede ser muy perjudicial. Estamos cerca de ganar el proyecto del Banco Mundial. Realmente este es un muy buen momento para Trántor.

—Pues de esta oficina no va a salir nada. Así estoy yo, tomando pastillas. Jamás pensé que acabaría con antidepresivos como un chalado cualquiera. Ahora me siento más tranquilo, pero ha habido días horribles. Todo empezó con el pobre que murió de cáncer. No sé qué pasó, cundió el desánimo. La gente se vino abajo. Fue duro, claro. Pero oye, a todos se nos ha muerto alguien de cáncer. Es el tumor nuestro de cada día… Sin embargo, estuvimos meses como en estado de *shock*. Y la loca empezó a hacer de las suyas. Una vez convoqué a todos para informar sobre el plan estratégico: les di un resumen por escrito, les informé de todo lo que se podía hacer público y la loca dijo en voz alta, delante de todo el personal, que ese plan era inaceptable y que ella no estaba dispuesta a ser cómplice. ¡De un plan estratégico! Le dije educadamente que ella no tenía ni voz ni voto y que eran decisiones de arriba. No entendía entonces a qué se refería esa mujer, pero siguió discutiendo. Según ella, lo que hacemos en Trántor está mal y el plan estratégico era

algo especialmente terrible porque significaba expandir esa maldad. Pues claro, le dije. En eso consiste este negocio: en expandirnos. En eso consiste cualquier negocio, para ser exactos. Crecer, ganar, conquistar: utiliza la terminología que quieras. Y de ahí salen los beneficios que permiten a la gente como ella subir su nivel de vida. Pero ella seguía erre que erre: «Si este plan se cumple, el mundo será un lugar peor». Le pregunté educadamente si prefería vivir en las cavernas o en los castillos medievales. Yo no salía de mi asombro: ¿de qué planeta había salido esa mujer? Ahí comprendí que la situación podía empeorar. Y así fue. Le entró la estúpida idea de que yo estaba acosando a una de las secretarias. Yo no hago esas cosas; Lezama lo sabe. Por favor, llevo veinte años en estos negocios y jamás he tenido un solo problema de este tipo. Yo soy un profesional, joder. Si necesito echar un polvo, me voy al puticlub y se acabó. Puedo ser duro, pero no soy un pervertido. Esa tía… un buen día me amenazó y me dijo que me mataría si se enteraba de que yo había abusado de alguna mujer. Como no la tomé en serio, empezó a decir que ella había matado a su padre y que nunca nadie podrá demostrarlo, o sea que mejor me andaba con ojo. Lo iba diciendo por ahí a todo el mundo, incluso a los proveedores, a los clientes que esperaban antes de las reuniones. No te puedes imaginar lo que fue eso. Le dieron la baja, y aun así seguía viniendo a la oficina. Se ponía delante del ordenador y empezaba a teclear. Pero el ordenador estaba apagado, César. ¡Apagado! Y la mujer se pasaba todo el día tecleando y mirando de reojo. Esa mirada, la mirada de reojo, no la olvidaremos mientras vivamos. Hasta que una noche entró en la oficina cuando ya no quedaba nadie y se dedicó a destrozar todos los ordenadores y todas nuestras copias de seguridad. Lo hizo con mucha eficacia, hay que reconocerlo. Menuda chiflada. En fin, prefiero olvidarlo. Pero hay que hacer limpieza en esa oficina. Limpieza de verdad. Llevo muchos años trabajando en grandes empresas y he tenido a mis órdenes a cientos de personas, de todo tipo. Pero nunca me había encontrado con un ambiente como ese. No sabes lo que te espera, de verdad. Ya te habrá contado Lezama lo ridícula que fue la cena de Navidad. Pero es que no solo fue eso. Por ejemplo, no hubo cesta de Navidad. Nadie aceptó la responsabilidad de prepararla y tampoco nadie protestó por que no hubiera cesta… Tal vez es un enemigo el que te

envía, porque yo no lo llamaría un ascenso.

Me vienen a la cabeza algunas preguntas: ¿es la oferta una encerrona, a pesar del aumento de sueldo y las promesas de Lezama? ¿Ha habido alguna maniobra de Francisco detrás de estos cambios? Y algo mucho más preocupante: ¿sabe Lezama algo más sobre mí, sobre mi vida familiar? ¿Es posible que me esté enviando a Barcelona precisamente porque sabe que ya poco me ata a Madrid? Pero ¿cómo lo ha podido averiguar? Sin embargo, no tengo todavía argumentos para culpabilizar a nadie, y la paranoia me desagrada porque es, ante todo, un mal manejo de la información. Si Francisco está detrás de algún modo, creerá que este es un buen movimiento para colocarse por encima de mí en el *ranking*, pero probablemente subestima mi capacidad para la resolución de problemas. Dejo el asunto para otro momento, porque aún debo concentrarme en obtener varias cosas de Carvajal.

—Esa mujer ya fue despedida y está ingresada en un psiquiátrico, ¿no? Por tanto, hay que tratar de superarlo y continuar el trabajo.

—La vida continúa, ¿verdad? Eso es lo que me quieres decir. Pero yo sé que estoy despedido. ¿Me equivoco?

Carvajal es zorro viejo, sin duda. Tal vez demasiado viejo para pelear en el día a día con un equipo descompuesto y pasivo, aunque desde luego conoce todos los códigos. Él sabe que yo le miento, y yo sé que él lo sabe.

—No sé cuáles son los planes de futuro de los socios. Solo sé lo que están pensando para mí, pero aún hay que resolver muchos detalles y desde aquí hasta enero, que es cuando está prevista mi incorporación, pueden pasar muchas cosas. Ya sabes cómo es esto.

—Oh, claro que lo sé. Y por eso estoy seguro de que no seguiré en esta oficina. Si quieres que te diga la verdad, solo espero que el que me sustituya, seas tú u otro, acabe con toda esa gentuza que me ha amargado los últimos seis meses. Gente que no sabe trabajar ni sabe vivir ni sabe hacer nada decente. Supongo que me trasladarán a Sevilla o a Bilbao; es lo que yo haría, si tuviera que tomar decisiones. Para mí no es tan grave. Mis hijos son mayores y lo aceptarán. No es preocupante.

Lezama ya me ha dado su carta de despido; en apenas diez días me presentaré en su oficina con el abogado y se la daremos. De

todos modos, le quedará una buena indemnización. No creo que se queje.

Suena el teléfono del despacho y Desirée, con la voz todavía temblorosa por su reciente error con los billetes de avión (se ha equivocado con el día de mi llegada a Barcelona), me avisa de que tengo otra llamada. Es el Anarquista. Me había olvidado de él en los últimos días, entre todas las gestiones para mi traslado. Le digo a Desirée que me lo pase y recalco la palabra «gracias» para que entienda que la bronca de antes no era nada personal, sino solo un aviso de que todo tiene un límite y ella se está acercando peligrosamente. No porque la vayan a despedir, naturalmente. Pero sé que necesita la paga de productividad que damos en enero para pagar cualquier subida de la hipoteca. Y este año mi voto para la paga de productividad será decisivo. Por fin mi criterio a la hora de valorar el esfuerzo de los demás se tomará en cuenta y debo publicitar esa cuota de poder; no de forma despótica, pero tampoco de forma inocente.

—César, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? Soy Clemenza. ¿Cómo va todo?

—De momento, bien. Mucho trabajo y poca fiesta. ¿Y tú?

—Perfecto, demasiado bien para ser cierto. Como si se viniera encima una desgracia. ¿Viste las noticias? La presentación de los premios fue un verdadero éxito. Incluso salimos tú y yo en alguna foto. Oye, ¿tienes planes para comer? Me gustaría hablar contigo sobre aquello de los cursos de formación de emprendedores o como se llame. Quizá podamos hacer negocios juntos.

Consulto rápidamente la agenda. Tengo una reunión en la sala de juntas a las cuatro para el Programa de Acción Estructural y debería repasar mis apuntes durante la media hora anterior. Dudo durante unos segundos, pero me vence la razón. La reunión es prioritaria.

—Lo veo difícil. Estas fechas son complicadas, ya sabes. Cierre de ejercicio. Muchos nervios.

—Después de comer iré al cine, a la primera sesión, que es la buena porque apenas hay gente y puedo reírme de la película, como el protagonista de *La conjura de los necios*. Luego estaré por la

zona de tu empresa durante la tarde. ¿No te apetece tomar algo antes de cenar? Cuando llega la noche y empiezo a escuchar villancicos, me invade la necesidad de autodestrucción.

¿Al cine un jueves a las cuatro de la tarde? Pero ¿es que este tipo no trabaja? ¿Es que Barrios se lo perdona todo?

—No sé a qué hora terminaré de trabajar hoy —pero no es esa la frase que quiero decir, me gusta la idea de relajarme y tomarme una copa, me gusta la idea de quedar con alguien después de meses y meses de soledad y de renuncia; ya apenas veo a mis amigos de siempre, aunque, bien mirado, dejé de verlos con frecuencia cuando me casé con Eugenia y, sobre todo, cuando llegó Jan—… pero yo también tengo ganas de autodestruirme un poco. Está bien, tomaremos algo. Siempre es mejor una reunión informal, ¿verdad?

—Claro, joder. Seguro que estás como yo hasta los cojones de tanta reunión y tanta polla. Los mejores acuerdos los he conseguido siempre con un *gin-tonic* o un *whisky*. Y si el acuerdo no sale bien, siempre le puedes echar la culpa al señor Johnnie Walker.

No es tan fácil para mí, pero lo cierto es que no me viene mal un descanso. Quedamos a las siete y nos damos los números de móvil por si acaso hay alguna emergencia. Francisco, por ejemplo, suele entretenerme siempre después de las siete, cuando nos quedamos solos en la oficina y ya se han ido incluso los júniors. Pero recuerdo que ahora está de viaje y que no es probable que aparezca hoy.

Consigo salir a tiempo de la oficina, por primera vez en varios meses; es decir, salgo a las seis, cuando ya solo quedan dos o tres júniors haciendo méritos o terminando lo que estaba pendiente. Necesito recoger el traje en la tintorería, pero no dudo: que lo haga Desirée, que tampoco ha podido irse todavía a su casa. Se lo pido amablemente y ella no pone objeciones. Por fin hace una cosa bien.

En Barcelona necesitaré una secretaria mejor que Desirée.

Llego al Duet y encuentro a Marcos en la barra, ya con *su gin-tonic* a punto de terminar. Lleva barba de varios días, aunque es la típica barba cuidada que suele servir para ligar. Me causa una inmediata envidia su abrigo, muy elegante pero dinámico, de esos que no se suelen ver en los países mediterráneos por el calor. Es Armani, seguro. Nos saludamos y me encuentro con la duda de que no sé qué beber. Finalmente, opto por una cerveza. Mientras hacemos las primeras preguntas triviales de rigor, pienso en ese

curioso individuo y en su singular posición social, sobre la cual no he obtenido informaciones muy precisas. Francisco también había oído hablar de él, pero no estaba seguro de qué es realmente lo que hace en la Fundación. Desgraciadamente, no he tenido oportunidad de preguntarle a Lezama.

Le cuento las novedades sobre mi traslado a Barcelona, pero evito mencionarle los datos más inquietantes y los incidentes macabros, supongo que porque yo mismo no sé todavía muy bien qué es lo que ha sucedido ahí durante los últimos meses. Me esfuerzo por dejar claro que voy a volver a Madrid con regularidad, y que, por tanto, no renuncio al posible proyecto de Trántor con la Fundación. Sin duda, podría comentárselo a Francisco, incluso preparar una reunión entre Marcos y él, pero no me parece justo, sinceramente; por una vez, el contacto es mío, y debo proteger mi propia iniciativa. La Fundación puede ser una excelente plataforma para acercarse al imperio de Barrios, lo que significa una veintena de empresas y múltiples contactos de todo tipo.

—Es una buena noticia —me dice Marcos mientras se limpia los cristales de sus gafas, de gruesa montura negra, con cierto aire retro —. Yo viajo mucho por toda España, o sea que nos veremos en algún momento en esa curiosa ciudad. Ah, los catalanes… Hubo un tiempo en que quise haber nacido judío, porque me atraen los errantes y desarraigados. Pero hoy de los judíos no salen Einstein y Freud, sino Sharon. Por eso me gustaría ser catalán; así podría pasarme el día discutiendo con el resto de españoles y jodiéndoles. Aunque sospecho que, en el fondo, los catalanes no se entienden muy bien a sí mismos. El Barˆa, por ejemplo. Están muy orgullosos de su Barça y le hacen homenajes al fundador, Joan Gamper. Pero este tío era un suizo que se llamaba Hans y que tenía de catalán lo mismo que mi abuelo de Calasparra. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que el pobre Gamper acabó suicidándose. De eso nadie habla, claro. Gaudí murió atropellado por un tranvía; pero lo de Gamper es más grave.

—Yo me sacaré al abono del Barça en cuanto llegue. No sé por qué, siempre he sido del Barça. Será por llevar la contraria a toda la familia de merengues.

—No pareces muy contento, a pesar del Barça. ¿Es por la familia? No te lo he preguntado, pero ¿estás casado?

—Sí, estoy casado… pero, en ese sentido, no hay problema, por suerte. —Necesito cambiar rápidamente de tema, no quiero hablar de Eugenia ni una sola palabra, no todavía, al menos—. ¿Sabes? A veces pienso que no es un ascenso, sino un castigo. Pero ya sabemos cómo son los negocios. El viento sopla y nosotros vamos de un lado para otro.

—Interesante metáfora eólica. Falta saber si es un hermoso viento o una flatulencia cósmica. Bueno, sea como sea, puedes convertir esa situación en positiva. Asume el reto y hazlo lo mejor que puedas. Mierda, estoy hablando como un maldito libro de autoayuda. ¿Qué me está pasando? Necesito más *gin-tonic*. —Le sonrío piadosamente, como si quisiera darle a entender que no pienso ir tan deprisa como él—. Tranquilo, es solo el segundo del día. Luego ya me paso a otras cosas. La noche es para la marihuana. No la cocaína, por supuesto. Nada me da más asco que el típico *yuppie* cocainómano de inspiración norteamericana. Espero no ofender.

—No te preocupes. Mis coqueteos con la coca fueron breves.

Pero los hubo, con Eugenia, antes de Jan. Antes de que todo cambiara, cuando éramos realmente jóvenes. No tuvimos ninguna dificultad en dejar la coca en cuanto llegó Jan y empezamos a comportarnos con responsabilidad familiar. Lo curioso, quizá, es que yo no haya vuelto a consumir después de este último año.

Marcos y yo hablamos durante una hora; en realidad, habla él, y yo le escucho. Me pregunto otra vez cómo un tipo tan impresentable como Marcos Muñoz puede haber llegado tan lejos. Su sueldo puede ser tan bueno o más que el mío, pero no parece tener ninguna fe en lo que hace. ¿Es un hijo secreto, al que Barrios ha colocado en un buen sitio para que esté callado y no moleste a su familia? Por momentos sospecho de él, y percibo un doble fondo en su aparente ingenuidad, como si me estuviera grabando con una cámara oculta. Realmente, no he conocido a nadie como él, al menos en este mundo de los altos cargos empresariales. Antes sí conocía a gente irónica y autoparódica, tipos poco convencionales que coqueteaban con la bohemia y la misantropía. Pero eran otros tiempos, antes del máster, antes de que empezara a trabajar de verdad. Quizá sea eso lo que me relaja en este momento: tener un amigo provisional que desdeña la numerocracia empresarial, que es

capaz de frivolizar sobre este gran teatro de los negocios y el poder.

Tomamos una última copa y después me propone cenar unas tapas en un bar muy sucio que él conoce y que está cerca del Chicote. Salimos del Duet, pero Marcos echa un último vistazo al interior, como si se hubiera olvidado algo.

—Es que quiero saber si me están siguiendo todavía los detectives.

Ante mi extrañeza, me pide que me acerque al cristal de la puerta y me señala con poca discreción a un tipo que ahora está pagando su consumición en la barra. Ni me había fijado en él mientras duró nuestra conversación.

—Suelen alternarse y no repiten dos días seguidos, pero ya me los conozco a casi todos. Por lo menos son seis. Podrían disfrazarse un poco, para disimular. Una barba postiza, una peluca o algo así. La verdad es que no me ha costado mucho esfuerzo descubrirlos.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Llevo así un año, aproximadamente; justo desde que empecé a organizar eventos en la Fundación y a tener en mi agenda al alcalde y a los grandes banqueros. Son los gajes de este oficio; cuando te acercas al verdadero poder, se acabó la inocencia. Parece ser que algunos tipos creen que a través de mí podrán llegar a Barrios. Ni siquiera lo hacen por verdadero odio o rencor; si fuera así, quizá hasta me reblandecería. Pero no; como dice la frase, son negocios, nada más. Ya me ha quedado claro que para estar en la élite tienes que mantener un autocontrol absoluto. En otros países te secuestran y te matan; aquí simplemente te investigan y a lo mejor te hacen un pequeño chantaje. Por eso los errores se pagan caros; un error minúsculo puede costar un millón de euros. Nunca hay que bajar la guardia. Ya lo sabrás si algún día entras en la secta de los grandes; es decir, si te sientas a la mesa de gente como Peñalver. Es como los cien metros lisos: hay que meter la cabeza para ganar aunque sea por una centésima de segundo.

El tipo, algo panzón, en mi opinión, para ser detective, se gira después de pagar y se encuentra con un saludo enfático de Marcos. Visiblemente incomodado, se dedica a examinar los billetes en su cartera y sale del Duet pasando a nuestro lado sin levantar la mirada. Marcos le dice adiós con sorna y el otro ni responde. En cierto modo, la precipitación con la que ha actuado el individuo me

ha resultado sospechosa, o sea que tal vez tenga razón el Anarquista. Al fin y al cabo, Barrios domina un gran *holding*, y no es descartable que tenga enemigos de todo tipo.

—Cada día tengo que tomar algunas precauciones básicas. Al final te acabas acostumbrando y lo tomas como una parte más del trabajo, pero la verdad es que pierdo más tiempo en estas precauciones que en el trabajo real de la Fundación. Nunca me tomo más de cinco copas en público, no sea que se me vaya la lengua. Reviso todos los paquetes que me regalan, sea lo que sea. Cambio de teléfono móvil cada semana, por ejemplo. Te lo digo para que luego no te sorprendas si me llamas y no me encuentras.

Nos ponemos en marcha y seguimos hablando, aunque no comentamos prácticamente nada de los supuestos proyectos que tenemos en marcha; es más interesante compartir cotilleos acerca de nuestros respectivos jefes, Barrios y Lezama. Yo calculo, evidentemente, toda la información que transmito, y supongo que él hace lo mismo, pero la diferencia es que él comparte hipótesis sobre los dos empresarios, y son bastante lúcidas; hace análisis de comportamientos y expectativas que son muy completos e incluso de cierto nivel psicológico. Como si tuviera muchísimos más datos que jamás va a compartir conmigo. Entramos en el bar y le pregunto si sabe algo del pasado de Lezama cuando fue ministro.

—Seguro que algo de mierda hay. Tal vez por eso se retiró de la política; porque estaba quemado. Pero no tengo más información. Creo que sobrevaloras mi banco de datos de la plutocracia madrileña.

—No te sobrevaloro, pero sí te envidio. Realmente conoces a mucha gente. Ya me di cuenta el otro día. Tienes una buena cartera de clientes. Estás cerca del poder, y eso no es fácil a tu edad. Tiene mérito. De verdad.

—Una de las cosas de las que suele presumir Barrios es de que siempre va a los restaurantes sin dinero en efectivo. Nunca paga; le basta con poner su nombre y llamar con cualquier excusa al gerente, encargado o chef. Siempre le invitan, y si no es así, simplemente amenaza con pedir el libro de reclamaciones. Y no falla: al final hasta consigue una caja de puros de regalo. Pero eso es solo vanidad de niño pequeño en un país de nuevos ricos… Hay asuntos que están más allá. Una vez fui a Colombia porque la

Fundación financiaba un hospital para niños, o algo así, y yo tenía que representar a Barrios. Llego y uno de los médicos del hospital me da las gracias en nombre de su país. Hablamos un rato sobre lo mal que están las cosas allí y me dice: te voy a contar un chiste. Un narcotraficante del país, uno de los hombres más ricos, tiene un hijo que va a cumplir dieciocho años. El padre le pregunta: «¿Qué quieres de regalo? Pide lo que quieras, es una ocasión especial». El chico, un hijoputa absoluto, se queda pensando unos segundos y dice: «Quiero ver a Fulanito crucificado». Fulanito es uno de sus trabajadores, curiosamente muy católico, y le ha respondido mal al niño en cierta ocasión. El padre se queda sorprendido y se va. Llega el día del cumpleaños, el chico pasea por la finca y de pronto ve a lo lejos una cruz enorme formada con dos maderas. Se acerca y ve que Fulanito, efectivamente, está crucificado. Se queda sorprendido y va hacia él. Escucha que el crucificado emite sonidos, se está quejando o quiere decir algo, pero no se le entiende. El tipo sigue susurrando algo, y al chico le pica la curiosidad. Busca con qué subirse y acerca el oído todo lo que puede hasta que por fin oye lo que el desgraciado está diciendo: «Cum-ple-años-fe-liz, cum-ple-años-fe-liz…». Eso es poder, amigo César. Lo otro es democracia, libre mercado, una selva con señales de tráfico.

No puedo evitar reírme con el chiste, aunque él se ríe más. Tiene una de esas risas inimitables y de muelle bien engrasado, como si estuviera permanentemente respirando marihuana. Es una carcajada excesiva, imperdonable en una reunión pública, y probablemente también en una escena de cortejo sexual.

—Yo diría que la humanidad ha mejorado un poco, ¿no? —le replico.

—Quizá sí. Pero ¿sabes lo más curioso? El día que me despedí de los colombianos el médico me dijo que no era un chiste. Y todavía sigo sin entender qué quería decirme, o si la verdadera broma consistía en reírse de mí, o en asustarme, o en enseñarme algo. Te juro que pienso en ello de vez en cuando, en las muchas horas libres que tengo en la Fundación.

—No me tomes por tonto. Para llegar a donde has llegado hay que trabajar mucho.

—O bajarse mucho los pantalones —dice riendo.

Miro mi reloj. Son ya las diez de la noche. Me queda tiempo

para una última copa; la verdad es que no quiero encontrarme a Eugenia despierta cuando llegue a casa, y ella, entre semana, se acuesta temprano. Le ofrezco la última en el Galligan's. Él paga la cuenta y salimos del bar. En el corto camino, le pregunto si sabe qué grado de amistad tienen Lezama y Barrios fuera de los negocios, si es que tienen alguna.

—En primera instancia deberían odiarse, ¿no? Lezama presume de ser de izquierdas, aunque seguro que no quiere ver sus fotos de estudiante greñudo con jersey de cuello alto y el *Manifiesto comunista* bajo el brazo. Barrios, en cambio, es un facha natural, nacido en familia franquista de pura cepa. Ha mejorado bastante en términos intelectuales, por lo que he comprobado. Ya acepta algunas cosas que antes no aceptaba. Negocia respetuosamente con los sindicatos, por ejemplo; ya no le da miedo la lucha de clases. Sabe que todo tiene solución inyectando un poquito de dinero. De hecho, te diré que al comité de empresa se lo come con patatas. Ahora ha descubierto el valor económico de la cultura. Tiene editoriales y revistas y únicamente le falta un periódico. Ya te anticipo que va a comprar el 30 por ciento de uno, y no te diré cuál es, aunque te lo puedes imaginar. Pero me han dicho que Lezama también está planeando cosas grandes…

Le explico por encima el proyecto del Banco Mundial, convencido de que se refiere a eso. Pero niega con la cabeza.

—Es algo más grande, joder. El Banco Mundial solo puede ser una plataforma para un salto mayor. Esta gente se apuesta el destino de España; están metidos en batallas complejísimas en las que no derramarán una gota de sangre, pero sí habrá miles de firmas y toneladas de papel que han de ser destruidas minuciosamente. Aún no lo sé con seguridad, solo he oído rumores. Ya sabes, cuando se reúnen todos los benefactores de la Fundación me invitan a mí a tomar café con ellos. Pongo la antena y trato de descifrar las claves.

—¿Acaso vuelve a la política? —Eso sí sería una sorpresa.

—No, creo que es algo distinto. Pero está tramando alguna operación, financiera o de otro tipo; te lo puedo asegurar. Hace muchas llamadas y se deja ver por muchos sitios. Y no para hablar de su negocio.

Le comento cómo envidio la agenda de Lezama.

—Pero si esa agenda seguro que solo tiene teléfonos de putas. No te engañes. Él también tiene sus vicios ocultos.

—¿Como Barrios?

—¿Tú también crees que soy su amante? Voy a tener que casarme para desmentirlo. Contigo, ahora mismo, solo se me ocurre una cosa: irnos de putas.

—Oye, no me importa lo que hagas en tu vida privada. No quiero que te ofendas. Pero sabes tan bien como yo que en un caso como el tuyo enseguida salen rumores de ese tipo.

—Sí, claro que lo sé. Es cierto que compartí piso con un gay durante un par de años, antes justo de empezar a trabajar en la Fundación. Además, el hecho de haber estado en la Iglesia me hace todavía más sospechoso.

—¿Cómo?

La revelación consigue apartar mi mirada de tres chicas bastante guapas que acaban de pasar por delante de nosotros, preparadas para guerrear en algún mercado de carne nocturno con música y copas.

—Sí, fui seminarista durante años. Y estudiante de teología. Siete años en total de vocación, todo comprobable con documentos.

—¿Y qué sucedió? ¿Te volviste ateo?

El Anarquista respira hondo, como si quisiera ganar tiempo para una sinopsis de algo que parece muy complicado. Pero después de la primera impresión, lo cierto es que ya no me sorprende tanto la revelación. Tiene algo de jesuita renegado, o de seminarista pederasta, quizá, que sublima sus bajas pasiones con una actitud díscola e histriónica. Pero no me importa, en realidad: es el primer tipo que conozco en al menos dos o tres años que procede de otro mundo que no es el de los ejecutivos, y su presencia es algo tonificante en mi vida llena de datos y reuniones de trabajo en las que cada gesto está calculado y diagramado.

—Mi vida no ha sido fácil —continúa, atenuando su cinismo pero sin derivar hacia el exceso sentimental—. Mi padre murió cuando yo tenía diez años, de cáncer de estómago, y mi madre cuando tenía catorce, de cáncer de páncreas. Tuve que quedarme entonces con la única abuela que me quedaba con vida, y que ya murió, también de cáncer. Con esos antecedentes genéticos, ya sé lo que me espera. Me dicen que el cáncer no es hereditario y todo eso,

pero yo creo que la mala suerte sí se hereda. Además, para qué engañarnos con el orgullo de la sanidad pública española: estamos cayendo como moscas. Cada semana alguien relacionado más o menos con la Fundación recibe una quimionoticia. Supongo que por ese escepticismo hacia lo que significa «esperanza de vida» busqué algún sentido trascendente a todo esto que nos rodea. Pero luego empezó a gustarme mucho el sexo, y eso es incompatible con la verdadera fe. Tuve una revelación cuando me hicieron la circuncisión con veintidós años. De pronto, algo cambió realmente en mí. Me vi a mí mismo distinto, como si al descapullarme me hubiera quitado un peso de encima. No sé cómo explicarlo. La polla es un espejo y yo me miré en él. Me había quitado un pellejo metafísico y empecé a ver la vida de otra forma. Aunque, si quieres que te sea sincero, no sé realmente cómo sucedió: a lo mejor un buen día se me gastó la fe, se acabó el depósito. Nada más. Dejé de sentir a Dios cerca.

Hace una pausa y se me ocurre que va a preguntarme si creo en Dios, o algo así.

—En realidad —continúa—, solo los ineptos creen en Dios hoy en día. Para qué nos vamos a engañar. Creer en Dios es como creer en las caras de Bélmez. Dios ya no cuenta en este mundo. La omnisciencia está en internet y la omnipotencia en los silos nucleares. Sí, hay miles de millones de creyentes todavía, pero es la decadencia de una ilusión, un residuo de lo que fue la grandeza de otras épocas. Ya no es la fuerza que mueve el mundo. Se ha quedado fuera del tablero de juego y ya no sirve para mover piezas, salvo algunos árabes tontos. ¿Qué hay más caduco hoy que una Cruzada? ¿Quién se arrodilla en una iglesia, salvo los mediocres que creen que Matusalén es un ejemplo para la tercera edad? ¿Quién lee a san Agustín? El camino de Damasco es solo una ruta turística bien señalizada. Dios se ha quedado rezagado y hay dos fuerzas que están ahora mismo muy por delante. No hace falta que te las diga, ¿verdad? Lo sabes tan bien como yo.

—Solo se me ocurre una: el dinero.

—Por supuesto, el dinero. Lo más cercano a lo sobrenatural que tenemos cada día. El dinero puede vencer al tiempo, y eso es filosóficamente asombroso. Es sobrenatural, sí; o antinatural, como quieras definirlo. Es antinatural porque les da valor a todas las

cosas naturales del mundo. Si Dios no existe, todo está permitido por un precio. En otras palabras: el hombre que no tiene precio es un hombre que no vale nada. Y podríamos seguir así toda la noche. Tú y yo somos en eso especiales: vivimos no solo del dinero, sino de su espejismo, de la creación del mito. Somos parte indispensable del ritual. Tú ayudas a que la gente crea que puede conseguir el dinero y que Adam Smith era el Sabio Profeta; pero en realidad nunca entregas el dinero. Enseñas a la gente a ser rentable y eficaz, a prosperar en la vida, a tener su horizonte de independencia y seguridad dentro de la selva del mercado. Y yo soy aún más despreciable: gestiono el dinero que les sobra a los más ricos, doy publicidad a sus repugnantes propinas, trato de convencer al mundo de algo que nadie cree: que las fundaciones no tienen realmente ánimo de lucro. Sí, amigo César, a nosotros nos mueve la fuerza poderosa del dinero. Pero podemos consolarnos: no somos los únicos. La obsesión por la economía está en todas partes, nos rodea, nos invade, llega hasta nuestros sueños y deseos más íntimos. Estamos colonizados por el dinero.

—El dinero ha armonizado el mundo. ¿Es tan grave? ¿Eres un nostálgico de la Edad Media? ¿O sueñas con el paraíso cubano?

—No confíes en el dinero… El dinero está vivo, tiene su vida propia, es un agente que se está comiendo a la naturaleza y a los hombres. Como H AL en *2001*, ha cobrado conciencia de sí mismo.

—Lo que dices no es muy coherente con tu estilo de vida, pero no voy a discutir sobre eso. Ahora mismo estoy intrigado por saber cuál es la otra fuerza, según tú.

—No es el amor, colega, como pareces estar pensando con esa cara wertheriana. El amor está como Dios, arrastrándose por las esquinas y pidiendo firmas por las calles para que le hagan caso. Nadie ama de verdad; solo busca su propio interés. Interés, esa es la palabra clave. Tú sabes que el interés ha suplantado al ideal, y en eso consiste tu trabajo en la Neverland que es Trántor. Ya sabemos lo que necesitamos cuando buscamos amor. Se acabó la improvisación; el amor forma parte de una estrategia. No nos engañemos. ¿Será entonces el patriotismo la última fuerza capaz de movilizarnos más allá de esta mediocridad? No… solo los brutos vascos son capaces de matar o morir por esencias patrióticas. ¿Será… no sé, el arte?… ¡Por supuesto que no! El Premio Planeta se

cargó definitivamente la bohemia. También ahí hemos perdido la esencia.

Estamos en la puerta del Galligan's, y él se detiene antes de entrar, como si quisiera cerrar con una mínima solemnidad el tema.

—¿Cuál puede ser entonces la otra fuerza? Piensa un poco, hombre. No es tan difícil.

Dudo durante unos instantes mientras me asalta el recuerdo de la última vez que estuve en ese bar con Olga.

—¡La nada, naturalmente! —grita Marcos—. La fuerza más poderosa de la creación. El *otro* agente: el vacío. La desposesión. Todo aquello que no vale ni valdrá nunca nada. Los cheques sin fondo de Dios. Lo que sientes al menos unos segundos todas las noches antes de dormirte.

Es Nochebuena y en nuestra planta solo quedamos Francisco y yo, como era de prever. Todos los demás se han marchado ya, con autorización nuestra por ser un día especial; quizá abajo quede alguien, pero no parece haber tampoco mucha actividad porque normalmente los empleados entran y salen de una planta y la otra y ese movimiento tan evidente no tiene lugar hoy. Son las siete de la tarde y parece como si Francisco y yo, los dos mejores séniors, los discípulos preferidos de Lezama, estuviéramos compitiendo en una prueba de resistencia. Francisco es divorciado y probablemente pase la cena con sus padres. Yo no tengo a nadie a quien llamar, pero no voy a mortificarme por ello. Depender emocionalmente de la Navidad, ser vulnerable a sus más que hipotéticos valores, es algo bastante fácil de superar. Ni siquiera me parece patológico dedicar la Nochebuena a trabajar. Tengo delante de mí los expedientes que me han pasado de recursos humanos, y algunas informaciones de la empresa a las que solo tienen acceso los socios y que Lezama me ha confiado para que me haga la perfecta composición de lugar. Son once expedientes, los de los once trabajadores de la oficina de Barcelona, sin incluir a Carvajal, que ya está despedido y ya no es una pieza importante.

Compruebo que es una oficina todavía más pequeña de lo que pensaba, aunque en cierto modo no debería extrañarme, ya que la inauguraron hace solo cuatro años. Nosotros en Madrid somos más

de cincuenta en plantilla, sin contar a los becarios y a los colaboradores externos, de los cuales hay más de veinte. La oficina de Center en Barcelona es bastante más grande, desde luego. Por ahí nos están ganando, eso parece evidente, y debo tener en cuenta ese desajuste a la hora de plantear los primeros objetivos. Examino atentamente los datos, todo el historial, todos los detalles de la Seguridad Social y la Inspección de Trabajo. Debo estar muy atento para encontrar los puntos fuertes y débiles de cada uno y entender cuál es la mejor combinación para el equipo.

Es curioso que me encuentre precisamente con una plantilla de once. Pienso en mi entrenador preferido, Johan Cruyff, y en lo que significa para mí como referencia en el terreno de la estrategia y el liderazgo. A veces me pregunto cómo admiro tanto a un tipo aparentemente tan poco destacable en el conjunto de la civilización humana como es Cruyff. Eugenia me escuchaba cuando le exponía esas reflexiones, pero creo que nunca entendió de verdad el sentido de mi admiración por un simple entrenador de fútbol. A lo largo de mi vida he admirado a muchas figuras intelectuales y políticas: durante años fui un devoto de Edmund Husserl, el filósofo que quería salvar a la razón en medio de la gran crisis de la conciencia europea. En mis tiempos de estudiante de filosofía, Husserl fue para mí la Luz de la Sabiduría, la Inteligencia Suprema que pretendía sacar a Europa de ese desastre inminente en el que los judíos como él fueron después las peores víctimas. El tiempo ha ido cambiando mis ídolos: de Husserl a Cruyff. Dicho así, suena alarmante, suena a degradación intelectual, a posmodernidad y *kitsch*, a banalización. Pero no me siento desprestigiado. Simplemente he variado el objeto de mis pasiones, no la intensidad. Y, sobre todo, he renunciado a la grandilocuencia, a la abstracción.

Cruyff representa, a escala mundana y futbolística, un ejemplo indudablemente atractivo de carisma y capacidad de decisión. Lo que hizo Cruyff fue cambiar la mentalidad de un equipo tradicionalmente perdedor como era el Barça, incapaz de ganar la Copa de Europa, e invertir los papeles, condenando al madridismo a los complejos y a la lógica de la derrota. Cruyff, en cierto modo, es el mejor líder que he conocido jamás. Caprichoso, egocéntrico, pero con una fe absoluta en sí mismo, incluso cuando fichó a jugadores horribles, como aquel pobre Aloisio, del que solo algunos nos

acordamos; o Romerito, o Busquéis. Pero supo arriesgar ya en su primer año, con un esquema revolucionario que recuperaba el fútbol ofensivo con la idea absolutamente genial de adelantar al portero para que ocupara la función clásica del libero y así tener un jugador más de ataque. Y sus descubrimientos: por ejemplo, Stoichkov, un producto típico del telón de acero y de las sociedades totalitarias, pero en el que vio inmediatamente un ímpetu por el triunfo y la ascensión social.

En este momento de mi vida me interesa más Cruyff que Husserl; supongo que eso demuestra que el pragmatismo me atrae más que cualquier entele-quia. Y, sobre todo, me resulta más divertido autoparodiarme a partir de mi propio pasado. Vamos entonces a lo importante: ¿qué haría Cruyff con un equipo como el mío? Cambiar el estilo, en primer lugar. Estilo entendido como forma y fondo de una conciencia de sí mismos. Cruyff buscaría generar confianza no en el proyecto en sí, sino en su persona, porque los proyectos de verdad avanzados en realidad no se entienden, solo se divulgan a través de alguien que sabe comunicar. Solo así se llega a transformar a un equipo perdedor en un equipo ganador.

Ojalá fuera tan fácil como en el fútbol.

Entro en la biblioteca para examinar con más tranquilidad todo el material y de paso evitar la posible despedida de Francisco; mientras esté en la biblioteca, no creo que toque a mi puerta para interrumpirme y desearme una feliz Nochebuena. Reparto los papeles sobre la mesa de cedro, los reviso, ordeno y asocio. Ciertamente, la oficina de Barcelona tiene gente de alto nivel, y eso hace todavía más extraño el bajo rendimiento. Hay, dos estrellas, en términos futbolísticos. Los dos séniors tienen un currículum innegablemente excepcional; mucho mejor que el mío, de hecho. El responsable de Creación de Empresas y Dinamización, Francesc Betriu, se tituló en la London School of Economics, ni más ni menos, y ha hecho prácticas en Goldman Sachs y Merrill Lynch. Tiene casi mi edad, treinta y tres, pero su formación es muy superior. Y lo que me sorprende es que aceptara ser el segundón de Carvajal. Sospecho que los encantos negociadores de Lezama le prometieron algo grande que todavía no se ha cumplido. Muy bien conectado con la Generalitat, de la que sacó buenos proyectos en

los primeros años. Pero ahora está de baja; tengo delante de mis ojos el certificado médico: baja por depresión. Un dinamizador deprimido, lo que suena a chiste malo. Se supone, sin embargo, que un tipo como este es un depredador, una máquina encorbatada inasequible al desaliento, sin dudas epistemológicas o morales, seguro de sí mismo y de la elección que hizo en su momento cuando optó por la economía en vez de, por ejemplo, la medicina.

Betriu no aceptará fácilmente mi autoridad, y ese es un aspecto clave. Debo ganarme la legitimidad y superarle en aquellos aspectos no técnicos en los que él es más vulnerable. Tengo que llevarlo al simple terreno de la estrategia cotidiana y forzar su desconcierto criticando de forma inesperada aspectos absolutamente secundarios, de modo que quede descolocado. Es probable que haya pensado que el puesto de Carvajal se lo merece él, y seguramente es así, por experiencia y lógica empresarial. Pero la depresión es lo que no encaja en este esquema: la fecha de la baja es muy anterior incluso a la cena de Navidad y, por tanto, el problema es previo a la decisión de Lezama de hacer cambios importantes. Habrá que precisar si hay alguna conexión entre el malestar de Betriu y el mal ambiente de trabajo creado.

El resto del área técnica es, en apariencia, menos problemático. El otro consultor sénior, el de Estrategias Territoriales, Ricardo Fuster, hizo el mismo máster que yo, aunque, a diferencia de mí, no empezó su carrera de vulgar administrativo. Tiene muchos puntos fuertes y ha sido muy productivo hasta hace apenas dos meses, según los resultados que Lezama me ha pasado.

Los tres júniors parecen bien seleccionados, incluso mejor que los que hemos elegido en el último año en Madrid. Mónica Torres, con apenas veintiocho años, parece sobradamente preparada para ayudar a Betriu. Josep Maria Foix y Eduardo González tienen más de cinco años de experiencia a buen nivel después de la licenciatura.

Maribel Guzmán es la mayor de todas, cuarenta y dos años, con experiencia incluso de docencia universitaria; es la única que aguanta desde el principio, y parece que fue recomendada directamente por Francisco, lo cual es una garantía, ya que Currito no practica las recomendaciones estériles. En conjunto, no está mal, nada mal. Pero todos han tenido bajas en los últimos meses

también.

En el área administrativa son cinco en total. Quizá sería buena idea aumentar la diferencia entre las dos áreas (¿sería algo así como practicar más fútbol de ataque?, qué tontería), de modo que haya más gente técnica, aunque sea con salarios más bajos y con el riesgo de que se vayan pronto. Pero es que el panorama entre los administrativos no es muy bueno. El contable, Alfredo, que sustituyó al que murió de cáncer, es el único con el que he hablado personalmente hasta ahora, aunque por teléfono. Su currículum es curioso y tiene más de un error garrafal: pone la edad y dos líneas después la fecha de nacimiento. Vaya despilfarro de información, propio de alguien descuidado y poco eficaz. A partir de aquí, vamos bajando de nivel. La que está peor es Carmen, la recepcionista, contratada a través de una empresa de trabajo temporal. Doce trabajos en los últimos tres años, escasa formación y, para colmo, feísima. Luego tenemos a otras dos auxiliares administrativas: una se llama Mariana y es mexicana. Ha estudiado economía en una universidad de nombre extrañísimo, pero es obvio que Carvajal la contrató para pagarle una miseria. Curioso: es la única que no ha tenido ninguna baja en los últimos seis meses, aunque tampoco fue a la cena de Navidad. No me cabe duda de por qué la eligió Carvajal: los hispanoamericanos son menos productivos, pero dan menos problemas. La otra administrativa se llama Sara; treinta años, casada y con un hijo, licenciada en filosofía, con dominio de inglés y francés, y algo de experiencia en contabilidad. Se supone que echaba una mano al que murió de cáncer, aunque, desde luego, es bastante imprudente que la contabilidad quede en manos de alguien con tan pocos conocimientos. Sin embargo, quizá eso garantice honestidad, quién sabe.

Y por fin llegamos a la loca: Yolanda Llorens.

Tengo delante de mí su currículum y lo examino minuciosamente. Parece que no ha sido despedida todavía, al menos oficialmente. Veintiocho años, soltera (no me extraña); licenciada en tres carreras al mismo tiempo, Filología inglesa, rusa y ¡psicología! Al parecer la contrataron cuando gestionamos el acuerdo de cooperación entre España y Rusia, aprovechando su condición políglota. Intelectualmente, su currículum es poco frecuente. Múltiples cursos de formación (incluso tres años de

violonchelo) y buenas referencias en general. Pero hay que ir más allá, hay que leer entre líneas para que este currículum adquiera sustancia vital y se parezca realmente a una biografía. Hay que buscar el punto secreto que une este texto con el diario íntimo que seguramente ella tiene en algún cajón de su habitación. Ya lo veo: faltan dos años; dos años de los que no se sabe nada, no hay ninguna indicación, ninguna referencia. Al parecer, ni estudió ni trabajó. ¿A qué demonios se dedicó durante esos dos años? ¿A cuidar a la familia? ¿A practicar con el violonchelo? ¿Qué hizo? ¿Por qué quien la entrevistó no tiene datos al respecto? Es de suponer que la contrató Carvajal. ¿Cómo a un tipo de su experiencia pudo pasársele por alto este hueco tan evidente, esta clamorosa confesión de culpabilidad profesional? Dos años vacíos en un currículum excelente. Quizá es muy fácil verlo *a posteriori*, pero yo nunca hubiera contratado a una persona con este antecedente tan claramente problemático. ¿Tendrá algo que ver con esa extraña historia acerca de la muerte de su padre? Supongo que ya no es relevante porque esa mujer nunca formará parte de mi equipo, pero cabe la posibilidad de que aún tenga una presencia fantasmal en la oficina, o simplemente sea un tema recurrente de conversación.

Me siento como Willard leyendo los documentos sobre Kurtz en *Apocalypse Now*. Pero aquello era Vietnam. Se supone que yo no estoy en una guerra.

Tal vez sea solo una ilusión compensatoria para aquellos que estamos por debajo en el escalafón social, pero me gusta pensar que todo gran hombre de negocios tiene algún Rosebud, como el ciudadano Charles Foster Kane. Es decir, un punto débil emocional, una deuda pendiente con su pasado, un remordimiento profundo y estructural, un muerto en la conciencia, por acción o por omisión. Yo tengo mi Rosebud, claro, y también conozco con seguridad el de Francisco, aunque no sé si su secreto íntimo llega a esa digna categoría cinéfila. No creo que Curro llegue nunca a ser tan poderoso e influyente como Lezama, pero yo ya conozco su punto débil; de momento, no tengo el más mínimo interés en aprovecharlo, aunque nunca se sabe. Igual debería vengarme de aquella cena en la que sin duda le tiró los tejos a Eugenia en mi

presencia.

Lo averigüé todo de forma casual; uno de nuestros principales clientes es una asociación hispanocubana fundada por exiliados del castrismo para la que organizamos seminarios de difusión de la cultura emprendedora. Se trata de preparar a estos cubanos para que cuando termine la dictadura puedan liderar la transición al capitalismo. Buena parte del dinero que nosotros recibimos viene directamente de Miami, pero los asistentes son cubanos que prefieren vivir en España hasta el momento en el que puedan volver a la isla. Yo he dado varios cursos a esa asociación, aunque en principio la persona indicada para esa tarea, por su experiencia y calidad docente, debía ser Francisco. Sin embargo, siempre tenía alguna excusa para evitar el trabajo. Nadie parecía reparar en ello, hasta que uno de los clientes me contó la historia mientras tomábamos café. Yo ya sabía que Francisco había veraneado alguna vez en La Habana después de su divorcio y le hicimos más de una broma al respecto. Lo que no sabíamos es que era cliente asiduo de las jineteras y que con una de ellas estuvo a punto de casarse. Pero un día se produjo una discusión tremenda entre los dos; según mi informante, Francisco descubrió que ella se acostaba con otro español al que tenía como plan B para conseguir el matrimonio y por tanto los papeles. El hijo de puta de Currito, por lo que parece, se cabreó tanto que hizo lo más violento y vengativo que se le ocurrió: la denunció a la policía cubana, acusándola de haberle robado algunas cosas que en realidad nunca había llevado a la isla. Las condenas para los que roban a turistas son muy altas en Cuba, y parece ser que la chica acabó en la cárcel. Uno de sus parientes se exilió y acabó siendo mi alumno. Desde entonces, evidentemente, Francisco no ha vuelto a veranear en Cuba. No sé si tiene miedo o simplemente asco de sí mismo. Pero palidece cuando sale el tema cubano en alguna conversación.

Lezama nunca haría algo tan mezquino, claro. Nadie le conoce ni una sola diversión extramarital en este su segundo matrimonio, y su imagen de felicidad familiar es confiable. Sin embargo, ninguna persona puede ser tan perfecta. Hubo un día, sí, en el que se mostró vulnerable y trágico a mis ojos, por primera y última vez. Creo que calculó mal su comportamiento público y le afectó demasiado un *whisky* fino de cuya adquisición presumió con mucho orgullo.

Desde entonces no le he visto consumir nada de alcohol, fuera del típico vino. Fue en la casa de El Escorial, el año pasado, en la fiesta a la que acudí con Eugenia y Jan. Jan jugaba, o intentaba jugar, con los otros niños, Eugenia se quedó vigilándolo y de pronto nos encontramos solos Francisco, Lezama y yo.

Es una casa señorial que le habrá costado al menos dos millones de euros. Tiene, que yo haya visto, siete dormitorios, casi todos en *suite*, una parcela ajardinada, un pequeño huerto que él no sabe aprovechar, una piscina, un aparcamiento para seis coches e incluso una pequeña ermita que sí ha convertido, con bastante eficacia y gusto, en estudio.

Aquella tarde, el Gran Hombre nos enseñó los últimos cuadros que había comprado para decorar la sala de estar. A pesar de que sus conocimientos pictóricos no son mayores que los míos, nos trató de convencer de que eran buenas inversiones, pero pronto empezó a hablar con cierta melancolía sobre sus años de ministro:

—Veo estos cuadros tan modernos y sofisticados, cuyo significado apenas entiendo, y, curiosamente, me vienen a la memoria los tiempos en los que apenas podía pagarme la hipoteca y no tenía patrimonio. Hoy tengo hasta un panteón para mi familia (que no se entere mi mujer, lo estoy pagando con la compañía de seguros). Aunque parezca mentira, ahora todo es fácil, comparado con otras épocas. La máquina está en marcha y es imparable. Vivimos en un país avanzado, serio, en el que las cosas, por suerte, se vuelven previsibles, seguras. Sí, claro, hay riesgos, hay aventuras, hay injusticias, y es nuestra obligación moral no dejar de pensar en ellas, pero yo sé, por ejemplo, que estos cuadros valdrán mucho dinero dentro de un tiempo, y confío en ello. Eso es estabilidad, negociación, respeto a los límites y a los acuerdos. Estabilidad es progreso; es un pacto imperfecto, pero el mejor que hemos tenido nunca en este desastroso país. Para mi generación España era, ante todo, un fracaso histórico, un país viejo y cansado, hasta que nos pusimos en marcha y decidimos entre todos rejuvenecerlo. No tengo esas dudas ahora; el valor de las cosas puede cambiar, pero hay seguridad, y eso es importante. No siempre fue así y debemos recordarlo. Ante todo, por los muertos que ya no están con nosotros. Muchos de los que empezaron conmigo ya no están, y eso es lo más duro de envejecer: recibir esa llamada del «¿sabes quién

se ha muerto?». Yo recibo una casi cada semana. Y algunos de esos tipos fueron gente que luchó de verdad en los viejos tiempos. Otros han sido miserables sin principios, también es cierto. Pero creo que sí compartíamos una cierta misión histórica: racionalizar España. Los años setenta fueron duros, y los ochenta, tanto o más. Vosotros no lo sabéis, porque sois jóvenes. Pero entonces había verdaderos riesgos. Los militares daban miedo, realmente; sobre todo cuando veíamos lo que estaba pasando en Argentina o en Chile. Yo tenía amigos allí y se me caían los huevos cuando me contaban lo que sucedía en sus países. Y luego estaba ETA. La violencia de la política echó a perder mi primer matrimonio. Fueron los años de plomo, del golpe de Estado del 23-F, de la reconversión industrial, de todo aquello que hoy suena lejano pero que fue verdaderamente complicado. Entonces la política era más difícil. ¿Sabéis por qué? Porque la gente, la clase política en particular, se odiaba de verdad. Porque había tensión, incertidumbre, resentimiento heredado de la guerra civil. Ahora, en el fondo, todo es muy hipócrita, para qué nos vamos a engañar. Yo puedo irme a cenar con alguien de derechas y probablemente estemos de acuerdo en el noventa por ciento de las cosas. Este es otro país. Más estable, aunque menos heroico también.

Lezama se sentó en su sillón preferido, que todos habíamos respetado conscientes de la jerarquía en aquella casa. Agitó su *whisky* y sonrió turbiamente, como si estuviera perdido en una evocación lejana que no se había permitido desde hacía mucho tiempo. Yo me atreví a interrumpirle, aunque ahora creo que tenía que haber dejado madurar aquel momento, para que Lezama se perdiera más en esos recuerdos que seguramente incluían algo que debía permanecer aún oculto, muchos años después.

—¿Y por qué renunciaste a la política? ¿Por la familia? ¿Por Trántor?

Lezama me dedicó en ese instante una de sus primeras miradas paternalistas, como si tratara de dejar muy claro que me perdonaba la insolencia de preguntarle por algo personal. De hecho, aquella fiesta fue la primera vez que yo sentí de verdad que me había ganado su respeto en la empresa. Evidentemente, invitaba a muchísima gente a sus barbacoas, pero aquel día, en parte por la simpatía que despertaban Jan y Eugenia, y en parte por mi buen

hacer en la empresa desde que me dieron el primer proyecto, sentí completa mi metamorfosis desde el estudiante de filosofía que fui hasta el técnico en gestión que soy ahora. Y no dudo de que Lezama se sentía orgulloso de haber apostado por mí en su momento, porque Francisco era una apuesta segura por su perfil y su trayectoria implacable y nada dubitativa, pero yo soy, en muchos aspectos, una creación de Lezama: un triunfo de la lógica mercantil sobre las tentaciones metafísicas y poéticas.

—Aunque hoy casi nadie me recuerde y ya no salga en los medios de comunicación, hubo un momento en el que el partido manejaba mi nombre en la lista de futuribles. En estos temas todo es, por supuesto, transitorio, y yo sabía que no valía la pena obsesionarse. Pero es que además en política no ganan los mejores, ni siquiera los que tienen suerte; no está claro quién gana realmente, si el que llega a la máxima poltrona o el que sabe retirarse a tiempo. El caso es que yo estaba, en las encuestas que manejaba el partido, allá por el octavo o noveno lugar. No era una mala posición y, quizá, si me hubiera movido bien, habría subido puestos rápidamente. Pero un día se fastidió todo de la manera más tonta: me pillaron las malditas cámaras de televisión bostezando en una sesión de presupuestos. Os lo juro: no había dormido nada precisamente porque había estado leyendo toda la noche la información necesaria para debatir y para votar después. Solo cerré los ojos durante cinco minutos. Pero me pillaron y se acabó todo. Se produjeron las coñas típicas y mi carrera terminó. Hoy nadie se acuerda de eso, y para mí, en el fondo, fue mejor. En cierto modo ya habíamos cumplido la parte más importante de nuestra labor y España podía considerarse irremediablemente democrática. Comprendí que ya no soportaba la disciplina del partido y que prefería ir por libre. Ahí nació Tràntor; me di cuenta de que desde la empresa podía actuar de forma mucho más efectiva e independiente en los problemas de una sociedad como la nuestra. La política tienta, es verdad, pero hay que saber si se está dispuesto a pagar el precio. Aprender qué significa la razón de Estado es un proceso duro que algunos nunca superan. Significa trabajar, luchar, transformar el país en algo mejor, pero también, inevitablemente, significa mentir, ocultar, disimular en aras de un supuesto interés superior que en ocasiones no queda inequívocamente claro. El

pragmatismo no se aprende de la noche a la mañana y en mis tiempos era especialmente difícil. De un político siempre dependen vidas, de una forma u otra. Los políticos deciden las guerras, deciden enviar soldados a la muerte, deciden cuáles han de ser las prioridades de los policías, deciden que hay que llegar a acuerdos con este país y no con otro, y a lo mejor con esas medidas se está decidiendo el destino de cincuenta mil personas que pueden morir de hambre porque quizá no lleguen los recursos a tiempo. Sí, esa es la verdadera política, y yo me retiré a tiempo. Es duro, a veces es muy duro. Aquí en esta empresa decidimos destinos, pero no hay muertes, salvo las que depara naturalmente la vida. Por eso puedo dormir más tranquilo.

Lezama, por supuesto, sabe mentir y a Francisco probablemente le ha convencido de su épica antifranquista, pero yo no he encontrado ni una sola prueba de que Lezama estuviera realmente en esa lucha. Sus medallas son ficticias; él entró en la política desde su puesto de profesor universitario y habría que averiguar en qué año se hizo el carnet del partido. Lo que sí está claro es que su carrera fue rápida; y no es de extrañar, teniendo en cuenta sus aptitudes. Aquel día en El Escorial me pregunté por primera vez, y me lo sigo preguntando ahora, si Lezama tuvo algo que ver en la guerra sucia contra ETA o en el asunto de los fondos reservados. Aunque tal vez su responsabilidad es mucho más sutil y difícil de demostrar en términos jurídicos y se sitúa en la oblicuidad amoral de quien toma decisiones que se ramifican siempre hasta llegar a esa persona débil que acaba transformada en víctima sin nombre ni rostro. Tal vez solo arruinó a alguien, favoreció un suicidio o provocó que alguien acabara en un psiquiátrico: el margen de error consustancial a la política.

Asun apareció de repente en el salón y Lezama se levantó para ofrecerle algo de beber, en un gesto muy enfático de buen anfitrión que aprovechó para recuperar su formalidad y clausurar la semiconfesión. Asun comprendió que no había entrado en buen momento y se disculpó torpemente antes de salir, en busca de Eugenia y las otras mujeres. Lezama optó por seguir enseñándonos los cuadros y en el paseo nos condujo a una habitación con la puerta cerrada. Se detuvo antes de abrir la puerta y nos habló con una moderada pero ya no melancólica ebriedad:

—En cierto modo, la democracia es aburrida. No me entendáis mal: tenemos paz y prosperidad, y eso está muy bien. Hemos borrado la amenaza de la guerra, que ha quedado como algo lejano, terrorífico pero lejano. Sin embargo, la democracia es intrínsecamente aburrida precisamente porque relativiza el idealismo y consagra el mal menor y la imperfección. Por eso no es fácil tener sueños, pasiones a las que entregarse por completo.

Abrió la puerta, encendió la luz y vimos sorprendidos el interior de la habitación. Toda ella estaba decorada con objetos del Real Madrid: camisetas dedicadas, fotografías, *Merchandising* diverso y cintas de vídeo de las antiguas, las Beta que utilizaban los profesionales de televisión. Francisco y yo empezamos a examinar todo ese material, pero enseguida nos dimos cuenta de que necesitaríamos semanas para captar el valor de todo lo acumulado.

—La empecé hace veinte años y os aseguro que hay pocos madridistas en el mundo que puedan presumir de una colección tan exclusiva como esta. Ya sé que suena poco ilustre, pero esta es para mí la única épica que queda en el mundo. La épica de Di Stéfano, Santillana o Butragueño. Y yo diría incluso que es más que épica. Nunca he sido hombre muy religioso, pero en cierta manera aquí sí pienso en esas cosas. Para todas las religiones, la montaña siempre es algo grande y sagrado. Yo creo que ahora los seres humanos adoramos otro tipo de montañas. Las grandes empresas y organizaciones son enormes montañas de personas, papeles e ideas. Yo siento fascinación por esas montañas gigantescas, simulacros de eternidad. Y entre todas ellas, el Real Madrid. Una montaña blanca de historia, ilusiones y esfuerzo. ¡Lo más grande del universo! —Empezó a sonreír de una manera inusual en él, como si fuera la primera vez que enseñaba su pequeño museo y se sintiera lleno de orgullo—. Pensaba ponerlo todo en la ermita, pero esto ya me parece un santuario digno de un fanático. Espero que César no se ofenda, ya que es un madrileño culé, es decir, es un auténtico esquizofrénico.

—Sabes que todo se debe a Johan Cruyff. Él cambió mi vida.

Llego a casa después de pasarme toda la tarde reunido con Asun para transferirle mis proyectos antes de irme a Barcelona, y me

encuentro a Eugenia sentada y con las piernas dobladas sobre el sofá. Tiene esos ojos enrojecidos e hinchados que ya conozco de sobras. La saludo y tras dudar unos segundos me decido a preguntar qué le sucede.

—He despedido a Octavia. Mañana la agencia enviará a otra.

Respiro hondo antes de contestar; estoy acostumbrado a sus caprichos, pero este me toma por sorpresa y no estoy de humor para broncas.

—¿Cómo que la has despedido? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me has llamado?

—Porque estabas muy ocupado. ¡Como siempre, ocupado! Te llamé a la oficina y me dijeron que estabas reunido. Y nunca te llamo al móvil desde la última discusión que tuvimos al respecto.

Es cierto; Desirée me pasó la nota con la llamada de Eugenia antes de ir a comer. Ni siquiera pensé en ello; solo supuse que era la típica llamada estúpida de «no encuentro la cinta aislante» o «¿le has dejado a alguien mi disco de Suzanne Ciani?».

—Eugenia, no se trata de que yo esté ocupado o no. Estas decisiones no las puedes tomar por tu cuenta. Te recuerdo que yo vivo todavía en esta casa y que el sueldo de Octavia está dentro de las facturas que pagamos a medias. ¿Qué ha hecho esa pobre mujer? ¿Te ha manchado el bolsito Louis Vuitton? ¿No lavó bien el uniforme? ¿Te ha hablado con acento demasiado hispanoamericano y ha dicho durazno en vez de melocotón?

Eugenia se levanta furiosa y se encara conmigo.

—¡Lo sabe! Sabe lo de Jan.

Está otra vez enloqueciendo, como en los peores días. Sale el monstruo, esa persona atormentada que hay en su interior, que le está destruyendo por completo y que casi me destruye a mí.

—¿De qué coño hablas? ¿Cómo va a saber nada de Jan? Lleva solo tres meses trabajando aquí.

Poseída, se acerca al mueble de la televisión que todavía no he reparado y me señala el muñeco de Shrek que le regalamos a Jan en su tercer cumpleaños.

—Mira, lo he encontrado en su habitación. Estaba guardado y ella lo ha sacado y lo ha dejado fuera para que lo viéramos. Estoy segura.

Debería tener un nudo en la garganta cuando toco el muñeco y

compruebo que es, efectivamente, el mismo, pero hay una emoción superior, el rencor hacia una persona que ya supera todos los límites de mi paciencia y que tiene, sin embargo, el mismo rostro y el mismo cuerpo de la que sigo deseando.

—Esto es una simple casualidad —le digo—. Habrá hecho limpieza de los armarios y por alguna razón lo habrá dejado fuera. ¿Qué otra cosa crees que puede haber pasado? ¿Crees que es una enviada del cielo para castigarnos, o algo así? ¿Qué te pasa, por Dios? ¿Por qué no te tomas una de tus pastillas y te tranquilizas, antes de tomar decisiones que me afectan? Escúchame: mañana vas a llamar y vas a decir que todo ha sido un error.

—No, por supuesto que no voy a llamar.

—Pues lo haré yo. Esa mujer no tiene la culpa de que estés loca.

—¡No estoy loca! Siempre hace preguntas y estoy harta de que quiera saber cosas de mí. No me gusta que sea tan curiosa; quiero que haga su trabajo y se calle. Yo le pago y no quiero saber nada de su vida ni que ella sepa de la mía. Me da igual lo que digas; no estoy dispuesta a volver a verla en mi casa. Ya encontrará trabajo; no se va a morir de hambre. La pondrán en otra casa y ya está. O sea que no empieces con el rollo de la pobrecita ecuatoriana. Ya que pagamos, exijo una persona de mi máxima confianza. Y punto.

Desaparece en dirección a la cocina y vuelve con una botella de agua. Sin mirarme, se dirige rápidamente a su habitación y cierra la puerta.

Lo único bueno de este asunto es que confirma que debo irme a Barcelona cuanto antes.

El psicólogo siempre me insiste en la necesidad de dormir bien. Duermo muy poco, según él, y esa falta de sueño la pagaré más tarde o más temprano. Quiere saber si estoy realmente contento con el traslado a Barcelona. Le preocupa que el cambio genere más problemas, porque, aunque un cambio de este tipo puede ser positivo, no lo será si arrastro temas sin resolver del pasado.

—Barcelona es mi gran oportunidad —le digo, y no le estoy mintiendo—. El trabajo es lo que me ha salvado en esos últimos dos años espantosos y ahora empiezo a ver las recompensas. He malgastado muchas energías, lo sé, y tal vez mi cuerpo pague por

ello en algún momento. Pero hoy mismo me siento con una energía infinita. Energía, vitalidad, ganas de vivir. Siento auténtica pasión por el trabajo. Me fascina la gestión, me encanta culminar los proyectos, deseo con todas mis fuerzas triunfar, aunque suene a disco rayado. Además, cómo decirlo: por primera vez, me siento valioso. Tengo una gran oportunidad no solo económica, sino vital. Seguramente usted no entiende lo que es Trántor y cómo puede llegar a fascinar. Trántor es una Fábrica de Ideas; es la inteligencia puesta en marcha constantemente. Lo que Trántor me ofrece nunca lo tuve en mi antigua vida de lector de filosofía. Creo que he tenido tres grandes proyectos en mi vida: la filosofía, mi familia y ahora esta empresa. Yo diría que ahora mismo solamente la empresa me funciona y tiene futuro para mí.

—Pero, César, debes reconstituir tus emociones. No has de convertir la competencia en la única emoción. Ya hablamos de eso, de los riesgos que supone. Recuerda lo que te dije: estás tratando de llenar un vacío con un espejismo.

Yo ya sé todo eso (aunque teniendo en cuenta lo que cobra este tipo, me parece cínico que infravalore el trabajo de los demás), pero empecé a ir al psicólogo para sentirme mejor y tener alguien a quien contarle todo lo que me estaba pasando con Eugenia. Ahora siento que ya no es necesario, y debería decírselo: decirle ya que no pienso seguir la terapia.

—¿Cómo te va con Eugenia?

Le explico el incidente con Octavia.

—Debes entender que para ella la vida también es muy complicada. Está sola y sabe que sus posibilidades de formar otra vez una familia son muy escasas ya. ¿Has pensado que quizá tomar distancia ahora te sirva para recuperar tus sentimientos hacia ella?

Me lo he preguntado mil veces, en efecto, pero no puedo soportar esa esquizofrenia; quiero a la mujer de antes, a la Eugenia que todavía no tenía hijos.

—¿Duermes bien por las noches? Dime la verdad.

—Sí, duermo bien, aunque apenas unas cuatro horas de promedio. Me concentro tanto en mis proyectos que me pierdo en una especie de mar de números y documentos, y aunque parezca mentira, todo eso me relaja y finalmente consigo descansar cuando lo necesito.

Sin embargo, omito un detalle importante. Anoche me despertó un sueño horrible: Fredo Corleone me perseguía para vengarse.

Jessica, la novia del Anarquista, es verdaderamente interesante. La he conocido hace apenas dos horas, pero es guapa y tiene buena conversación. Parece recién salida de la universidad, aunque lleva un par de años trabajando en una biblioteca de barrio. No sé, uno imagina a las bibliotecarias como mujeres serias al borde de la frigidez, siempre con ganas de exigir silencio a los lectores, pero en este caso tengo que desmentir mi tópico machista. Me recuerda a Eugenia cuando la conocí: le gusta beber tanto o más que comer, le gusta el arte pero no es pedante, tiene capacidad para la ironía pero no quiere parecer superficial, es tierna sin caer en el exceso de miel. Al menos, eso parece. No está mal, nada mal. Maldito Anarquista, qué bien pareces vivir.

Marcos y ella llevan un año y tres meses saliendo juntos, aunque no han proyectado nada serio. Parecen tomárselo con mucha tranquilidad y no poca libertad. Yo diría que ella está verdaderamente enamorada de él, pero no estoy seguro de que él la corresponda con la misma intensidad.

Estamos cenando en un restaurante italiano que no conocía, llamado II Napolitano. Como paga Marcos, él ha elegido el lugar de nuestra cena de despedida y de alguna manera pienso que haber elegido un restaurante italiano es una especie de guiño a nuestra primera conversación sobre *El padrino*. La cena está siendo sumamente agradable, como hacía tiempo que no me sucedía. Ellos me preguntan por mi traslado e incluso se ofrecen a ayudarme en lo que necesite. Les digo que no es necesario, puesto que iré a un piso amueblado al menos los primeros seis meses. El piso ya lo he encontrado, es muy pequeño, pero suficiente para mis necesidades. No quiero abusar del presupuesto de la empresa y soy perfectamente capaz de renunciar a los doscientos metros cuadrados actuales por un sitio en el que no tenga que guerrear constantemente con Eugenia. En verano supongo que Eugenia y yo haremos ya los trámites de la separación y entonces me llevaré todas mis cosas, aunque preveo que esa será una batalla durísima: los discos, las esculturas, el sofá de piel… mil temas sobre los que

aún hay que negociar mucho.

Estamos ya en el postre y les comento muy brevemente que mi relación con Eugenia no está bien, pero no hablo nada de Jan, por supuesto. Jessica, cortésmente, se siente en la necesidad de cambiar de tema para que nada me incomode en una noche que ha de ser excelente.

—Marcos me ha dicho que estudiaste filosofía. No me imagino a alguien que ha estudiado filosofía dedicándose a cosas tan materiales como la consultoría. Me resulta curioso. Aunque a Marcos le pasó un poco lo mismo con la teología.

—Es cierto. Parece que Marcos dejó de sentir a Dios cerca. En mi caso, dejé de admirar a los grandes filósofos alemanes, creo. Pensé que es decepcionante que después de dos mil quinientos años de filosofía todavía estemos como estamos, sin saber a dónde vamos ni de dónde venimos. Tanto Aristóteles, tanta duda cartesiana, tanta *epojé* fenomenológica, para nada… Y decidí cambiar de rumbo con un máster.

—La filosofía —interviene Marcos— ya no sirve de nada hoy. No da respuesta a las grandes preguntas morales: ¿deben los Rolling Stones retirarse ya o deben seguir hasta que uno de ellos muera en el escenario? Te aseguro que no he podido todavía resolver este problema crucial. Los argumentos a favor o en contra me parecen igual de racionales, y eso es muy irritante. Por un lado, tenemos el derecho de los propios músicos y de sus fans a disfrutar; por otro lado, está la dignidad que deberían preservar esos ancianos por su propia reputación y el bien de la música. En fin, algún día tendré la respuesta. Pero yo al menos sigo luchando por esos temas intelectuales; tú en cambio dejaste de ser un humanista. Yo diría incluso que te has deshumanizado vilmente.

—Tú tampoco puedes presumir de mucho —le replico amablemente, con el hedonismo propio del buen vino y la buena cena—. Dejaste el camino de la virtud y, por lo que parece, también el voto de castidad. Tú has traicionado la vida espiritual igual que yo.

—Ahí es donde te equivocas. Solo he dejado que el enemigo se confíe. Precisamente ahora estoy donde quiero estar: en el corazón del mundo del dinero, en el anillo central de poder, justo el sitio ideal para poner una bomba y desmontarlo todo. Yo soy un

emisario del caos, aunque no lo parezca. Voy a dar una lección a todo este mundo plagado de ignorantes y de rastacueros. Será un ejemplo que no se olvidará en mucho tiempo. Un pequeño ejemplo de anarquía.

Espero que Jessica intervenga para desmentirlo, pero se queda callada, como si ya conociera perfectamente ese discurso y hubiera renunciado a contradecirle. Yo vacío la botella de vino repartiéndolo entre las tres copas y pienso, fugazmente, que todos los problemas quedan lejos, o lo que es lo mismo: que el futuro en Barcelona pinta bien.

—No te veo nada caótico ni revolucionario, Marcos. Todo lo contrario: eres un prodigio de pragmatismo.

—Estás muy equivocado. Tengo ya un plan que está en marcha. Sí, sé que no voy a cambiar el mundo y que los ricos seguirán mandando como han hecho siempre, pero por lo menos demostraré que no son invulnerables. Voy a poner a prueba la codicia humana, que en estos años está llegando a límites increíbles.

Le miro con escepticismo y le solicito con un gesto que se explique.

—Desde niño siempre he sentido fascinación por las pirámides. Las catedrales me aburren, pero las pirámides me fascinan. Suena insoportablemente esnob, pero lo cierto es que cada año voy al menos una vez a Egipto a ver las pirámides. La pirámide me gusta entre otras cosas porque es un buen sitio para tirarse. Desde la cima, vas cayendo lentamente hasta la base. Eso es mucho más religioso que lo que puede ofrecer una catedral. Una vez pensé hacerme masón, porque los masones valoran la importancia simbólica de las pirámides, como se puede ver en los billetes de dólar; me gustaba incluso todo eso de los ritos masónicos, pero luego me di cuenta de que no me aguantaría la risa en una reunión secreta de masones.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Ya verás —apunta Jessica, levantándose—. Siempre suelta el mismo rollo. Aprovecho para ir al lavabo, porque ya me lo conozco.

Marcos pone los codos sobre la mesa y se inclina hacia mí en tono confidencial, sin hacer caso al movimiento de Jessica. Yo consigo, aunque no es fácil, no mirarle el culo, porque camina de espaldas a mí en dirección al lavabo. Es un trasero hermoso que

mueve muy bien.

—Como me aburro horriblemente en la Fundación, he inventado un juego. El punto de partida es el siguiente: imagínate que yo pongo en circulación un objeto que no vale ni puede valer absolutamente nada, un objeto completamente amortizado, antieconómico, digamos. Un objeto que sea tan insustituible como inútil: unas bragas de mi abuela, por ejemplo. Con mis inigualables dotes persuasivas, te las vendo a ti por un euro; si tú consigues, por los medios que sean, vendérselas a otra persona por dos euros, tú has ganado un euro, como yo. Un euro por algo que no vale ni valdrá jamás nada de nada. Si seguimos así, vamos subiendo hasta la cima de la pirámide. La clave es saber vender, naturalmente. Llegará un momento en el que alguien comprará el objeto por muchísimo dinero pero ya no encontrará a nadie a quien venderlo, porque no habrá ningún tipo dispuesto a comprar. En ese momento, todos habremos ganado dinero menos un pobre cretino que tendrá un objeto ridículo sin el más mínimo valor comercial, y acabará tirándose por la ventana. Habremos fastidiado a un gilipollas al que se le quedará una perfecta cara de idiota. Tiene algo de justicia poética, no me lo negarás. Una nueva forma de redistribución de la riqueza. Una ruleta rusa de los negocios. La perfecta demostración de lo absurdo que es todo en este maravilloso mundo del dinero.

—¿Y realmente funciona?

—Por supuesto. ¿A qué te crees que me dedico en todos mis actos sociales? Yo estoy en las relaciones sociales desde hace un año, y aprovecho todos mis encantos y contactos para promocionar el juego. Busco jugadores, gente avariciosa que esté dispuesta a entrar. Y estamos subiendo la apuesta. Ya vamos por los cien mil euros.

—¿Cien mil euros a cambio de qué?

—Recuerda que tiene que ser algo único pero a la vez totalmente sin valor, ni siquiera para fanáticos del coleccionismo. Algo que esté excluido de cualquier tipo de cotización, algo irremediablemente insustancial. No fue fácil encontrarlo, pero al final recurrí a lo más elemental. Busqué en el sitio más subjetivo e inverificable que conozco: mi pasado. Buceé en todo aquello que a nadie en el mundo salvo a mí puede interesar: los recuerdos de mi niñez. Y así me reencontré con mi vieja cámara de súper 8. Tenía

que ser un objeto infalsificable y a la vez absolutamente inútil, que no sirva ni para los sibaritas más excéntricos. Es la cámara con la que mi padre grabó mi infancia, nuestras vacaciones, nuestras partidas de futbolín y de petanca, pero ni siquiera funciona, y no tiene arreglo, porque los componentes hace mucho que no se fabrican. Tiene su número de serie y se vende con su correspondiente contrato de compraventa. Todo es estrictamente legal, tan legal como frívolo. Me encanta que algo que pertenece a mi infancia se vuelva tan valioso y además sueño con que algún día los hombres más ricos del mundo, los que están en lo alto de la pirámide, entren en el juego. ¿Te imaginas que Rupert Murdoch entra en el juego y le intenta vender la cámara a Bill Gates?

—Estás completamente loco.

—Sí, tal vez, pero ya vale cien mil euros, y yo he ganado diez mil, de momento.

—Diez mil euros tampoco es tanto.

—Desde luego que no, pero solo pensar en el último tipo que comprará la cámara me hace dormir muy relajado por las noches. Ese pobre perdedor me odiará eternamente.

—¿Y quién la tiene ahora?

—Un ejecutivo de Iberia. El perfil del jugador es muy claro: ejecutivo ambicioso, joven pero sin familia y con poco tiempo para entretenerse. Incluso tú podrías entrar en esa categoría.

—Solo soy un pobre consultor. Y no me gusta que me tomen el pelo.

—Nadie toma el pelo a nadie. Esto es como ir al casino, puedes ganar o perder. Lo he consultado incluso con abogados. Estoy completamente limpio de culpa. Y gracias a mi labor mediadora ya se ha producido más de una fusión comercial entre empresarios que se han conocido jugando a mi juego.

Ambos terminamos nuestros postres en silencio mientras esperamos que regrese Jessica. Se ha retocado poco, pero consigue estar aún mejor que antes.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Iremos a bailar? —pregunta nada más sentarse.

—Hoy es jueves y yo mañana tengo mucho trabajo —respondo—. Tengo una reunión con cubanos a las nueve de la mañana. Podríamos quedar el sábado, ¿no?

—No, los fines de semana no se puede quedar con Marcos —dice Jessica, con un mohín de fastidio—. Tiene que trabajar con el jefe. Nunca se puede salir con él.

Marcos baja la mirada, levísimamente avergonzado.

—¿Trabajas los fines de semana con Barrios? —pregunto sin entender muy bien de qué va el asunto.

—Sí, prácticamente nunca podemos vernos los fines de semana —dice Jessica, ante la evidente desgana de Marcos—. Yo ya se lo he dicho muchas veces, pero no hay manera. ¿Tú crees que es normal? Entre semana podemos hacer lo que sea, pero el fin de semana el señor está ilocalizable. Algún día me cansaré de esto, Marcos. Yo sí trabajo entre semana y para mí es duro tener que levantarme mañana a las ocho. Debes hacer algo para cambiar esos horarios.

Marcos se pone cariñoso con ella y enseguida consigue resolver la situación, aunque a mí no me ha convencido tan fácilmente.

—Por eso pago yo esta cena y todas. Para compensarte por ese duro trabajo, que me aleja de ti y me deja en manos de jefes crueles y explotadores.

Jessica se ríe y exhibe una felicidad incuestionable, rotunda.

Veo un cartel con mi nombre en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto. Me siento un poco perplejo, porque pienso que tiene que ser un error. Pero no: reconozco el rostro de quien levanta el cartel con mi nombre, impreso en un tipo de letra enorme y con un considerable derroche de tinta, a diferencia de los otros carteles que veo, bastante chapuceros e improvisados. Es Alfredo, el contable, que me ha estado esperando. Un tipo pequeño, con un aspecto que a los demás les parecerá bonachón pero que a mí me resulta viscoso: narigudo, con gafas de pasta que parecen de empollón y por tanto suenan a frustración, y con un peinado de raya a la derecha excesivamente cuidado.

—*Benvingut*, bienvenido. Sabíamos que venías hoy y me ha parecido buena idea recibirte.

Estoy un tanto sorprendido por el servilismo, aunque admito en mi interior que también me siento halagado. Subimos a un taxi y Alfredo me bombardea a preguntas sobre mi conocimiento de Barcelona y mis planes inmediatos. Le informo de que viví en

Barcelona durante un par de años y para que no le queden dudas de mi capacidad de integración le doy algunos indicios de mi pasión por el Barça: uno de mis primeros proyectos es comprar un abono para esta temporada, al precio que sea. Alfredo, tímidamente, se define como aficionado del Espanyol: me parece un dato significativo que sumar a su currículum. Ya solo me falta hacerle el test de *El padrino*. Le explico que ya tengo el piso y que solo traigo una maleta con lo imprescindible, porque la mudanza importante todavía tardará una semana. Lo imprescindible incluye, aunque, por supuesto, no se lo digo a Alfredo, mi póster de Klaus Kinski interpretando a Lope de Aguirre, mis *matrioshkas* y mi edición de las *Investigaciones lógicas* de Husserl.

Alfredo me pregunta por Carvajal; procuro ser discreto y eludo mencionarle todo lo que sé del tema. Él cree que sus movimientos son cautos, y sin embargo para mí son transparentes. Quiere ser mi primer aliado, lo cual me hace temer que ya tengo varios enemigos. Probablemente Betriu ha empezado la lucha para conseguir mi puesto, aunque no puedo estar seguro todavía de nada.

Hace dos años que no visito Barcelona, pero poco parece haber cambiado, al menos en la ruta desde el aeropuerto. La capital catalana es para nosotros, para los que nos dedicamos a la asesoría y a la gestión, un modelo en muchos aspectos: crecimiento económico junto con labor social, conciencia ecológica y desarrollo industrial, localismo y cosmopolitismo. Aun admitiendo que muchas veces el equilibrio no se consiga entre factores tan complejos, hay que reconocerles los méritos a estos catalanes. A pesar del suicidio de Gamper.

Alfredo sigue hablando, esta vez contándome la historia de Trántor, y siento ganas de interrumpirle para castigar su inepta logorrea. Qué sabrá él de cómo nació Trántor. Qué sabrá él del capital inicial de esa empresa y las posibles conexiones con el pasado político de Lezama. Qué sabrá de las verdaderas intenciones del Gran Hombre cuando empezó: su egocentrismo, su complejo de Dios, su redentorismo de *american way of life* aplicado a Madrid. Ni siquiera sabrá lo que a mí tanto me costó descubrir: que el nombre de la empresa procede de algo tan banal como un planeta de las novelas de Isaac Asimov. Lo curioso es que ni yo ni Francisco hemos podido nunca conversar tranquilamente con ninguno de

nuestros predecesores. O están en la competencia, o han fallecido, o han abandonado por diversos motivos el país.

—¿Tienes llaves de la oficina?

Alfredo, sorprendido, se palpa un bolsillo antes de afirmar con la cabeza.

—Pues vamos. Quiero pasar un momento antes de ir a mi casa.

—Pero… son las ocho. No habrá nadie.

—Precisamente por eso.

Le digo al taxista que cambiamos de rumbo y él, amable como todos los taxistas, responde con un gruñido. Alfredo enmudece durante los siguientes quince minutos y yo me dedico a observar la ciudad. Se me ocurre que tengo que hacer una lista de visitas turísticas para relajarme en los pocos momentos que tenga libres: el Mies van der Rohe, la Casa Batlló, la Pedrera y el Tibidabo, con la vista estupenda que ofrece por la noche cuando tomas una copa en el Mirablau o el Rosebud. Rosebud, precisamente.

La oficina está, como pensaba, muy bien situada: en la misma Diagonal. El alquiler ha de ser altísimo; tal vez habría que pensar si no necesitamos un cambio de aires. La gestión del traslado de oficina en Madrid fue uno de mis primeros triunfos en la empresa: una magnífica mezcla de eficacia económica, organización administrativa y diplomacia psicológica para evitar que los contratiempos fueran más de los estrictamente necesarios en una circunstancia de ese tipo. Creo que fue ahí donde Lezama descubrió que yo tenía potencial para la gestión y que debía sacarme del puesto administrativo y darme otras responsabilidades.

Alfredo me dice que la oficina de Center está apenas a una manzana, también en la Diagonal. Los cabrones de Center, nuestro equipo rival, el enemigo que toda empresa necesita para desarrollar la competencia. Imagino que es poco probable que me encuentre a Krakowski por aquí. Aunque tampoco sé qué actitud debería tomar en ese caso: cordialidad deportiva de rivales o calculada frialdad. Krakowski: el tipo que en silla de ruedas es capaz de ser el mejor y el más autoexigente. Un ejemplo para todos, sin duda.

—Pero su oficina es horrible, por lo que me han dicho —apunta Alfredo—. La nuestra tiene mucho más gusto y estilo, aparte de que somos mejores, por supuesto. La excelencia de Trántor nunca la igualará Center.

—Claro que no.

Se ofrece a llevarme la maleta cuando salimos del taxi y yo dudo, aunque finalmente le digo educadamente que no es necesario. En el ascensor, noto que crece su nerviosismo ante una visita que no tenía prevista. Mientras, yo siento la embriaguez del que se encuentra ante su nuevo escenario cotidiano, donde pasará mucho tiempo y donde tendrá muchas y variadas emociones, desde la adrenalina profesional hasta la frustración de algún mal resultado. Salimos del ascensor y a Alfredo no se le ocurre otra cosa que señalar la única otra puerta de esa misma planta.

—Ahí hay una sauna, según parece —susurra—. Aunque nadie de nosotros lo ha comprobado, que yo sepa.

Le sonrío con empatía, pero eso no consigue mitigar su ansiedad a la hora de buscar las llaves y abrir por fin la puerta. No hay nadie; las luces están apagadas. Es una oficina amplia, más o menos bien distribuida, y pronto localizo el que va a ser mi despacho: el único que está aislado y tiene puerta propia. Es una buena noticia para mí, aunque eso también implica que mi superioridad jerárquica será demasiado visible y que por tanto tendré que compensarla con algunos gestos de aproximación. Los demás espacios están todos abiertos y comunicados, a pesar de unos biombos que dan la impresión de una falsa intimidad.

Observo la mesa de recepción, en la que, supongo, trabaja Carmen. Alfredo decide actuar de guía y me confirma todo lo que yo sospecho. Veo los despachos del área productiva y percibo cierto desorden. No es preocupante, pero quizá sea significativo. De todos modos, la oficina parece limpia, en general. No sé por qué esperaba algo más dramático, restos del caos que intentó crear la loca de Yolanda Llorens. Pero no, parece que todo está reconstituido. ¿Por qué entonces la baja productividad?

—Esta es la mesa de Mariana, la chica mexicana… Esta es la de Mónica que, por cierto, hoy mismo nos ha dicho que está embarazada… Esta es la de Sara… Esta es la mía… Y esa… es la de Yolanda.

Las otras mesas no me interesan tanto, pero la de la lunática sí. Me acerco e incluso paso las yemas de los dedos por encima de la madera, como si quisiera captar la antigüedad del polvo y sacar de ahí alguna conclusión sobre la anomalía que supuso esa persona.

Sobre la mesa solo queda un ordenador, una caja de clips y el típico bote con bolígrafos y rotuladores diversos. Nada que indique la presencia anterior de una persona destructiva; nada que informe de sus hábitos violentos, de su enajenación.

—Ya sabes la historia, ¿no? Una chica con graves problemas. No entendía, o no quería entender, que estamos aquí solo para trabajar, no para salvar el mundo. Al principio nos reíamos de ella, por sus extrañas salidas de tono; también, hay que admitirlo, fuimos un poco crueles con su físico, porque la chica está algo obesa. Algunos la llamaban la Traidora, o Quintacolumna, porque pensaban que era incompetente a propósito. Todo empeoró en cuanto murió mi predecesor, el contable. Yo llegué a la empresa y ya me encontré un ambiente difícil. Como si nunca saliéramos del funeral. A partir de ahí, fue como si ella quisiera pararlo todo, que dejáramos de correr para pensar en quién sabe qué cosas.

—Ya no hay de qué preocuparse. —Le dedico una sonrisa tranquilizadora—. Está despedida e ingresada. Es hora de mirar hacia el futuro y no pensar en ella. No es nada más que una mujer enferma. Una de esas personas que creen egoístamente que son las únicas que sufren y merecen atención. Que quiere imponer sus valores sobre los de los demás. Conozco de sobras ese tipo de narcisismo.

Pero los dos seguimos de pie delante de la mesa, observando la sobriedad funeraria, la ausencia de vida que distingue esa mesa de todas las demás.

—Los días anteriores a que estallara definitivamente su psicosis se sentaba aquí y tecleaba, simulando que trabajaba. Pero el ordenador estaba siempre apagado. Ahí nos dimos cuenta de que las cosas ya no iban bien. Llegamos a tenerle miedo porque amenazó con llenar de cianuro la cafetera. Aún a veces pienso que volverá y que hará alguna barbaridad. Jamás he conocido a nadie tan raro y tan enfermo. No puedo evitar pensar que se vengará de todos nosotros.

—Eso pertenece al pasado, Alfredo. Nosotros tenemos que pensar en el futuro. Yo sé que ha sido duro, pero vamos a salir adelante, con el esfuerzo de todos. No quiero derrotismo.

Alfredo asiente sin demasiada convicción, pero soy yo mismo quien se está contradiciendo. No dejo de mirar ese ordenador

apagado, como si buscara un mensaje invisible sobre la pantalla negra, entre la capa de polvo y la invisible electricidad estática. Como si los textos de Yolanda Llorens no fueran imaginarios, sino que estuvieran realmente escondidos en la memoria de ese disco duro y almacenaran alguna clave para interpretar el futuro de Trántor y, por tanto, el mío propio.

El casero se despide después de haberme enseñado el piso y me entrega la llave y una tarjeta con su número telefónico por si hay alguna emergencia. El piso no está nada mal: es amplio y soleado, ha sido reformado hace poco y el mobiliario tiene un gusto aceptable, aunque seguramente Eugenia no aprobaría ni los cojines del sofá. Cierro la puerta y abro la maleta para empezar a colocar todas mis cosas. Cuelgo la ropa en el armario, distribuyo todos los productos de higiene en el cuarto de baño y por fin desenrollo el póster de Klaus Kinski. Ya he decidido en qué pared lo colgaré: justo sobre la mesa que utilizaré para trabajar y que el casero acaba de comprar para mí, tal como le pedí por teléfono.

Aguirre, la cólera de Dios no es solo una de mis películas preferidas: es parte de un protocolo de concentración que ha resultado ser sumamente efectivo en estos últimos años y que es la clave de mi progresión en este mundo de la consultoría económica.

Lo que nunca diría ante una cámara de televisión, lo que no saben Lezama, ni Francisco, ni siquiera Eugenia, es que tengo un talento especial. Los tres son conscientes de que tengo aptitudes para mi trabajo, pero no entienden la magnitud de ese talento. No basta con dedicarle muchas horas a este trabajo para triunfar en él. Hay que saber profundizar con destreza de cirujano en la corteza social, hay que superar lo fragmentario para alcanzar la perdida y añorada unidad de todo, hay que saber recomponer las piezas y desatar la intuición creadora. No sé realmente cómo he conseguido ese don; probablemente se deba, en última instancia, a mis viejas lecturas filosóficas, hechas con devoción y candor de alquimista, lecturas que han fermentado de forma inesperada para concederme esta capacidad especialísima.

Sea como sea, hasta ahora nunca he fallado cuando me he enfrentado a un problema organizativo. Domino como nadie la

ingeniería social. Las empresas son para mí organismos transparentes y hasta cierto punto simples; detecto pronto sus fallas, sus traumas, las prótesis que necesitan. Los intereses humanos me resultan fáciles de descubrir. Aplico un poquito de Freud, un poquito de Marx, un poquito de Weber, un poquito de Foucault y un poquito de Derrida para no tomarlo todo demasiado en serio. Con tiempo y voluntad, podría resolver los problemas de cualquier organización, fuera la mafia, ETA, El Corte Inglés, el Opus Dei o el Real Madrid. Una vez me concentro y dejo que mi intuición fluya y articule todos los conocimientos que tengo sobre la empresa, la solución se me aparece con facilidad. Mi imaginación, que se activa con la sola observación de la imagen jactanciosa y airada de Kinski, me lleva con naturalidad a encontrar una estrategia que funcione. Sé a quién hay que despedir para que todo empiece a funcionar; sé por dónde tienen que orientar sus recursos; sé quién ama a quién en la plantilla y cómo el sexo interfiere en una determinada relación laboral. Y sé cómo explicarlo todo para que nadie tenga dudas.

No me cuesta nada hacer el diagrama mental de las relaciones, los contextos, los márgenes, los valores, incluso los miedos y los fantasmas. A veces siento que ningún problema se me resistiría si tuviera suficiente tiempo para afrontarlo con mi método. A veces, también es cierto, pienso que estoy completamente loco y aún no me he dado cuenta. De cualquier forma, hasta ahora soy un infalible experto en gestión y estrategia. Y sueño con la posibilidad de aplicar mis conocimientos a organizaciones mucho más complejas y decisivas que Trántor.

Por eso soy mucho mejor que Francisco, Asun o cualquiera de los que conozco. Solo, quizá, hay uno tan bueno como yo.

Krakowski, el maldito Krakowski.

Segunda parte

WORDPERFECT

Mi primer viaje serio con Eugenia, no de fin de semana a la montaña o a la playa, fue hace once años, dos antes de que nos casáramos (por lo civil) y empezáramos a vivir juntos. Para mí era una prueba muy seria del estado y, sobre todo, las posibilidades futuras de la relación, puesto que, aunque el viaje era sin duda atractivo, convivir los quince días previstos podía revelar demasiado de cualquiera de los dos; en mi caso, me preocupaba, cómo decirlo, parecer poco espontáneo y demasiado petulante. Muchas veces, entonces, antes y ahora, he tenido la sensación de que transmito a los demás una imagen de persona incapaz de relajarse, sin sentido del humor, obsesionado por la eficacia en todos los órdenes de la vida, por evitar patológicamente lo superfino o lo intrascendente. No es cierto, y yo lo sé, pero también sé que mi capacidad para el trabajo y la disciplina no es muy frecuente y, por ejemplo, Eugenia, a pesar de ser profesora de universidad, nunca trabajó a mi ritmo de diez u once horas diarias ni siquiera cuando empezamos a vivir juntos y nos esforzamos por ahorrar para comprar el que fue el primer piso. En realidad, sospecho que lo que me preocupaba antes de tomar aquel vuelo era que mi tendencia a rentabilizar al máximo el tiempo fuera aplicada también al ocio, y que esa, digamos, manía acabara estresándonos de alguna manera.

Elegimos un viaje por la Europa del Este, con escalas en Budapest, Sofía y sobre todo Moscú, que era lo que más me interesaba a mí. Yo sentía una profunda curiosidad por ser testigo de la nueva Rusia capitalista, por examinar un país en transición desde el horror del socialismo, con el que quizá llegué a simpatizar

alguna vez, en mi adolescencia. Eugenia no estaba tan interesada en ese tipo de reflexiones, posiblemente porque su ascendencia social es bastante más burguesa que la mía. Mi padre era un toledano áspero y duro que montó un bar en el barrio de Carabanchel, donde yo nací, aunque pronto nos cambiamos de casa. El padre de Eugenia tenía algo de pedigrí, e incluso presumía de que era familiar lejano del escritor Echegaray, el primer premio Nobel español. Cuando conocí a Eugenia, ella parecía luchar contra esos condicionantes. Ahora, sin embargo, la veo convertida en una máquina de consumir ropa y todo tipo de caprichos. Quizá, en el fondo, ha vuelto a su origen y se ha reconciliado con su verdadera identidad.

Por lo que a mí respecta, no es descartable que aquel primer viaje a la Europa excomunista me hiciera tomar la decisión de darle un giro a mi currículum e intentar entrar en el máster de administración de empresas. Aunque quizá fue la propia experiencia del viaje, el extremo placer que sentí con Eugenia y la plenitud vital que ello supuso, lo que me impulsó a darle un nuevo rumbo a mi vida y olvidar el doctorado en filosofía, al cual no veía ninguna salida.

Ya tenía tema y director para esa tesis; lo que no tenía era confianza, seguridad en un futuro de reflexión y vida académica. Probablemente me pesaba demasiado el miedo; más exactamente, un tipo específico de miedo que es el que está detrás de la filosofía, aunque muchos intenten dignificarlo como curiosidad por el universo. No, esa curiosidad se siente por las mariposas, pero la curiosidad filosófica para mí siempre ha sido una variante del miedo: miedo a lo desconocido, a la trascendencia. A que el absoluto sea algo espantoso, como un horrible agujero negro ideado por un Charles Manson todopoderoso y cósmico.

En aquellos tiempos mi vida también estaba regida por ese miedo, que intenté sublimar con una tesis sobre ni más ni menos que Pascal. Fuera como fuera, entre el viaje y el máster el miedo desapareció, y todos los posibles absolutos (valga la paradoja) dejaron de interesarme. Descubrí que lo inmanente, la vida mundana de los seres corrientes y las cosas materiales, podía ser total: por ejemplo, un trabajo creativo en el que organizar, gestionar y mover sistemas humanos, llevándolos a la perfección, es decir, a la eficacia. Y sobre todo, tenía algo igual de satisfactorio:

tenía a Eugenia.

Follamos mucho en Moscú, como nunca lo hicimos antes ni lo volvimos a hacer. Pero tampoco fue eso lo que hizo inolvidable el viaje. Aunque fue importante, desde luego. Yo tenía algunas ideas preconcebidas sobre Eugenia y le atribuía, no sé muy bien por qué, un cierto desinterés, muy interiorizado y por tanto difícil de superar, por el sexo. Evidentemente, habíamos follado ya bastantes veces, como es lógico. Pero en Moscú fue distinto, porque por primera vez fue sexo duro, fuerte, agresivo, con experimentos. Nada exagerado ni pervertido, por supuesto; pero, por ejemplo, ahí fue la primera y única vez que me hizo una felación. Nunca le gustaron esas cosas (es más: la sola hipótesis de la sodomía le provocaba reacciones muy explícitas de aversión), salvo en Moscú. Y no fue a causa del frío. Entendí entonces que aquel era un gesto excepcional por su parte; nunca le reproché que después no quisiera volver a hacerlo. A cada uno le gusta lo que le gusta. Y eso no fue nunca un problema para nosotros dos. Por eso precisamente entiendo que aquello fue un regalo moscovita. Un regalo maravilloso, generoso, propio de dos amantes que empiezan a madurar un cierto proyecto de intercambio vital. Una oferta magnífica para un acuerdo de negocios, diría yo si quisiera abusar de mis metáforas laborales.

Sin embargo, en los últimos días, Eugenia se puso enferma. No fue nada grave, pero tuvo bastante fiebre y el médico del hotel no nos inspiraba mucha confianza, por lo que adoptamos todas las precauciones ante lo que parecía una infección gastrointestinal. El viaje estuvo a punto de estropearse durante esos momentos de encierro en la habitación del hotel, justo después de un par de noches especialmente intensas de furor sexual. No negaré que tal vez yo estaba especialmente contento y relajado porque había disfrutado mucho desde el punto de vista hormonal, pero lo cierto es que disfruté aún más cuidando a Eugenia.

La cuidé y la mimé con una ternura sufriente y a la vez gozosa que apenas había ejercido yo hasta entonces, o al menos no con tanta intensidad. A mi madre la cuidó sobre todo mi hermana, con la que se fue a pasar en Santander los últimos años de su vida. Yo no tenía, por tanto, mucha experiencia en lo que podríamos llamar, abusando otra vez de las metáforas laborales, la gestión del sufrimiento ajeno. Aquella vez cuidé a Eugenia y sentí miedo de

perderla. Era el miedo otra vez, claro que sí; pero ese miedo fue vencido, derrotado, aplastado después de los titubeos y los presagios nefastos o incluso exagerados. Porque yo amaba a esa mujer que tiritaba y me miraba con ojos febriles.

El tiempo, extrañamente, provocó que aquellos días sin sexo fueran mucho más importantes para el futuro que los días con sexo. Tres años después, empezaron los problemas uterinos de Eugenia, salieron los miomas y de ahí los traumas. Yo conseguí pasar un año sin echar un polvo, y no me costó tanto como había pensado, porque se trataba de una esencial solidaridad con ella y porque, aunque yo lo había creído inimaginable, había algo más importante que los orgasmos. Recuerdo cómo luchábamos entonces, cómo compensábamos nuestras debilidades, cómo nos implicábamos en algo que parecía que iba a ser duradero.

De aquel viaje me traje, en una decisión que aún hoy me molesta por vulgar, *e\souvenir* típico: las muñecas rusas. Pero años después una de las muñecas, la tercera en orden concéntrico, se me cayó al suelo y se rompió mientras me entretenía, quién sabe por qué, montándolas y desmontándolas. Ni siquiera puedo atribuir el accidente a otra cosa que no fuera mi torpeza; todavía no teníamos a Jan. Fue un accidente sin importancia real, pero con una curiosa importancia simbólica: falta una muñeca desde entonces y el interior está incompleto. Algo falla en mis muñecas rusas y llevo años tratando de entender qué demonios significa eso para mí, tratando de entender hasta qué punto es indicio o señal de algo.

Tengo la escenografía absolutamente controlada y sé mi discurso de memoria. La cortina de la ventana de mi despacho, que solo corro en ocasiones especiales, oculta desde ayer por la tarde el interior. Solo ha habido un pequeño problema de tiempo, porque Betriu ha llegado tarde a la oficina, pero ya ha entrado después de su visita al ayuntamiento y está ahora mismo sentado a su mesa. Llamo a Alfredo a su extensión y le aviso de que ha llegado el momento. Entra en mi despacho, como siempre con la cabeza baja; le pregunto si todo está en orden. Agita una carpeta que lleva en la mano y entiendo que es una respuesta afirmativa. Espero que realmente esté todo en orden: en todo caso, si no es así, ya es

demasiado tarde, y quien pagará las consecuencias será el propio Alfredo.

Antes de que se siente en una de las sillas que quedan justo frente a mi escritorio, le indico que nos vamos a reunir en la otra mesa, que me parece más adecuada para crear lo que podríamos denominar un falso ambiente de igualdad. Respiro hondo pero no demasiado para que Alfredo no se ponga nervioso, y aviso a Betriu por teléfono. Tarda apenas diez segundos en tocar la puerta y entrar; parece dispuesto a explicarme cómo ha ido su sesión de trabajo. Debo atajarlo cuanto antes para que no nos demoremos en exceso:

—Tenemos que hablar. Por favor, siéntate.

Mi discurso es sencillamente perfecto y lo pronuncio con confianza y autocontrol:

—Francesc, desde que llegué a esta oficina hace tres meses hemos estado diagnosticando cuáles eran los principales problemas de esta oficina. No es una tarea fácil, como sabes. Esta es una oficina con un personal muy cualificado, pero lo que he descubierto es que hay una especie de desmotivación general, que, hasta cierto punto, y solo hasta cierto punto, es explicable por los acontecimientos del año pasado, que, como todos sabemos, fue bastante difícil. Precisamente por esas dificultades, las personas como tú teníais que liderar este proyecto. Esperábamos mucho de vosotros. En particular de ti, Francesc. Pero el balance de estos tres meses es muy decepcionante. Has estado prácticamente todo el tiempo de baja y tu actitud ha sido inapropiada. Y no lo digo solamente por los ataques ocasionales de ansiedad. Todos podemos sufrir algo así. La actitud es la clave, Francesc. La actitud puede compensar casi cualquier carencia. Pero hay un problema de actitud muy evidente en algunas personas de esta oficina. Necesitamos líderes, gente competitiva que saque adelante este proyecto. Tenemos, por ejemplo, el fracaso del proyecto de Girona. Era nuestro y se lo ha llevado Center. ¿Cómo pudo suceder algo así? He examinado los documentos y están llenos de fallos y de improvisación. Trántor tiene un estilo; nos hemos fraguado un nombre y una reputación gracias al esfuerzo de todos. El proyecto que presentaste no estaba a la altura. Ese fracaso es imperdonable; desde un punto de vista estrictamente empresarial, demuestra que

estás en una línea descendente.

—Estoy intentando recuperar mi nivel… y no es fácil. No sé si lo sabía, pero estoy tomando algunas pastillas, y me vuelven lento. —Ya sabía lo de las pastillas; pero aún más grave es el balbuceo con el que se expresa, que demuestra que está perdido. Es una sombra de lo que podría ser. Me daría pena si no fuera porque realmente estoy harto de él y de su permanente lloriqueo. Es muy simple; ya no cree en su trabajo. Ha perdido la fe. Y sin fe, nada puede funcionar. Y menos una organización como Trántor.

—Por favor, déjame terminar. Creemos que ya no estás a gusto con nosotros y que tu situación es insostenible. Con toda sinceridad te lo digo. Teníamos plena confianza en ti, por tu currículum y tus cualidades, pero es evidente que algo falla, y después de muchas reflexiones, pensamos que es una cuestión que debes resolver por tu cuenta. Esta oficina está en un momento crucial y si no cumplimos los objetivos previstos en el plan estratégico, nuestra continuidad peligra. Somos un equipo que está fallando, Francesc. Hay que recuperar la ilusión por el trabajo.

Betriu no sabe dónde poner las manos ni a dónde mirar. Es un hombre indefenso, hundido; creo incluso que puedo prescindir del último tercio de mi discurso.

—Alfredo actúa de testigo. Esta es la carta de despido. —Abro la carpeta y se la enseño—. Está firmada. Sin embargo, existe la posibilidad, por supuesto legal y comprensible, de que vayas a juicio por despido improcedente. Personalmente, creo que sería un error y, en el fondo, creo que sabes que no ganarías el juicio. Tienes suficiente experiencia como para darte cuenta de que tu expediente del último año es demasiado problemático. Te hemos hecho una oferta de finiquito que, en mi opinión, es generosa. —Le enseño el cheque, pero apenas lo mira. No parece valorar la cifra. Su hundimiento es absoluto—. Esta oferta te la hacemos ahora, pero no estará abierta indefinidamente. Sabes, además, que no te conviene una mala salida de esta empresa a la hora de buscar otros trabajos en este sector. Yo estoy dispuesto a recomendarte personalmente para cualquier otro puesto; tienes mi palabra. Estoy seguro de que en otra empresa recuperarás el optimismo.

Betriu baja la vista y duda sobre sus siguientes palabras. Alfredo y yo intercambiamos miradas de confianza. Todo parece funcionar

correctamente.

—¿Cuándo debo irme? —pregunta Betriu, y yo diría que, increíblemente, está a punto de llorar. ¿Qué le ha sucedido a este tipo? Se ha convertido en una caricatura de *yuppie*, en un treintañero melancólico y senil. Probablemente sea cierto que ha perdido a su novia; ya no me sorprende nada. Pero no siento lástima por él; la semana que viene pasará a ser un nombre más de archivo y habrá pasado por mi vida y por la de Trántor sin haber dejado huella. Además, se acabaron los viejos tiempos, tan cómodos para algunos, de las víctimas inequívocas y los culpables evidentes. Betriu ha tenido todas las oportunidades del mundo y no puede echarle la culpa de su fracaso a nadie más que a sí mismo. Ni al mundo, ni a Dios, ni al capitalismo, ni a Trántor. Y ni siquiera me conmueve su despido: tendrá su indemnización, su subsidio si lo quiere, y le saldrán cincuenta ofertas enseguida. Derechos no le van a faltar. Otra cosa es que quiera triunfar en este sector; es evidente que para un tipo de trabajo como el nuestro está muerto, definitivamente muerto. Ni siquiera en Center pasaría ahora la primera entrevista, con este aire distraído y esta especie de distimia que exuda por debajo de la camisa.

—No queremos forzar las cosas y comprendemos tus necesidades. De todas maneras, en estas situaciones lo mejor para todos es hacerlo deprisa.

Lo que él no sabe ni sospecha es que en estos días Alfredo se ha quedado hasta tarde haciendo copias de seguridad de los materiales del ordenador de Betriu, mientras él estaba de baja, y que nos hemos asegurado de que no pueda adoptar ninguna medida vengativa al estilo Yolanda Llorens. Aunque no parece que Betriu tenga previstas represalias: la pasividad y la indolencia le dominan por entero. Quizá yo incluso desearía que reaccionara ahora agresivamente, que despertara de nuevo al mundo del odio y del rencor, porque eso demostraría que está capacitado para volver a la competición. Pero no. No hay esperanza para él. No al menos en el mundo de las consultarías económicas. Tal vez sí en Hacienda o en Correos.

Le indico con las manos que es el momento de añadir algo antes de decidir si firma o no. Betriu lee la carta de despido y revisa el finiquito, pero yo intuyo que no entiende nada de lo que lee, como

si su mente estuviera en otro sitio. Suena el teléfono; me he olvidado de avisar a Carmen de que no me pase llamadas. El único error en mi comportamiento del día de hoy. Carmen me avisa de que es el Anarquista; seguramente le toca ahora Barcelona en su vida de holgazán bien remunerado y quiere emborracharse conmigo. Me molesta la idea de tener la típica conversación cínica con él justo en este momento, en el que en mi despacho están sucediendo cosas muy serias que él seguramente no entiende o menosprecia. Le digo a Carmen que estoy reunido y que lo llamaré después.

—Lo he intentado —dice Betriu—. De verdad que lo he intentado. Pero no puedo controlarlo. Es el miedo, César. Me domina el miedo y solo lo puedo combatir con las malditas pastillas.

Le dedico una mirada compasiva, pero la verdad es que no entiendo a qué miedo se refiere. ¿Miedo existencial, profesional, personal? ¿De qué habla? ¿Por qué no he podido comprender sus medias palabras en estos tres meses? ¿Cuál es el dato que se me escapa para entender su declinante trayectoria?

—Lo sé, Francesc. Por eso has de seguir tu camino y solucionar estos problemas antes de volver a ser el que eras. El que mereces ser.

Me levanto y le pongo una mano en el hombro, y como si activara un resorte, él saca el bolígrafo del bolsillo de su camisa y firma la carta del finiquito. Alfredo me mira asombrado mientras Betriu, sin decir nada más, sale del despacho.

—Ahora hay que gestionar la información del despido para el resto del personal. Por favor, Alfredo, avisa a todos de que habrá una reunión mañana a las cinco en la sala de juntas para informar de la reestructuración. Aunque en realidad no hay mucho que repartir. Los proyectos de Betriu los llevaré yo, y sus tareas administrativas serán tuyas. —Espero que Alfredo no se queje; al fin y al cabo, lo mío es mucho trabajo, pero es la única forma de asegurarme de que el despido sea rentable, ya que no podemos permitirnos una nueva contratación, al menos de momento.

Le doy a entender que la reunión ha terminado y que cada uno debe volver a lo suyo, pero Alfredo llama mi atención con el dedo índice.

—Hay otro asunto, César. El contrato de Sara termina el mes que viene. Ayer ya me preguntó si sabía algo del tema. Es evidente que está preocupada.

Es cierto; entre unas cosas y otras no había recordado el asunto de Sara. Tengo que revisar la agenda para comprobar si el fallo es mío o debía habérmelo recordado antes Alfredo.

—He visto los currículums que hemos recibido últimamente y hay varios candidatos que sin duda lo podrían hacer mejor. Quizá sea un buen momento para dar otro paso en la remodelación y añadir valor al equipo.

Alfredo insiste con el gesto del dedo índice.

—Si me permites un consejo, yo renovaría el contrato de Sara.

—Alfredo, sabes tan bien como yo que Sara es una incompetente. Es impuntual e ineficaz. Por no hablar de que conmigo ha tenido desde el primer día una actitud digamos que poco constructiva.

Alfredo se concentra durante unos segundos como si reuniera fuerzas para sacar a la luz un secreto.

—Lo sé. Pero tienes que hacerme caso. Sara es más importante de lo que parece. Debes confiar en mí. Yo estoy más en contacto con los administrativos que tú. Oigo cosas que nunca te dirían a la cara. Despedir a Sara sería un error; en cierto modo, es más importante que Betriu.

—Explícate.

—Sara era la mejor amiga de Yolanda. La única amiga, en realidad. Entre ellas había secretos, intimidades. Tenían un rollo especial. Estoy seguro de que Sara sigue viendo a Yolanda en el psiquiátrico.

—¿Y qué? Yolanda no trabaja aquí.

—No, pero sigue estando aquí. De algún modo.

Lo que dice Alfredo es inesperadamente lúcido y penetrante, y sobre todo me desconcierta porque significa que, después de tres meses de esfuerzo observador, sigo ignorando aspectos muy importantes de mi equipo. No me gusta la posición súbitamente arrogante del contable, y medito durante unos segundos sobre los dos temas: esa extraña interioridad de alguien tan aparentemente inane como Sara y la insolencia contenida de Alfredo, que encierra el germen de una ambición que habrá que controlar y reconducir.

Pero reacciona rápido para demostrar cuál es su posición jerárquica:

—Otra cosa, antes de que me olvide. Ya tengo los precios de los barcos.

Me había olvidado por completo: con mis problemas actuales de tiempo, no consigo obtener la información que necesito para comprar un barco y mantenerlo, sea en el puerto de Barcelona o en otro puerto. Le encargué a Alfredo que se ocupara, pero no pensé que lo tendría resuelto tan rápidamente. No me gusta que él sepa en qué me gasto el dinero, pero, al fin y al cabo, tiene información de todo el presupuesto de la oficina y debe mantener el secreto profesional. Además, supongo que no se sorprenderá de nada a estas alturas.

—Lo tengo todo en una carpeta en mi mesa. Te lo traigo, si quieres.

—Ahora no puedo echarle un vistazo. Recuérdamelo mañana.

De niño pasábamos los veranos en la costa de Málaga, incluso veraneamos un par de veces en Nerja, el pueblo de *Verano azul*, justo antes de que grabaran la serie y el pueblo se hiciera popular. Desde entonces, siento una extraña y grotesca mezcla de nostalgia y asco cuando me hablan de Chanquete y de su barco, pero me ha quedado un apetito de mar, un deseo de aprender algo sobre el mundo de la navegación y, sobre todo, de experimentar la relajación del marino y su concepto insólito del tiempo. En Madrid, tener un yate o simplemente un barco, aunque estuviera a mi alcance económico, era poco menos que un disparate, o un capricho desproporcionado, de jeque árabe. Barcelona tiene esa evidente ventaja sobre Madrid: el mar. No sé cuánto tiempo estaré por aquí, pero, sea como sea, la compra del barco me apetece, y no veo por qué debo privarme de algo que puedo permitirme y que incluso podría ser un perfecto símbolo de los nuevos tiempos en mi vida.

Alfredo habrá hecho bien el trabajo, sin duda. Yo tendré un barco pronto. Pero ahora me preocupa, por primera vez, Sara.

La cortina de mi despacho está corrida. Un ruido me distrae y levanto la mirada del pliego de condiciones del nuevo concurso de la Generalitat. Mónica parece haber tropezado con una silla.

Teniendo en cuenta su estado, creo oportuno salir del despacho y comprobar que esté bien.

—Estoy bien, no ha pasado nada —dice sonriendo. Ya tiene una notable barriga, a pesar de lo cual sigue trabajando hasta altas horas. Son las ocho y solo quedamos ella y yo.

—No deberías trabajar tanto. Piensa primero en tu salud, por favor. Y en la de la criatura.

Elijo la palabra «criatura» porque ahora mismo no recuerdo si me dijo que iba a ser niño o niña.

—De eso quería hablarte. Me he quedado hoy más tiempo porque tenemos que enviar la auditoría de Nestlé mañana, y esta semana he faltado mucho por culpa de las visitas a los médicos. Ya sabes, las cosas de las madres. Mi intención es aguantar al máximo antes de pedir la baja de maternidad. Tenemos muchos asuntos en marcha y no me gustaría dejar nada importante colgado.

—El proyecto de Nestlé es crucial y no podemos cometer ni el más mínimo error. Ahora que no está Betriu, su parte la tenemos que hacer entre todos. Sé que estás trabajando mucho. Pero ya te dije que sabremos recompensarlo con la paga de productividad. Confía en mí. Aguanta un poco más.

—Gracias. La verdad es que está siendo un mes duro.

—Lo sé.

La acompaño con una cortesía automática hasta la puerta y, cuando la abro, veo que sale del ascensor la señora de la limpieza. Hoy sí es puntual; supongo que ha asumido que me voy a quedar muchos días en la oficina hasta muy tarde y que, sin quererlo expresamente, controlaré su trabajo. Aunque tampoco me parece mal echar un vistazo de vez en cuando. Cobra en negro, y eso tiene sus riesgos: sale barata, pero el día menos pensado desaparece o peor, destroza algo y a ver quién le pide explicaciones después.

Aunque no parece que vaya a causar problemas. Es educada y silenciosa, como todos los peruanos que conozco. Yo diría que es más competente que las que tenemos en Madrid.

La peruana empieza a hacer su trabajo y me encierro otra vez en el despacho. Reviso durante unos minutos el pliego de condiciones y dudo sobre si debo dejar en manos de Fuster la gestión de este proyecto. Parece más activo que Betriu, pero sigue estando muy por debajo de las posibilidades que de él se podrían esperar. Espero no

tener que despedirlo también, aunque no estoy dispuesto a dejar pasar la más mínima oportunidad de sustituirlo por alguien nuevo.

Necesito café; no tanto para despertarme como para engañar al estómago durante una hora al menos, que será el tiempo que dedicaré a trabajar antes de irme a mi aburrido piso de Sants. La señora de la limpieza está limpiando el lavabo y no la veo mientras me dirijo a la habitación donde guardamos la cafetera, junto al material de papelería y los trasteros en los que se acumulan las carpetas y en general todo lo viejo. Queda café de primera hora de la tarde, pero está intolerablemente frío. Tendré que preparar café nuevo. Sin embargo, decido esperar unos momentos. La oficina está vacía y silenciosa, y esa situación produce en mí, en muy contadas ocasiones, una extraña y delicada calma que me gusta saborear.

La oficina, cómo decirlo, es *mía* ahora. Es mi jardín. Y hay posibles percepciones que solo se pueden dar en instantes como este. Objetos que se dejan ver y que propician perspectivas a través de las cuales conocer mejor a sus propietarios. No puedo permitir que la especulación sea demasiado larga, o entraré en un regodeo ensoñatorio. No, necesito sentirme como aquella vez en Heathrow, hace tres años. Un momento delicioso que duró apenas unos minutos.

En mis tiempos de estudiante llegué a escribir un divertimento llamado *Crítica de la razón aeronáutica*ˆ en el que trataba de justificar un tanto humorísticamente la importancia de los aviones como espacio de conciliación social. Mi idea era estudiar cómo en los aviones el miedo al accidente, es decir, el miedo a la Tragedia, diluye los antagonismos sociales e ideológicos para crear una cierta armonía colectiva. Quién sabe dónde quedó aquel texto, probablemente redactado en el WordPerfect de mi primer ordenador. Sin embargo, mi fascinación por la aeronáutica ha vivido desde entonces muchos avatares. No solo me impresiona, con algo de candidez que nunca he querido eliminar, la tecnología, con su sentido prometeico; puedo disfrutar de la eficacia científica en otros contextos, como por ejemplo los hospitales, en los que me enriquezco con la devoción de la sabiduría ajena. Pero el aeropuerto ofrece, en muchos sentidos, una vertiente de la razón humana que es para mí especialmente tentadora: la complejidad de los sistemas, de los nudos con los que se vertebra la cohesión social.

El trasiego, el peregrinaje, el murmullo de intercambios y encuentros, la oferta de productos, la cantidad de reglas y signos que marcan el espacio, y, en definitiva, el plasma humano regulado en una instalación gigantesca llena de jerarquías y controles de todo tipo, me transmiten casi siempre una sensación de bienestar cuyo origen no es claro para mí mismo, un bienestar que es superior al alivio de haber llegado sin incidentes al destino previsto. Quizá es fascinación de sociólogo ante un gran espacio público en el que los valores del mundo se mueven y se ponen en juego. Tal vez el aeropuerto es el innegable santuario del progreso, de los máximos niveles alcanzados por la organización humana. Por eso me encanta el ejercicio de la observación, tan ajeno a la prisa y a la impaciencia de los pasajeros cansados o nerviosos: más de una vez me he sentado en las salas de espera durante horas solo para deleitarme con el movimiento multiforme y tratar de recopilar todas las conexiones que tenían lugar en ese escenario y que afectaban directa o indirectamente a tantos miles de individuos. Intento a veces imaginar los planos del aeropuerto, pero no solo los planos arquitectónicos, sino todos los proyectos, esquemas, diseños, registros, que lo convierten en un cuerpo gigante lleno como el cuerpo humano de operaciones microscópicas pero cotidianas.

Sin embargo, aquella noche en Heathrow alcancé probablemente el más alto nivel místico. Llegué en el último vuelo de la noche y salía en el siguiente, apenas cuatro horas después. Me parecía un gasto inútil pagar un hotel para cuatro horas y decidí comportarme de una manera más rentable para la empresa, aguantando en el mismo aeropuerto las horas necesarias. Entonces empecé a pasear, mientras solo se movían vigilantes y personal nocturno de limpieza, y sentí lo que debería haber sentido en alguna catedral y sin embargo no he llegado a sentir nunca: un atisbo de religiosidad. Porque si los aeropuertos son fascinantes en el flujo de movimiento humano, en el cruce de vidas, intereses y sueños que tiene lugar cada día, lo son aún más (aquel día lo entendí) en la curiosa soledad de la noche, cuando se están borrando las huellas y cuando el reverso de tanta complejidad descubre su mirada más inquietante y queda como una ciudad antigua abandonada por alguna epidemia. Sí, un aeropuerto vacío es un lugar extraño en el que se aprende mucho de la vida de hoy. Y yo conservo aquel recuerdo de

Heathrow como uno de los mejores de los últimos años. Que tampoco han sido demasiado buenos, fuera de la empresa, claro.

Una oficina desierta tiene también toda una serie de significados residuales, de vibraciones que solo un observador muy agudo puede entender. Yo no solo veo máquinas, muebles y papeles; veo los fantasmas de Fuster, de Mónica, de Carmen, de Alfredo, de Sara o de Betriu, de todos los trabajadores, moviéndose de nuevo y desvelando secretos y conductas.

Pero no puedo completar hoy mi análisis de la oficina desierta. No es solo que pienso en el café que todavía no he preparado; algo más me distrae, y ese algo está dentro mismo del cuartucho del café. Detrás de una caja de cartón, percibo parte de un teclado de ordenador bastante sucio; tengo curiosidad y por eso aparto la caja. Entonces descubro el ordenador completo. Reconozco la pantalla por la marca y el diseño; es el ordenador de la loca. Hace más de un mes que avisé a Mariana y a Sara de que había que desprenderse de ese ordenador, que además ni siquiera funciona bien; la desobediencia me sorprende, porque creo que fui muy contundente al respecto. ¿Por qué no lo han dejado en la calle o han donado lo que sirva a alguna ONG, como solemos hacer en Trántor en esos casos? El detalle me preocupa y mañana tendré que interrogar sobre ello a Alfredo, que sin duda estaba al tanto y no me informó. Yo casi nunca permanezco en el cuartucho más tiempo del que necesito para llenar la taza de café, y por eso es lógico que no me haya fijado hasta ahora.

Suena el teléfono y reacciono automáticamente. No debería responder, puesto que ya no estamos en horario de oficina, pero soy incapaz de evitarlo. En este caso, acierto con la decisión irracional. Es Lezama. No entiendo muy bien su llamada; si quiere hablar conmigo, ¿por qué no me llama al móvil, si se supone que ya no estoy trabajando? Supongo que es parte de su estrategia de control para saber *realmente* a qué horas trabajamos; me parece torpe, suspicaz y sobre todo previsible, pero puedo seguirle el juego sin problemas. Nos saludamos con las ironías habituales y yo contesto a su inevitable «qué tal todo» con un rápido resumen del estado de la reestructuración tras la marcha de Betriu. No le miento demasiado; en realidad, la adaptación está siendo buena, aunque eso suponga un exceso de trabajo para mí. Pero Lezama no llama por ese motivo,

y lo deja bien claro.

—¿Has visto las noticias?

No he tenido tiempo prácticamente de nada; Pakistán podría haber lanzado una bomba atómica sobre la India y no me hubiera enterado. Solo he visto por internet que el maldito Anarquista tenía razón y que Barrios ya tiene su periódico.

—No, no las he visto. ¿Qué ha sucedido?

—¿Sabes a quién han nombrado ministro? ¡A Rosell!

Finjo sorpresa, aunque lo que siento, al menos de momento, es indiferencia.

—Rosell… en cuanto vi su nombre, me vino a la memoria algo importante —continúa, y por su tono descubro que vamos avanzando hacia el verdadero asunto de esa llamada—. Uno de los primeros informes que realizó la oficina de Barcelona fue para el departamento de Rosell. Detectamos algo, aunque en aquel momento no le dimos importancia e hicimos la vista gorda. ¿Quién iba a pensar que Rosell llegaría tan lejos? No lo recuerdo bien, porque fue hace años, pero estoy seguro de que hubo algún tipo de irregularidad. Gastos no comprobados, desvío de fondos o alguna comisión. Creo que la empresa se llamaba Davymark. Ahí trabajaba el cuñado de Rosell, si no recuerdo mal. Las pruebas están ahí; solo hace falta encontrar el hilo y llegar hasta ellas. ¿Te das cuenta de lo que vale esa información hoy?

—Supongo que mucho. Pero ¿qué vamos a hacer con ella?

—No seas ingenuo. Vamos a entrar en la aristocracia, y eso sí es una guerra. Si nos acercamos a los verdaderos núcleos de poder, necesitamos tener algún tipo de salvoconducto. No es momento de tibiezas. No es momento de mariconadas, joder. ¿Crees que Center dejaría pasar esta oportunidad? ¿Crees que un tipo como Krakowski no la aprovecharía? Necesito saber si quieres jugar esta partida, César. Y necesito saberlo ahora.

No me asombra la estrategia chantajista; me asombra la hiperactividad del gran jefe y, sobre todo, me extraña que quiera entrar tan abiertamente en la arena política de hoy. Hasta ahora había mostrado mucha prudencia y equidistancia, precisamente para garantizar la neutralidad apolítica de la empresa. Pero parece haber recobrado energías y dinamismo, como si soñara con recuperar la candidatura de peso que nunca llegó a terminar por

aquel sueñecito inoportuno. Es impresionante, lo admito, aunque no puedo precisar la dosis de envidia que realmente me produce su actitud: en vez de preocuparse por sus coronarias, como le convendría por la edad, ahí sigue, trabajando sin dar síntomas de agotamiento y sin colmar su ambición. De los tres socios fundadores de la empresa, los tres compañeros de partido, es el único que sigue en activo, diez años después. Uno murió de cáncer de colon y otro se asustó tanto después de esa muerte que decidió jubilarse, aunque creo que ya murió también.

—Quiero jugar. Voy a jugar.

—Bien. Estas cosas hay que manejarlas con mucho cuidado y sin precipitarse. Si vendes la información demasiado pronto o en un medio equivocado, se puede volver en nuestra contra. Por eso es importante la máxima precaución. Quiero que te encargues tú personalmente de encontrar esa información en los archivos y proporcionármela sin que nadie más, ni siquiera Francisco, se entere. Nadie más, César. Solo tú y yo debemos saber esto, al menos de momento. No se trata de volverse paranoicos, pero si estoy en lo cierto —yo estoy seguro de que Lezama lo está; no suele equivocarse en esas intuiciones— es una información que, bien usada, puede generar un auténtico efecto dominó de consecuencias absolutamente imprevisibles. Podemos cambiar el futuro de España. Así de simple.

—De acuerdo. ¿Para cuándo lo necesitas?

—No corre prisa, pero espero ir a Moncloa en menos de un mes. Allí no lo sacaré, por supuesto, pero antes tal vez me gustaría tener la espalda cubierta. Por si no me dan cita, ya sabes.

—De todos modos, hay un problema grave. No olvides que la loca destruyó muchos archivos, sobre todo los informáticos. Hemos recuperado algunas cosas en papel, pero no te puedo garantizar el éxito, sinceramente. Me pondré a ello enseguida y te diré cómo está la situación.

—Perfecto. Iré a Barcelona la semana que viene. A ver si ya tienes algo.

—Muy bien. Así quedamos. ¿Alguna otra cosa? ¿Ya se estrena el corto de tu hijo?

—Pronto, pronto. Ha quedado muy bien, la verdad. Tenemos al nuevo Almodóvar. Y no porque sea mi hijo, pero tiene talento

artístico.

—Me alegro.

Nos despedimos y yo me concentro durante unos instantes para decidir cómo organizar la búsqueda de lo que necesita Lezama sin que nadie en la oficina se percate. Pero llega otra distracción; alguien entra en la oficina y saluda a la señora de la limpieza. No habla lo suficiente como para reconozca la voz; me pica la curiosidad y salgo del despacho. Es Sara, y ha entrado con el que supongo que es su hijo. Un chaval majo, muy rubio, de unos siete u ocho años.

—Hola. Me olvidé una cosita del niño aquí. —Saca de un cajón de su mesa una bolsa; probablemente es ropa—. Rubén, saluda al señor.

El niño se acerca a mí y, mirando al suelo, me ofrece la mano, muy formal, en un gesto tiernamente adulto. Le saludo y le estrecho la mano. Después, con un gesto de coquetería, Rubén se acerca a su madre y le susurra algo al oído. Sin duda tiene ganas de orinar y la madre lo conduce hasta la puerta del lavabo. Compruebo que las manos me sudan y un pequeño vértigo me ha recorrido el cuerpo: recurro a las palabras de Lezama para recuperar la concentración. Sara me sonríe y yo pienso que debo actuar rápidamente y decirle algo antes de que el niño regrese. No se trata de humillarla delante de su hijo, pero tampoco quiero olvidarme del tema. O sí: quiero olvidarme del *otro* tema. Jan. El niño. Los niños. Todos los niños del mundo.

—Estos niños son agotadores… No se cansan nunca.

—Sara, aprovechando que estás aquí, quería comentarte rápidamente un asunto que me preocupa. Será solo un momento.

Está desconcertada y, sin duda, vulnerable. Se arregla el pelo un poco y adopta una pose de atención no exenta de perplejidad.

—Acabo de entrar en el cuarto del café y he visto que hay un ordenador ahí. Si no me equivoco, es el ordenador de Yolanda, ¿verdad?

Ella asiente sin salir de la misma perplejidad. El niño sigue en el lavabo; todavía no ha sonado la cisterna. Presupongo que será un niño educado y limpio, y eso me da unos segundos más.

—Dije claramente que había que deshacerse de ese ordenador. Incluso os di algunas opciones posibles para no dejarlo tirado en la

calle. No entiendo por qué sigue en ese cuarto. Espero que mañana se resuelva este asunto.

Me callo después de la frase, que he entonado con la máxima severidad, y suena la cisterna. Sara trata de eludir la bronca acercándose a la puerta del lavabo. Rubén sale y Sara revisa el aspecto del niño. La situación se vuelve extrañamente tensa durante unos segundos, porque Sara está más pendiente de los pantalones de su hijo que de mi seria advertencia. El niño me mira con seriedad y siento, increíblemente, que estoy en una especie de inferioridad emocional frente al equipo que forman ellos dos. Quiero volver al despacho para seguir con mis asuntos, pero no puedo dejar la cuestión tal como está.

—Eso es todo. —Ella no me hace caso; solo el niño me mira, no tan ausente e infantil como debiera—. Sé que tenías una buena amistad con Yolanda, y me han dicho que eres la única que sigue viéndola. Me parece muy respetable, pero esa persona ya no pertenece a Trántor. Su trastorno ha sido la causa de muchos problemas para esta empresa. Problemas con los que ahora tenemos que cargar todos nosotros.

—No entiendes nada —me responde sin sentirse intimidada por primera vez, y aunque parezca increíble, creo que lo puede hacer precisamente porque está el niño delante y eso le transmite una sorprendente seguridad en sí misma, o porque yo me he debilitado moralmente, quién sabe—. Yolanda no está trastornada. Tiene más fuerza que cualquiera de nosotros. Es especial, y eso es lo que nadie pudo entender. Todos la despreciaban. Betriu, sobre todo. Y fíjate ahora. Supongo que la mala conciencia le ha castigado.

Detesto cuando alguien me dice que no entiendo nada, sea el tema que sea. Pienso en una réplica contundente y definitiva, pero Sara y el niño salen. Se despiden, sí, pero creo que se han despedido de la señora de la limpieza, no de mí.

Compruebo de nuevo mi agenda antes de que Mariana se siente. Me queda apenas media hora; necesito imprimir las copias para la reunión y después tendré que coger un taxi para llegar a tiempo a la reunión de Nestlé. Mónica está de baja otra vez y no podrá acompañarme, lo que evidentemente es un problema, puesto que

ella conoce a todos los directivos involucrados y hasta ahora los ha manejado bastante bien en este proyecto. Cierro la agenda y escondo un par de papeles antes de dedicarle una buena sonrisa a la mexicana. Laboriosa y exquisitamente educada, está dando un buen rendimiento hasta ahora.

—Bien, tú dirás. ¿De qué quieres que hablemos? —le pregunto.

Mariana respira hondo y se delata con el movimiento nervioso de un dedo de su mano derecha apoyada sobre la pierna. Empiezo a intuir de qué va la cosa y, una vez más, maldigo a Alfredo por no haberme avisado a tiempo. Yo ya sabía que ella no estaba del todo a gusto, aunque confiaba en que las últimas compensaciones serían suficientes. Pero no; me habla de su morriña y de sus problemas familiares.

—He estado muy bien aquí durante este año, pero mi papá —qué cursis son a veces estos mexicanos, pienso— se acaba de operar y eso me ha hecho pensar que extraño mucho a mi familia y que quiero regresar. Lo siento, terminaré todo lo que está empezado, pero querría irme ya el mes que viene.

Ahora mismo sé que puedo convencerla de que se quede más tiempo, porque la operación de su padre no es lo bastante grave, por lo que tengo entendido, y estoy seguro de que si aprovecho mi mejor elocuencia podré persuadirla de que no nos abandone. Pero necesitaría ofrecerle algo, algún incentivo, y no sé si es conveniente invertir el incentivo en ella. No son ilimitados y hay que saber administrarlos. Debo calcular rápidamente la importancia estratégica de Mariana.

—¿No estás a gusto aquí? Nosotros estamos muy satisfechos de tu trabajo y creemos, sinceramente, que estás aprendiendo mucho. Comprendo que tengas nostalgia de tu tierra, de los tacos y de los mariachis —trato de encontrar temas que la relajen—, pero tal vez tu aprendizaje entra ahora en la fase más interesante, en la que puedes empezar a asumir responsabilidades de tipo gerencial, por ejemplo.

Oscurita de piel, muy modosita en el vestir, pero con unos ojos negros indiscutiblemente hipnóticos. No tiene novio, que yo sepa. Eso hubiera ayudado mucho a convencerla. Ella sabe que España ofrece muchísimas más oportunidades que su país, y sobre todo es bastante menos violento.

—Sí, yo lo sé, y estoy muy agradecida. Por eso me gustaría seguir en la empresa, pero en la oficina de Ciudad de México.

Esa oficina apenas está empezando y yo apenas tengo contactos con ellos. Puedo intentarlo, aunque no veo claro el beneficio de la operación. Además, no quiero quedar en deuda con Alejandro Carmona, el amigo de Francisco que ahora mismo dirige esa oficina. Le dejo unos instantes de silencio para poner a prueba la firmeza de su decisión.

—No sé si puedo seguir con este ritmo. Hemos trabajado mucho en los últimos meses y estoy realmente cansada. No de ustedes, claro; sino de que la empresa me absorba por completo.

—Es cierto… sé que el ritmo ha sido duro, y yo soy el primero que trabaja al máximo, pero no podemos relajarnos ni un momento, desgraciadamente. Tenemos que cumplir con el plan estratégico y el año pasado fue muy negativo para esta oficina, como todos sabemos.

—Ese también es el problema. No consigo olvidar todo lo que pasó en esta oficina. Yo soy creyente, siempre lo he sido, y por eso para mí es muy complicado entender tantas cosas terribles como las que aquí hemos vivido. No puedo quitármelas de la cabeza. Todo fue muy duro. Y a veces creo que tuvimos la culpa de algunas cosas. Que fuimos injustos. Con Yolanda.

Las últimas palabras las dice con lágrimas en los ojos. Después se derrumba completamente, y yo comprendo que no vale la pena darle ningún incentivo. Debe irse, y le daré todas las facilidades para que se marche antes de lo que estipula la ley.

Estamos en el que, por lo que me han dicho y compruebo con mis propios ojos, es uno de los restaurantes más lujosos de Barcelona; yo me presento con mi carísimo traje de lana de vicuña y el Anarquista aparece con una camiseta de color salmón y unos vaqueros gastados. Procuro no prestar mucha atención al diseño de esa camiseta en la que aparecen jugadores de baloncesto que no reconozco (no son ni Jordán ni Magic Johnson ni Bird), pero finalmente me vence la curiosidad.

—Los Washington Generáis —me responde, visiblemente contento por mi pregunta, y visiblemente pueril también—, el

equipo que siempre compite y pierde contra los detestables y circenses Harlem Globetrotters. Alguien tiene que ocuparse de reivindicar a los grandes perdedores de Occidente: el Dr. No, el señor Chinarro, Quique (el chico de *Verano azul* al que nadie recuerda), el Coyote, así como todo el personal de la marca ACME, el gobernador Moff Tarkin de *La guerra de las galaxias*, ese otro ilustre doctor que fue el Dr. Infierno, y tantos otros.

Otra vez caigo en la trampa de la fácil nostalgia pop: estoy recordando a los personajes de *Verano azul* y en mi archivo mental no sale el rostro de Quique. Mientras me sigo esforzando en recordar, el Anarquista habla y apenas come. Será que no ha fumado sus porritos hoy y por eso no tiene apetito. Esta vez no parece preocupado por los espías.

—Fíjate en el Dr. Infierno. Su objetivo es destruir a Mazinger Z y el laboratorio de Investigaciones Fotónicas en el que fue creado el robot. El laboratorio está en la falda del Fujiyama, en Japón. Pues bien, el Dr. Infierno, con su ayudante hermafrodita, tiene su base militar en la isla de Rodas, es decir, en el mar Mediterráneo. Y se dedica a enviar un robot cada vez, desde Europa a Japón, para acabar con Mazinger, en vez de acercar su puta base hasta Oriente y reunir a cuarenta robots para hacer un ataque más o menos coordinado. ¿Es posible mayor incompetencia que la del Dr. Infierno? ¿Acaso no es conmovedor su despilfarro de recursos energéticos? ¿No es en cierto modo un ejemplo paradigmático de la antieficacia del capitalismo de los países subdesarrollados? Tú, que eres un experto en estrategia, deberías estar especialmente indignado.

No le respondo, porque quiero que volvamos al tema que más me interesa en esa comida, que no es la posibilidad de hacer negocios con la Fundación. Ese asunto parece encarrilado y me permitirá apuntarme un buen tanto frente a Francisco; ya no hace falta insistir más hasta que la convocatoria se haga pública y Trántor presente los papeles. No, lo que me interesa especialmente en esta comida es que el Anarquista, que parece tener también muchos contactos en Barcelona, me abra alguna puerta para poder ligar. En los meses que llevo aquí no he follado nada y empiezo a estar tan ansioso que hasta me planteo la posibilidad de las putas, algo que siempre me dio un poco de asco. Pero no será fácil sacar el

tema sin parecer patético o desesperado.

Marcos eligió el restaurante, y no dudo de que lo hizo sabiendo perfectamente que se iba a encontrar a algún conocido. Así es; reconoce a alguien en otra mesa a mis espaldas, se hacen gestos y finalmente el otro tipo se acerca a saludar, por lo que me veo obligado a aplazar la conversación y dejar al Dr. Infierno y a mis ligues para más adelante. Me presentan: el tipo es un cincuentón canoso y altísimo llamado Felip Junyent, dueño de una clínica de cirugía plástica. No parece que se haya hecho él mismo ninguna cirugía, pero, desde luego, le gustan los rayos UVA. En cuanto le observo unos segundos, su rostro fino y moreno se vuelve más familiar: recuerdo que en televisión algún comentarista estúpido del mundo rosa destacaba que cirujanos como Junyent saben verdades oscuras de los famosos.

—¿Cuándo me vas a arreglar esta nariz, doctor Junyent? ¿Tengo que pedir cita como los demás? Pensaba que yo estaba en la lista de VIP, junto a todos tus clientes rusos y árabes de la Costa del Sol.

—A ti, Marcos, solo te haré descuento si accedes a ponerte unos morritos de Angelina Jolie. La silicona en los labios te quedaría muy bien. Además, no tendrías que pintártelos, joder. Solo con las manchas de tanto vino ya quedarías muy sexy.

—Pero cuenta, ¿cuándo vendrás por Madrid? En la capital del reino hay mucho trabajo para gente como tú, sobre todo en los palacios y en los ministerios.

—No, Marcos, mis clientes están en la Moraleja, ya sabes. Por cierto, uno de ellos está jugando a tu juego de la pirámide: Morales, el editor. Lo vi ayer en un cóctel y me dijo que ha entrado al juego.

—¿Morales? ¿El capullo ese que solo publica novelas sobre templarios? Qué decepción. No debería permitírsele a gente así que entrara en el juego. Mi juego es frívolo, pero no tanto como para que cualquier oportunista lo disfrute. A veces pienso que debo hacer un examen de cultura general para los candidatos a tener mi antijoya. —Se gira hacia mí porque sabe que no me suena el nombre; y es cierto, no conozco a nadie del mundo editorial—. Siempre pensé que Morales era un hombre sin imaginación, incapaz de hacer algo mínimamente arriesgado, como por ejemplo publicar una buena novela. Él publicó la biografía sobre Barrios (biografía que, por supuesto, yo redacté aunque sin firmar con mi nombre),

pero eso no es lo peor que ha puesto en circulación. Te diré que conozco a varios de sus negros, porque a dos de ellos me los llevé yo a la Fundación para que trabajaran de correctores de estilo de nuestros folletos.

—Pues su editorial va muy bien —dice Junyent—. Tiene ya comprometida la próxima novela de Baena, que trata de los masones, si no recuerdo mal. Morales está muy contento; dice que va a ser la novela del año y que con esto se ponen al nivel de Planeta.

—Dile que estoy revisando mi libro de historia del bachillerato y que le propongo un reto para una próxima novela histórica: la historia de un barco de la Armada Invencible que sí era invencible pero que se perdió por culpa de las corrientes y acabó en Madagascar.

—Se lo diré el sábado 25, porque coincidiremos en una fiesta. Presentan una discográfica nueva y luego hay fiestorro en el piso del jefazo de Promovisa. ¿Por qué no te animas? Últimamente no vienes mucho por aquí y te echamos de menos. Ya ves que estás en el centro de todas las conversaciones. También echamos de menos al Gran Jefe Toro Sentado; deberías recordarle a Barrios que le convendría quitarse otra vez algo de papada.

—Oh, lo siento. Los fines de semana los tengo muy ocupados. Ojalá pudiera escaparme un par de días. Otra vez será. Y ya le diré a Barrios que necesita un repaso estético. Pero, sobre todo, mantenme informado de cómo está el juego, ¿vale?

—Anda por los ciento treinta mil euros, según me han dicho. ¡Se está poniendo cada vez más emocionante! Te confieso que me están entrando ganas de jugar. Y ahora, perdonadme, debo volver a mi mesa. Estamos en contacto, ¿ok?

Se despide de los dos con un apretón de manos. Cuando ya es seguro que no nos puede escuchar, y antes de que decidamos los postres, el Anarquista me da más detalles; parece que ha intuido que quiero conocer gente en Barcelona.

—He visto a muchos ricos repugnantes, pero este es uno de los peores. Menudo cretino… Me encantaría que él jugara al juego de la pirámide y fuera el perdedor; es sin duda un idiota que merecería trabajar una temporadita como médico en urgencias o en un geriátrico público. Lo conozco bien porque es uno de los

benefactores de la Fundación; sí, deja buenas limosnas, pero, claro, a cambio de ese gesto filantrópico consiguió la cirugía de toda la familia Barrios. Solo las operaciones de la mujer de Barrios costaron más de doscientos mil euros. Y la cabrona sigue estando igual de fea, por supuesto. No te puedes imaginar cuánto dinero ha ganado este tipo. Sus lujos son inconcebibles. Barrios nació rico y ha perdido el control de sus propiedades y de su patrimonio. Este tipo, en cambio, empezó haciendo su juramento a Hipócrates y ahora tiene clientes en Hollywood. Sí, como lo oyes. Y tiene un *jet* privado para ir hasta allá; un Falcon 600, ni más ni menos. Eso es mucho dinero. Está a otro nivel, desde luego. Y, sin embargo, el buen gusto no lo va a tener jamás. La única vez que hablé con él de cine me dijo que su película preferida era *Titanic*… de verdad: *Titanic*. ¿Por qué la vida es tan injusta, amigo César?

—¿Y por qué te llevas tan bien con él? ¿No deberías demostrar menos cordialidad?

—¿Me estás llamando hipócrita? Tienes toda la razón. Pero ya te dije: todo forma parte de mi plan maestro para enseñar al mundo el vacío del dinero y la asombrosa estupidez de los nuevos ricos españoles. Ser hipócrita es la única forma de conseguir que mi juego funcione: tengo que mantener la red de contactos. Solo así lograré mi objetivo. Además, siento curiosidad antropológica por esta gentuza y me reconforta su medianía intelectual. España se ha llenado de tipejos como Junyent o Morales. La fatuidad en su máxima expresión.

—Los ricos son odiosos, y estoy completamente de acuerdo contigo. Pero el victimismo universal de los trabajadores es igual de irritante. Los trabajadores no quieren justicia ni utopías; solo quieren más dinero. El egoísmo es idéntico. Nadie quiere trabajar, pero todos quieren abundancia. Joder, jamás pensé que me volvería tan facha, pero es que el mito del trabajador oprimido es cada vez más falso.

—Deduzco que no estás contento con tus nuevos subordinados.

—Imagínate cómo serán que la más competente es una embarazada que falta la mitad de los días. El resto da pena. A ti te lo puedo explicar: si estuviera en mi mano, los despedía a todos. Es como si hubiera un miasma, algo intangible que les ha vuelto torpes, tristones. Hablan a todas horas de las cosas negativas, son

incapaces de disfrutar mínimamente con su día a día y tienen una inexplicable adicción al fracaso. Es peor que una huelga; en la huelga hay esperanza, lucha, cohesión. Aquí es como si la misma esperanza hiciera huelga.

—Calma, calma. Creo que estás estresado. Necesitas relax.

—Sí, es cierto. Pero apenas tengo amigos en Barcelona para tomar una copa. Normalmente regreso los fines de semana a Madrid, aunque eso tampoco es ninguna solución. Necesito adaptarme mejor a esta ciudad. Echar un polvo, por ejemplo. Tampoco debería ser tan difícil. Sin embargo, no sé qué pasa, que las catalanas se me escapan.

—¿Quieres ir a la horrible fiesta de la que hablaba Junyent? Estará lleno de hijos de puta, pero también habrá tías muy buenas, y seguro que algunos famosetes. Puedo llamarle y decirle que te invite. No sería tan difícil. Si estás dispuesto a ir solo y te gusta darte a conocer, podrías sacar un buen polvete.

—Te lo agradecería.

—Está bien, llamaré a Junyent luego. Pero si a cambio del favor me obliga a darle más clientes para su clínica, yo me niego a hacerme ninguna liposucción. No me sobra la grasa; de hecho, últimamente se me caen los pantalones.

Me encuentro a Francisco en la entrada del hospital. Me quedo quieto, sin saber muy bien cómo reaccionar; él está solo, hablando por el teléfono móvil, pero corta la conversación en cuanto me ve y se acerca con rostro de preocupación. Enseguida descubro que el encuentro no es casual: también está aquí por Eugenia.

—Su madre llamó a la oficina para averiguar tu número en Barcelona y me dijo lo sucedido. He venido por si necesitas algo; cuando pasa una cosa así, todos tenemos que ayudarnos. Me han dicho que Eugenia está bien, no te preocupes. Le han hecho un lavado de estómago y en un par de días estará fuera. Nada grave, realmente. Pero quizá no debería estar sola en los próximos tiempos.

Me pone la mano en el hombro por primera vez en mi vida, o al menos eso me parece; está tratando de animarme, sin duda, y el gesto me resulta sincero, aunque no sé cómo agradecérselo de

forma adecuada, y no solo porque, en el fondo, yo deteste a Francisco. Hoy tengo poca facilidad de palabra y esa es una situación crítica para mí. He salido con demasiadas prisas de mi casa en dirección al aeropuerto y todavía estoy en estado de *shock*. Ha sido el peor viaje en avión de mi vida; nada que ver con mis momentos de plenitud mística en los aeropuertos. Han sido cincuenta minutos de ansiedad en el vuelo, de frases antiguas reinterpretadas en el nuevo contexto, de augurios sobre recriminaciones.

—No te atormentes por lo que ha sucedido. El trabajo es el trabajo, y tú tenías que estar en Barcelona. ¿Cómo van las cosas por ahí? Lezama me ha dicho que ya funciona todo con normalidad y que vais a cumplir con el plan estratégico.

—Sí, eso esperamos. Veremos cómo termina el año. —Debería calcular más y mejor mis palabras, pero tengo las defensas bajas. Necesito tiempo para entender lo que ha hecho Eugenia, y por qué está Francisco en el hospital antes que yo.

—¿Cómo es la vida en Barcelona? Solo he estado un par de veces por ahí y tengo ganas de volver, pero nunca encuentro la oportunidad. ¿Ya has visto algún partido del Barça?

—Aún no. Barcelona es una ciudad con una enorme vitalidad, lo que pasa es que el maldito catalán a veces te quita las ganas de moverte mucho y de ir a según qué sitios. Pero bueno, por suerte es un idioma muy fácil.

—Más que el vasco, seguro. Bueno, si no necesitas nada, tengo que irme. ¿Cuánto tiempo te quedarás en Madrid?

—No lo sé. Depende de cómo esté Eugenia. Me he traído el portátil para trabajar desde aquí, pero el lunes tengo dos reuniones en Barcelona y no debería faltar. Aunque claro, la prioridad es Eugenia.

—Está mejor, en serio. Yo creo que el lunes ya estará en casa. ¿Por qué no te la llevas a Barcelona unos días?

—Ya veremos.

Nos damos la mano y lo veo buscar un taxi. Joder con Francisco; debo averiguar qué es lo que sabe de Eugenia y de mí. Pero antes debo reunir energías y preparar escenarios posibles de mi encuentro con ella. Teniendo en cuenta lo que me ha dicho Francisco, preveo que estará mal, aunque no moribunda; estará demacrada, pero no

hasta el punto de tener que fingir cuando la mire a los ojos. De cualquier forma, respiro hondo y paso primero por el lavabo para concentrarme como si estuviera a punto de entrar a una gran reunión, como aquellas primeras reuniones con Lezama, cuando yo estaba prosperando en la jerarquía de Trántor y cada responsabilidad nueva me impresionaba y obligaba a una gran tensión. Me veo ante el espejo más o menos bien, a pesar del madrugón después de la horrible llamada de teléfono de la madre de Eugenia. Sin embargo, hay que aceptar que en los hospitales nada es fácil: es el peor lugar del mundo para hacer negocios, aunque al mismo tiempo es un lugar en el que los intereses suelen ser muy evidentes: todo se reduce a sobrevivir. Sobrevivir porque la muerte no parece nada mejor.

Recuerdo ahora a mi madre y recuerdo sus últimos días, días que pasó en la inconsciencia, o al menos eso quiero creer para no mortificarme. Nunca pensé volver tan pronto a un hospital, y menos por estos motivos. Imagino otra vez a Eugenia postrada en la cama, probablemente con suero o algún tipo de intubación. Se me ocurre una primera forma de animarla: contarle que ya he comprado por fin mi barco, que tiene dieciséis metros de eslora, que en unas semanas podré empezar a navegar y que ella podría venir conmigo. Podríamos navegar por la Costa Brava, que ella conoce bastante bien. Pienso más estrategias: el cálculo de compasión y serenidad que es necesario, la ternura que debo administrar, la cantidad de tiempo que estaré en la habitación. Pero por qué calcular nada; me quedaré con ella el tiempo que sea preciso. Ya hablaré con Alfredo para que se aplace la reunión del lunes. Podría ir en mi lugar Fuster, aunque lleva el mismo camino destructivo de Betriu y ya no puedo confiar en él. Pensaré en ello después.

Salgo del lavabo y me dirijo a los ascensores. Eugenia no está en la UCI, sino en la planta de los enfermos de estómago, lo cual puede ser otro buen indicio. Subo en el ascensor junto a un pobre anciano que no lleva pijama azul de enfermo pero que no para de toser y que parece al borde de la muerte. Quizá viene a visitar a algún amigo de la infancia que está en las últimas. Se baja antes que yo y me deja solo. No conozco este hospital; la ventaja de los hospitales privados es que parecen algo más alegres y menos fúnebres, y, efectivamente, es así en este caso. El camino hasta la habitación

640 es relativamente cómodo; no veo ningún espectáculo macabro, ni lágrimas, ni duelo, por suerte. Veo, sí, flores, y pienso que quizá debía haber comprado un ramo para Eugenia. Pero ¿qué sentido tendría, en realidad? ¿Es acaso coherente u oportuno regalar flores a alguien que ha intentado suicidarse?

Veo a la madre de Eugenia, que está saliendo en este preciso instante de una habitación que lógicamente ha de ser la que estoy buscando. Otra variable que no había calculado en el lavabo: reencontrarme con esa cabrona, que siempre me detestó y que hizo todo lo posible para fastidiar nuestra relación. Había olvidado mi resentimiento hacia ella, pero no me cuesta nada realimentarlo. Esa mujer, falsa madre y peor abuela, no nos quiso ayudar nunca con Jan, y luego nos criticó despiadadamente cuando llegó la época mala. Pero hubo más, mucho más. Desde el principio supe que no le caía bien, a pesar de mis esfuerzos en todos los terrenos; no le caía bien porque le había arrebatado a su primogénita, para la que seguramente esperaba algún príncipe azul del barrio de Salamanca, y no de Carabanchel. Eso sí, aceptó todos nuestros regalos, incluidas las vacaciones en el Caribe que le pagamos hace un par de años al cumplir los sesenta y cinco. Puedo entender sus celos primitivos y clasistas, pero solo los tolero durante un tiempo, no después de diez años de una relación en la que traté de cumplir siempre de la mejor manera, aunque solo fuera por pensar que algo de lo maravilloso de Eugenia se lo debía a su madre.

En una decisión espontánea pero tal vez no correcta, le doy un beso y empezamos a hablar entre susurros.

—¿Cómo está? He venido en cuanto he podido.

—Bien, ahora está bien. Ya vomitó todo, le han dado medicamentos y parece que todo está en orden. Ha dormido unas horas y se acaba de despertar. Está Miriam con ella.

Miriam, su hermana, que siempre quería darle consejos a Eugenia a pesar de que ella está casada con un marido insoportable que se va de putas cada dos por tres.

—¿Le va a quedar algún tipo de secuela?

—No, creo que no.

La madre no sabe nada de medicina, o sea que difícilmente podremos hablar más de ese tema. Y los otros temas que podemos comentar son aquellos de los que a mí no me interesa hablar. Sé que

desea lanzarme sus reproches y echarme la culpa a mí de todo lo sucedido. Pero se contiene, inesperadamente. Pienso que hay solo dos explicaciones: o ha delegado en Miriam el capítulo de las acusaciones, o ella ha recibido algún tipo de pastilla relajante. De cualquier forma, es agradable que me pregunte por la vida en Barcelona.

—Todo bien, gracias. Trabajando mucho ahora mismo. Estamos en una época de cambios y reestructuraciones.

—Qué bien —dice, sin parecer demasiado hipócrita.

—Bueno, voy a pasar a verla.

Evito respirar hondo antes de entrar, y lo evito solo para que la madre no saque ninguna conclusión. No me da miedo ver a Eugenia y quiero sinceramente sacarla de este pozo. Pero no voy a hundirme con ella; ya estuve a punto de ello una vez y no quiero repetirlo.

La habitación, como pensaba, es para un solo paciente. Miriam está en el sofá-cama leyendo una revista. Me sonríe y de inmediato, y sin decir palabra, se levanta para dejarnos a solas. Físicamente, Eugenia no está demasiado mal, por suerte. Tiene cara de haber pasado una gripe fuerte, pero poco más. Despeinada y ojerosa, aunque no demasiado pálida.

—¿Cómo estás, Imelda?

Elijo una de las bromas que menos se desgastaron con los años: yo la llamaba Imelda por su manía de coleccionar zapatos, que me recordaba a Imelda Marcos, la esposa del dictador filipino. Me siento junto a la cama y le tomo la mano del brazo que no recibe suero.

—Bien. No tenías que haber venido. No es para tanto.

—Pero cómo no iba a venir. Por Dios, Eugenia, en cuanto me ha llamado tu madre he salido corriendo. Me quedaré aquí el tiempo que haga falta y te cuidaré como cuando estuvimos en Moscú.

Sonríe cuando le menciono ese viaje y yo siento un nudo en la garganta que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Lo siento, siento haber hecho esto y haberos preocupado a todos. De verdad, no sé lo que pasó.

—No importa lo que pasó. Lo que importa es que estás con nosotros. Te queremos y te necesitamos.

—Me desperté a las cuatro de la madrugada, y luego no podía dormir. —Me agarra con fuerza la mano, y sé lo que me va a decir,

casi con las palabras exactas, sinceras y siniestras—. No podía dormir, y las pastillas no me hacían efecto. Así pasé dos o tres horas; me levanté de la cama, me puse más nerviosa, me tomé una copa de coñac, luego otra, y un par de pastillas más. No sé, todo se precipitó. Yo no quería hacerlo, no quería morirme, solo quería dormir. Tú me entiendes, ¿verdad? Sabes que yo adoro a mi madre y a mi hermana. Ahora me siento mal con ella y con todos vosotros… Pero necesitaba dormir, y me tomé veinte pastillas, o más, no sé cuántas. Y cuando me di cuenta de que algo fallaba y me entró el miedo, empecé a llamar a todo el mundo, pero no salían los números en el teléfono…

Traga saliva con dificultad, como si quisiera seguir, aunque tras unos segundos en los que mueve la cabeza se queda callada.

—Está bien, está bien. No importa. Tienes que volver a la psicóloga, Eugenia. Ella te ayudará. A mí me sirvió, pero has de poner voluntad. Así tendrás una segunda oportunidad.

—¿Y él? ¿Y su segunda oportunidad?

Supongo que está sedada de alguna manera y no puede llorar, pero sus ojos no están tan anestesiados como para esconder un dolor como ese. Conozco perfectamente el desgarro; años de discusiones, sufrimiento y tristeza están sellados en esas pupilas. Miro hacia la puerta para comprobar que está cerrada y que nadie nos puede escuchar. Creo que yo sí voy a llorar.

—Era nuestro niño, César. Y le fallamos. No puedo quitármelo de la cabeza. Cada noche pienso en él horas y horas. No puedo dormir.

Le agarro con fuerza la mano, quizá con demasiada fuerza. Parpadeo rápido y bajo la mirada.

—Lo hablamos mil veces, Eugenia. Era la única decisión posible. No podíamos hacer otra cosa. Nos estábamos hundiendo los tres. Y no podíamos salvarle.

—No, no… teníamos que haber seguido con él. Era nuestro niño y lo echo de menos.

Otra vez, otra vez el estigma de la maldición. La maldición de Jan que nunca podremos superar. No quiero hablar del tema, pero curiosamente es la primera vez en un año que podemos hablar sin gritos, aunque sea por la condición aséptica del escenario.

—Eugenia, Eugenia… escúchame. Hicimos lo que teníamos que

hacer.

—No, no… yo no quería… fuiste tú. Tú me convenciste.

Iba a darle un beso y ahora me freno. Vuelven las recriminaciones, vuelven las mentiras, vuelven las medias verdades. Pero no tengo ganas de luchar. Yo sí estoy llorando.

—Fue una decisión de los dos y fue una decisión racional. Viviremos con ello el resto de nuestras vidas. Hicimos lo que teníamos que hacer. Tienes que aprender a vivir con ello. Si no, sufrirás siempre.

Le doy el beso en la mejilla, pero muy cerca de los labios. Aún la quiero, aunque sé que nunca más podré vivir con ella. Quizá está muerta, realmente. Está vacía por dentro. Quizá sí se suicidó. En otro momento, hace mucho, sin pastillas, matando su capacidad para regenerarse, para empezar de nuevo, para reconquistar la vida.

—No puedo vivir con eso… era nuestro niño.

—Ssssshh… está bien. —Le acaricio el pelo recordando el modo exacto en que a ella le gustaba—. Necesitas dormir más. Necesitas descansar.

—Sí, quizá sí.

—Me quedaré todo el tiempo que haga falta.

—No, no es necesario, de verdad. Están mi madre y Miriam. Me iré con ellas a pasar unas semanas.

La casa es grande y cabremos sin problemas. No te preocupes, vuelve a Barcelona. Es lo mejor para los dos. Necesito distraerme, pensar en otras cosas, y para eso es mejor que no nos veamos mucho. Te agradezco mucho que hayas venido, de verdad, pero tienes que entenderlo. No quiero discutir más contigo, y sé que volverá a suceder en cuanto salga de aquí. Yo te quiero, César, pero me da miedo que nos sigamos haciendo daño.

—No tenemos por qué hacernos daño, Eugenia.

—De verdad, César. Es lo mejor.

Me parece que sí estaré el lunes en Barcelona.

Me encuentro con una buena e inesperada oportunidad. Hoy es el último día de Mariana y además es viernes por la tarde, lo que nos permitirá a todos algo más de relax. Son las cinco y enfáticamente doy permiso a todos para que terminen la jornada y vayan a la

taberna irlandesa donde va a haber una breve celebración de despedida. Incluso pienso pedirme una cerveza para contribuir a la desinhibición general. Es preciso cambiar la dinámica de grupo; el despido de Betriu ha mejorado la situación en términos generales, pero sigue existiendo una esencial falta de cohesión en este equipo. No comparten realmente intereses y eso impide la conciencia del bien común. Tal vez incluso deba tomar medidas estrictamente propagandísticas, como pagar la celebración de mi bolsillo.

Todos esperamos a Mariana, que finalmente llega y se sienta justo enfrente de mí, en los típicos e incomodísimos asientos de madera de esas tabernas. Procuraré no quejarme, aunque la verdad es que yo hubiera propuesto cualquier otro lugar antes que esta tabernilla llena de estudiantes de intercambio y en la que parecemos ser los únicos que hablamos español. Creo que ahora sí estamos todos: Eduardo es el único que falta, porque tenía reunión en Sevilla. Alfredo y Mónica me rodean uno a cada lado, y no me gusta, porque esa posición evidencia que son los más leales (y, a mi juicio, los más competentes). Fuster queda al lado de Mariana. Me han llegado rumores de que tiene ofertas de Center; no seré yo quien le impida que se vaya. Maribel, Sara y Carmen están muy juntas, una vez más; no es una estrategia casual, porque sé desde hace mucho que comparten códigos, confidencias y probablemente también feroces comentarios contra mí y mi obsesión por ser eficaces. Foix preside, engañosamente, la mesa; está hundido por las críticas que he hecho a su informe para el ayuntamiento de Figueres. Intenta disimular, pero no cabe duda de que este no alegrará la comida. Por mi parte, no me costará nada evitar hablar de temas de trabajo; lo que no veo tan fácil es introducir temas atractivos. Solo espero que nadie se ponga a contar chistes de pueblerinos, como me cuentan que sucede en las reuniones de la oficina de Sevilla. Puedo recurrir a las anécdotas de Lezama, precisamente aquellas que no contó en la cena de Navidad, pero debería esforzarme en ser más imaginativo. Lo que tampoco haré será contar algo sobre el accidente de tráfico de Carvajal, del que creo que nadie sabe nada. Podría servirme para desarticular el hermetismo sobre todo lo que pasó el año pasado en la empresa pero introduciría un elemento demasiado mortuorio en un acto de despedida que ya de por sí puede ser triste. Me pregunto, de todos

modos, si alguno de estos será capaz de alegrarse, siquiera internamente, de que Carvajal esté en la UVI, al borde de la muerte.

Mónica me susurra que ha concluido la auditoría de Nestlé. La felicito, pero le recuerdo que ha habido un retraso de una semana. Ella sonríe admitiendo su culpa y bebe lo que ha pedido: agua. Alfredo asume con cierta candidez la responsabilidad de liderar la reunión; no sabe hacerlo porque carece de dotes oratorias y de chispa pública. Aun así, consigue atraer la atención de todos y dividir el grupito de Carmen, Sara y Maribel. Yo consulto discretamente mi móvil para asegurarme de que no hay mensajes de Eugenia. Como era de prever, no hay. Llevo tres días sin saber nada de ella. Podría llamarla, pero no quiero agobiarla. En realidad, me parece positivo que siga su recuperación, aunque sea en casa de su madre. No quiero interferir de ningún modo. Este fin de semana tengo la fiesta de Junyent, pero el siguiente estaré en Madrid y me esforzaré por pasar tiempo con ella. Quién sabe, igual todavía hay esperanzas. Hoy lo veo todo de manera distinta: tal vez ella pueda reaccionar y romper con el círculo de autodestrucción en el que se metió en los últimos meses, desde que optamos por pactar el armisticio, dividir la casa y convivir solo en las zonas desmilitarizadas.

Las conversaciones se cruzan por delante de mí, aunque nadie pide mi participación.

—¿Qué planes tienes para hoy? ¿Vas a salir de fiesta? —pregunta Alfredo a Sara.

—Uy, cómo se nota que no sabes lo que es tener niños —interviene Carmen, que tiene dos hijos ya adolescentes, creo—. Seguro que Sara lleva meses sin salir por la noche.

—Es verdad —dice Sara, a la que la renovación de su contrato temporal no parece haber aliviado nada—, hace mucho que no salgo a bailar. Mi suegra podría quedarse con Rubén, pero no estoy de humor para fiestas.

Tomo nota: parece que la separación de su marido se confirma.

—Es que el caso de Sara —vuelve a hablar Carmen— es especial. Ella realmente veía todas las películas de Disney, y tenía incluso muñequitos y peluches. Pero no de niña. De adulta. Y bien adulta. Yo he visto su colección. Una gran colección.

—Carmen, no me hagas quedar en ridículo ahora.

—¡No mientas! Me dijiste que ya casada con tu marido aún veías esas películas. Una y otra vez. Confiésalo, Sara.

Sara bebe un traguito de su cerveza y todos detectamos que se ha ruborizado un poco.

—Yo era muy cursi. Mucho. De verdad. No sé muy bien por qué, pero tenía una especie de infantilismo terrible. Las películas de Disney eran para mí otra realidad reconfortante. Ahora me creo muy lista y veo películas de Lars von Trier, pero hasta los veinticuatro años lo que realmente me enganchaba era el mundo Disney. Los hombres se relajan con el fútbol; yo prefería los dibujos animados.

—¿Y ya no es así? —pregunto.

—No. Todo cambió hace años. Ahora solo las veo cuando estoy con Rubén, y aun así me cuesta un gran esfuerzo. Me pongo enferma cuando las veo. Creo que hoy las entiendo *de verdad*.

—¿Y cómo se produjo ese salto a la madurez?

Le hago la pregunta mientras pienso que la chica gana mucho fuera de la oficina. Tiene unos hermosísimos ojos azules, y para que yo destaque ese dato han de ser verdaderamente extraordinarios. Se cuida bastante, y hoy la veo como la mujer más atractiva de la oficina, a pesar de que tiene cierta tendencia a repetir demasiado ese jersey negro que, desde luego, no realza su busto. Y no hay que olvidar que es licenciada en filosofía, aunque nunca hemos hablado de ello. Probablemente ella ignora que yo también lo soy.

—Se lo debo a Telephónica. Poco después de que naciera Rubén, trabajé en el Servicio de Atención al Cliente. Y eso cambió mi vida en algunos aspectos, como un reverso tenebroso de la maternidad. Ya me habían advertido de cómo es el trabajo en Atención al Cliente, pero yo llegué con la máxima ilusión. Era, evidentemente, muy ingenua, y se me comían viva con todas las reclamaciones. Lo pasé mal de verdad. Apenas aguanté tres meses en ese trabajo y preferí quedarme en el paro antes que seguir. En esos tres meses me encontré con una realidad que desconocía: el odio. Yo nunca había percibido el odio, la violencia verbal, el mal humor llevado al límite. No había descubierto de primera mano la rabia que puede acumular la gente por los motivos más nimios, la agresividad con la que se puede reaccionar por cosas aparentemente intrascendentes: no por una guerra, no por el hambre, no por una violación, sino por

un teléfono. Lo peor es que yo sentía que tenían algo de razón en el noventa por ciento de las veces, porque a menudo eran situaciones absurdas y desesperantes en las que los clientes se sentían frustrados y humillados con motivo. Siempre tenía ganas de favorecerles en todo lo posible, pero lógicamente esa no es una postura realista en una gran empresa. Y en muchas ocasiones me tuve que enfrentar con la grosería, los insultos, las amenazas, los juramentos, las alusiones sexuales machistas, los ataques de histeria… Desde entonces no me creo las películas de Disney: ya no me relajan como antes, ahora me estresan. Porque he visto demasiada cantidad de odio y nerviosismo. He descubierto el pesimismo. Para mí fue una curiosa revelación. Se la debo a Telephónica.

»Sí, ya sé que todo el mundo pasa por situaciones difíciles en el trabajo, pero yo tuve una especial mala suerte. España está llena de gente muy rara y parece que la mayoría tienen problemas con el teléfono. Hubo un tipo que estuvo prácticamente dos meses llamando todos los días. Siempre me buscaba a mí; si le contestaba una compañera, exigía hablar conmigo. Después de un tiempo ya nadie le hacía caso, pero él seguía llamando, y aparte me enviaba larguísimas cartas amenazadoras a la dirección de la empresa. Algunas veces me tocaba a mí responder a sus llamadas, aunque fuera por pura casualidad. Ya nos conocíamos por la voz y yo sabía enseguida que era él, solo con oír sus primeras palabras. “Quiero quejarme”. Quiero quejarme… Una y otra vez, siempre decía eso antes de empezar a insultarme. Llamó más de doscientas veces. Me amenazó de muerte, me insultó de mil maneras, dijo que sabía dónde vivía y que me iba a perseguir… No podéis imaginar las cosas que llegó a decir. “Soy una persona y tengo derechos. No podéis seguir humillándome siempre”. Reconozco que llegó a asustarme. Puse una denuncia en comisaría, por supuesto, pero antes de que pasara cualquier cosa dejé el trabajo. No he vuelto a saber nada de él. Pero recuerdo el nombre de ese cabrón: Santiago García Jiménez. ¿Sabéis lo más gracioso? Que tenía razón en su queja. Le habían hecho mal el servicio y llevaba dos meses sin teléfono. Por eso llamaba desde la calle. Siempre. Pasó dos meses insultándome desde un teléfono de la calle. ¿Os dais cuenta de la minuciosidad de su odio? En cierto modo, creo que ha sido el

hombre que más ha pensado en mí. Más que mi marido, desde luego.

Ella misma se da cuenta de que se ha puesto demasiado seria, y Carmen interrumpe de nuevo para proponer un brindis por el futuro de Mariana en su país natal. A partir de ahí, las conversaciones son apropiadamente banales y me relajo, aunque sé que después de este entretenimiento a mí sí me tocará regresar a la oficina a seguir buscando los malditos papeles sobre Rosell. Tengo que darle una respuesta a Lezama, y sigo sin encontrar nada relevante en ninguna parte.

Por fin se deciden a darle el regalo a Mariana. En realidad, son dos. Una colonia bastante fina, de la que se echa algunas gotas en la muñeca para que comprobemos el olor; todos acercan su nariz a la muñeca y dan la aprobación. Todos menos yo. Y también le han regalado un libro de Antonio Gala, aunque Sara susurra una desaprobación que me parece bastante justificada. Me acabo la cerveza y pido otra. Empieza a haber movimientos en la mesa; como suele suceder, todos se han ido cambiando de sitio con el paso de los minutos y, entre tanto desplazamiento, al volver del lavabo tras evacuar la cerveza me encuentro con que mi asiento ha sido tomado por Maribel, que discute alegremente con Alfredo en catalán sobre la singularidad geográfica y cultural de Marruecos. Ocupo el asiento de Maribel, con lo que Carmen y Sara están a mi lado. Hablan de quien menos espero: de Yolanda. Carmen se esfuerza por cambiar de tema al sentarme yo, pero reacciono rápido.

—¿Cómo está Yolanda? ¿Sabéis algo de ella?

Sara acepta el desafío y empieza a hablar, sabiendo que me está provocando y que desde el asunto del ordenador de la loca (que, supuestamente, ya tiraron, aunque debería asegurarme, por si acaso) ese es un tema delicado. Ella no lo olvida, y sabe que yo tampoco.

—Está mejor. Ya salió del hospital. En realidad, nunca debió haber ingresado. Solo tuvo un mal día. Pero los jueces creen que las mujeres somos más propensas a la locura.

—Tú la ves cada cierto tiempo, ¿verdad? —le pregunto con mi mejor hipocresía, y creo que la amabilidad es efectiva. La barrera de Sara está a punto de ceder, quizá porque ya le está haciendo efecto

la segunda cerveza, que hace rato terminó.

—Sí, cada dos semanas, aproximadamente.

—¿No te da miedo la amistad con alguien que presume de haber matado a su padre?

—Su madre murió y se quedó sola con su padrastro desde los ocho años. Abusó de ella hasta los dieciocho. No me parece tan grave haberlo matado.

—¿Y cómo lo hizo?

—Puedo contarlo porque fue un crimen perfecto y nunca será condenada. El padrastro, conduciendo borracho, tuvo un accidente de tráfico y se golpeó fuertemente en la cabeza. En el hospital no le descubrieron nada, pero le dijeron que la primera noche no debía quedarse completamente dormido, por si acaso tenía alguna lesión interna y entraba en coma. Alguien debía estar pendiente de él y despertarle cada tres horas para evitar riesgos. Esa persona solo podía ser Yolanda. Pero ella no le despertó en toda la noche. El tipo entró en coma y murió unas semanas después. Es increíble cómo alguien que ha tenido tanta mala suerte en la vida luego apuesta de esa manera y gana. Porque si el padrastro hubiera sobrevivido, sin duda, la habría matado.

—¿Y qué pasó después?

—Heredó el dinero del padrastro y se fue de Igualada, que era donde vivía. Se compró una casa en las afueras y estuvo ahí encerrada durante dos años.

—¿Encerrada?

Espero la respuesta de Sara, pero también espero que Carmen intervenga de algún modo, impugnando la versión de Sara, desatando el rencor colectivo hacia quien les amenazó y perjudicó. Sin embargo, escucha con mucha atención el discurso de Sara, cuyo contenido sin duda conoce. Ahora empiezo a entender algunas cosas; no solo el currículum de la loca, sino algo mucho más importante: el liderazgo de Sara, que solo es visible fuera de la oficina. Ella defendió a Yolanda frente a todos los demás, que probablemente le tenían miedo o la veían como un ser anómalo y enfermizo. El hecho de que Alfredo no me haya advertido de algo que para mí es ya tan evidente, esa compasión de Sara por los seres antisociales, solo tiene una explicación: que está enamorado de ella.

—Compró una pequeña casa cerca de Mataró. Pero no era una

casa cualquiera: había un refugio antinuclear en el sótano. Parece ser que el constructor de la casa estaba obsesionado con la tercera guerra mundial y decidió protegerse como hicieron muchos americanos durante la guerra fría. Yolanda vivió ahí dos años, saliendo a la calle solo lo mínimo para tomar algo de sol y comprar cosas básicas.

—¿Un refugio antinuclear? ¿Y tú lo has visto? —pregunto mientras pienso en la posible concatenación de tres conceptos cronológicamente sucesivos: Disney, Telephónica, Yolanda.

—Claro. Ella ha regresado ahora a esa casa, y ahí la visito. Incluso tengo llave. Y no es una llave normal, porque, desde luego, no es una puerta normal.

¿Qué es la opulencia? O mejor dicho: ¿qué opulencia puede impresionarme a mí, a estas alturas? Tengo suficiente madurez intelectual como para no embobarme de buenas a primeras con los lujosos caprichos materiales. Sí, yo también tengo mis caprichos de nuevo rico, y gracias a la prosperidad de estos años, me he podido permitir algunos autorregalos elitistas como el barco o el coche; pero creo que mantengo la perspectiva y no sueño con palacios que requieren diez mayordomos, o fincas de flora y fauna que desconozco completamente. La competición (porque yo amo la competición) ha de ser mucho más sutil y creativa; hay muchas opciones interesantes que no tienen por qué estar en las nubes de los miles de millones. El valor de todo *no tiene que* ser necesariamente tan evidente, sino que basta con que forme parte significativa del experimento embriagador de vivir; es decir, el experimento de ser un sujeto que se mueve en este universo que, como bien dice el Anarquista, parece olvidado de los dioses, y que lucha en la asombrosa y compleja selva de la nueva civilización digital. ¿Quién quiere hoy, *realmente*, mil millones de euros? ¿Cuál es la diferencia en términos de facticidad cotidiana entre cien y mil millones? No, el hechizo profundo del dinero no se puede captar tan fácilmente, con una simple operación de cálculo.

El embrujo hay que vivirlo, ante todo. He comprobado la riqueza ostensible de Lezama, y es sin duda extraordinaria, pero sé que él ni siquiera está entre los mil empresarios más importantes de

España en términos generales, aunque es cierto que su influencia personal y política no es cuantificable. En realidad, estoy seguro de que Lezama no quiere ser superrico; quiere ser *imprescindible*, que es algo muy distinto y tiene otro valor más psicológico que material. En ese sentido, le envidio. Barrios sí está entre los veinte o treinta hombres más ricos del país, pero a él no le envidio; le falta audacia, egocentrismo, taumaturgia para crear proyectos como conjuros. Su riqueza no solo tiene el defecto de que es heredada; es excesivamente fantasmagórica.

Ahora mismo estoy quizá con uno de los hombres más ricos de Barcelona: se llama Cardús y es propietario de todo este edificio, en pleno Eixample barcelonés. Cardús parece otro de los falsos hechizados. Le gusta mucho la música y por eso, a pesar de que vivimos tiempos de piratería, ha decidido fundar una discográfica y ha aprovechado la oportunidad de la concesión del Premio ímpetu para empezar a mover sus fichas. Después de la ceremonia de entrega del premio, ha invitado a prácticamente todo el público a su casa con la excusa de enseñar su colección de unos sesenta mil discos. Pero no es lo único que tiene: por lo que Junyent me ha dicho, casi en susurros, hace apenas unos días que le ha comprado a Morales la antijoya del Anarquista. Tal vez incluso la tenga en esta casa y nos la enseñe si alguien le insiste.

La inmobiliaria de Cardús es la más importante de Cataluña y además tiene al menos una docena de negocios propios. Luego están los negocios familiares. El tipo es elegante y muy educado; es probable que vote a Convergencia, puesto que es catalanista moderado y se nota que se mueve de manera habitual por Madrid. Actúa como un perfecto anfitrión, repartiéndose por todos los círculos que se han montado en la fiesta; unas cuarenta personas en total, calculo yo.

En contra de lo que el Anarquista me había inducido a creer, en esta fiesta no hay prostitutas ni cocaína ni nada anómalo o mínimamente transgresor; quizá reserven la sorpresa perversa para los últimos momentos de la noche, cuando solo quede el sector duro y se bajen las defensas de la sociabilidad catalanoburguesa. Hay un músico que toca el piano y camareras elegantísimas que dominan el protocolo y sirven unos canapés verdaderamente originales: ni siquiera sé lo que contienen, pero no pregunto, para no parecer

demasiado ignorante o demasiado glotón. Cardús me ha presentado a su esposa; sé que tienen dos hijos adolescentes y parecen formar una familia asquerosamente feliz, sólida en sus convicciones y experiencias comunes. Evidentemente, no me creo nada de lo que dice y dudo de que sea un matrimonio con actividad sexual frecuente. Nos cuenta también, y esto sí es comprobable, que ha convertido el ático y el sexto piso en un dúplex formidable de unos seiscientos metros cuadrados para sus reuniones sociales. La decoración es excelente, aunque no puedo demorarme en todos los detalles; de las elecciones se encarga la esposa, que, según me ha dicho, cambia cada año todos los muebles.

Al parecer, Cardús y Junyent se conocen de las reuniones de la Cámara de Comercio o algún otro *lobby* por el estilo. Por aquí anda también Morales, que ha invitado a su escritor estrella, Baena. El novelista parece un tarugo sin clase que solo espera que le pregunten por su obra. He hablado con él unos instantes y, como le he visto algo ebrio, se me ha ocurrido comentarle que la década de los cuarenta a los cincuenta años (edad en la que es más que probable que él se encuentre) es la clave en la esperanza de vida de los escritores, porque una buena parte muere a causa del alcohol. «Ah, ¿sí?», ha replicado con inequívoca honestidad de ignorante. He empezado con la lista: Poe, Pessoa, Darío, Scott Fitzgerald, Lowry, Kerouac, Roth…

—Ah, ¿Philip Roth está muerto?

—No, Joseph Roth.

Baena me ha hecho recordar, con nostalgia, los buenos tiempos en los que yo leía una novela por semana y era capaz de releer monumentos pretenciosos como *La montaña mágica*. Él no es el único del gremio del arte en la fiesta: he reconocido a Sebastià Soler, el director de orquesta. Por lo que he descubierto hoy, es pareja de la actriz Silvia Canals, que por cierto luce un espectacular vestido palabra de honor; tengo que esforzarme para no mirarle el escote. Aunque para espectacular el bolso que llevaba la señora Cardús en la ceremonia de los premios: no estoy seguro, pero sospecho que es el bolso Hermès con diamantes incrustados, que vale más de cien mil euros y del que solo se fabrican unos cien al año en todo el mundo. Me encantaría preguntárselo. Lógicamente sería una pregunta grosera, aunque sin duda me salvaría de este

tedio.

La verdad es que me aburro soberanamente, y debería preguntarme por qué. No solo es la tradicional falta de chispa de los catalanes, muy estirados para mi gusto; yo diría que mi actitud mental, aquí y ahora, no es la correcta. Creo que, en general, he caído bien, probablemente porque entiendo el catalán y soy del Barça, pero no acabo de encajar del todo porque sigo inhibido, en parte por la mediocridad de la mayoría de las conversaciones y en parte por la falta de objetivos femeninos a la vista. La única chica que parecía interesante va detrás de otro tipo, por lo que veo: un periodista andaluz, obeso y viejo, con el pelo burdamente teñido para disimular las canas, llamado Quintana, al que creo que echaron de *El País* hace años y que ahora no sé dónde trabaja. Supongo que la mujer, que es todo un bellezón, está buscando algún beneficio profesional, porque le persigue por todos los corrillos que se están formando en el salón. Aparte de eso, las conversaciones son muy poco interesantes. Junyent ha contado cómo es vivir en una *suite* de hotel, porque están haciendo reformas en su casa y no quería cambiar de barrio. Lleva dos meses viviendo así; y le gusta tanto que no tiene previsto regresar a su casa aunque las obras estén terminadas. Morales dice lo que sabe de Camilo José Cela, y estoy seguro de que es todo mentira. La señora Cardús cuenta un viaje al Amazonas en el que estuvo a punto de morir por una infección; desde entonces, quiere colaborar con alguna ONG para ayudar a la construcción de un hospital en aquella zona, pero, desgraciadamente, dice, ninguna ONG le ha parecido lo bastante seria como para sacar adelante el proyecto.

Quintana y la mujer hermosa cuyo nombre desconozco se suman a nuestro grupo. Para no ponerme de mal humor ante el hecho de que un cerdo seboso como Quintana ligue más que yo, opto por salir en busca de una nueva copa: otra de cava, creo que la cuarta. La camarera me ofrece sonriente la bandeja y en cuanto se aleja busco mi móvil para comprobar, una vez más, que Eugenia no me llama. Regreso al grupo de Cardús; afortunadamente, no tengo que meter los codos para recuperar mi posición anterior. Pensaba que yo sería el único debutante en esta casa, pero, al parecer, somos bastantes los invitados a los que el anfitrión no conocía previamente. Se comporta con suma exquisitez con todos, aunque,

en mi caso concreto, apenas he podido presentarme y hablarle un poco de Trántor y de Lezama, cuya fama, hay que admitirlo, suele servir para que te presten atención.

Curiosamente, la conversación se ha vuelto interesante: hablan de Rosell.

—Es un hijo de puta peligroso —dice Quintana, que se siente muy seguro de sus observaciones y las comparte con suficiencia de periodista acostumbrado al *off the record*—. Inteligente y peligroso, lo que es muy mala combinación. Pero qué queréis que os diga, me repatea el hígado con sus discursitos llenos de prepotencia. Si él es el próximo presidente, la economía se hundirá, eso seguro. Dicen que le falta, cómo lo llaman, transversalidad para negociar fuera de su partido, aunque no le faltan aliados. Además, maneja muy bien los tiempos, y eso en política es decisivo. Hay que tener cuidado con él. No es solo Rosell, es todo el grupo que le apoya, que domina el partido. Supongo que es, en el fondo, un asunto biológico. Llega la savia nueva, y quieren barrer con todo. Pero la diferencia es que son inteligentes y están muy bien preparados. Entendedme: saben inglés, se sienten ya plenamente europeos, y eso les separa de todos los políticos españoles anteriores. Sí, yo estoy convencido de que Rosell es el futuro, por desgracia. En política nunca se sabe, pero es un enemigo importante. Ojalá no venza. Aunque quién sabe lo que pasará en las elecciones.

—Hace unas semanas estuvimos Junyent y yo con Rosell —interviene Cardús— en un almuerzo de empresarios. No lo conocía en persona y me pareció un tipo abierto, que no rehúye el cara a cara, con respuestas rápidas pero sensatas.

—Pues yo solo llegué a la conclusión de que necesita una rinoplastia urgentemente —dice Junyent, que se esfuerza en reír el primero para forzar la risa de los demás, que lo hacen pero sin entusiasmo, por pura cortesía.

—¡Pero si encima el cabrón tiene buen físico! —apunta Quintana, que supongo que envidia a todos los que van al gimnasio—. Es doblemente peligroso porque tiene un proyecto de país en mente. Ya ha pensado la España que quiere. Y nadie sabe realmente cómo es esa España. Por eso es tan peligroso. Ni siquiera ETA sabe realmente a qué atenerse con él. España no necesita a un mesías. Necesita buenos gestores, coño. Gente que sepa administrar bien y

favorecer la economía.

Entra en el círculo Silvia Canals y todos enmudecen, incluso Quintana. Es lógico que se haga el silencio; la Canals no es más guapa que la que está con Quintana (que, al parecer, se llama Carolina), pero tiene ese aditivo espiritual de los tiempos de hoy que llaman *glamour*. Se disculpa con suavidad por interrumpirnos y coge del brazo a Cardús para comentarle algo al oído. Cardús asiente y llama la atención de todo el grupo.

—Prometí a Silvia que le enseñaría mi modesta colección de discos y es el momento de hacerlo, porque ella tiene que acostarse temprano esta noche. La dura vida de las actrices: tiene rodaje a partir de las siete de la mañana. O sea que si queréis acompañarnos, vamos a subir por esa escalera.

Junyent y Morales probablemente conocen de sobras esa colección, por lo que se abstienen de subir y buscan a Baena. Cardús, su esposa, la Canals y tres tipos más que aún no me han presentado se dirigen con parsimonia a la planta superior. La tal Carolina desaparece y yo me quedo a solas con Quintana. Nos presentamos y subimos juntos la escalera, a unos metros del otro grupo. Es mi momento; una oportunidad que quizá nunca más se me presente. Noto que se me acelera el pulso de una manera que no recordaba desde hacía bastante tiempo. Voy a jugar con fuego de verdad por primera vez en mi vida.

—Un amigo tiene cierta información sobre Rosell que podría ser importante.

—No me digas. —La primera reacción de Quintana es desdeñosa. No me cree; en realidad es lógico, porque mi farol es realmente muy malo—. ¿De qué se trata?

—Algo fuerte. Algo que podría arruinar su carrera.

Quintana se detiene en el escalón y me mira con escepticismo.

—Si te han dicho que le gustan los niños, no es verdad. Tampoco pega a su mujer, ni se va de putas, y no mintió en su currículum.

—No es nada de eso. Todavía no tengo todos los datos, pero la fuente es de fiar. No quiero anticipar nada hasta que mi amigo me llame y me lo confirme. Creo que es un caso de corrupción que ocurrió hace algún tiempo.

—Rosell no comete errores y su equipo le protege bien de

filtraciones e insidias. ¿Te crees que no han escarbado ya en su basura? Y cuando hablo de basura, no solo hablo metafóricamente. Quiero decir que ha habido gente que ha buscado en los cubos de la basura de la casa de Rosell para encontrar algo con lo que perjudicarle. Lo sé porque los conozco en persona. Yo mismo me he reunido con muchos colegas y hemos tratado de buscarle el punto débil. Me encantaría joder a ese pedante, porque eso podría hundir a este gobierno de mierda que tenemos, aunque, de momento, no tenemos nada. No te ofendas, pero yo diría que tu amigo miente o está equivocado. Además, hay que tener cuidado con estas cosas. Acaban en los tribunales.

—Tal vez sí… Supongamos, de todos modos, que tengo razón y que consigo demostrarlo. Entonces te llamo a ti y te ofrezco esa información. ¿Qué me darías a cambio?

Ahora empieza a tomarme en serio; seguimos subiendo la escalera mientras él reflexiona.

—Yo no soy un rey mago; no te puedo dar todo lo que quieras. Pero te diré que estas cosas se suelen pagar con algo de dinero o con influencias. ¿Qué es lo que querrías tú?

Quintana, por supuesto, no puede entender por qué esa pregunta me incomoda. Pero lo cierto es que no tengo una respuesta clara y debo improvisar. Una improvisación que puede ser, curiosamente, decisiva para mi futuro. Pienso rápido y decido rápido.

—Soy experto en gestión y en estrategia. Por eso sueño con un alto cargo. Ya sabes, en alguna de las grandes empresas. Las grandes de verdad. Telephónica, por ejemplo. Soñar no cuesta nada.

Sin embargo, también sueño con mi barco y con dar la vuelta al mundo con él. Sueño con que Eugenia y yo volvemos a ser jóvenes y empezamos de nuevo. Sueño que termino una tesis, pero sobre Wittgenstein, una tesis que es aclamada mundialmente y que resuelve los problemas de la filosofía, esos mismos problemas que el mismo joven genio había creído resolver con su *Tractatus*.

—Cuando tu amigo tenga alguna prueba, llámame y hablamos. Pero una prueba de verdad, no un rumor o el testimonio de un envidioso cualquiera. Yo haré también algunas llamadas por mi cuenta. Me ha picado la curiosidad. Quizá de entre las cien mentiras que se dicen de él, se esconda una media verdad. Y eso sería suficiente para poner en marcha la máquina y desacreditarlo a él y

a toda esa manada de cabrones.

Nos intercambiamos tarjetas y damos por zanjada la conversación. Entramos en la audioteca de Cardús: una habitación estupenda, con tres equipos de música de alta fidelidad muy distintos entre sí, un par de gramófonos que supongo que son joyas de coleccionista y unos sofás de piel. Las cuatro paredes de la habitación, de unos cincuenta metros cuadrados, están llenas de discos, de vinilos y CD. Cardús ya ha empezado el recorrido turístico:

—Sí, incluso tengo una especie de becaria de la empresa que me ayuda a mantener la base de datos. Aunque no creas, lo más complicado es limpiar el polvo de todos los discos. Tengo una asistenta solo para esa tarea, y viene cada semana.

Me acerco a uno de los anaqueles y compruebo que efectivamente está todo ordenado como en una biblioteca.

—Algunos están firmados, sí. Lou Reed no quiso firmar, pero conseguí la firma de David Bowie, entre otros. Aunque la que me resulta más tierna es la firma de los integrantes del grupo Parchís.

Me acerco a la sección de música clásica; hay más de cien discos de Karajan. No está nada mal.

—¿A ti te gusta la clásica?

Me había distraído y resulta que Cardús estaba justo detrás de mí. Le sonrío y pienso algo inteligente que decir.

—En realidad, no mucho. Yo debería buscar en la sección de los años ochenta.

—¿Spandau Ballet, Duran Duran, Pólice? Te puedo enseñar dónde están.

—No, gracias. No soy tan fetichista de los discos.

—De todos modos espero que disfrutes del paisaje. Y si puedo ofrecerte algo, no dudes en pedirlo… César, ¿verdad?

—Sí. Ahora que lo dices, siento mucha curiosidad por otra de tus posesiones. —Me mira con amena curiosidad—. Alguien me ha dicho que tienes una cámara de súper 8 muy valiosa en esta casa.

—¿Eres amigo de ese gran cabrón que es Marcos Muñoz?

—¿Significa eso que quieres jugar?

—No lo sé… creo que está fuera de mi alcance. Pero me gustaría saber a lo que juego.

—Está bien. Sígueme. Será un momento.

Salimos de la audioteca y nos dirigimos por un pasillo lleno de cuadros hasta otra habitación mucho más pequeña que seguramente Cardús utiliza como estudio. Entramos y Cardús hace algo que jamás pensé que fuera posible en nuestro mundo actual, salvo en las películas: mueve un cuadro de la pared y me enseña una caja fuerte. Estoy tan perplejo que no me doy cuenta de que está esperando que me gire para tocar las teclas de la combinación secreta. Me disculpo y me doy la vuelta, discretamente.

—Aquí la tienes.

La veo, en efecto: no es más que una cámara, bastante bien conservada, pero indiscutiblemente anticuada. Sin embargo, hay algo en ella que brilla. Toda ella es una anomalía y por eso precisamente brilla. Estoy desconcertado; pienso que me gustaría tener un cepillo para limpiar fósiles y pasarlo por esa superficie obsoleta e incluso cómica.

—¿Puedo tocarla?

La pregunta es absolutamente ridícula y me doy cuenta enseguida, pero Cardús duda un instante. Al final me la ofrece y la pongo entre mis manos casi como si fuera un bebé, con miedo de que se me resbale y esa fragilidad tan cotizada pierda su carácter sagrado.

—El precio ahora mismo son doscientos cincuenta mil euros. Lo digo por si te interesa.

Casi se me resbala en cuanto lo oigo.

—No sabía que estaba ya en ese precio.

—Acabo de subirlo yo. Me gusta jugar duro. Y arriesgar. Si alguien quiere seguir jugando, tendrá que pagar eso. Tengo ahí el contrato y toda la documentación en regla. ¿Verdad que es… hermosa?

Se la devuelvo con las manos todavía temblorosas mientras mi imaginación me lleva a las pirámides de Egipto que no he visto todavía.

—Sí, es hermosa. Extrañamente hermosa.

—Lo siento. No se puede hacer nada. Lo he intentado de todas las maneras.

El informático es un chaval de unos veinticinco años que viste

de manera impresentable y anticomercial con una camiseta desteñida de los Led Zeppelin, y que además huele bastante mal. Supongo que es uno de esos tipos poco sociables que viven más en el mundo virtual que en el real y que creen que el capitán Kirk es realmente un modelo de virilidad. Pero Alfredo confiaba en este informático y me aseguró que había trabajado para grandes empresas desinfectando ordenadores y recuperando datos.

—¿Quieres decir que debemos tirarlo todo? —le pregunto.

—Se lo explicaré en pocas palabras. No hay manera de entrar en esos discos. Lo he intentado todo, pero están completamente estropeados. No se puede recuperar nada. No es solo que estén rayados o mojados, es que se han ensañado con ellos. Esto lo ha hecho alguien muy destructivo y con muy poco respeto por la informática. Lo siento. No se preocupe por la factura. No le cobraré nada.

Observo a través del cristal a mis empleados y los veo a todos inquietos, tensos; temen las malas noticias. Y con toda probabilidad habrá hoy malas noticias. Trabajan todos más silenciosamente que nunca; no hay chistes ni conversaciones amenas en el cuarto del café. Fuster y Maribel están reunidos en la sala de juntas; apuesto a que han buscado cualquier excusa para escapar de la tensión general. Alfredo mira hacia mi despacho y trata de sonreírme, pero también se congela en cuanto suena el teléfono. Llevamos horas esperando malas noticias. Mónica se ha desmayado esta mañana y una ambulancia se la ha llevado al hospital.

Hoy puede ser un pésimo día para esta oficina; uno de los peores de una trayectoria que ya es objetivamente nefasta. Solo faltaría que llamara también Lezama para preguntarme otra vez por el asunto Rosell. No tengo nada que ofrecerle; todo está o debe de estar en los malditos discos que la loca boicoteó con su pasión destructiva. Es un día pésimo para todos y para mí también. Empiezo a preguntarme si realmente hay algún demonio suelto por aquí; tanta mala suerte no es lógica en una empresa.

—No, pásale la factura a la chica que está en recepción —le respondo al informático—. Gracias, de todos modos.

El tipo recoge rápidamente todos sus discos y herramientas diversas y los guarda en su maletín. Sale de mi despacho y se dirige a la mesa de Carmen para arreglar su cobro. Confío en que la

presencia del informático estrafalario ayude a Carmen a distraerse; lleva toda la mañana a punto de llorar y ya me lo ha confesado discretamente. Cierro la puerta de mi despacho y me pongo a revisar documentos pendientes. Los discos dañados están todavía sobre la mesa y no sé qué hacer con ellos; finalmente, los guardo en uno de mis cajones, bajo llave. Aunque no sé para qué es necesaria tanta precaución si, como parece, nadie puede aprovechar el contenido de esos discos. Pero ahí estaba posiblemente la prueba que quería Lezama, un documento escaneado, un balance contable, una factura a nombre de Rosell, una fotografía íntima, una declaración de suicidio, un informe confidencial. Quién sabe; yo no lo sé, y quizá no lo sepa nunca. Me pregunto si Lezama sabe lo que busca o está cayendo en un alzheimer prematuro.

Son las cuatro y media de la tarde y todavía queda mucho por hacer hoy. Salgo de mi despacho para dejarme ver un poco, controlar el estado de ánimo general y tal vez relajar el ambiente. Pero nadie está para bromas. Sara teclea en su ordenador con un malhumor evidente; Foix lleva media hora imprimiendo y, por sus gruñidos y tacos, parece que no sale el resultado que busca. Vuelvo a mi despacho y reviso los correos electrónicos. Francisco me manda saludos y me hace una pregunta muy banal sobre el proyecto del Banco Mundial; parece que solo quiere saber cuándo vuelvo a Madrid. Tal vez este fin de semana me escape. La verdad es que no me encuentro bien. Las tensiones de estos meses me están llevando al límite; siento, por primera vez en mi vida profesional, cansancio físico y mental. Todos mis errores empiezan a conectarse unos con otros en una especie de confabulación de mi pasado contra mí mismo. Y sobre todo, está la idea temible, el peor enemigo, el que siempre he podido negar hasta ahora y que, sin embargo, gana terreno cada minuto. La soledad. Soledad que hasta ahora había contenido pero que ya no puedo soslayar; está en mí como un vértigo, ganando argumentos, fabricando recuerdos, controlando sueños. Me siento solo y es hora de admitirlo.

Pero hay más. Esta oficina de Trántor se hunde y yo con ella. Creo que la oficina está somatizando nuestros problemas individuales y no veo ninguna posible solución. Percibo la existencia de una fisura, y sin embargo, por primera vez en mi vida, no puedo localizarla con precisión, aunque sí sé que nos estamos

descomprimiendo de algún modo. No es nada esotérico ni metafísico; mejor dicho, no puede serlo, en términos intelectuales. Pero nuestro fracaso es ya una verdad evidente, incontestable, que solo conseguiré camuflar un poco más, tal vez dos meses o tres. Aunque ganemos el proyecto de la Generalitat, tenemos que ganar los otros dos proyectos en los que estamos inmersos, y yo sé y todos en esta oficina saben que no los vamos a conseguir. ¿Cómo hemos podido llegar a este punto? ¿Cómo es posible que no haya ninguna solución? Mi talento está fallando y no consigo autodiagnosticarme correctamente para saber si el problema es endógeno o exógeno.

Los teléfonos siguen sonando, pero comprendo que debo abstraerme y pensar en la reunión de mañana a primera hora. Memorizo mi discurso, organizo todas las estrategias, reviso las diapositivas de la presentación. No está del todo mal mi material y eso me hace recuperar la confianza. Suena otra vez el teléfono y esta vez es el de Carmen. Unos instantes después veo desde mi despacho que todos se levantan rápidamente de sus sillas y se acercan hasta su mesa. La rodean y alguien empieza a llorar. Ya está. Sé lo que ha sucedido. Lo que todos temíamos. Espero durante unos segundos hasta que por fin, como era de prever, entra Alfredo, pálido y tembloroso, en mi oficina.

—Han llamado del hospital. Mónica ha perdido el niño. Parece que ella está bien, pero seguirá en observación al menos unos días.

—Gracias. Encárgate de cualquier trámite necesario y mantenme informado.

—Por supuesto. Es increíble que haya pasado algo así. Parecía que estaba perfectamente. No lo entiendo.

Pienso algún comentario trivial, pero no encuentro ninguno que me convenza lo suficiente como para decirlo en voz alta y simplemente me encojo de hombros. Alfredo entiende que no quiero hablar más y vuelve a su mesa. Carmen y Maribel siguen en estado de *shock* llorando. Fuster y Foix, al menos, han vuelto a sus mesas. Sara sigue tecleando en su ordenador, pero se gira y nuestras miradas se cruzan. Me mira con odio. Sé que pronto empezará, a mis espaldas, a acusarme de muchas cosas.

Mónica ha perdido el niño. Pero no es así como hay que decirlo. Lo que todos sentimos es que el niño ha muerto, como murió el contable: antes de tiempo. Injustamente. Lezama decía que prefería

el mundo empresarial a la política porque así no tenía responsabilidad absoluta en las vidas de sus subordinados. Sin embargo, aquí ya tenemos un cadáver. Me gustaría saber cómo se autojustificaría él en una situación como esta. Seguramente sacaría su paternalismo de Anciano de la Tribu y nos regalaría algunas dosis de sabiduría totémica diciendo cosas como así es la vida.

Pero él no podría entender lo que está sucediendo aquí. Lezama se cree eterno y por eso está fuera del juego, o al menos de este juego. No comprende que no se puede trabajar cuando se piensa en la muerte. Esa maldita vieja palabra. La palabra sin duda preferida de Yolanda Llorens.

¡Y yo esperaba ingenuamente ser el líder de esta oficina! No, la oficina la lidera Yolanda, y cada día que pasa me resulta más obvio. Sigo ignorando cuáles eran los verdaderos motivos de sus actos, si ella es el origen de todo o una simple mensajera, pero ya no tengo dudas de que ha conseguido algo aún más difícil de resolver que los discos dañados: de alguna forma, casual o premeditadamente, nos ha hecho más vulnerables a todos. Toda esta oficina vive en un estrés postraumático.

Es el mayor reto de mi carrera: Klaus Kinski debe vencer a Yolanda Llorens.

Tercera parte

Minidisc

Ahora empiezo a verlo todo claro. Por fin, después de cuatro meses en Barcelona, todo adquiere algún sentido y el diseño interior se vuelve perceptible. Tengo, por fin, confianza en que lo que hago es eficaz, racional, inmejorablemente práctico. Y, aunque parezca contradictorio, siento por ello una especie de sentimiento religioso, algo así como una epifanía o una plenitud, un hormigueo general del cuerpo que informa de mis indicadores de tenacidad y autoconfianza.

Adoro el estrés, el pulso anterior al infarto. Por eso me resisto a admitir que soy un ser alienado. He elegido mi destino, y renuncié a mucho para llegar a donde estoy. Renuncié a la luz del conocimiento, a la sabiduría, a resolver el enigma de la Esfinge. Soy absolutamente consciente de cómo represento la traición de una inteligencia que se ha reorientado desde la nobleza del pensamiento a la corrupción del relativismo. Pero no es por dinero, en realidad; el dinero forma parte de la liturgia, aunque ni siquiera es lo más importante. No; Eugenia siempre creyó que a mí solo me interesaba el dinero para salir de la clase media que siempre detesté y ganarme de ese modo una respetabilidad burguesa que solventara mis complejos genealógicos. Según ella, simplemente dejé a Pascal y a Husserl por Cruyff para poder comprarme coches de lujo y vivir en barrios buenos de Madrid. Eugenia no entendió nunca que el alma del siglo XXI ya no pertenece a su mundo familiar clasista del XX. El materialismo humano es hoy más sutil y complicado, y el experimento que he llevado a cabo conmigo mismo en los últimos diez años es mucho más que la consumación de una esquemática avaricia. Yo no soy un trepador cualquiera como Francisco, un

advenedizo carente de sensibilidad y de inquietud que se conforma con la barata numerología de los balances y la falsa exquisitez de las etiquetas de marca. Yo busco la totalidad; busco la singular belleza que hay en todo esto que me rodea, en todo lo visible e inmanente que forma parte de mis aledaños hoy. Busco aliento poético en un memorándum, en un informe, en una contabilidad, en una reunión en la sala de juntas. Sospecho que nunca nadie me entenderá, pero es así. Ese es el sentido de mi entrega total; la pasión absoluta por mi proyecto. Solo Marcos Muñoz parece ir más allá de toda esta mediocridad y captar el todo como yo, aunque sea para reírse y crear su Gran Broma Piramidal, dándole así al caos el privilegio que merece. Solo él ha entendido que el mundo ha cambiado y que vamos en otra dirección mucho menos segura de lo que creemos. Él sí sabe ser original en este mundo lleno de oportunistas y vanidosos.

Quizá haya otra persona que pueda entenderlo, o al menos entender lo que está en juego ahora mismo. Estoy, estamos, en un momento crítico en el que se abren muchas posibilidades y la mayoría son absolutamente negativas. Por eso debo tragarme mi orgullo y hablar con ella; tengo que dar un giro inesperado a la rutina que hemos creado entre todos, un golpe de efecto que genere un *impasse* de desconcierto y que me permita obtener por fin la iniciativa. Tengo que negociar con la persona que sin duda más me detesta en esta oficina y esa es, ahora lo entiendo, la oportunidad que necesito para alcanzar el liderazgo. He tardado meses en darme cuenta, en interpretar correctamente los códigos y las señales, en obtener la información adecuada. Pero ya todo empieza a tener sentido.

He conseguido que solo nos quedemos en la oficina ella, Alfredo y yo. Dispongo de tiempo y del escenario apropiado; íntimo, pero no violento. Alfredo no sabe nada de mi nueva estrategia y, seguramente, si le explicara mi razonamiento, empezaría a dudar de mi lucidez y de mi capacidad para liderar este grupo. Aunque quizá sí estoy enloqueciendo; no es una hipótesis desdeñable, teniendo en cuenta mis horas de trabajo y las energías mentales destinadas.

—Sara, ¿puedes venir a mi despacho, por favor? —le digo por la línea interna.

No se espera nada de lo que le voy a decir, porque ni yo mismo

lo sabía hasta anoche, hasta que decidí hacer *tabula rasa* de todos los problemas de esta oficina con un papel y un bolígrafo delante, sin ordenadores ni ningún otro tipo de apoyo mecánico, pero con la mirada reluctante y enloquecida de Klaus Kinski sobre mí.

Mi única preocupación ahora es que se produzca una llamada más de Lezama, y por eso he desconectado el móvil. Lezama está cada día más nervioso e irritado, lo cual es sorprendente, porque siempre se ha caracterizado por el estilo parsimonioso y la dificultad para dejarse llevar por el entusiasmo. Por una vez, me cuesta entender cuál es su interés real en todo este asunto, y eso me desagrada, porque suelo percibir bien los intereses ajenos. «La democracia es muy aburrida, no tiene épica», suele repetir. Quizá por eso está tan apasionado por su reentrada en el ajedrez del poder político. Sigue sin decirme a las claras lo que debo buscar, aunque él sabe perfectamente de qué se trata y me da pistas con la máxima cautela. «La clave es Davymark. Por ahí es por donde tienes que buscar. Esa empresa quebró hace años y en ella trabajaba el cuñado de Rosell. Antes de quebrar, la empresa nos contrató para intentar salvarles del desastre. Rosell es vulnerable por ahí; muy vulnerable. Él mismo se ha dado cuenta de que hay peligro y quiere borrar todas las huellas. Lo sé porque ya me lo han comentado varias personas de su entorno. Por eso hay que ir con el máximo cuidado. Ya no es solo Rosell, sino sus aliados externos al partido. No hay marcha atrás para los que han apostado por él. Y no van a renunciar a perder millones así como así. Te aseguro que entrarán a robar en tu oficina. Ni te darás cuenta: son profesionales, ex policías que se encargan de estas cosas. Son buenos, tanto como los policías de Estados Unidos. Esta ya no es la policía de chiste de la España de Franco; utilizan la mejor tecnología y no tienen nada que envidiar a los de *CSI*. Saben cómo entrar y salir y son capaces de quitarte los calzoncillos sin que te enteres. O sea que debes estar atento y no bajar la guardia nunca. Tal vez cometan un pequeñísimo error y averigües que han estado metiendo mano por ahí. No te preocupes, no habrá violencia; nunca se trabaja así, eso es propio de países subdesarrollados. Por suerte, en España no estamos en el Tercer Mundo y en algo se tiene que notar.

»Lo importante es que esto demuestra que lo que está en juego es gordo, muy gordo, y cada día aumenta su valor. Empiezo a

pensar que podremos obtener mucho más de lo que pensamos. No podemos fallar, César. Tienes que hacerlo bien y no quiero excusas. Confío en ti; últimamente estoy confiando en ti mucho más que en Francisco o en Asun, y espero que lo valores adecuadamente».

Sara toca a la puerta y le doy permiso para que entre. Se la ve algo cansada; mejor para mí. Sospecho que ha tenido una mala noche, aunque no sé si ha sido por ella, por el niño o por el marido. Es curioso cómo alguien en apariencia tan discreto puede en cambio tener tanta importancia estratégica. Pero ahora lo sé; no tengo dudas. Le indico que se siente y lo hace. No me sonríe, y sé que no es solo porque el cansancio se lo dificulte. Me odia de manera profunda, aunque lo que no sé es si odia más lo que represento socialmente o la identidad que supone que tengo. Pronto lo sabremos.

—Quería felicitarte porque has gestionado muy bien los cursos del proyecto de Gerona. He hablado con los responsables y todos me han comentado lo fácil que ha sido relacionarse contigo.

—Qué bien. —El halago funciona, naturalmente, pero la coraza es mucho más dura.

—Eso significa que no estaba equivocado cuando decidí sacarte de la administración y meterte en el área productiva, aunque sea provisionalmente. ¿Te has sentido a gusto? Dime. Me gustaría conocer tu valoración.

—Es mejor que hacer fotocopias, desde luego.

—Desde luego. —Los dos manipulamos el silencio con intenciones obvias—. Cambiando de tema, ¿cómo está Mónica? ¿La has visto?

Ella quizá no sabe que yo sé que la ha ido a ver a la hora de la comida. Mónica sigue de baja y no sabemos cuándo volverá, si es que vuelve. Yo todavía no la he visto después del aborto.

—Sí, la he visto. Físicamente está bien, pero está muy deprimida y no sabe cuándo volverá a trabajar.

Es el momento de levantarme de la silla y situarme más cerca de ella, prescindiendo de jerarquías. Así lo hago y ella parece sorprendida, hasta el punto de que gira la cabeza como para asegurarse de que no estamos solos en la oficina. ¿Me tiene miedo? ¿Cree que voy a hacerle algo? Es absurdo, aunque tiene lógica dentro de la paranoia creada aquí por Yolanda y toda su leyenda.

Me siento en el borde de la mesa, con mis pies cerca de los suyos, y la miro fijamente.

—Sé que me consideras responsable de que Mónica haya perdido a su hijo. —Intenta defenderse, pero le pido tiempo con la mano—. Solo quiero que me des la oportunidad de explicarme. No es agradable que te hagan sentir como un asesino. Pero puedo entender lo que opinas: crees que presioné excesivamente a Mónica durante este mes y que le hice todo tipo de chantajes emocionales para conseguir hasta la última hora de su trabajo. Supongo que sabes que le prometí una jugosa cantidad en forma de paga de productividad a finales de este año si conseguíamos sacar adelante los tres proyectos que teníamos en marcha. Quizá eso sí fue culpa mía, y lo admito. Nunca se me ocurrió que podría suceder algo tan terrible. Pensé que ella controlaba la situación y que no corría ningún riesgo que no quisiera correr. Aunque no lo creas, no me lo quito de la cabeza. Pienso en lo que significa perder un hijo. La esperanza de un hijo, al menos.

—No, no creo que entiendas por lo que está pasando.

Si ella supiera. Pero ni sabe ni ha de saber nunca.

—Puede que lo entienda más de lo que crees. No soy una bestia insensible. Yo también he intentado tener una familia y he fracasado. Es el momento de que nos apoyemos, no de buscar culpables. Por eso te voy a contar algo: mi esposa, de la que estoy separado pero todavía no divorciado, trató de suicidarse hace un par de meses.

—Lo siento. ¿Está bien?

—Sí, por suerte está bien. Pero fue un golpe muy duro. ¿Sabes por qué? Porque la amaba. Y tal vez aún la amo.

La belleza de Sara ya no me merece dudas; el asunto pendiente es su inteligencia, o más exactamente su vida interior. Ese cansancio físico es sumamente revelador, pero ¿se debe acaso solo a la familia? ¿Está entregada plenamente a esa vida y ha renunciado a la combatividad, a la lucha, a los ideales?

—Lo siento, no sabía nada. Espero que se encuentre bien. Ya sé que todos sufrimos cada día. Eso nunca lo he puesto en duda. Los ricos y los pobres, los jefes y las secretarias. No estoy buscando ningún culpable ni quiero atacar a nadie. Simplemente me duele lo que le ha pasado a Mónica. Ella se merece más. Trabajó duro y

¿cuál es la recompensa?

—Ninguna, porque nos estamos hundiendo, Sara. Nos hundimos todos. No solo Mónica, tú y yo, sino todos los demás. Lo estamos haciendo mal; yo, el primero. Esta oficina sigue sin ofrecer los resultados esperados. No cumplimos con el plan estratégico. Y te aseguro que Lezama es implacable; es perfectamente capaz de cerrar esta oficina y mandarnos a todos a la calle. Por detrás de su fachada, Lezama es un competidor nato que no está acostumbrado a los fracasos. Y la primera cabeza que va a rodar es la mía. Lezama confió en mí y estoy fracasando. En realidad, estoy fracasando en todos los terrenos de la vida. Estoy separado de mi mujer, vivo en una ciudad en la que me siento solo y todas mis energías las estoy destinando a una oficina en la que nunca he conseguido encajar. Lo he intentado, he intentado de verdad crear un buen ambiente, aunque, cómo decirlo, hay tragedia en esta oficina. No quiero parecer esotérico, pero hay energía negativa, y eso lo puede detectar cualquiera. Contra eso no puedo luchar. No tengo tanto poder ni tanta autoridad. O al menos yo solo no puedo.

»Tú puedes ayudarme. Porque no todo está perdido. Tenemos oportunidades muy grandes a nuestro alcance. Pero hay que salir del amparo de la derrota, que es donde seguimos todos. Incluso yo me siento derrotado después de cuatro meses tratando de sacar adelante este proyecto. Necesito ayuda. Es el momento de prescindir de las soluciones convencionales y ser más creativo.

—Yo no soy más que una administrativa. No sé cómo podría ayudarte. Ya hago todo lo que puedo. No sé qué crees que has visto en mí.

—Eres mucho más que una administrativa, y en el fondo lo sabes. Eres la persona más inteligente de esta oficina. La única que realmente tiene potencial para captar el verdadero sentido de todo esto. El misterio que hay aquí, dentro de estas paredes, y que en el fondo es el mismo misterio de todo lo que nos rodea. Tienes un poder que solo utilizas ocasionalmente pero que está en tu interior, sin duda. Sé que tienes una familia y que esa familia te da mucho pero te quita mucho. Sé que algún día soñaste con posibilidades extraordinarias que creías a tu alcance. Quizá quisiste ser artista, o pensadora, o luchadora por los derechos de las mujeres. Veo muy clara esa voluntad, porque a mí me sucedió lo mismo. Te veo y me

veo a mí mismo en un momento de encrucijada que pasé hace años. Por ese motivo quiero decirte que todo es mucho más fácil de lo que crees, Sara. La inteligencia es la clave. Inteligencia, nada más. Eso sirve siempre. Y sirve también para conseguir dinero, aunque nadie parezca darse cuenta. Es la razón la que nos salva siempre. Lo demás son miedos y supersticiones. Veo en ti ese potencial que no has podido sacar a la superficie todavía, pero que sin duda está ahí, latente, esperando una oportunidad. Yo te la puedo dar. No tienes que renunciar a tu familia; te ofrezco la posibilidad de conciliar lo que te parecía imposible de conciliar. La vida familiar y un futuro esperanzador y creativo en esta empresa.

—Me halaga lo que dices, pero la verdad es que no me obsesiona el dinero y tampoco tengo ambición profesional.

—Pero quieres dejar de tener miedo. Miedo al futuro, por ejemplo. Estás haciendo enormes sacrificios por tu familia; estás renunciando a esa vida que una vez quisiste llevar. Y sabes que la renuncia fue voluntaria, porque querías tener una familia. Pero sientes nostalgia por eso que perdiste: ese sueño, ese ideal, esa energía. Yo te puedo dar facilidades para recuperarlo. Sé cómo puedes hacerlo. Trabaja conmigo y descubrirás un nuevo sentido a tu trabajo. Te liberarás de ese cansancio terrible con el cual llegas todos los días. Porque estás trabajando en algo que no te corresponde. No tengo dudas. Tú siempre deseaste algo más.

—Pero no tengo conocimientos técnicos, no sé cómo funciona una empresa o la administración pública.

Me muevo rápido y en apenas unos segundos abro el primer cajón de mi escritorio. Saco el Minidisc y se lo ofrezco.

—¿Sabes qué es esto? —Ella lo toma y lo observa durante unos segundos, pero niega con la cabeza—. Un reproductor de música que Sony intentó promocionar por todo el mundo hace algunos años. Un gran invento que fue un fracaso espectacular en todo el mundo, salvo en Oriente. Te preguntarás: ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando? No es fácil de explicar, porque se trata de la parte más extraña de todo esto. Llevo siempre ese cacharro conmigo precisamente porque su fracaso es relajante, tranquilizador.

—¿Algo así como ver *Waterworld*?

—En cierto modo. Este Minidisc es un simple objeto que ha sido creado por seres humanos que se equivocaron espectacularmente.

¿Te imaginas la magnitud colosal de ese fracaso, los millones de dólares, los miles de horas e incluso las toneladas de papel invertidos? Desde que entendí eso, este trabajo me resulta extrañamente fácil. Porque, en el fondo, nosotros solo trabajamos con seres humanos, no con tecnología punta ni cálculos matemáticos. Simplemente, una empresa o una institución llega a nosotros y nos dice que tiene un problema. Y el problema siempre es el mismo: quieren ser más rentables, es decir, ganar más dinero. Si entiendes de qué están hechos los seres humanos, todo se vuelve más simple. Tú has pensado en ello muchas veces, estoy seguro. Por eso te atrae más el Árbol del Bien y del Mal que el mundo de Disney.

Sara respira hondo y baja la mirada mientras se revisa con los dedos la cintura del jersey. Ahora sí han cedido las defensas; ahora sí está ante mí la madre vulnerable que probablemente está harta de un marido mediocre que nunca ha sabido escucharla cuando necesitaba hablar de otras cosas. Estoy seguro de que ya no corro el riesgo de que me considere un jefe chiflado.

—Es curioso. No eres la primera persona que me dice algo así en esta oficina. Antes lo hizo Yolanda. Ella también creía que yo podía hacer otras cosas y que estaba perdiendo el tiempo en este trabajo de administrativa. De todos modos, estoy un poco sorprendida por esta oferta. Tendré que pensarlo.

—Lo comprendo. Piensa que lo que quiero, ante todo, es que me ayudes a levantar a este grupo. A sacarlos del nihilismo en el que parecen haberse instalado. Si no gestionamos bien nuestro equipo, difícilmente gestionaremos cualquier otro.

—Espero que no quieras que sea una especie de espía… Para eso ya tienes a Alfredo.

—¿Comprendes por qué creo que eres la persona más inteligente de esta oficina?

Compartimos una sonrisa cómplice y me doy cuenta de que no debo agobiarla más. Sale del despacho sin decir palabra, pero a los cinco minutos se despide de mí con un adiós que me sabe a victoria. Deja la oficina en compañía de Alfredo y yo me quedo en mi despacho para revisar por enésima vez mi correo electrónico. Hay un mensaje inesperado de Eugenia. Quiere saber si voy este fin de semana a Madrid. Quiere que hablemos.

En la universidad tenía un círculo de amistades que he perdido con el tiempo. Ninguno de ellos entendió mi decisión de abandonar los estudios de filosofía para entrar en el mundo empresarial, y después de casarme con Eugenia perdí definitivamente el contacto con ellos. No les echo de menos, desde luego; hoy nos veo como un grupo de pedantes insoportables, envanecidos con una absurda sensación mesiánica. Nos pasábamos el día discutiendo en la cafetería sobre lo que veíamos en clase: gracias al atraso universitario español, el gran dilema entonces era todavía, básicamente, francés: Sartre o Foucault. Los dos nos resultaban fascinantes incluso desde el punto de vista biográfico y eran sin duda modélicos, cada uno a su manera, en la posición, tan admirada por nosotros, de intelectual libertario. Pero había que elegir: o la libertad sartriana o los dispositivos foucaultianos del poder. El hombre es un proyecto o el hombre ha muerto. Ni más ni menos (hoy diríamos que el hombre es ya solo una mercancía). Es increíble cómo nos deleitábamos en el narcisismo teórico, que se volvió más patológico cuando empezamos a conocer a Derrida, que llegó también desde Francia barriendo con todo.

Uno de aquellos amigos se llamaba Gonzalo y es el que más a menudo viene a mi memoria. Gonzalo era quizá el más brillante de todos nosotros en términos académicos, aunque también era el más torpe en las relaciones sociales y, como es lógico, el más retraído a la hora de ligar. De él sí esperábamos éxitos intelectuales claros y concretos, quizá algún estudio filosófico de nivel, incluso entrar en la universidad como profesor. Sus excentricidades eran, en principio, amables: su pasión por *Star Wars* o por el juego del Risk las aceptábamos como rutinas genialoides propias de alguien con un talento muy superior al nuestro en muchas materias, en especial la lógica.

En el último año de carrera, en cambio, se volvió más taciturno e impredecible; freudianamente yo lo asociaba a sus carencias sexuales, pero no podía ser la única explicación, y desde luego tampoco era una justificación para su creciente aspereza. Sus intervenciones en clase empezaron a ser demasiado agresivas y en nuestras conversaciones con frecuencia se mostraba obsesivo y autoritario, hasta el punto de no querer dar por terminada nunca cualquier discusión hasta no haber expuesto todos sus prolijos

razonamientos. Nuestro grupo empezó a resentirse de su presencia y hubo cada vez menos reuniones. Yo intenté ayudar a Gonzalo como pude, pero era evidente que tenía problemas psicológicos serios.

Aun así, tratamos de seguir reuniéndonos con motivo de cumpleaños y ocasiones especiales de ese tipo. En una de esas reuniones decidimos, en vez de ir al cine o al teatro, acudir a un espectáculo de magia. No se trataba de un mago especialmente conocido, pero la verdad es que sus trucos eran bastante originales. Hubiéramos disfrutado enormemente la velada de no haber sido por Gonzalo. Hacia la mitad del espectáculo, mientras los demás reíamos y nos maravillábamos con la habilidad y el ingenio del mago, que utilizaba cartas, trucos mentales y muy diversos instrumentos, me fijé en Gonzalo, que no sonreía ni aplaudía, sino que miraba fijamente sin disimular su mal humor. El mago pedía una y otra vez la participación voluntaria del público y en una de esas peticiones nos quedamos sorprendidos al ver a Gonzalo levantar la mano. Se acercó a la mesa que ocupaba el mago, que se dejaba rodear por todo el público, en una cercanía muy valiente por su parte. Gonzalo aceptó jugar, pero antes pidió permiso para examinar la mesa e incluso la chaqueta del mago. Ahí empecé a pensar que algo no funcionaba, porque el comportamiento de Gonzalo era sin duda inesperado y grosero. El mago, sin embargo, demostró su experiencia en el escenario y supo salir airoso, con una buena dosis de humor. Gonzalo, sin sonreír en ningún momento, participó de un magnífico truco de cartas que nos dejó a todos boquiabiertos y luego regresó a nuestra mesa. No dijo ni una sola palabra mientras duró el resto del espectáculo.

Al terminar el *show*, todos discutimos, como suele ser habitual en estos casos, sobre la pericia del mago, siempre en términos admirativos. Pero Gonzalo solo intervino para decir algo inquietante:

—Tengo que averiguar cómo lo ha hecho.

Los demás lo tomaron a broma, pero yo intuí que algo se estaba deteriorando rápidamente. Gonzalo puso cualquier excusa para dejarnos unos instantes e intenté vigilarle a distancia. No sé cómo convenció al portero, pero entró de nuevo en el local y empezó a exigir respuestas al mago, que ya estaba terminando de recoger todo su material. El mago intentó tranquilizarle apelando a su

secreto profesional y desmitificando su propio trabajo, que calificó como un simple entretenimiento sin mayor importancia. Gonzalo no parecía estar conforme con esa respuesta y siguió exigiendo una explicación, al menos en lo que se refería al truco en el que él había participado. La situación fue subiendo de tono; el mago quería irse y Gonzalo se lo impedía a base de preguntas reiterativas. El dueño del local y yo intentamos intervenir; él más amenazante, yo más persuasivo. Ninguno de los dos tuvo éxito. Gonzalo se abalanzó sobre el mago e intentó estrangularle. A partir de ahí se inició una confusísima pelea, con Gonzalo completamente enajenado y violentísimo, agrediéndonos a todos. Llegaron más personas y entre todos pudimos reducir a Gonzalo. En media hora llegó también la policía y la noche se estropeó definitivamente. Por lo que sé, el mago perdió la vista en un ojo por ese incidente.

En la comisaría, Gonzalo se tranquilizó, pero todos comprendimos que estaba perdido.

—¿No lo entiendes, César? No soporto los enigmas. Los odio con todas mis fuerzas. ¿Cómo puedes quedarte tan tranquilo sabiendo que lo que no entiendes está justo delante de ti? El enigma nos estaba atacando. Nos atacaba a todos.

Nunca terminó la carrera de filosofía. Entró en tratamiento psiquiátrico y dejamos de tener contacto con él. Murió unos seis años después, aunque, como ocurre tantas veces, nunca supimos de qué había muerto realmente. Todo quedó en una niebla de términos médicos que podían implicar una sobredosis o una enfermedad crónica o un tumor o las tres cosas a la vez.

Es posible que la locura de Gonzalo influyera en mi decisión de no terminar el doctorado.

Las cosas no funcionan como esperaba.

Después de los primeros diez minutos, no me queda más remedio que admitir la frialdad inequívoca de Eugenia. Es cierto que ha aceptado que vayamos a tomar una cerveza en uno de nuestros bares preferidos del barrio de Salamanca; es cierto que por teléfono estuvo amable e incluso bromeó sobre su estancia en el hospital, lo que me hizo suponer que su proceso de recuperación se estaba completando. Sin embargo, ahora mismo la tengo delante de

mí y la veo bien, aunque no radiante. El matiz es importante en la lógica de Eugenia. Está hermosa, pero no ha ido a la peluquería ni se ha maquillado especialmente para la ocasión. Incluso diría que la blusa que lleva ya se la he visto en un par de ocasiones. Tratándose de Eugenia, esos son indicios negativos, que implican que no hay previsión de cortejo hoy. Yo, en cambio, he llegado al bar con la mejor de mis sonrisas. No quería parecer desesperado, y por eso no he abusado de la colonia ni me he engominado como en las mejores ocasiones. Sin embargo pensaba que ella sí quería lucirse como en otros tiempos. Algo la incomoda; tal vez su trabajo en la universidad no va bien, o es que las ideas suicidas han regresado. No lo sé. Sea como sea, esta cita no funciona como esperaba. He pasado una noche de ilusiones (que ha sido quizá mi mejor noche en Barcelona), pensando que la llamada de Eugenia implicaba una posibilidad de reconciliación. Incluso estoy dispuesto a admitir algunos de mis errores pasados; estoy dispuesto a aceptarlo todo, o casi todo. Pero algo no funciona. No como debería.

Bebemos los dos un trago largo de cerveza porque sabemos que hemos agotado la mayor parte de los temas de trámite. Mi trabajo, su familia, las diferencias entre Madrid y Barcelona, mi viaje en avión, los controles de seguridad en los aeropuertos. Ella deja de mirarme a los ojos y pienso que me va a hablar de su suicidio.

—César, te dije por teléfono que teníamos que hablar y no quiero retrasarlo más. Ya sabes que mi vida ha sido, cómo decirlo, muy intensa últimamente.

—Lo sé, pero ya estás bien…

—Déjame que termine, por favor. —No me ha gustado nada su reacción; esa interrupción es de una grosería difícilmente aceptable para mí, porque limita mi elocuencia, y ella sabe lo importantes que son para mí las palabras y lo que me molesta que me hagan callar, sea cual sea el motivo—. Estoy intentando rehacer mi vida. Este es un momento decisivo en el que quizá debo arriesgar. No puedo quedarme parada, quieta, esperando que suceda algún milagro. Lo de las pastillas, bueno, lo que pasó aquella noche, aquella crisis terrible, me hizo pensar que mi problema fundamental es la soledad y que no puedo seguir sola. Siempre quise tener una familia, tú lo sabes. La familia es lo más importante para mí, mucho más que la universidad o cualquier otra cosa. Es lo único que nos da

estabilidad en un mundo que va tan deprisa y que siempre nos marea. Tú sabes lo que es eso, porque después de lo de Jan empezaste a trabajar mucho más, hasta un límite increíble para un humano. Ya sé que todo lo hacías para llenar un vacío, pero un trabajo no es algo en lo que se pueda confiar, no es una familia. Es un trabajo, solo eso. Yo ahora quiero volver a confiar, empezar de nuevo y soñar otra vez con una familia. La experiencia del hospital me ha hecho descubrir facetas nuevas de algunas personas a las que apenas conocía bien. Y creo que empiezo a sentir esperanza. Por eso quería decirte que estoy saliendo con alguien.

¿Qué coño sucede aquí? Me lo pregunto para mis adentros, pero estoy tentado de decirlo en voz alta.

—Estoy saliendo con Francisco.

Ahora sí que me ha jodido. Jodido de verdad. Y yo sin tener ni puta idea. Es humillante. Básicamente humillante.

—Quería decírtelo yo antes de que te enteraras por alguien de la empresa. Además, Francisco te respeta mucho, en serio, y quería que todo entre nosotros tres se hiciera razonablemente. La verdad es que Francisco me ha apoyado mucho en estos meses y he descubierto en él una persona generosa. Nos va muy bien, César. Muy bien. Vuelvo a estar contenta y con ganas de vivir a tope.

Ahora sí sonríe. Ahora sí se toma la molestia de exhibir su sonrisa, de mirar con esa delicadeza de Audrey Hepburn que siempre me pareció exquisita.

—¿Francisco? —bajo la voz porque sé que me ha salido casi un falsete—. ¿Cómo puedes estar con ese tipo? ¿Estás hablando en serio? ¿Francisco? ¿Curro Rivas?

—Por favor, me gustaría que lo entendieras. Creo que es el momento de que arreglemos nuestro divorcio. Siento que empiezo una nueva etapa y, la verdad, por los buenos tiempos que pasamos, me gustaría que todo se hiciera de manera tranquila y sensata. Me gustaría pensar que te alegras por nosotros. Pensamos irnos a vivir juntos pronto porque ya estamos preparados. César, yo me alegraré cuando tengas pareja, de verdad. Es lo mejor para los dos, reconstruir las vidas. Seguir adelante y tener una segunda oportunidad. ¿No te das cuenta?

Sus palabras suenan a lubricante para sodomía. La odio y odio a Francisco. Eso ya es real.

—Eugenia, estás cometiendo un grave error.

—No digas eso.

—Francisco es, en pocas palabras, una basura. Créeme, lo conozco desde hace tres años. He trabajado con él todos los días y sé de lo que es capaz. Es un tipo despiadado que desprecia a las mujeres en el trabajo y que ha pegado muchas puñaladas por la espalda. Hizo desaparecer papeles para que despidieran a la predecesora de Asun. Tuvo un becario al que le hacía ir a comprar la comida para su perro. Y muchas cosas más que te podría explicar sobre su más que dudosa moralidad. ¿Sabes lo que hizo antes de trabajar en Trántor? Dejó un agujero de dos millones de euros en una empresa de doscientos trabajadores que acabaron en la puta calle. Pero él y los jefes pudieron montar la misma empresa con otro nombre. Ellos no perdieron ni un euro.

—César, no me trates otra vez como a una ingenua. Ese es uno de los problemas que siempre hemos tenido: tu tendencia a infravalorarme. Tú también has despedido en muchas ocasiones y sabes lo que es eso; de hecho, es lo normal en vuestra posición de responsabilidad. Ahora no te hagas el inocente. Son las reglas del juego y así es el mundo en el que vivimos. Eso no convierte a Francisco en un delincuente. Sé que has competido con él durante años y es lógico que sientas recelos. Pero no es un canalla, créeme. Es una buena persona, trabajadora y honesta. Tú te sientes superior a él porque eres más culto y tienes más conocimientos de arte y de filosofía. Pero una persona no se mide por su capacidad para responder a las preguntas del Trivial. Siempre has estado muy orgulloso de tu superioridad intelectual y, qué quieres que te diga, a veces me hiciste sentir estúpida, como si no estuviera a tu altura y no fuera capaz de entender todas esas sutilezas de la vida que tú crees que conoces. No sabes lo humillante que es que hables de Johan Cruyff como tu ídolo y digas una y otra vez que no soy capaz de entender tu «profunda» teoría sobre ese tipo. ¡Johan Cruyff! Durante años me hiciste pensar que yo era idiota porque no entendía esas cosas de ti, esa antifilosofía tan supuestamente original a la que habías llegado después de muchos años de reflexión. Francisco, en cambio, no quiere avasallarme con su exquisita sensibilidad. Tú dirás que no lo hace porque no puede. Tal vez sí, o tal vez no. Sea como sea, me está ayudando mucho. Me ha

hecho recuperar las ganas de vivir.

—¿Sabes lo que hizo una vez?

—¿Ya me vas a contar lo de Cuba?

Su réplica es rápida y segura, lo que significa que estoy desbordado. Todo ha salido mal y empiezo a hundirme en un fango de frustración y vergüenza.

—Francisco me lo contó todo. Todo. Y me advirtió de que probablemente lo sacarías a colación.

—Mandó a una mujer a la cárcel porque le salió de los huevos. ¿Te das cuenta?

—Está muy arrepentido. Fue sincero conmigo y yo lo agradezco. Piénsalo: nosotros tampoco somos perfectos. También hemos cometido errores. Alguien podría decir que fuimos crueles con Jan. Pero a veces hay que asumir los errores para salir adelante. Francisco lo hace y yo también quiero hacerlo.

—Por Dios, Eugenia. ¿Cómo puedes creerte eso?

—Porque lo dice sinceramente. Francisco ya averiguó que la chica ha salido de la cárcel. ¿Y sabes qué? Me ha prometido que le va a enviar dinero por Western Union para compensarla.

La observo durante unos segundos, anonadado, perplejo. Tengo que calcular cuál es la reacción más adecuada en un contexto tan imprevisto como este. Debería matar a Francisco, pero la verdad es que mi odio hacia Eugenia es aún mayor. Muevo la cabeza para ganar tiempo y propiciar un silencio. Sin embargo, sé que no tengo argumentos. He perdido. Definitivamente.

Nos mantenemos en silencio durante unos minutos y recupero mi autocontrol. Sé lo que decir si quiero dañarla un poco, mucho o demasiado. Es cuestión de elegir la intensidad.

—Eugenia, no sé cómo explicarlo de manera rápida para que no perdamos más tiempo del estrictamente necesario. Empecemos por la frase solemne y legalista: eres libre de hacer lo que quieras, por supuesto. Pero te diré que me decepcionan varias cosas. Esta pantomima de reunión amistosa, por ejemplo. Un correo electrónico hubiera sido suficiente. Aunque es mucho peor tu grave incoherencia. Porque te recuerdo que hace pocos años detestabas a Francisco casi como yo. ¿Quieres que te recuerde lo que me dijiste después de la barbacoa de El Escorial? Que Francisco era un miserable y que te había tirado los tejos de forma repugnante. Que

era un tipo asqueroso. Y en efecto lo es. Tenías toda la razón. Entonces te daba asco porque supuestamente era todo lo opuesto a mí. ¿Fue así o me equivoco? ¿Por qué no lo miras en tu diario? Ahora que lo pienso, puede que lo encuentres más o menos en las páginas en las que empiezas a echarme la culpa de lo de Jan. Porque fue por esas fechas. ¿Acaso crees que Francisco se hubiera comportado de forma distinta que yo? ¿Crees que él sí habría sido un buen padre? ¿Es ese tu reto? Seguro que te ha dicho que él no hubiera hecho lo que yo y que nunca hubiese intentado convencerte de nada que fuera en contra de tus necesidades afectivas. Conozco todos sus trucos, su elocuencia barata y sus colonias caras. Pero tendrás oportunidad de averiguarlo por ti misma. Construye una familia en torno a él; ya verás cómo acabará todo. Te pondrá los cuernos a la primera oportunidad. ¿Para qué te crees que iba a Cuba? Es un putero absoluto.

—¿Por qué te pones así? Lamento que te duela esto; pensé que lo aceptarías como un adulto. No veo motivos para tanta indignación. No es ninguna venganza por mi parte, ni por la suya. Es, simplemente, el inicio de algo distinto. Amor, César, es solo amor. No estamos en la empresa. Esto no es Trántor, es la vida real. Además, se suponía que teníamos que reconstruir nuestras vidas. En eso habíamos quedado, César. Lo nuestro terminó. ¿Por qué te cuesta admitirlo? ¿Es que no quieres la segunda oportunidad? Me preocupa esa actitud tuya, de verdad. ¿Por qué tienes que indignarte así contra Francisco? ¿Y contra mí? ¿Tanto me odias que no quieres verme feliz?

—No, no te odio. En absoluto. Y no quiero más melodrama. Ya gasté todos los melodramas contigo. Haz lo que quieras.

Me duele el pecho y no descarto que empiece a tener problemas de salud serios. Es estrés, seguro; por tanto, debo preocuparme por el infarto. Lo que debo preguntarme es si realmente me importa sufrir un infarto y morirme.

Sí me importa, porque eso significa perder. Porque significa ser derrotado por Eugenia y Francisco, dejarles el campo libre para que me humillen públicamente y se rían de mí.

Veo en la pared de mi casa el póster de Klaus Kinski, pero no

espero inspiración de Lope de Aguirre. La rebeldía ha de ser mucho más sutil esta vez; matar a Francisco sería fácil, e incluso legítimo, de acuerdo con casi todas las escalas de valores excepto la jurídica. Pero la senda del crimen no me parece aceptable; es un recurso adocenado y vulgar hoy en día, propio de pervertidos sexuales o de matones iletrados. No, el crimen está descartado; como solución al problema, es una solución tosca, primaria, carente de imaginación. Necesito otras opciones para reorientar este camino caótico, para salir del ambiente destructivo y encontrar otro espacio para el desarrollo de mis cualidades. Cuánta mediocridad me rodea, sinceramente; cuánto egoísmo esquemático, incapaz de salir de las directrices impuestas por los *mass-media* y las convenciones sociales. Francisco y Eugenia forman la peor pareja que puedo imaginar. Solo el miedo los puede unir; pero ya sabemos que el miedo es la fuerza más poderosa del mundo humano y es capaz de crear alianzas insospechadas.

¿Por qué me hace esto Eugenia? Es cierto que con ella nunca pude hablar de Foucault ni de Nietzsche, de Jackson Pollock ni de Jasper Johns. En realidad, pronto me acostumbré a no tener ese tipo de conversaciones en nuestra vida cotidiana; lo que ella parece no entender es que ahora mismo podría hacer una rápida y rencorosa lista de todos los demás sacrificios que tuve que hacer por nuestra relación, y no me refiero a Jan (porque yo también quería a Jan, aunque ella pensara que no, que mi estrategia era satisfacer su instinto maternal para que me compensara sexualmente). No, me refiero a los sacrificios en la esfera de la convivencia diaria: comprar como fuera una vivienda en el barrio de Salamanca, porque para ella era la consagración social y la confirmación ante su madre de que la vida puede tener armonía intergeneracional; tragar los comentarios ignorantes y semifascistas de su hermana y su cuñado, tan cerca del Opus Dei y tan lejos de la inteligencia; renunciar a fumar porros o consumir alguna rayita de vez en cuando, o siquiera la copa de orujo después de la cena. Sí, cosas poco importantes y nada sublimes, pero que extrañamente ya no puedo recuperar, porque forman parte de este capítulo de mi vida que tan mal ha terminado.

Ah, y su intento de suicidio cobra otro sentido desde la constatación de su nueva mentalidad traidora: fue una decisión

mediocre, una niñería que hizo para llamar la atención y mortificarse de forma prudentemente remediable. Yo he sufrido por ese suicidio; de forma injusta e innecesaria, he llegado a sentirme relativamente culpable de su decisión. He pensado que mi actitud (mi intolerancia, mi pragmatismo, mi soberbia) tenía que ver en la autodestrucción de Eugenia. Hoy, en cambio, puedo perdonarme, y lo hago. No necesito al maldito psicólogo para eso.

En cierto modo, puedo considerar terminado el problema Eugenia. El enamoramiento se ha acabado y dudo mucho que renazca. La decepción de este viaje a Madrid no será fácilmente superada. ¿Qué me queda pendiente entonces? Necesito resolver el problema Trántor, aunque veo tres opciones: encontrar lo que Lezama busca para hundir o presionar a Rosell y utilizarlo yo por mi cuenta (opción muy arriesgada); salvar el plan estratégico de Trántor y regresar a la central de Madrid (pero para qué), y la que más me apetece: romper con Trántor y empezar de cero en otra parte, de otro modo, con un nuevo proyecto que pueda liderar, crear y controlar. Con una nueva estrategia, en definitiva. De todos modos, debo reflexionar sobre mis errores estratégicos: ¿cómo no percibí que había algo o podía haber algo entre Francisco y Eugenia? ¿Cómo se me ha escapado algo tan importante? ¿Hasta qué punto me he acostumbrado a engañarme?

Sea como sea, haga lo que haga, lo más lógico ahora mismo para mis proyectos de futuro es llamar a Cardús. Ya no puedo esperar más. Y lo voy a hacer.

En la televisión del restaurante emiten el informativo de las tres y aparece el ministro Rosell ante los micrófonos de los periodistas. No escucho con claridad lo que dice, pero seguramente habla del futuro de España y de la necesidad de un acuerdo con sindicatos y empresarios para garantizar la prosperidad futura y el Estado del bienestar. Leo en sus labios precisamente esa expresión: «Estado del bienestar», uno de los típicos sintagmas que cualquier político debe decir con el máximo respeto. No me cuesta imaginar el resto de vaguedades de su discurso, las calculadas ambigüedades, las meditadas puyas a sus rivales, los guiños al electorado dubitativo. Se le ve seguro, fotogénico, relajado; tiene muchos números para

ser el próximo presidente, o al menos un hombre de gran peso político, lo que a veces es aún más importante. Tiene, además, un punto de malicia que no se me escapa, a pesar de la confianza que inspira masivamente; es ambicioso, y todo su esfuerzo semiológico se dirige a transmitir silenciosamente la idea de que su ambición será beneficiosa para el conjunto de la población. Sin duda es consciente de que buscarán debajo de todas las alfombras para encontrar la basura con la que hundirle, presionarle o simplemente (como sospecho que quiere Lezama) enseñarle quiénes son sus verdaderos amigos. Parece preparado para responder a las críticas y a los rumores; tal vez su cuñado no le preocupa en absoluto y la vida en la familia Rosell es sólida e invulnerable. En cualquier caso, cada día leo en los periódicos más reflexiones, previsiones y admoniciones sobre Rosell. Está en el centro de las tensiones actuales y sospecho que cree que ese es su destino. Envidio a los que creen que tienen un destino.

—Deberías ir al cine. Tienes que relajarte. No puedes seguir así.

Es la primera vez que Sara me dice algo tan extrañamente cordial. Alfredo se ha ido al cuarto de baño y nos hemos quedado ella y yo solos en la mesa mientras esperamos nuestras respectivas ensaladas del menú. También es el primer momento en el que nos quedamos solos desde la conversación que tuvimos en mi despacho. No es la primera vez que como con los empleados para intentar socializar un poco con ellos, pero hay algo distinto hoy, porque espero alguna respuesta por parte de Sara.

¿Qué planea esta mujer? ¿Quiere ahora, increíblemente, ligar conmigo? Quizá eso explique su actitud extrañamente cariñosa con Alfredo en los últimos días, permitiéndole incluso algún extraño e inesperado contacto físico, que a buen seguro habrá aumentado la pasión amorosa del muy cretino hasta conducirlo, Dios no lo haya querido, a masturbarse en el lavabo de la oficina. ¿Querrá darme celos? ¿Es todo una trampa que no alcanzo a entender? ¿Quiere, pongamos por caso, denunciarme por acoso? Hay algo en esa mujer que no controlo todavía, y tiene que ver, naturalmente, con su amistad con Yolanda y todo lo que ella representa. De algún modo, esa mujer le suministra la insolencia y esa inexplicable seguridad para alguien que solo es una vulgar administrativa. He tratado de sacar a la superficie su egoísmo, enfrentarle con su propia ambición,

pero aún no sé realmente si ella ha decidido ya su pacto con el diablo, es decir, conmigo.

Voy a responderle de la manera más inesperada, para ver cómo reacciona.

—¿Me propones una cita? Recuerda que soy el malvado jefe.

Sara, evidentemente, no esperaba esa respuesta. Pero no se ruboriza. No me tiene miedo; nunca lo ha tenido, en realidad. Los demás han sufrido la presión a la que les sometí desde mi llegada a Trántor: Mónica y Betriu son los que lo han llevado peor, pero Fuster o Carmen están igualmente al límite. En cambio, Sara tiene una capacidad de resistencia increíble en una madre de familia que gana una miseria y con un divorcio en puertas. ¿De dónde saca esa fortaleza? ¿No comprende que es peligrosa y que el próximo cambio de estrategia puede dejarla fuera de Trántor? ¿No comprende que puedo hundirla con facilidad, de la misma manera que Lezama y quizá Francisco pueden hundirme a mí?

—Perdona el consejo —dice—. Te veo distraído y cansado. Tienes ojeras y el rostro, perdona que te diga, fatal. ¿Cuánto hace que no vas al cine o al teatro? ¿O de vacaciones?

—La verdad es que no tengo tiempo de nada. Ya sé que a mucha gente no le gusta que los directores o altos cargos presuman de que trabajan más, pero en este caso es rigurosamente cierto. Duermo poco y mal, me llevo trabajo a casa y apenas tengo tiempo libre. No sé cuánto aguantaré a este ritmo.

Pensaba continuar poniendo como ejemplo que no he podido navegar ni una sola vez en mi flamante barquito, pero el dato me ha parecido excesivamente esnob incluso para mí.

—A mí me pasaba algo así en los primeros años de Rubén. Sentía que no tenía tiempo para nada. No me quejo, claro; yo me lo busqué y estoy muy agradecida. Pero es verdad que hay momentos en los que parece que no puedes más. Es la velocidad de todo el mundo de hoy. Un periódico de ayer ya es insoportablemente viejo. Ni siquiera el paso del tiempo es lo que era.

Sonrío porque pienso que es una buena frase. Alfredo regresa justo cuando nos sirven las ensaladas. Imagino que la conversación cambiará de rumbo rápidamente y no tengo dudas de que Alfredo intervendrá el primero. Así es, en efecto.

—Por cierto, no me acordé de decíroslo. Betriu tiene problemas

de riñón. Va a empezar con la diálisis.

—Pero si es muy joven —dice Sara, anticipándose a lo que yo iba a decir.

—Sí. Los médicos no saben por qué ha sucedido. Algo genético, suponen. Pero el caso es que no está bien. Quizá el estrés también le ha afectado, aunque todo es difícil de demostrar. Y además, no ha encontrado trabajo todavía. Me llamó por si sabía algo para trabajar en casa, ya que lo de ir a una oficina está descartado de momento.

—Qué pena —dice Sara, y yo espero que en cualquier momento me lance algún ataque discreto, para ponerme a prueba—. De eso hablaba con César. Del paso del tiempo. De la velocidad de todo. A veces creo que el aumento de la esperanza de vida es un gran cuento chino. Yo veo cada vez más muertos y enfermos a mi alrededor.

—Pero eso es parte de la vida actual —dice Alfredo—. Todo está interconectado y eso hace que no exista el descanso. El descanso ha desaparecido. Incluso el ocio es puro consumo, y ahí es donde se mueve más dinero. La industria del ocio puede convertirse en la más poderosa del mundo en pocos años.

El intento de Alfredo por impresionar a Sara es inefectivo y por eso no me molesto en ridiculizarlo, ni siquiera en matizarlo. Sara esperaba otra deriva de la conversación, no un alarde de conocimientos sobre la nueva sociedad global. No, es obvio que Alfredo jamás conseguirá nada con Sara. La pregunta es qué puedo conseguir yo.

No tengo claro cuál es su juego. Ella sabe que espero una respuesta y, más exactamente, una prueba de que puedo confiar en ella y está dispuesta a formar parte de mi equipo. En estos días he visto indicios que me han parecido positivos, pero sería absurdo bajar la guardia y considerar que la victoria está conseguida. Sara está negociando, y no lo hace del todo mal.

Ni ella ni yo seguimos la conversación donde la dejó Alfredo. Comemos en silencio. Rosell ya no está en la tele. Creo que hablan de un accidente aéreo en alguna parte de Asia.

—Yo nunca fui un gran lector, básicamente por falta de tiempo, pero cuando llega el verano sí leo bastante, y leo viejas novelas de

espías. Me encantan. En contra de lo que cree la gente, me parece un género bastante actual. No ha pasado de moda. Es cierto que ya no existe la guerra fría y que la Unión Soviética, por suerte para todos, ha desaparecido. Sin embargo, el espionaje no ha pasado en absoluto de moda; los ideales que lo sustentaban tal vez sí. Hoy en día el espionaje sigue siendo decisivo a nivel mundial. Y no hablo del espionaje industrial, que es el más evidente, y sobre el que sé bastantes cosas por mis amigos del sector farmacéutico. No, hablo de un espionaje mucho más sutil, que casi parece transparente. Me refiero a que el control de la información es fundamental en nuestro mundo. Cada empresa u organización de cierta importancia tiene o debería tener un pequeño servicio de inteligencia que ha de ser la clave de su éxito. La fuerza bruta no sirve de nada hoy en día, salvo en casos aislados. El control de la información, en cambio, otorga un poder supremo. La información es la clave del triunfo social y económico por primera vez en la historia del ser humano. Es decir: las palabras son más poderosas que la fuerza física. Es curioso, ¿no? ¿No es acaso una forma de progreso? ¿Qué opinas, César? Al fin y al cabo, las consultarías son algo así como un *think tank*, ¿no?

Cardús apura su añejo *whisky* Macallan y se queda tan ancho, como si hubiera dicho algo muy profundo. Me gustaría discutir con él largamente, no solo sobre el propio concepto de información, sino también sobre sus precarios gustos literarios, pero prefiero no malgastar energías. Si discuto con él en serio, aplastaré sus argumentos, aunque sea involuntariamente, y eso sería imprudente con vistas al futuro. Hacerme amigo de Cardús puede ser un paso adelante decisivo para salir de la lúgubre mediocridad que me rodea. Además, estoy tan emocionado que solo quiero retirarme con alguna excusa convincente para llegar a mi apartamento y observar con detenimiento lo que acabo de conseguir y que tanto me ha costado, incluida una larguísima negociación con el director del banco para obtener el crédito. Tengo la cámara del Anarquista, y en cierto modo soy feliz como pocas veces lo he sido.

Al director de la oficina le he tenido que decir que iba a comprar un cuadro y no sé si me ha creído; probablemente piensa que voy a blanquear dinero de algún modo. Pero ¿cómo le podría explicar el juego en el que estoy participando? No soy capaz de explicarlo con la misma naturalidad con la que lo hace Marcos Muñoz.

—Tener ideas es la clave —le respondo—. Petróleo también, por supuesto. Pero si no tienes petróleo lo mejor es recurrir al capital humano. Nosotros simplemente ayudamos a que ese capital humano funcione.

La cámara sigue en el maletín de piel en el que me la han entregado. La he visto solo unos segundos, pero ya he disfrutado de su indiscutible y cotizadísima fealdad, de su valiosa descomposición, de su tecnología anticuada y sin embargo revalorizada de forma impredecible. Aunque quizá lo más curioso es la extraña relajación con la que he entregado el mayor cheque que he tenido en mi vida: trescientos mil euros. El tipo que me ha vendido la cámara, Ricard Llopis, sigue con nosotros después de haber firmado el contrato de compraventa. Él se la compró a Cardús por un cuarto de millón y, por tanto, acaba de ganar cincuenta mil euros gracias a mi entrada en el juego. Sin embargo, dice que tiene que ir a ver a su abogado porque una criada le ha puesto una demanda por acoso laboral y es posible que la pierda: «No voy a tener nunca más criadas. No estoy dispuesto a volver a pagar una indemnización como esa. Prefiero hacer yo la limpieza de la casa». Su esnobismo podría encajar bien con el de Eugenia. Creo que Llopis es algo más joven que yo y ya es un diseñador de moda muy famoso en Barcelona, aunque dice, con algo de rencor mal camuflado de sarcasmo, que en Madrid tiene poco éxito. Según él, eso tiene que ver con que sus productos informales encajan mejor en una cultura costera y bohemia o *hippie*, como es la barcelonesa, más porosa y abierta a Europa. Le he dado la razón, por supuesto, pero he certificado en mi cabeza que se trata de un perfecto y presuntuoso imbécil: a mí cada día Barcelona me parece más provinciana y hermética, con su insistencia en la identidad catalana y su afirmación de lo autóctono. Además, no parece que Llopis lleve puesta la ropa que tanto defiende, puesto que ha venido con un traje seguramente italiano.

Cardús, Llopis y yo tomamos *whisky* en el bar del Ritz. Me pregunto quién pagará las copas y me parece una cuestión curiosamente oportuna y de respuesta no fácil. ¿De verdad no me van a invitar, después de pagar trescientos mil euros por algo que no vale nada, absolutamente nada? Los ricos a veces son los más tacaños, decía mi padre. Por eso, precisamente por eso son ricos,

matizaba mi madre.

—Bien, César —sigue Cardús—, espero que estés contento de entrar en este círculo privilegiado de jugadores. Pronto, muy pronto, empezarás a recibir llamadas. Yo sé que hay al menos dos tipos interesados en comprar la cámara antes de que suba de precio. Uno que me llamó hace un rato es Gómez Arrate, el periodista de la radio. ¿Quieres que te dé un consejo? No tengas prisa por vender. Nunca hay que jugar con miedo. De eso se trata, de saber arriesgar.

Lo más gracioso es que, en cierto modo, no quiero vender la cámara, aunque sé que eso significaría el acto más destructivo de mi vida. Me gustaría tenerla siempre guardada junto a mi Minidisc.

—Me llamó también un tipo de tu gremio —dice Cardús— que trabaja en Madrid y que nos hizo una auditoría el año pasado. Uno de Center. ¿Lo conoces? Un tipo con apellido raro, polaco, creo.

—¿Krakowski? —pregunto, sorprendido.

—Ese mismo. Un tipo que va en silla de ruedas.

—Sí, lo conozco. No puedo decir que seamos amigos, puesto que, ante todo, somos rivales y estamos en medio de una terrible competencia. Dime, ¿qué sabes de él? ¿Es tan bueno como dicen?

¡Krakowski entrando en el juego! Esta sí es una variable, y sumamente interesante.

—Lo es. Siempre que la central madrileña ha tenido problemas, han acudido a él y ha funcionado perfectamente. Es muy eficiente, desde luego. Lo siento, ya sé que es la competencia, pero no puedo negar la evidencia. Si Trántor baja los precios, a lo mejor os llamamos la próxima vez.

—Eso espero.

—Hablando de problemas —interviene Llopis—, ¿ya sabéis lo de Quintana?

Me había olvidado de él desde el cóctel. Ni siquiera lo he buscado en la prensa para seguirle un poco la pista.

—Hacienda le ha hecho una visita sorpresa y le han jodido de verdad. Inspección fiscal completa. Resulta que no ha declarado lo que tenía que declarar en los últimos años; sus negocietes en negro, sus casas, sus acciones. Han sacado toda su mierda y ahora le amenazan con tres o cuatro años de cárcel si rio paga todas las deudas.

—Seguro que ha metido la nariz donde no debía —dice Cardús

—. Ese tipo de inspecciones sorpresa no son inocentes. Alguien quería joderle, seguro.

—¿Y quién crees que pudo ser? —pregunto, levemente inquieto por la noticia, que ha borrado de mi mente la alegría de imaginar a Krakowski llamándome por teléfono para negociar por la cámara.

—No tengo ni idea —responde Cardús, que aprovecha para beber otro trago.

Deduzco que tiene más información pero no quiere compartirla conmigo; opto por cambiar de tema. Podría preguntarle por Silvia Canals, aunque no dejo de observar el maletín.

—Ojalá estuvieran ahí grabadas todas las guarradas que ha hecho Marcos Muñoz —dice Cardús, señalando el maletín—. Entonces valdría mucho, mucho más. Tal vez era eso lo que buscaba Quintana.

Cardús y Llopis comparten una sonrisa cómplice y me doy cuenta de que me falta algo de información.

—¿Guarradas? ¿Qué guarradas? Se supone que esta cámara es de su infancia. ¿Acaso abusaron de él o algo así?

—No, que nosotros sepamos. ¿Cuánto hace que conoces a Marcos?

—Menos de un año. Lo conocí en la ceremonia de entrega de los premios de la Fundación.

—¿Y te cae bien?

—Yo diría que sí. Sinceramente, me parece un tipo original. Cínico, pero mucho más inteligente que la media. Y tiene mérito llegar a donde ha llegado. Tiene, no sé cómo decirlo, estilo. —Me giro y sonrío a Llopis antes de hacer un comentario que probablemente él no capte—. Tú me entiendes…

—Entonces ¿no sabes nada de su vida sexual?

—Conocí a su novia y me pareció muy atractiva, por cierto.

—Sí, seguro que esa novia es muy guapa, pero yo me refiero a la otra. —Cardús mueve la cabeza en todas direcciones para asegurarse de que nadie le escucha aparte de nosotros—. A Barrios.

—No me digas que tú también crees que son amantes. He oído ese rumor y, francamente, me parece burdo y previsible. Quizá no conozco mucho a Marcos, pero dudo que le guste dar por culo o que le den. No sé, he tomado muchas copas con él y esas cosas no se pueden disimular tan fácilmente. ¿Por qué iba a seguir en el

armario?

—Él no, sino Barrios. Claro que no se dan por culo. Evidentemente, ni siquiera se tocan. Pero eso no significa que no haya algo entre ellos.

Cardús disfruta de mi ignorancia; empiezo a entender que deseaba sacar el tema y que también por eso ha querido estar presente en la reunión con Llopis. No se trata solo de mediar en nuestra compraventa; Cardús tiene alguna cuenta pendiente con el Anarquista o con Barrios, o quizá con los dos. No entiendo muy bien de qué va este nuevo juego, y ni siquiera sé si me interesa. Lo que uno haga en la intimidad me parece que está fuera de la guerra; jamás pensé que eso pudiera ser utilizado todavía como arma en un país supuestamente tan avanzado en materia de derechos, libertades y todo eso.

—Sinceramente, no te sigo.

—Te lo explicaré. Cada fin de semana, Marcos Muñoz y José Luis Barrios se reúnen en la casa de campo de Majadahonda, y exclusivamente durante esas cuarenta y ocho horas, Barrios se metamorfosea en criada y se dedica a servir a Muñoz. Llevan así unos cuatro años. La familia de Barrios, por supuesto, no sabe nada, aunque ya hace mucho que él y su mujer viven separados.

Llopis empieza a reírse; es evidente que conoce esos y otros muchos detalles, y Cardús también disfruta visiblemente con la confidencia, que narra con la eficacia de quien ya ha ensayado ese discurso varias veces.

—Imagínatelo. Barrios se pone su uniforme negro, con su delantal y su cofia, se maquilla y actúa como una criada, haciendo incluso reverencias cada vez que entra en la habitación en la que se encuentra Marcos.

—No me lo creo.

—Créetelo. Lo sé de buena tinta.

—¿Y así están todos los fines de semana?

—Sí. No parece que se aburran. Es una tierna historia de amor. Él duerme en la habitación de servicio y Marcos en el dormitorio principal, por supuesto. Como tiene que ser, claro. —Se ríen los dos, esta vez a carcajadas—. Creo que nunca reciben visitas; se pasan el fin de semana juntos. Barrios hace la comida, sirve las bebidas, todo. Marcos Muñoz se dedica a beber, a leer y a ver películas en la

tele. Y a fumarse porros, claro. Que yo sepa, no hay ningún contacto carnal entre ellos. Simplemente es una cuestión… cómo decirlo, profesional. La criada y el señorito.

Me pregunto si este es realmente el círculo social en el que deseo moverme en el futuro: ricachones sin valores, rellenos de puerilidad y caprichos. Es cierto que se me escapa una amplia sonrisa al imaginarme a Barrios vestido de Gracita Morales, y probablemente con el mismo *sex-appeal*, pero también pienso que la violación de un secreto es especialmente repugnante por lo que tiene de destrucción de los santuarios íntimos, de los tesoros más valiosos que incluso alguien como Barrios tiene: esos tesoros simbólicos que son los que de verdad se pierden cuando te mueres. Yo también tengo secretos, y no me gustaría encontrarme con las burlas y la incomprensión de gente como Cardús. O como Francisco, sin ir más lejos.

Pero qué extraño es todo en este mundo del siglo XXI: uno de los hombres más ricos de España se dedica los fines de semana a hacer de criada; sin cobrar, supongo. Y qué cabrón, el Anarquista. Ahora me explico su prodigiosa ascensión social y su muy particular escepticismo hacia todo el sistema. Tendré que avisarle para que no siga preocupándose ya por los espías que le siguen. Me pregunto si las palabras de Cardús tienen algún trasfondo que desconozco.

Todo eso, sin embargo, será después. Ahora pienso que por fin estoy subiendo en la pirámide y de algún modo sí siento que asciendo, que se abre una nueva etapa de eso que equívocamente llamamos espíritu y que tal vez es lo que estoy buscando desde hace un cierto tiempo. Empiezo a ver la Gran Estrategia.

La secretaria de la Fundación dice que el Anarquista ya no trabaja ahí desde ayer. Parece ser que estuvo ingresado en el hospital durante un par de semanas, pero le dieron el alta hace tres días. No ha querido decirme nada más, ni siquiera si está o no despedido. Si hubiera dimitido, habría avisado con el tiempo previo de antelación que exige la ley, o, al menos, con quince días. Le digo a la secretaria que Marcos no responde al móvil; me dice que ese era el móvil de la Fundación y que ya no está operativo.

Seguramente el Anarquista ha entrado en alguna espiral etílica o

lisérgica y todavía está convaleciente, es decir, resacoso. Lo volveré a intentar más tarde. Ahora hay preocupaciones más urgentes. Hoy es otro día malo en Trántor; los empleados todavía no lo saben y espero una intuición para saber cuándo debo anunciarlo sin desmoralizar a la tropa. Increíblemente, Center nos ha quitado el proyecto del Banco Mundial. Estamos hablando de un proyecto de veinte millones de dólares que nos hubiera ocupado durante al menos tres años. Lezama estaba todavía perplejo cuando me informó, y es que creo que realmente no contaba con esta derrota. Center nos toma ahora una ventaja decisiva en el mercado hispanoamericano, lo que puede desequilibrar nuestra particular competición por ser la mejor consultoría española en nuestro ámbito. No son buenas noticias, sin duda.

—Es increíble, pero Krakowski lo ha conseguido —me dice Lezama cada vez más nervioso, como si le fuera la vida en esta competición—. ¿Sabías que estuvo dos meses recorriendo Hispanoamérica en su silla de ruedas y entrevistándose con todo el mundo? Es verdaderamente asombroso lo de ese tipo. Aunque es evidente que ha contado con algún apoyo; no sé de quién, pero cuando lo averigüe, ajustaremos cuentas. Te lo aseguro. La lucha aún no ha terminado.

No es el único asunto desagradable de hoy. Mónica sigue de baja e intuyo que nunca más regresará a esta oficina. La he llamado por teléfono varias veces y siempre ha sido cordial, aunque se ha limitado a palabras muy convencionales y frases esquemáticas. Quizá sea mejor para ella y para todos que no regrese. También me preocupa Fuster: está exageradamente amable en los últimos tiempos y eso sin duda me confirma que está buscando otro trabajo. Sé que no soporta mis órdenes y mi estilo; es muy cuadrado en su percepción organizativa y la verdad es que su productividad ha sido también escasa durante este año. Su fracaso con el ayuntamiento de Figueres ha sido incontestable. El mismo alcalde me ha llamado para quejarse por la vulgaridad del proyecto de desarrollo turístico.

Vuelvo a tener dolores. No es el brazo, ni el pecho, por eso puedo descartar cautelarmente el infarto. Yo diría que son problemas ergonómicos, resultado de tantas horas delante del ordenador. Me pongo a pasear por la oficina para relajar los músculos y de paso revisar el ritmo de trabajo. Carmen es la que

peor lo está pasando este mes; sigue muy afectada por lo de Mónica y llora cada dos por tres. Ahora mismo la veo ociosa, esperando que suene el teléfono, como si no hubiera asuntos pendientes ni toda una paquetería por organizar. La perdono con una sonrisa moderada con la que sin embargo quiero dejarle bien claro que he tomado nota de su ociosidad. Alfredo, en cambio, es tan disciplinado como insípido. Me recuerda que debo firmar algunas transferencias y lo hago ahí mismo, sobre su mesa, sin siquiera sentarme. Sara, en la mesa de al lado, me observa mientras firmo y hace una seña para avisarme de que quiere hablar conmigo. Me queda una hora antes de salir para dar la clase del curso en Mantesa, o sea que tengo tiempo. Sin palabras, le señalo mi oficina y entramos en ella.

—Hace tiempo que no te pregunto. ¿Cómo está tu esposa?

Me descoloca un poco su pregunta y titubeo antes de responder:

—Bien, por suerte. Aunque nuestra relación ya no se va a arreglar. Acabo de descubrir que ya tiene otra pareja.

—Lo siento.

—No te preocupes. Empiezo a pensar que es lo mejor para los dos. Tengo que cerrar ese capítulo, por muy doloroso que haya sido. Y a ti ¿cómo te va con tu marido? Espero que te vaya mejor que a mí.

Sara suspira y sonríe.

—Hemos perdido la casa de veraneo que compramos hace unos años. No era nada especial, un pequeño chalé cerca de Reus. El banco se la ha quedado porque hace un año que dejamos de pagar la hipoteca. ¿Sabes lo que hizo mi marido este fin de semana? Se dedicó a destrozar la casa porque la semana que viene ya la abandonamos definitivamente. Cogió un martillo y se pasó un día entero golpeando todas las reformas de nuestra casa para que el banco se quede con una porquería. Destrozó baldosas, azulejos, puertas… todo lo que pudo hasta que se cansó. Lo peor es que yo le di permiso para que lo hiciera. Me pidió permiso y se lo di. Pero cuando lo vi golpeando con saña la bañera lo entendí todo. No quiero más destrucción en mi vida. Por eso creo que también es un capítulo cerrado. Aunque no del todo, porque tenemos un hijo, y esa es una gran diferencia a la hora de «cerrar» historias. Estamos negociando el tema de la pensión. Pero no tiene trabajo, y así es

muy difícil exigirle nada, honestamente. Por suerte, tenemos la ayuda de las abuelas mientras yo trabajo y él busca empleo.

—Si alguien me habla de algún trabajo que encaje con su perfil, te aseguro que te pasaré la información.

—Gracias, pero no me hago demasiadas ilusiones. La situación es mala y él quizá no tiene la actitud adecuada. Es orgulloso; no aceptará cualquier cosa. Y hablando de actitud, he estado pensando en la reunión que tuvimos aquí.

Me reclino y jugueteo con la pluma mientras analizo todos sus gestos: el leve nerviosismo delatado por algún que otro movimiento de sus manos, la mirada de convicción en absoluto falsa, la forma de sentarse con las piernas cruzadas. No sé si ella me analiza a mí también.

—La respuesta es sí. Y no solo porque necesito el dinero. Quiero demostrar cosas. Y tengo la sensación de que si alguien más cree en mí yo también debo hacerlo.

—¿Estás segura? Comprende que tu grado de implicación tiene que ser muy alto. Confío en ti pero te voy a exigir mucho.

—Lo sé. Pero estoy dispuesta. Dime qué tengo que hacer.

—Luchar. Luchar a tope para salir de este caos en el que estamos. No te voy a engañar: la situación es cada día más complicada. Pero estoy seguro de que hay opciones para salir adelante. Quiero que te vayas convirtiendo en mi ayudante personal; te iré pasando más material para que lo proceses, ordenes o analices. No puedo confiar más en Carmen. Pero eso significa que puede que te llame un sábado por la noche, y no quiero, cómo decirlo, excusas con el niño.

—¿Estamos hablando de esclavitud? —Yo diría que ironiza sin resentimiento, pero me doy cuenta de que tal vez me he pasado con las normas.

—Esclavitud no, simplemente guerra. Estamos en guerra y vamos a ganarla como sea. Te diré que Center nos ha arrebatado el proyecto más importante del año. En principio, eso debería ser un desastre, pero pienso que un fracaso para toda la empresa puede servirnos para disimular el fracaso de esta oficina con el plan estratégico. Por suerte, no era nuestro proyecto, y eso nos da oxígeno. Pero quiero que en un mes aprendas todo lo necesario para sustituirme allí donde yo no pueda llegar.

—Tú llevas años en esto y a mí me das un mes. ¿Qué ganaré a cambio?

—Contrato indefinido antes de final de año y mi propia paga de productividad en enero como compensación.

—Necesito algo antes.

—Parece que últimamente todos estamos mal de liquidez. Hablaré con Alfredo para que te dé un adelanto. Ahora tengo que irme a Manresa; mañana seguiremos hablando. Pero para empezar quiero que me hagas algo muy simple: un plan de desarrollo. Dime qué mejorarías de esta empresa en un plazo de menos de dos meses y pónmelo por escrito. Quiero saber tu opinión sobre todos los aspectos que puedas. Con franqueza. No te guardes nada. Si crees que hay alguien que debería ser despedido, dilo. Será un documento secreto, obviamente.

—Fuster se va.

Me encanta esta mujer; está cada día más desinhibida, más ambiciosa. Como si me viera a mí mismo hace tres años, antes de Jan.

—Lo sé. Pero no sé adonde.

—Yo diría que está negociando con Center.

—¿Puedes averiguarlo?

—Lo intentaré.

Miro mi reloj y ella se levanta creyendo que mi gesto significa el cierre de la reunión. Se va sin decir nada más, pero sus movimientos tienen algo triunfal. Espero no haberme equivocado con mi intuición; quiero pensar que la he hipnotizado a ella con mis proyectos de futuro, aunque en ocasiones pienso que es ella la que me ha hipnotizado a mí. De todos modos, no hay tiempo para todo eso ahora mismo. Preparo mis papeles para la reunión de Manresa. Debería ser fácil; lo tengo todo bien redactado y preparado. Únicamente debo echarle un último vistazo en el tren. Para eso me llevo el portátil, aunque no recuerdo dónde tengo el disco con nuestra guía electrónica de trámites para la creación de empresas. No hay tiempo para buscarlo ni para pedírselo a Carmen. Mejor busco mi propio disco, que es el original. Lo guardo en el segundo cajón de mi mesa, también bajo llave, como el primero.

Abro y sé que ahí está el disco, debajo de otros tres con la contabilidad de la empresa, los principales documentos internos de

la empresa que yo he firmado, y mi Minidisc. Pero hay algo raro: el Minidisc no está como tiene que estar. Soy muy minucioso en estas cosas, supongo que porque es mi comportamiento más neurótico. Una superstición de difuso contenido me obliga a dejar siempre el Minidisc de forma que el logo quede en la esquina superior derecha. No tengo tiempo de examinarlo con calma, pero juraría que no está como yo lo dejé la última vez que lo abrí, probablemente la semana pasada. No, algo no encaja. ¿Quién puede haber abierto ese cajón? Obviamente, la peruana de la limpieza no, porque no tiene llave y sabe que los cajones nunca se tocan. No hay rastros de que hayan forzado la cerradura. Sin embargo, estoy seguro de que alguien (un hombre de Rosell, probablemente) ha abierto ese cajón en mi ausencia. Muy seguro. Bueno, tan seguro como se puede estar de algo en esta vida de hoy.

Lezama. Le comento que he leído su último artículo y le felicito por haber definido con tanta sensatez lo que es o ha de ser Europa. Para no parecer demasiado lameculos, le indico que alguna de sus alusiones a la Ilustración se basa demasiado en lugares comunes, sobre todo refiriéndose a la Ilustración española. Pero sí, yo también creo en Europa. Y cómo no, si Europa está en el camino histórico de redimirse plenamente de su pasado de agravios y destrucción, si Europa puede ser el protagonista del nuevo milenio. Europa es preferible ahora mismo a Estados Unidos por muchos motivos, pero sobre todo porque puede recuperar ese proyecto ilustrado mejor que un país que todavía no ha hecho examen de conciencia por su conducta imperial. Europa parece que ha aprendido del horror. Parece.

Lezama acepta mi leve crítica y coincide conmigo. Dice que Europa es una cuestión de responsabilidad para todos los europeos, en particular los empresarios, y me plantea uno de sus escasos (al parecer) sueños no cumplidos: una oficina de Trántor en París o en Londres.

—De verdad, sería para mí una auténtica satisfacción. La oficina de Nueva York es por supuesto importante, y no descarto que algún día estemos en Tokio o en Shanghai, pero París es mi ciudad preferida. Espero vivir para ver ese sueño. Todavía nos faltan unos

diez años, quizá, para internacionalizarnos plenamente.

Los dos hemos acabado el postre y pedimos los cafés. Hasta ahora, la comida ha sido relajada y solo me ha llamado la atención la confianza de Lezama en que vivirá muchos años todavía. Hemos empezado con temas triviales de la actualidad política, hemos seguido con cotilleos sobre fútbol (el Madrid y el Barça, por supuesto), luego algunos rumores sobre conocidos del mundillo de las consultorías y solo ahora parece que nos acercamos al tema crucial: el futuro de Trántor. No obstante, llega al tema a través de una información sorprendente: Carvajal ha salido del coma, pero no habla ni reconoce a nadie. Los médicos no saben qué pasa dentro de su cabeza, si siente y entiende o no. Lezama lo cuenta con frialdad, como si Carvajal, a quien él mismo contrató, fuera un familiar lejano. Con esa misma naturalidad extrae de su archivo de anécdotas una historia que le parece más extraña que la de Carvajal: la secretaria que trabajó para él durante más de quince años, antes de la Esclava, tuvo un destino también inverosímil. Se asfixió en su casa mientras dormía por el gas procedente de una caldera en mal estado. El detalle curioso y macabro es que sucedió justo dos días antes de la fecha que tenía decidida para abandonar el piso y cambiarse al que se había comprado con los ahorros de su vida.

Lezama es inmune a los avatares de la vida y se comporta como un superviviente perfecto del nuevo milenio. Me pregunto una vez más si es un modelo para mí. Supuestamente es un líder nato, tan ególatra que no tolera la disciplina de partido. Pero su codicia senil está degradando su imagen de venerable maestro.

—Tal como van las cosas —continúa, y yo empiezo a sentirme incómodo, porque vaticino que llega el sermón sobre los problemas de la oficina de Barcelona—, no sé ni siquiera si podremos mantener el actual ritmo de crecimiento. Los planes de ampliación para Hispanoamérica están congelados, de momento. Además, Center está en plena expansión. No sé de dónde sacan el dinero, sinceramente, para tanto movimiento y tantos nuevos fichajes. Deben de estar asfixiados de créditos, porque su facturación todavía no puede ser mucho mayor que la nuestra. Estoy seguro. Pero nos están ganando. Y no porque sean mejores. Estoy convencido de que nosotros somos mejor equipo y ofrecemos mejores servicios. Por eso

la baza de Rosell podría habernos resultado muy útil. Es una pena, porque la jugada estaba perfectamente calculada y hubiéramos ganado mucho. De todos modos, aún hay varias opciones. Jugarnos un farol, o, mejor todavía, desactivar nosotros mismos la bomba avisando a Rosell.

Creo que entiendo a lo que se refiere. La mejor manera, la más rentable, de minimizar el escándalo no es ocultarlo, sino sacarlo en la prensa de forma precipitada e incompleta, para que pierda su fuerza y sea fácilmente rebatible, con lo que Rosell incluso saldría reforzado desarticulando las insidias de sus rivales.

—Lo siento, Enrique. He buscado en todos los materiales de que disponemos. He pasado fines de semana enteros revisando discos y archivadores y no he encontrado nada. Probablemente se perdió cuando la loca empezó su desvarío. De todos modos, tampoco me parece irremediable. Sinceramente, prefiero que ganemos a Center por nuestros propios méritos, no aprovechando algo que podría interpretarse como juego sucio.

Lezama se molesta por mi comentario y eso significa que me he excedido en mi defensa. Pero es que me niego a que siga echándome la culpa de algo que sucedió antes de mi llegada a esa oficina, aunque tal vez la expresión juego sucio ha resultado ofensiva para alguien que presume de caballerosidad empresarial y que cree en las reglas de juego del mercado (porque le han beneficiado desde hace veinte años, por supuesto). Lo conozco bien y sé que se ha molestado; jamás alterará su tono de voz, pero la mirada no engaña.

—Yo nunca practico ni he practicado el juego sucio. Además, si Rosell hizo algo ilegal y es un corrupto, España tiene derecho a saberlo.

—¿No fue su cuñado? ¿Tiene Rosell la culpa de lo que hiciera su cuñado, aunque fuera un violador de niñas? En mi opinión, debemos trabajar en otras direcciones.

—Veo que todavía no entiendes cómo se juega en las altas esferas. Una ayuda viene bien para saber moverse y no ser aplastado por los gigantes. Porque son gigantes, grandes obras de ingeniería económica, empresas con muchos más recursos que los nuestros y a los que no conviene irritar. Lo de Rosell nos podría haber servido como llave para abrir algunas puertas. Hubiéramos

dado un buen salto.

—Lo daremos. Hay que tener confianza.

Lezama me sorprende: pide un chupito de orujo al camarero. Orujo. Yo me abstengo de acompañarle.

—Confianza, efectivamente. Pero la confianza es una energía oscilante. A veces desaparece inesperadamente y empezamos a comportarnos de manera autodestructiva. La confianza se labra durante años y es un impulso ético que hay que preservar, que hay que mimar incluso. La confianza no se consigue de la noche a la mañana. ¿Entiendes lo que quiero decir? No hablo solo de confianza en términos empresariales. Hay más cosas aparte de la vida profesional. Y ahí, en este terreno de la vida personal, la confianza también es fundamental. Fuera de la oficina. Esa confianza yo la valoro enormemente.

Intuyo que va a sermonearme más, pero no sé en qué dirección. Me mantengo en silencio porque sé que su discurso acaba de empezar.

—El otro día estuve comiendo con Francisco.

Cierro los dientes y me acomodo mejor para que ninguna molestia en la espalda pueda hacerme perder la concentración.

—Me lo ha contado todo. Me ha dicho que está saliendo con Eugenia y que les va muy bien. Yo ya sabía que tenías problemas con Eugenia, César; no soy tonto. Esas cosas son muy evidentes. Pero lo que no sabía, ni podía imaginar, era lo del niño. ¿Por qué nunca me dijiste nada? Has estado engañando a todo el mundo durante un año. ¿Creías que no se sabría nunca? ¿Creías que no lo podíamos comprender? Yo puedo comprenderlo todo, absolutamente todo. Por algo fui político; mi tolerancia es infinita, con la izquierda, con la derecha y con el centro. Debiste haber confiado en mí. He tenido que averiguarlo por Francisco y estoy muy decepcionado.

Se queda en silencio y me observa hasta que le sirven el orujo, que de momento no prueba. Yo me encuentro por fin ante la situación que más he temido y también que más he imaginado. Tenía varios discursos preparados; escojo el que me parece más adecuado.

—Es mi vida privada. Debes entenderlo, Enrique. No estoy obligado por contrato a explicar mis intimidades.

—Si todo se redujera a lo que dicen los contratos, tú y yo no estaríamos aquí hablando. Hemos compartido aspectos de la vida privada. Desde el momento en el que yo te invité a mi casa, a mi barbacoa, te abrí mi vida. Te he presentado a mis hijos, que son lo más importante en mi vida. Te he contado sus problemas y sus sueños, te he confiado mis dudas sobre Jorge y sus problemas con el alcohol, sobre los estúpidos novios de Ariadna. Te he hablado de mi ex mujer y de los problemas que tuvimos para arreglar nuestro divorcio. ¿Crees que lo hago con cualquiera? Yo siempre he tenido fe en ti porque eres un hombre excepcional, con un talento único para este trabajo. Fuiste capaz de abandonar los misticismos y las vaguedades de la filosofía para entrar de verdad en el mundo tal como es. Has sido capaz de tragarte tu orgullo intelectual para aprender humildemente y llegar hasta donde has llegado. Pero eso ha sucedido también porque yo he confiado en ti como si fueras parte de mi familia. Todas las organizaciones han de tener algo de familia para poder funcionar correctamente. Así se aprovecha lo bueno, la emotividad y el afecto entre compañeros de trabajo, pero se descartan los errores históricos e irracionales de la familia. Nosotros, en la empresa, nos ayudamos porque tenemos intereses comunes que hemos elegido con libertad. Por eso tú y yo somos algo más que empresario y empleado. O eso he querido creer siempre. Y por eso me decepciona mucho descubrir que la gente en la que confío es capaz de guardar secretos tan importantes.

Paso a mi segundo discurso.

—Quizá sí debía habértelo explicado, pero tienes que comprender que era un asunto muy delicado. Destruyó nuestro matrimonio y casi destruye nuestras vidas.

—¡Por supuesto que entiendo que es complicado! Yo también soy padre y he sufrido mucho con mis hijos. ¿Piensas que ha sido fácil para mí? Todavía tengo muchos problemas. Pero la clave no es esa. Es la pérdida de confianza entre tú y yo. Eso es lo que me preocupa. Yo os aprecio a ti y a Eugenia y me he portado bien con vosotros. Pensé que entre nosotros había un nivel más alto de confianza. No todo es la empresa, César. Somos seres humanos, ante todo. ¿No?

—No lo entiendes. No entiendes lo que hemos pasado.

—Como te he dicho antes, yo lo puedo entender todo si se me

explica. No me gusta que me subestimen. Sabes perfectamente que en todas las grandes empresas del mundo hay detectives que vigilan a los altos ejecutivos para tener información sobre su vida privada. En todas, César, absolutamente en todas. Yo me he resistido a ese tipo de medidas, no solo porque me parezcan inmorales, sino porque yo quiero confiar en la gente. Ya tuve bastante desconfianza en la política.

¿Por qué insiste? ¿Tanto le ha molestado mi comentario sobre el juego sucio? La situación se está poniendo violenta. Maldigo al cabrón de Francisco: ha tardado muy poco en soltar pestes de mí. Me imagino todo su teatro en la comida, fingiendo que se le escapaba el tema y que no quería hacerme daño ni desprestigiarme. Sí, por fin ha sucedido lo que siempre temí. Lo saben; o creen que lo saben, puesto que nunca podrán entenderlo de verdad. No importa. Lo único que debo hacer es dejar que pase el tiempo y tratar de que Lezama lo olvidé cuanto antes. Pero empiezo a sentirme mal; vuelven los peores recuerdos y Lezama parece dispuesto a seguir hurgando en la herida. Pienso en el concepto «orgullo». Pienso que a lo mejor la historia de mi orgullo pasó por una fase de pérdida y ahora toca el reencuentro. Nunca entendí muy bien en qué consiste el orgullo en un mundo en el que el único honor posible es la rentabilidad de los actos y los sentimientos; sin embargo, en este momento mi orgullo aparece también como una pirámide, ascendente, sin sombra en la que cobijar la cobardía o la doblez.

—Eugenia y yo teníamos un proyecto; un proyecto de familia, de estabilidad. El proyecto al que todo el mundo parece aspirar. Pero en nosotros se complicó. Nos engañaron, Enrique. Nos aseguraron que Jan estaba bien, que no tenía secuelas de la estancia en el orfanato y que todos los análisis físicos y psicológicos indicaban que era del todo normal. Pero tú mismo lo pudiste comprobar en aquella barbacoa. El niño no estaba bien, ni física ni mentalmente. Visitamos a los mejores médicos; Eugenia incluso se lo llevó a Oslo a que lo viera un gran especialista. Nos gastamos una millonada y no sirvió absolutamente para nada.

—Sí, todos vimos que el chaval tenía problemas.

—Perdona, déjame que continúe. Si quieres que te lo explique lo haré, pero no me interrumpas.

¿Es realmente una pirámide, o una sima por la que me voy a

arrojar? Ya no lo sé, pero he empezado y no puedo detenerme. Lezama me ha insultado y estoy harto de su trato autosuficiente y de su supuesta madurez intelectual. Puede que me hunda y que pierda su favor definitivamente, pero, de todos modos, algo ha cambiado ya entre nosotros después de hoy, y tal vez sea el momento de establecer nuevas reglas menos jerárquicas. Pero es que además me asaltan las imágenes: Eugenia llorando, el niño dormido después de todo el día guerreando, y qué vamos a hacer, no podemos seguir así, no pienses eso, todos los padres pasan por estas cosas, tenemos una responsabilidad, el niño es la prioridad, es nuestro, es nuestro Jan, el amor consiste en eso, no se trata de renunciar sino de seguir luchando porque a pesar de todo sí compensa saber que hay un niño respirando tranquilo en esa otra habitación, sí, tienes razón, César, o tienes razón, Eugenia, porque durante un tiempo parecíamos estar de acuerdo siempre y los diálogos eran reconfortantes porque había puntos en común para apoyarnos. La respiración, sí, la respiración. Un ser humano respirando al otro lado de la pared.

—Llegué a la conclusión de que nos habían engañado. Ya sabes cómo funcionan esos países tercermundistas: para ellos es un negocio redondo quitarse a los niños que sobran y ganar dinero con ello. Eugenia no estaba de acuerdo con mi perspectiva y ahí empezaron las discusiones. Sí, ya sé que es muy cruel considerar este asunto desde un punto de vista mercantil, pero me gustaría que la gente se pusiera en mi lugar. Nos engañaron, sencillamente. Lo diré con claridad: nos vendieron un producto que no estaba bien. Porque es muy bonito tener niños y disfrutar de la alegría de la vida cuando las cosas van bien y todo se vuelve película de Disney, pero me gustaría saber quién podría aguantar lo que nosotros hemos aguantado.

Lezama apura su orujo y no se atreve a interrumpirme. Estoy cavando mi tumba en Trántor y la verdad es que ahora mismo no me importa demasiado. Mañana tal vez sí, pero ahora mismo no. Tengo derecho a hacer lo que hago. Tengo derecho a justificarme. Porque *puedo* justificarme.

—La desilusión fue brutal. Nosotros deseábamos ese hijo; luchamos para tenerlo, luchamos para darle lo mejor y lo intentamos durante todo el tiempo que pudimos. Yo conseguí

mantener el trabajo, pero Eugenia no resistió la presión. Luego empezó con las pastillas, y todo se volvió aún más complicado, porque cuando tomaba las pastillas para la ansiedad veía el asunto de otra manera, y no había forma de ponerse de acuerdo sobre qué hacer. Pero teníamos que tomar una decisión: nunca íbamos a ser felices con ese niño. Empezamos una batalla judicial y burocrática terrible y finalmente no hubo otra salida que darlo en adopción. ¿Entiendes lo jodido que fue? Tuvimos que renunciar a él porque estuvimos a punto de ser destruidos. Y lo peor es que el pobre niño no tenía ninguna culpa de nada. ¡Yo sé perfectamente que no tenía la culpa! Joder, por supuesto que lo sé. Esa es la parte más dura. Pienso en ello todos los malditos días desde entonces. Tuvimos que devolverlo, Enrique. Como se devuelve un producto defectuoso, sí. No creas que no me he mortificado mil veces con esto. Pero el día que me despedí de Jan fui a trabajar y saqué adelante el proyecto de Segovia. Trabajé como nunca para no imaginar al niño llorando. Porque lloró cuando se lo llevaron. Lloró mucho, y no te puedes imaginar lo que es eso. Significaba que el niño, a pesar de todo, nos quería. Ya no sabemos dónde está; no nos han querido informar. Quizá lo han devuelto a su país, o quizá lo tiene alguna otra familia española mejor preparada para algo así.

»Toda esta historia me ha dejado otro recuerdo imborrable. ¿Sabes dónde? En los huevos. Porque se acabó la vida sexual entre Eugenia y yo. De hecho, toda mi vida salvo Trántor se derrumbó. Y la verdad es que no tengo ganas de dar explicaciones a gente como Francisco, que cuando habla de su intimidad solo sabe mencionar los nombres de sus prostitutas habituales. Únicamente le podría explicar toda esta miserable historia a alguien que realmente haya pasado algo parecido. Por ejemplo, Abraham, el de la Biblia. A lo mejor él sí me entendía. Pero tuvo suerte: Dios le ayudó. A mí no me ayudó. Y a Jan tampoco le ayudó desde el puto día en que dos tipos follaron para darle la asquerosa vida que le ha tocado y que yo acabé de joderle. Pero la razón me sigue diciendo lo mismo una y otra vez. O él o nosotros. No hubiéramos podido soportarlo. Nos consumía, nos deprimía, nos destrozaba. No había futuro en él. Ni siquiera creo que llegue a ser adulto con todos los trastornos que tiene. Yo no merezco ver la muerte de mi hijo. Me niego a verla, aunque eso signifique no ser el padre perfecto. O mejor dicho: ser

un tipo despreciable.

—No eres despreciable, César. Imagino que fue una decisión dura. Yo también he tomado decisiones duras y sé lo que es eso. Pero eso no justifica el secreto.

—¿No? ¿No guardas tú secretos sobre esas decisiones tuyas? ¿Por qué no hablamos de tus secretos? ¿Por qué no hablamos de tus tiempos de ministro? ¿Seguro que no tienes nada que ocultar? Todos tenemos un muerto en la conciencia. Todos.

Lezama no responde, sino que pide la cuenta y además la paga, para darme a entender que él nunca cae en las provocaciones y que debo relajarme. Así lo hago. Mi rabia contra Lezama es, en el fondo, una cuestión de supervivencia emocional. Atacarle es la única forma de lograr una autoindulgencia que me permita no derrumbarme, que difumine la imagen de Jan, que ahora mismo aparece en *flashes* imposibles de eliminar. Podemos decir, en pocas palabras, que estoy acabado. Mi vida en Trántor tocará a su fin pronto. Lezama no me despedirá, por supuesto, pero sé que he perdido para siempre mi posición privilegiada en su *ranking*. Me hará pagar la insolencia de haberle demostrado que hay un tema del cual el glorioso ex ministro tan educado y culto no sabe nada, absolutamente nada, y sobre todo me castigará por haber sospechado de él. Su venganza será calculada e implacable, pero tendré tiempo de preverla. Ahora mismo, se me ocurre que me enviará a la nueva oficina de Valencia, aunque sin las compensaciones que me ofreció con el traslado a Barcelona. Pero no es suficiente: él, claro, refinará la venganza. Quizá espere mi dimisión con la tácita amenaza de que, si no me voy por las buenas, usará sus influencias para cerrarme el camino que precisamente él me abrió (o cree que me abrió) hace unos años. Sí, todas esas opciones son posibles.

Espero que antes de que todo eso suceda, alguien llame y pregunte por la cámara. Seguramente así será.

Nadie llama a mi móvil. Nadie importante, quiero decir. Y sigo sin saber nada del Anarquista. Quiero tomarme una copa con él, y no solo para que me cuente detalles de su relación sadomasoquista con Barrios; es una historia grotesca y cómica, sin duda, pero no me

interesa acumular pormenores de algo que me resulta sustancialmente ajeno. Sin embargo, lo que sí tengo muchas ganas de explicarle es que finalmente me atreví a entrar en su juego y que estoy, de algún modo, subiendo en la pirámide. Adentrándome en esferas de poder que no conocía y que son tan peligrosas como fascinantes.

He hablado con Alfredo y con Sara, que son mis dos personas de confianza, y les he confesado el fracaso, mi primer fracaso en el mundo empresarial después de tres años de éxitos: solo podremos cumplir el plan estratégico si ocurre un milagro. Aparte de eso, nos queda la mediocre esperanza de que las otras oficinas tampoco lo cumplan. Lógicamente, les he ocultado la información más relevante. Mi conflicto con Lezama es doble: no encuentro los papeles de Rosell y le he faltado al respeto al Padrino, lo que implica dos tipos de descrédito y el inicio seguro de mi declive en esta empresa.

Mónica ha vuelto solo para anunciarme que deja la empresa; su tristeza es indisimulable, y sospecho que tardará en volver a ser competitiva. Lo curioso es que ya casi me había olvidado de ella y de su aborto. Es lo que tiene esta maldita vida que llevo, y que en cierta forma llevamos todos. Velocidad, cambio perpetuo, la alucinación convertida en rutina. Ya ni hay tiempo para recordar a los muertos.

Carmen se ha ido; son las siete de la tarde y solo quedamos los dos de siempre, Alfredo y yo. Y Sara, curiosamente. Ella trabaja delante de su ordenador y me acerco aprovechando que Alfredo está concentrado en una llamada telefónica.

—Es muy tarde. ¿No tienes que irte?

Aparta la mirada de la pantalla y suspira, aunque no sé si está agradeciendo o lamentando que yo la interrumpa.

—Hoy no tengo que recoger a Rubén. Se queda con mi madre a dormir. Pensaba ir a una reunión de viejas amigas del instituto, pero se ha cancelado a última hora. La abuela tenía ganas de disfrutar del niño, o sea que se lo quedará de todas formas. Y así yo aprovecharé para adelantar trabajo. ¿Viste mi informe sobre Lleida?

—Sí. Es mejorable, por supuesto, pero me demuestra que vas por el buen camino. Recuerda: la clave es darles lo que quieren leer. Nada más. A la hora de la verdad, ninguno de nuestros informes

sirve para nada, puesto que la realidad es mucho más caótica e imprevisible. Precisamente esa es la clave del mercado, para lo bueno y lo malo. Vivimos en un caos tímidamente regulado. Por eso podemos permitirnos el lujo de predecir y no acertar. Si acertamos, perfecto, porque demuestra nuestro talento. Si fracasamos, es culpa de la libertad y del mercado, o sea que no es culpa de nadie, en el fondo. Sea como sea, ganamos. Aprender eso fue una de las primeras lecciones que me dio el gran Lezama. Una lección muy fácil, pero que, como los mejores secretos de cocina, hay que decir lo menos posible.

—A veces siento que solo somos algo así como vendedores de optimismo. Vendedores de utopías.

—Por suerte, son miniutopías. Por eso no hacemos daño a nadie. Nadie mataría por realizarlas. Al menos eso quiero pensar.

—Mañana espero terminar la propuesta para Sabadell. Yo viví en esa ciudad unos cuantos años. Creo que sé lo que podrían aprovechar para dinamizar un lugar tan aburrido. A ver qué te parece.

Todavía le falta mucho para ser realmente competitiva, pero sus progresos son evidentes: no domina el lenguaje técnico, aunque lo imita con cierta eficacia, y sobre todo sabe redactar, sabe organizar las ideas, tiene perspicacia retórica. Son cualidades más que suficientes para ofrecer mejores resultados que los de Fuster, que abruma con la espesura de datos y conceptos enrevesados pero sin objetivo final.

—Tú también deberías relajarte alguna vez —le digo a Sara—. Te invito a una cerveza cuando termines. Hoy es viernes y en algo se ha de notar.

He hablado con una naturalidad que pocas veces he puesto en práctica en Trántor desde que llegué, y ni siquiera estoy seguro de que me vaya a responder de forma positiva. En otras circunstancias, nunca se me hubiera ocurrido un gesto tan arriesgadamente familiar, pero me intriga la idea de volver a desafiar la ortodoxia que representa Lezama, tan serio y formal en la relación con los empleados. Sara parece dudar unos instantes en los que mira su pantalla, pero ni teclea ni mueve el ratón. Por fin se gira y sonríe, y es una estupenda sonrisa.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, ya me había hecho a la idea de

que habría fiesta.

Creo que Sara no follaba desde hace casi tanto como yo, o quizá mucho más, y no es de extrañar: supongo que ser madre divorciada con niño puede problematizar bastante la vida sexual. Lo hemos hecho tres veces y han sido de hecho mis tres primeros polvos en Barcelona. Por suerte, la casa estaba relativamente limpia, aunque desde que no vivo con Eugenia he relajado mis hábitos de limpieza doméstica.

Olga está más buena, sin duda, pero hay algo en Sara que la hace distinta a todas las mujeres que he conocido, incluida Eugenia. Quizá es una especie de doble fondo de su alma que me inquieta y me fascina; esa actitud desafiante dentro y fuera de la empresa me pone a cien, debo reconocerlo, porque implica una autonomía cuyo sustrato emocional e intelectual todavía no tengo del todo claro y, por tanto, es un estupendo enigma para un observador como yo. Luego, en la cama, es más tímida de lo que podría suponerse, pero conserva algo esencial, que es lo que podríamos llamar *profundidad*.

La profundidad… en este mundo de hoy ya hemos perdido el sentido de lo que es profundo. Hemos olvidado el hermoso y a la vez terrible sentido simbólico de los pozos, de los abismos, de los subsuelos. Sara tiene un subsuelo lleno de amor y rencor, de creación y de destrucción, y no puedo negar que todo lo que hoy me ha anticipado en nuestra conversación me ha resultado interesante. Ya me ha contado, por ejemplo, algunos detalles de su matrimonio fracasado, y espero saber más. Me ha dicho que hubo una tercera persona que interfirió y de la que no quiere hablar; alguien que le hizo entender lo absurdo de un matrimonio que nunca fue más que un acuerdo provisional de convivencia de dos personas jóvenes.

Detecto en ella dos fuerzas que se contraponen: el resentimiento y el anhelo de paz. Resentimiento hacia un marido tosco y superficial, que no entendía las necesidades íntimas de Sara, y anhelo de paz por su hijo Rubén. Sí, ella quiere ante todo ser madre y disfrutar de su maternidad, pero algo la llama a ser ambiciosa, a resistirse a un destino previsible. Quiere tenerlo todo; quiere ser

autónoma de todos y solo dependiente de su hijo. En cierta manera, supongo que a algo así aspiraba yo hace solo un par de años. Tenerlo todo; propio de nuestra ingenuidad consumista, de nuestros egos codiciosos e insaciables. Sea como sea, Sara tiene capacidad gracias a ese resentimiento y probablemente esa es la clave de que estemos ahora mismo aquí y de que yo le esté observando la espalda desnuda.

Lo admito: ahora mismo deseo que no se vaya. Deseo decirle tres o cuatro verdades esenciales: que siento la pérdida del hijo de Mónica, y sobre todo que siento mi propia pérdida, la de Jan. Pero sospecho que no lo entendería y me consideraría una vez más un canalla, con lo que volveríamos al principio, al tiempo en el que yo la menospreciaba y ella me detestaba.

No quiero que se vaya, y sin embargo no sé cómo verbalizarlo sin pudor. Follar es estupendo, pero la verdad es que lo que más deseo es pasar la noche acompañado. Soy de esos idiotas que no resisten que la mitad de la cama esté vacía, aunque eso signifique incluso que la necesidad fisiológica de dormir se vea dificultada. Qué importa; prefiero eso a otra noche de insomnio o, peor aún, de pesadillas con Fredo Corleone. ¿Seré capaz de decírselo? ¿Seré capaz de exteriorizar mi vulnerabilidad y jugar un rol mucho menos agresivo en esta extraña relación que acaba de empezar? ¿Podría así dejar de ser jefe por unos instantes? ¿Me conviene acaso un movimiento así? ¿Qué jerarquía ha quedado entre nosotros después de esta noche? Ella, aún desnuda, vuelve de la cocina con un vaso de agua en la mano. Pero deja el vaso en la mesita de noche y empieza a vestirse.

—¿Por qué no te quedas a dormir?

No me responde hasta que termina de abrocharse el sostén.

—Mañana tengo que recoger a Rubén a las nueve. Quiero que me dé tiempo a pasar por casa, ducharme, cambiarme y todo eso. Cosas de las madres divorciadas.

Debería insistirle más, pero no puedo. Además, ella parece querer dirigir la conversación.

—¿Y qué pasará el lunes? —me dice Sara.

—¿Qué quieres decir? —pregunto también, aunque creo que sé lo que quiere decir, y no tengo una respuesta clara.

—Volverás a ser mi jefe.

—Eso espero. —La ironía solo la capto yo, naturalmente. Lezama podría haber tomado ya la decisión de degradarme para propiciar mi dimisión.

—No quiero miraditas, ni manos que toquetean demasiado.

—¿Qué clase de persona crees que soy? El trabajo es el trabajo. No tiene que cambiar nada. Estoy seguro de que somos capaces de comportarnos de forma absolutamente profesional.

—Nunca he entendido por qué profesional significa algo positivo: solo significa que haces cosas por dinero. En cualquier caso, yo creo que tendremos problemas. No me engañes; sé perfectamente que estas historias suelen acabar mal. O los compañeros se enteran, o empiezan los abusos. Quiero dejarte las cosas claras: al primer abuso, dimito. Y si te pones pesado, te denuncio. Desgraciadamente, sé lo pesados y obsesivos que podéis llegar a ser los hombres.

—No hace falta que te pongas a la defensiva. Además, no sería buena idea quedarse sin trabajo en pleno divorcio.

—¿Ves? Ese es el típico comentario hijoputa que no quiero oírte nunca. ¿Está claro?

La intento acariciar pero se resiste; parece enfadada, aunque creo que es un enojo excesivo. Se sigue vistiendo y me da la espalda. Yo trato de sincerarme con ella.

—Está bien, lo siento. No volverá a suceder. Además, no tienes que preocuparte por lo que pase en el trabajo. Voy a contarte un secreto: no seguiré en Trántor mucho tiempo. Tengo muchos proyectos en mente y pronto llegará el momento de ponerlos en marcha. Estoy esperando que salga bien un asunto y después puede que cambie de aires o monte mi propia empresa. Estoy harto de Trántor; es como trabajar en una tumba. Lezama está viejo, le quedan apenas unos años, y cuando él se jubile o se muera esta empresa no se podrá mantener, porque, en el fondo, vivimos del prestigio y los contactos del viejo prohombre. Pero yo ahora empiezo a tener también contactos, mis propios contactos. Estoy acercándome a gente poderosa y encontraré una posición ahí. Estoy seguro, absolutamente seguro. Y cuando eso suceda, es probable que te ofrezca algo. Si te interesa progresar, claro.

Se me ocurre que debería enseñarle la cámara para compartir con ella la encrucijada en la que ahora mismo me encuentro y sellar

alguna especie de pacto. De hecho, la cámara está en esta misma habitación, guardada en el armario principal, dentro de la maleta de viaje que menos uso, y que me pareció, no sé muy bien por qué, el mejor lugar para esconderla. Sin embargo, no tengo claro aún si Sara está capacitada para entender tanto el inusual valor de la cámara como mi propia estrategia poco convencional de ascenso social. He liberado la sed de poder y ambición de Sara, pero desconozco todavía su límite. Tal vez me miraría como a un lunático si le explico que mi futuro depende de una cámara viejísima, rudimentaria y encima estropeada. Y en cierto modo no le faltaría razón. Eso es lo curioso: la ambivalencia del mundo en el que vivimos. Las cosas son absurdas y respetables al mismo tiempo; geniales y ridiculas, caras y baratas.

—¿Y piensas llevarte a alguien más de nuestra empresa? ¿Por qué no te llevas a Alfredo? Es el único en el que confías, ¿verdad?

—No puedo contar con Alfredo si cuento contigo. Estoy cansado de patinar en la baba que suelta cada vez que te mira.

—Vete a la mierda. Pobre chaval, no da una con las mujeres. Solo le hago caso para que no se sienta un fracasado.

—Pues no deberías darle ilusiones. Últimamente está muy pesado. Y te aseguro que no me gusta que el sexo interfiera en el trabajo.

—A veces es difícil evitarlo. Como hoy.

—Esto es excepcional. Yo no he hecho esto nunca antes y no creo que haya sucedido en Trántor. Lezama nunca ha visto bien este tipo de cosas.

—Yo no estaría tan segura. Quizá no eres el primer jefe de esa oficina que flirtea conmigo. Aunque probablemente no has sido el que lo ha hecho peor.

Me sonríe con picardía y yo medito unos segundos.

—¿Carvajal? Entonces ¿era cierto?

—Cuando empecé a tener problemas con mi marido, cometí el error de contárselos para pedirle un par de favores y empezó a querer ayudarme… demasiado. Empezó a hacerme proposiciones y a meterme mano discretamente. Ya te digo que he tenido muy mala suerte con los hombres. Mi marido con sus martillazos, el loco de Telephónica, Carvajal…

—¿Y por qué no lo denunciaste?

—No fue necesario. El problema se resolvió de la manera más inesperada. Alguien intervino y todo cambió. Amenazó a Carvajal y él se acobardó.

—¿Alguien? ¿Esa misteriosa tercera persona que afectó a tu matrimonio?

—Sí.

Otra vez me llega la iluminación:

—¿Yolanda?

Suena mi móvil mientras me preparo algo para cenar. Es el Anarquista, por fin. La llamada es la excusa perfecta para dejar la sosa Coca-Cola *light* y tomarme una buena cerveza.

—¡Marcos! ¿Qué tal? ¿Dónde has estado? Llevo tiempo intentando localizarte. Tengo novedades importantes. En la Fundación dicen que ya no trabajas ahí. Cuéntame qué es de tu vida.

—Es verdad, ya no trabajo en la Fundación. La vida se me ha complicado un poco.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Has dimitido o te han echado?

El Anarquista suspira antes de responder; hay algo en su forma de expresarse que implica una cierta decadencia o decepción. Diría incluso que, por primera vez desde que lo conozco, intuyo melancolía en él.

—Mejor te lo explico antes de que te enteres por otra fuente. ¿Recuerdas cuando hablamos de que la gente se pensaba que yo era el amante de Barrios? Pues resulta que no era del todo falso.

Suspiro aliviado.

—Ya he oído algo de eso. Tus encuentros cada fin de semana con Barrios.

—¡Joder! O sea que tú también te has enterado. Esto confirma que la información está realmente extendida, más de lo que pensábamos. Supongo que te habrás reído bastante. ¿Qué te han contado exactamente?

—Digamos que se invertían los roles sociales y que tú satisfacías las fantasías masoquistas de uno de los hombres más ricos de España. Que él se vestía de criada y tú te dedicabas a ser el señorito. Oye, yo no juzgo, porque no quiero ser juzgado; es la

única cita de la Biblia que me gusta. Confieso que me resulta bastante ridícula la escena de Barrios y tú, pero todos tenemos nuestros secretillos de alcoba, o de cuarto de servicio, digamos. En realidad, siempre he sabido que había algo raro en ti y en tu trabajo. Es obvio que no sabes nada de gestión empresarial y que además no te interesa la Fundación con todo su discursito filantrópico. Pero me parece muy bien que te hayas aprovechado de Barrios. Por mí no hay ningún problema; no soy un purista del mundo empresarial. Esto es la selva y cada uno sobrevive como puede. Seguimos siendo amigos; al menos por mi parte, esto no cambia nada. No estoy decepcionado ni nada por el estilo. Lo que me asombra es que hayas aguantado tanto tiempo en la intimidad con ese tío.

—Uno nunca deja de sorprenderse en este mundo en el que vivimos, ¿verdad? Aunque no te lo creas, echaré de menos a ese tipo. En cierto modo, teníamos una relación perfecta. Absolutamente perfecta. Cada uno obtenía lo que necesitaba.

—Pero ¿cómo llegaste a ser su… no sé cómo decirlo, su *partenaire*?

—¿Recuerdas que te hablé de mi compañero de piso, el que murió de sida? Pues fue su *partenaire* durante varios años. Cuando enfermó de forma irremediable, yo lo cuidé, porque algo de filantropía sí tengo. Y me explicó la historia como una especie de regalo final con el que aseguraría mi futuro económico. La clave era convencer a Barrios de que yo podía interpretar el papel perfectamente. Al principio Barrios me pagaba como a una puta; con el tiempo fuimos aumentando nuestra relación y le dije que prefería un trabajo en alguna de sus cincuenta mil empresas. Pero un trabajo en el que no tuviera que trabajar, claro.

—No lo tenías mal montado, hay que admitirlo. Yo trabajo diez horas al día y seguro que gano menos que tú. Aunque tus fines de semana no los envidio, sinceramente.

—Las primeras veces fueron difíciles. Tardamos en llegar a un acuerdo y en encontrar la dinámica que funcionara. Yo nunca había hecho nada así, te lo juro. Pero luego creamos una rutina muy cómoda y todo se volvió fácil e incluso entretenido. Llegó un día en el que realmente él para mí era solo la criada y la trataba como tal. Eso sí, sin el más mínimo contacto físico. Nada. De verdad, nada.

Fue la primera condición que le puse.

—Me alegra saberlo. No me quiero imaginar a Barrios desnudo.

—No, pero en ocasiones tuve que echar a volar mi imaginación para obligarle a trabajar de la manera más humillantemente sofisticada para alguien de su posición social. Cosas como cagar en el suelo lujoso de su hermosa casa de campo para que él/ella lo limpiara. Ese tipo de cosas. Sin embargo, te diré algo con toda sinceridad: Barrios es un cabrón, pero hay que reconocerle que ha sido valiente para elegir la vida que de verdad le gustaba. Y eso no es únicamente cuestión de dinero. No todos podemos presumir de haber cumplido durante diez años nuestras fantasías más íntimas. Coño, esa felicidad no la alcanza cualquiera.

—¿Y ya se ha acabado la historia?

—Desgraciadamente. Como sabes, tomamos todas las precauciones pero finalmente nos han descubierto. Parece ser que tienen fotos, vídeos, grabaciones telefónicas. Todo un *dossier* para joder a Barrios.

—Pero ¿quién lo tiene?

—Ni lo sé ni me importa. Esa ya no es mi lucha. Como podrás imaginar, los enemigos de Barrios son muchos. Quizá hasta Lezama está en el ajo. Supongo que unos cuantos de esos enemigos se habrán aliado para joderle porque creen que tienen una oportunidad para hundir sus negocios o como mínimo obligarle a repartir el pastel. No sé si te has enterado, pero hoy sus acciones se han hundido. Dicen que las fotos circulan por ahí y cualquiera puede obtenerlas sin dificultad. Su esposa también se ha enterado de todo y le ha pedido un divorcio que será multimillonario.

—Entonces ¿te ha despedido?

—*Of course*. Lloró como un niño cuando hablamos, pero ya no puede confiar en mí. No puedo seguir tampoco en la Fundación porque todo el mundo sabe cuál es nuestra relación. Estoy acabado y lo mejor que puedo hacer es desaparecer. Tan simple como eso. Se acabaron los cócteles y los cenorrios, las ruedas de prensa y los viajes a costa de la Fundación. Encima Jessica se ha enterado por un amigo suyo periodista y, evidentemente, me ha mandado a tomar por culo. No sé si por el hecho en sí de ser el *partenaire* de Barrios o por no habérselo explicado. No lo sé, la verdad. En cualquier caso, se acabó esta parte de mi vida.

—Lo siento. Esto significa que tendrás que trabajar como cualquiera. Tenías un trabajo paradisíaco. Reconoce que era un poco injusto.

—Todavía me queda algo de pasta ahorrada. Viviré de ese dinero durante un tiempo. Después ya veremos qué pasa. Pero dime, ¿cuáles son tus novedades?

Son varias las novedades: podría hablarle de Sara o de que mis horas en Trántor están limitadas con toda seguridad. Pero lo que más deseo es hablarle de ese objeto que guardo en la vieja maleta.

—¿No lo sabes? ¿Ninguno de tus muchos contactos te ha informado? Tengo la cámara. La he comprado.

—¿Cómo que la has comprado?

—Pues eso. Que la he comprado. Se la compré a Llopis, el diseñador de moda. Estoy esperando que alguien llame.

Marcos guarda silencio durante unos instantes y aprovecho para terminar la lata de cerveza de un trago largo.

—No la va a comprar nadie, César.

Mi primera perplejidad evoca otra en mi memoria: el diagnóstico del médico sobre Jan. No está bien, su problema es más grave de lo que pensábamos, tenéis que asumir que nunca será un niño normal. Supongo que me ruborizo como aquella vez porque la sangre se me ha subido a la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que el juego se ha acabado.

—No, hay varios tipos que llamaron a Cardús porque están interesados.

—Estaban interesados antes de que se descubriera lo de Barrios. ¿No lo entiendes? Jugar al juego de la cámara es relacionarse conmigo de algún modo, y hoy nadie quiere que su nombre se asocie al mío. Estoy maldito. Todos tienen miedo a las represalias que pueda tomar Barrios, porque no se va a rendir tan fácilmente y, a pesar de sus debilidades de fin de semana, es un enemigo temible. Se vengará de todos los que se rían de él y, mientras tanto, borrará todas las huellas que le relacionan conmigo para conseguir que esta historia se olvide lo más rápido posible. Por eso ha cundido el pánico entre todos los posibles jugadores. Es como en la Bolsa: hay terror entre los inversores y nadie quiere invertir porque todos temen que Barrios les castigue por saber demasiado. Te han

engañado. Te han tomado el pelo para quitarse de encima el cadáver. Yo ya no puedo ni siquiera hacer llamadas para intentar arreglar la situación; estoy fuera de todos los circuitos. Nadie me respeta ni quiere responder mis llamadas. Lo siento, pero creo que los dos la hemos cagado. La hemos cagado de verdad.

—¿Me estás diciendo que he perdido trescientos mil euros?

—Lo siento, César, pero es lo que parece.

Curioso. Hace apenas unas horas pensaba en lo ridículo que era haber comprado un barco y ni siquiera haber navegado una vez, o tener el mejor abono del Barˆa y no haber visitado el campo todavía. Pero todo eso se queda en nada; tengo el dudoso honor de ser el tipo que ha hecho la Peor Inversión de la Historia.

Llamo a Eugenia rápidamente antes de seguir haciendo cálculos. Me habla con una seguridad que hacía tiempo que no le notaba. Dice que no está dispuesta a vender el piso y que me comprará mi parte en cuanto reúna el dinero suficiente. Que si no me gusta, iremos a juicio. Que ella siempre soñó con ese piso y tiene derecho a quedárselo y ser feliz ahí. Le resumo mis problemas de liquidez; entre todos mis créditos actuales debo más de medio millón de euros y el próximo día 1 tengo que pagar algo así como veinte mil euros inaplazables. No parece que le importe ni lo más mínimo y le advierto de que tal vez no pueda pagar la hipoteca en los próximos meses. Se pone hecha una furia y me llama insensato y cabrón. Empiezo a pensar que sabe más sobre mi destino que yo mismo. Si este mundillo empresarial funciona como yo creo que funciona, Lezama le habrá planteado a Francisco sus planes sobre mí para preparar convenientemente la estrategia. Es posible también que Eugenia quiera ahora vengarse: insiste en que tiene la ley de su parte y me recomienda que venda las acciones. Yo le digo que vender las acciones ahora mismo es una estupidez: el broker ya me dijo que no es este el mejor momento y que lo que recuperaré es mínimo. La cosa se pone tensa y me sale el tono autoritario.

—Entonces venderé mis lingotes de oro.

Compramos esos lingotes por consejo también de Lezama hace unos años. No valen demasiado, pero me servirán para cubrir los créditos y la subsistencia hasta que pueda vender el barco o el

coche. Tenemos cuatro, dos comprados por cada uno, y los guardamos en un banco.

—Perdona, César. Te lo tenía que haber dicho hace tiempo. Vendí los lingotes.

—¿Los tuyos o los míos?

—Todos. Los vendí y le di el dinero a una ONG que ayuda a los niños del Tercer Mundo. Compréndelo, tuve muy mala conciencia por Jan y lo único que se me ocurrió fue hacer una donación. No quise decírtelo entonces porque sabía que te enfadarías y después nunca encontré el momento adecuado. Te devolveré el dinero, no te preocupes, pero ahora mismo no puedo. Francisco y yo estamos metidos en muchas cosas y tampoco tenemos mucha liquidez.

No le pregunto cómo y dónde los ha vendido. Ni siquiera malgasto un grito o un insulto. Le cuelgo el teléfono sin despedirme. Para qué insistir más. Como me despida Lezama, estoy absolutamente arruinado.

En el periódico de Barrios hablan elogiosamente de Rosell y publican unas encuestas sobre su futuro político. Lo ven como presidente en pocos años, si mantiene su ritmo actual de trabajo y su popularidad. Sabiendo cómo son las cosas en el mundo de la política, la información puede ser beneficiosa para Rosell pero también perjudicial, porque tal vez genere un exceso de euforia que le desgaste en vez de fortalecerle. Sea como sea, Rosell y Barrios, qué curioso, parecen unidos en este momento. Quién sabe si sus intereses coinciden ahora, a pesar de que no coincidían antes y a lo mejor dejan de coincidir la semana que viene; este mundo es demasiado complejo como \ para que alguien pueda controlarlo o predecirlo. Quién sabe qué pacto habrán hecho ellos dos o sus representantes más oscuros, que puede que los traicionen pronto aceptando ofertas mejores o movidos por el resentimiento, que todo lo altera; quién sabe si alguien aparentemente neutral como Lezama lo ha propiciado todo o ha obstaculizado la posible alternativa X que nunca conoceré y a lo mejor nadie conocerá fuera de los mismos protagonistas; quién sabe si Cardús es el enemigo de Barrios y por tanto también de Rosell. Todos juegan en un nivel 2 en el que yo no estoy, al que no he podido acceder, a pesar de que siempre he

pensado que tenía las cualidades necesarias. Ni siquiera sé si he llegado a ser un peón en una partida de ajedrez o solo una mota de polvo en el tablero.

Klaus Kinski me mira, pero ya no me reconforta su soberbia misantrópica. La *matrioshka* que falta empieza a tener sentido; a *llenarse* de sentido. Estoy hundido, sin duda. He jugado y he perdido. La pregunta es si este es mi verdadero fracaso vital, o el fracaso llegó hace tiempo y solo ahora me he dado cuenta. La cámara, la maldita antijoya del Anarquista, está sobre la mesa, sin ningún otro objeto cerca; he apartado incluso la copa de vino ante el temor, algo supersticioso, de que verteré el líquido encima de ese objeto y eso certificará que mi estupidez es completa, inequívoca, ejemplar. Llevo horas mirando la cámara con atención obsesiva, como esperando encontrar algún resorte que desvele su naturaleza fantástica y me dé la oportunidad de salir de este atolladero, matar al dragón y quedarme con la princesa. Pero no hay tal magia; ese objeto es una simple mierda, o una Gran Mierda, depende de cómo se mire. Es el antivalor absoluto, una sacralización en negativo que ahora mismo me ha convertido en el hazmerreír de los ejecutivos de Barcelona. Por momentos, pienso que me gustaría tirarla por la ventana. O regalársela al primer paseante que me encuentre si salgo a la calle barcelonesa en esta noche ya calurosa de julio.

Cierro los ojos y trato de sentir o incluso palpar las fuerzas que al final me han conducido a este fracaso. Quiero pensar que tengo la sensibilidad especial para captar el movimiento invisible de todas esas fuerzas que están en permanente tensión y que hacen que este teatro del mundo se mantenga en activo cada día. Examino con calma, objetivamente, mi propia ruina. No pierdo los nervios, ni me dejo llevar por lloriqueos. Busco conexiones entre la pérdida de Jan y la compra de la cámara. Comparo mis dos hundimientos, reflexiono sobre mi capacidad para salir adelante, busco el algoritmo necesario para continuar la lucha. Debo concluir racionalmente que esto que estoy sufriendo hoy sábado, aunque sea mi ruina económica y mi declive profesional a punto de llegar a los cuarenta, no es peor que lo que pasé con Jan. Pero entonces me pregunto: ¿es cierto que superé aquello? ¿No es verdad que hay algo de autodestrucción en todo el proceso que me ha llevado hasta este sábado infinitamente solitario e introspectivo? Tal vez todo se

reduce a un experimento en el que he dado un rodeo para encontrarme otra vez con nuestra querida Nada. Así es: nadie respira al otro lado de la pared.

Me pregunto, sin embargo, si puedo aplicar las mismas técnicas que apliqué entonces para salir adelante. Cuando perdimos —corrijo: cuando abandonamos— a Jan, creí que el trabajo era el artificio perfecto para mi sistemática autoalienación. Ahora, en cambio, esa opción no parece viable. De cualquier forma, confieso que me encanta analizar toda la letra pequeña de mi pacto fáustico. Siempre supuse que el Diablo tenía la cara de Lezama; ahora diría que es el Anarquista. Y siempre pensé que yo también aspiraba al conocimiento, como Fausto; al conocimiento de la complejidad del webmundo en el que vivimos, plagado de ambivalencias y contradicciones, de trampas y puñaladas por la espalda. Ahora creo que mi pacto fue otro, o, más exactamente, que ni siquiera sé lo que firmé. Tal vez quise olvidarme de Jan, tal vez quise sobornar a Dios para que no se acordara de mí. Quién sabe. Todo es tan confuso y sin embargo tan extrañamente fascinante. La sola hipótesis de que no tenga dinero dentro de un par de meses o incluso de que me embarguen todo lo que tengo es, en realidad, poco inquietante. El fracaso es mucho más radical; he perdido algo que ahora descubro que tuve y que echo de menos: una forma zafia pero apasionada de esperanza.

Este sábado está siendo demasiado largo. Podría acortarlo con un suicidio, pero, más allá del tedio que me inspira el rollo existencialista camusiano, el suicidio me parece intelectualmente incoherente para alguien como yo. Sería más adecuado un suicidio simbólico, una humillación como trabajar de portero de finca o maestro de primaria o transportista de verduras. Aunque yo nunca he tenido nada en contra de esa gente. Solo he odiado siempre a la clase media, la maldita clase media con su ventajismo y su cobardía, con su esnobismo no paródico, con su devoción nunca verbalizada hacia la bobada del ciclo de la vida. Toda la clase media debería suicidarse para dejar el mundo como debe estar, con pobres y ricos, Morlocks y Eloi solamente, para que el juego esté claro y volvamos a los dualismos elementales, que son los que funcionan.

Pero hay otra razón para evitar el suicidio. Y es mucho más

simple. Mi propia ridiculez, que me hace reír de vez en cuando y que me impide seguir toda la noche con esta grandilocuencia mental. Porque mi situación no es solo ridícula por culpa de esta cámara totalmente inútil que parece reírse de mí constantemente. Hay otra ridiculez mayor: que no puedo buscar el consuelo de Sara. Ni siquiera tengo su teléfono particular. Podría tal vez buscarlo, pero, aunque lo encontrara, ella nunca dejaría a su hijo para venir a consolarme y quizá follar conmigo. Me siento ridículo porque su posición es infinitamente más sólida que la mía, sin necesidad de grandes elaboraciones pseudofilosóficas. Un niño: con ese factor ya está muy por encima de todas mis exigencias y soluciones. Un niño que no es el bebé que perdió Mónica, ni es mi Jan.

Dentro de dos horas tengo una reunión que me asusta. Quizá la reunión más humillante y complicada de mi vida. Tengo que hablar con el director de mi oficina bancaria para conseguir una renegociación de mis créditos y evitar así que empiecen las cartas amenazadoras y los embargos. No hay, creo, una relación directa entre esa reunión y mi malhumor creciente de esta mañana. Lo que ocurre es que la incompetencia de esta oficina me parece creciente y solo Sara, increíblemente, parece haber subido su nivel de productividad.

Le pido a Carmen que me traiga un café al despacho. No quiero salir a servirme yo mismo y comprobar el ambiente tenso que mi malhumor ha generado hoy. Prefiero que se concentren en su trabajo y que piensen ilusoriamente que están protegidos de mí. Carmen se retrasa y tengo que insistirle. Pobre idiota.

Tocan a la puerta. Es Sara; ella sí se atreve a interrumpirme. Me desafía una vez más; quiere ponerme a prueba y ver si mantengo con ella mi actitud agria de todo el día. Pienso aceleradamente en las dos posibilidades: ¿qué me conviene más, ser sensible con ella, como correspondería a mis sentimientos actuales, o seguir con la fachada de jefe duro, para mantener la jerarquía? ¿Tratarla como una más o darle a entender visiblemente que sí me importa? Sea como sea, en mi interior agradezco su entrada. Apenas hemos hablado en toda la mañana y no sé qué es lo que realmente quiere ahora. Creo que está nerviosa y desea que establezcamos algún tipo

de protocolo para el futuro de nuestra relación profesional. Eso significa, naturalmente, que prevé la continuidad de la *otra* relación.

Se mantiene de pie como hace siempre; no hay nada nuevo en su conducta. Como si no nos hubiéramos acostado. Es un comportamiento muy profesional, sin duda. Entonces, ¿por qué me molesta?

—He corregido como me indicaste el proyecto de Girona. Espero que te convenza más esta versión.

—No puedo revisarlo todo, Sara. Tendremos que confiar en que las correcciones sean útiles y seguir adelante. Habrá que esperar los resultados.

—Es mi primer proyecto. Estoy un poco nerviosa, porque todavía no tengo mucha confianza en mis posibilidades.

Siento que debo vomitar todo mi fracaso, mi miedo actual, hablarle de Eugenia con el cabrón de Francisco, de mis sueños abandonados o sustituidos por una absurda confianza que me induce a creer que soy capaz de triunfar en cualquier organización en la que forme parte. Pero no sé cómo planteárselo, no sé cómo encontrar un espacio de intimidad con ella mientras estamos trabajando aquí en Trántor. Ella está físicamente cerca y sin embargo no hay posibilidad de dialogar de verdad. Imagino que ella siente lo mismo, aunque no lo sé con certeza. Quisiera hablar con ella, pero, si nos encerramos en mi despacho, el riesgo de generar sospechas o rumores es demasiado alto. Y no será fácil evitar al estúpido de Alfredo si comemos juntos. La conclusión es que ahora mismo no puedo contarle nada a Sara, y eso, sorprendentemente, duele.

—Siempre pensé —continúa, probablemente porque ve que estoy poco comunicativo pero quiere seguir en el despacho— que la ambición no iba conmigo. Pero la verdad es que me empieza a interesar todo esto. Me pasé el domingo entero trabajando. Tuve la ayuda de Yolanda, por suerte.

—¿Yolanda? ¿En qué pudo ayudarte Yolanda?

—Fui a verla a su casa ayer. Resulta que tiene un disco con información sobre Girona.

—¿Un disco?

—Tiene el ordenador con el que trabajaba aquí. ¿Te acuerdas?

Yo misma se lo devolví. Supongo que en el ordenador habrá archivos con los que ella trabajaba.

—Pensé que ese ordenador no funcionaba.

—Pues ella lo habrá arreglado de alguna forma. Sabe más de informática de lo que la gente cree.

—¿Y cómo se encuentra?

—Bien. Ya te dije que tiene una fuerza especial. De alguna manera, en su refugio es feliz y tiene todo lo que necesita, al menos de momento. Aunque también hay días malos. El otro día le entró la paranoia de que la persiguen. De que vigilan su casa. Se ha encerrado en el búnker y no quiere salir. Dice que han entrado a registrar su casa.

Se me ha aparecido la imagen del director del banco y estoy viéndolo con su media sonrisa compasiva mientras yo trato de transmitir confianza en que esta es solo una mala racha y en que no estoy completamente arruinado. Pero la imagen se desvanece y pienso en la maldita Yolanda y en esa extraña relación con Sara. Yolanda se vengó de su padre y se vengó también de Trántor, no solo destruyendo los discos y sacando de quicio a todo el mundo, sino manipulando esos intangibles que precisamente son mi especialidad y que ella utiliza en la dirección contraria a la mía. Sara me provoca mencionando ese nombre porque sabe que esa mujer y yo somos absolutamente opuestos. Pero esta vez hay que reflexionar sobre esa locura. ¿Y si no es paranoia?

—Dile a Yolanda que necesito hablar con ella. Tengo que hacerle una propuesta.

—¿Estás hablando en serio?

—Absolutamente en serio.

Puede que aún me quede una oportunidad de salir adelante.

Sara me indica con el dedo el camino que debemos tomar. Estamos en mi coche, en las afueras de Mataré, pero no conozco nada de esta zona. En realidad, mi conocimiento geográfico de Cataluña se reduce a Barcelona y algo de la Costa Brava, de cuando veraneaba con Eugenia. Nos adentramos en una zona de urbanizaciones, ideal para familias aburridas y clasemedieras. Me imagino que la loca de Yolanda no ha de tener muchas amistades en el vecindario, aunque,

curiosamente, a mí me sucede algo parecido: desde que me trasladaron a Barcelona prácticamente no hablo nunca con mis vecinos. Es un paralelismo inquietante, lo admito.

Sara, sentada a mi lado en este Jaguar que no puedo seguir pagando, está muy tensa. Ha tratado de evitar este encuentro sin que se note *demasiado*. Pero no cabe duda de que para ella es una situación muy incómoda. Las razones de esa incomodidad todavía se me escapan. No sé si es miedo a la posible reacción agresiva de Yolanda o hay alguna razón sexual que implica un sustrato emocional de Sara sobre el cual no tengo apenas información y por tanto ni el más mínimo control.

—Ya estamos llegando —me dice.

Si no recuerdo mal, eso sería un ejemplo de lo que el lingüista Román Jakobson llamaba la función fática del lenguaje. Una frase que no informa de nada pero que sirve para demostrar que el canal de comunicación funciona.

Ni siquiera he tocado a Sara desde que nos hemos visto hoy, salvo un formal beso en la mejilla. No hemos vuelto a acostarnos desde el pasado viernes y sé que la situación entre nosotros dos es anómala, pero creo que yo estoy más tranquilo que ella ante las posibles perspectivas. En realidad, mi relación con Sara es hoy un asunto secundario y se lo he expuesto a ella con una franqueza quizá hiriente. Sara lo ha entendido, pero intuyo que ha habido en ella una batalla interna de la que no me ha hablado.

—Sigo pensando que no es una buena idea —me dice aprovechando que nos hemos parado en el que parece un último semáforo antes de llegar a la calle de la casa de Yolanda—. Aún estamos a tiempo.

Me giro y le sonrío.

—¿Qué puede pasar? ¿Crees que nos recibirá con una escopeta? Si no se puede razonar con ella, nos vamos y asunto terminado. Pero tengo que aprovechar esta oportunidad. Puede que Yolanda tenga documentos valiosísimos que nos pueden ayudar mucho. A los tres.

Le pongo la mano sobre la rodilla, evitando cualquier interpretación grosera. Ella lo agradece y respira hondo. Me indica que debemos girar a la derecha y entramos en otra calle de chalets adosados.

—Es el tercero.

Aparco con una torpeza de la que no sé si Sara se ha percatado. La verdad es que mi pulso también se está acelerando. Son las seis de la tarde y dispongo de poco más de una hora para convencer a Yolanda, porque Sara tiene que recoger a su hijo a las ocho. El tiempo es limitado y no debo cometer errores. Me quito el cinturón de seguridad y me preparo para abrir la puerta, mientras Sara sigue inmóvil. Le pregunto con la mirada qué sucede. Sigue muy nerviosa.

—Esta casa ha sido muy importante para mí. Ahí dentro han pasado muchas cosas; casi todas positivas. Yolanda y yo lo pasábamos bien. Sé que no lo entenderás, pero a veces llegaba a sentir momentáneamente que de verdad el mundo se había acabado, como en una guerra nuclear, y solo quedábamos Yolanda y yo, encerradas y protegidas. Solas y a la vez acompañadas. Por eso necesito que me prometas que tendrás paciencia con Yolanda. Sé que no es fácil tratar con ella, pero solo intenta protegerse. Le han hecho demasiado daño. Prométeme que serás comprensivo.

Le doy un breve beso en la boca para tranquilizarla y ella acepta mi contacto, lo que evoca, al menos en mí, el recuerdo agradable del polvo de la otra noche. Salimos del coche y, por supuesto, compruebo que no haya ningún indicio sospechoso de que me puedan robar el Jaguar (solo me faltaría eso ahora). Luego examino el lugar. El chalet es aceptable; dos plantas, aparentemente soleado y espacioso. Todas las persianas están cerradas. No hay ningún signo de vida cotidiana en la terraza; ni plantas ni flores, ni mesa de jardín. La verja de entrada está abierta y es de suponer que Yolanda nos espera en el búnker. Pasamos por un jardín de unos veinte metros cuadrados, bastante bien cuidado, y llegamos a la puerta del chalet. Pero Sara no se detiene ahí; el búnker es el antiguo garaje, al que se llega por una pequeña rampa descendente. Desde fuera casi no se distingue de un garaje normal, pero ahora percibo el muro de hormigón armado que ha sustituido la típica puerta metálica. Sara toca la puerta, que preveo pesadísima. Escuchamos un primer chasquido y comprendo que Yolanda ya la está abriendo, pero tarda medio minuto, tiempo durante el cual escuchamos más chasquidos, como de múltiples cerrojos y sistemas de seguridad. Por fin la puerta se abre, parcialmente, y Yolanda asoma su rostro. Sonríe al ver a Sara pero no al verme a mí.

—Adelante.

Se besan en la mejilla y comparten algunos comentarios triviales sobre estética más o menos femenina y otros temas que de algún modo han quedado pendientes entre ellas y que no entiendo ni necesito entender de momento. Sara me presenta, pero Yolanda se aleja lo suficiente, lo que me desmotiva para darle un beso o siquiera ofrecerle la mano. Ha cambiado con respecto a la foto del currículum; está más obesa, lo cual no es de extrañar si se pasa todo el día encerrada entre estas cuatro paredes. Se ha teñido el pelo de color cobrizo y viste con ropa ancha y colorida. Confieso que, a pesar de que jamás sería mi tipo, tiene un singular encanto, y si alguien me preguntara diría que está radiante, lo cual no tiene sentido, porque no ha ido a la playa y quizá lleva días sin salir apenas a la calle.

—Así que tú eres el sustituto de Carvajal —me dice mientras echo un discreto vistazo a la estancia. En realidad, aparte de la ausencia de ventanas, es un lugar relativamente acogedor, decorado con criterio pero sin sobrecargar las paredes. Estamos en un comedor-cocina de unos veinte metros cuadrados y hay un par de puertas cerradas, que supongo que conducen a un dormitorio y a un cuarto de baño. Veo incluso flores, pero imagino que son de plástico —. ¿Te gusta mi casa? Es como una ermita posmoderna.

—Nunca había estado en un lugar como este. Muy agradable para pasar un invierno nuclear. Aunque quizá esperaba ver toda una pared llena de latas de conserva. Y trajes de plomo.

—Es que el apocalipsis aún puede tardar todavía un poco. Llegará, pero tampoco hay que impacientarse. Además, no paso aquí todo el tiempo. Cada mañana abro la puerta y veo que el mundo sigue existiendo. Después de la primera decepción, me decido a dar un paseo y comprar algo en la tienda. No necesito tener víveres acumulados, salvo para los días en los que prefiero no salir a la calle.

No tengo muchos conocimientos sobre el tema, pero veo, justo al lado de la puerta, encima de una consola de mandos, un aparato que podría ser un contador Geiger. Hay papeles y carpetas amontonadas en el suelo, y una veintena de libros sostenidos en columna en una esquina, sin que desde mi posición pueda ver los títulos en los lomos. La que podría ser la mesa del comedor tiene

tres ordenadores, dos portátiles y uno de sobremesa. En el suelo hay una impresora y toda una red de cables que no inspiran seguridad eléctrica. Por detrás de la mesa veo también varias columnas de discos acumulados en el suelo. Sara, mientras tanto, ya se está poniendo cómoda. Pronuncia un nombre, *Moriarty*, y empieza a buscar por debajo de la mesa y detrás de las sillas, hasta que se agacha y coge a un gato persa que sin duda ya la conoce de sobras. Susurra algo tierno al felino mientras Yolanda y yo seguimos de pie, y luego se sienta en un sofá sin indicarme que yo puedo hacerlo. Es finalmente Sara la que me invita, después de sentarse junto a Yolanda, tomarle la mano y susurrarle algo al oído. El gato se escapa de sus brazos y vuelve a su escondite.

He negociado mucho en mi vida, con empresarios, trabajadores y políticos de todo tipo y toda ideología, pero nunca he negociado con una psicópata inequívocamente diagnosticada. Me viene a la mente Gonzalo, aunque descarto una comparación que puede disminuir mi autoconfianza. Fracasé con Gonzalo, pero yo entonces no era yo, o no tenía esas habilidades que tengo hoy. He previsto muchas variables de nuestro encuentro y creo que tengo recursos; de todos modos, no sé si serán suficientes. Pienso que tal vez Yolanda no desea hablar conmigo para nada y que solo ha aceptado esta entrevista para hacerle un favor a Sara, o incluso por menos, para tener la oportunidad de verla otra vez.

—Sara me ha dicho que querías hablar conmigo. Que era muy importante. Te escucho.

Empiezo a pensar que esta entrevista es tan horrible como la que tuve con el director del banco. Solo espero que los resultados no sean equiparables.

—Ante todo quiero decir que yo no soy amigo de Carvajal ni tengo ningún tipo de vinculación con él. No sé lo que sucedió en la oficina en la época en la que él era el director. No vengo por ese motivo. En realidad, no me importa el pasado. Me importa el futuro de todos nosotros. Te explico: es posible que en ese ordenador que te devolvió Sara haya información sensible que ahora mismo es indispensable para la empresa. Quería pedirte que me dejaras echarle un vistazo.

—¿Y qué es exactamente lo que buscas?

—Un informe que hizo Trántor hace seis o siete años. Fue antes

de que tú entraras en la empresa, pero, por lo que sé, tu ordenador había sido utilizado antes por uno de los consultores y creo que fue el que hizo el informe. Busco un archivo con el nombre de una empresa que quebró llamada Davymark. —No parece inmutarse, o sea que no me estoy ganando su confianza, y por eso echo mano de un recurso que probablemente me sirva—. Sara me ha dicho que sospechas que te están vigilando. Pues no es ninguna paranoia. Estoy convencido de que incluso han entrado en nuestra oficina buscando ese material. Sé que han revisado mi mesa y mi ordenador. Eso implica que estamos hablando de algo muy importante; no lo sabré con seguridad hasta que lo vea, pero sospecho que podría arruinar la carrera de un político de cierta importancia. Evidentemente, mi intención no es hacer ningún chantaje. En todo caso, se trata de tener una especie de seguro de vida que nos proteja de futuras incertidumbres. A mí, a Sara y quizá a ti también.

Su rostro es, como se suele decir, impenetrable. No sé qué pasa por su cabeza, pero ya que he empezado debo seguir. Antes de continuar, miro a Sara para tratar de captar algún indicio psicológico; sin embargo, creo que ella está igual de desconcertada que yo.

—Estoy seguro de que podemos llegar a algún acuerdo. Sé que guardas un profundo resentimiento hacia Tránter y todo lo que esa empresa significa, pero quizá este sea el momento de cerrar ese asunto para siempre y salir ganando todos. Ayúdame a encontrar lo que busco y yo te compensaré. Puedo convencer a Lezama de que retire las denuncias que hay contra ti y ni siquiera llegaríamos a juicio. Podríamos incluso pactar alguna indemnización para ayudarte a salir adelante si ahora no tienes trabajo. Supongo que no quieres recuperar tu puesto de trabajo; si lo quisieras, sería realmente difícil, no por mí, sino por tus compañeros, pero podríamos buscarte trabajo como *free-lance*, trabajando desde casa, sin necesidad de que acudas a la oficina. Sobre todo, te prometo que puedo retirar la denuncia y conseguir un acuerdo para que no haya juicio y así no corras ningún riesgo de ir a la cárcel. Estamos dispuestos a olvidar lo sucedido. Lo pondré por escrito, ante notario, como quieras. Pero déjame utilizar ese ordenador. Ayúdanos a resolver esto. Dime qué quieres.

Yolanda se levanta y se dirige a la cocina. Aprovechando que nos da la espalda, sondeo otra vez con una mirada a Sara, y ella se encoge de hombros. Yolanda vuelve con una bandeja llena de galletas; ofrece a Sara y después a mí. Acepto una y, curiosamente, está bastante bien.

—Debes de estar muy desesperado para venir a la catacumba de una loca como yo —dice Yolanda—. En Trántor siempre me trataron como a un bicho raro y desde los primeros días supe que se reían de mí a mis espaldas. Y todo porque no me gusta correr. Así de simple: no creo que haya que correr para llegar a ningún sitio. No quise correr, y ahí se acabaron mis amistades en esa empresa. Carvajal, Betriu, Alfredo, todos querían que trabajara deprisa. Ni bien ni mal: deprisa. Hasta que me cansé. Por eso empezaron a decir que yo estaba loca. ¿Tú qué opinas? ¿Crees que soy la típica paranoica? ¿No has pensado que, en mi locura, podría hacer ahora mismo algo absurdo? ¿No has pensado por un instante que a lo mejor esa puerta de hormigón armado seguirá cerrada y nos quedaremos aquí atrapados los tres hasta el fin?

Es un farol infantiloide, pero lo acompaña de una mueca que tiene algo de inquietante. Es obvio que esa mujer ha perdido todas las habilidades sociales y quiere llamar la atención como los niños.

—Sé que no quieres hacer daño a nadie y que no estás loca —le digo—. Simplemente, tu concepto de la vida es muy diferente al mío. Por eso, incluso puedo entender que detestes a alguien como yo, por lo que represento. Lo que te estoy ofreciendo es una oportunidad de arreglar tu situación. De ser práctica. De no ir a la cárcel.

—Viviendo en este sitio creo que estoy preparada para vivir en la cárcel. No me asusta eso. Nunca me ha asustado, en realidad. Pero quisiera saber qué es lo que te asusta a ti. Sara me ha contado algunas cosas. Y debo decir que ha cambiado bastante su opinión en los últimos tiempos. Al principio le pareciste un cabrón supercompetitivo y cruel, y últimamente parece haber descubierto tu lado sensible. Curiosamente, al mismo tiempo que ella le ha encontrado gusto al trabajo. Ese maravilloso trabajo que tanto ayuda a que el mundo sea mejor. Ese trabajo que consiste en estimular a la gente para que sea todavía más codiciosa. Parece que con Sara ha funcionado y debería agradecerlo, porque ella quiere

darme parte de su paga. Pero no me sorprende: Sara no puede evitar que le gusten los hombres duros que parecen tener un gran drama interior.

—Sara lucha por darle lo mejor a su hijo y darse lo mejor a sí misma. No me parece que deba avergonzarse.

—Quizá no. Todos luchamos en esta vida, claro que sí. Yo también, aunque no me creas. Intenté caer bien en Trántor, intenté cumplir con mi deber, pero nunca fui aceptada. Porque no creo en la competición, ni quiero ser una ganadora. Ese es el problema. En Trántor nunca pude explicarme; quizá si me hubieran escuchado y hubiesen entendido la historia todo habría sido distinto, y yo habría aceptado formar parte de ese equipo. Pero no; salvo Sara, nadie quiso saber más. Todos me evadían pensando que mi historia era muy triste, pero no querían saber más por miedo a que se contagiara el pesimismo. El pesimismo es malo para la empresa, ¿verdad? Por eso nunca me dejaron explicar la historia de mi padrastro. Solo escucharon el primer capítulo y en cuanto pudieron me enviaron a un manicomio. Aunque yo dejé algo ahí, y estoy segura de que tú, mejor que nadie, lo has percibido. Sé que dejé una semilla de caos que os ha estado hundiendo todos estos meses. Tú has luchado contra eso, sin entender realmente de qué se trataba, tratando de aplicar recetas ineficaces contra algo que va mucho más allá de la lucha por el dinero. Mira, cada uno tiene sus habilidades; tú seguro que tienes las tuyas. Pues yo tengo la mía. Yo destruyo esperanzas. Puedo coger la esperanza de los demás y desmontarla con facilidad. No sé si es un talento natural, pero sé que lo puedo hacer. No lo hago con todo el mundo, por supuesto; no olvides que estoy aquí y prácticamente solo me visita Sara. Pero si trabajara a gran escala como vosotros en Trántor, quién sabe de lo que sería capaz.

Yolanda mantiene en todo momento el control de su tono de voz y su gestualidad, aunque sé que algo en su comportamiento preocupa ya claramente a Sara, que se mueve demasiado, como si no encontrara una posición cómoda en el sofá o como si estuviera pensando en salir corriendo de ese búnker. Nunca me lo había planteado hasta ahora, pero sí cabe la posibilidad de que haya caído en una encerrona de imprevisibles consecuencias. Lo más gracioso es que nadie sabe que estoy aquí, por lo que, si desaparezco,

difícilmente podrían llegar hasta este lugar para rescatarme. ¿A quién se lo hubiera podido contar? Con Eugenia no me hablo, el Anarquista vuelve a estar desaparecido y no confío en Alfredo para las cuestiones importantes. Y aparte de ellos, ¿a quién tengo? ¿Quién me puede rescatar? Solo Sara, y ella puede ser también una víctima aquí y ahora.

—Puedes interpretar mi presencia aquí como una disculpa de la empresa —le digo.

—No necesito ningún perdón. Además, yo admito que la mía fue una venganza meditada y planeada. Me esforcé durante semanas en boicotear a la empresa y dediqué lo mejor de mi imaginación a destruir todo lo que pude, para hundir esa fábrica inhumana que es Trántor. Lo que quiero que entiendas tú, y les digas a todos de mi parte cuando regreses a esa maravillosa oficina, es que solo fue una pequeña venganza. Una pequeña venganza, nada más. Porque podría haberme vengado haciendo explotar toda la maldita empresa con una bomba. Eso es lo que siempre quise que entendierais todos vosotros: que podría haber sido mucho más destructiva, pero renuncié a ello porque, en el fondo, no creo en la violencia. Porque no soy como mi padrastro. Solo hice una pequeña broma para que la empresa perdiera dinero. Nada más que eso.

—No hables así —la interrumpe Sara, ya con los ojos enrojecidos. Empiezo a captar la magnitud del error—. ¿Por qué dices esas cosas? Estamos intentando ayudarte.

—Tú eres la peor, porque eres la que me ha traicionado. De él me lo podía esperar, porque es un canalla avaricioso, pero de ti no. Tú y yo teníamos un pacto, Sara.

Me pongo en pie y miro cómo es la cerradura de la puerta, por si hay algún tipo de dispositivo que me impida salir sin despedirme.

—No tengo por qué aguantar insultos —digo—. Te he tratado con respeto y he intentado llegar a un acuerdo porque pienso, sinceramente, que es tu mejor oportunidad. Pero ya veo que quieres disfrutar el momento y hacernos perder el tiempo. Sí, nosotros sí creemos en esto tan estúpido del tiempo. A algunos no nos gusta regodearnos en el fracaso y soñar con la destrucción de todo para disimular la incompetencia y la falta de sensibilidad. ¿Quieres que me ponga de rodillas para que tu venganza sea completa? ¿Quieres ver al jefe humillado para que se imponga la justicia que tú crees

correcta, porque, evidentemente, tú estás en posesión de la verdad y los demás solo somos canallas que queremos aprovecharnos de tu bondad? ¿Es eso lo que quieres? Porque si quieres lo hago, no tengo ningún problema. He hecho cosas mucho peores en la vida. Y mucho más humillantes. Pide lo que sea, pero pídelo rápido. Por última vez te lo pregunto: ¿quieres llegar a un acuerdo? Si no es así, nos iremos y te quedarás aquí a esperar toda esa mierda del fin del mundo con la que crees que puedes justificar que nadie te aguante.

He logrado controlar mi furia, pero creo que el mensaje ha sido suficientemente contundente. Detesto a esa mujer y todo lo que significa: la autocompasión reelaborada, el nihilismo sublimado, el culto mecánico a la destrucción. Pude haber sentido alguna vez empatía por ella; ya no.

—No te das cuenta —responde Yolanda—. No hay nada en el mundo que me puedas ofrecer, y eso es lo que quiero que entendáis. Aquí vivo muy tranquila, sin prisas, sin proyectos ni planes estratégicos. No hay ruidos, no hay gritos, no hay insultos; nadie exige nada, no hay ningún papel que firmar. Lo tengo todo, ¿entiendes? Eso es algo que a ti no te sucederá nunca. Mi plan estratégico ya está organizado: me quedaré aquí una larga temporada, lejos de los hombres como tú. Por eso no hay ningún posible acuerdo entre nosotros dos porque no tienes nada que me interese. No hay nada que intercambiar. Ni ahora ni nunca. No va a haber comercio entre nosotros dos. Es duro para tu orgullo de ejecutivo, ¿verdad? Lo único que me interesaba ya me lo has quitado y no me lo puedes devolver.

Por supuesto, se refiere a Sara, y lo confirma con una mirada de desprecio hacia ella. Respiro hondo y aprieto los dientes. Nunca en la vida he tenido ganas de pegar a una mujer, pero le daría dos buenas bofetadas a Yolanda. Quizá así despertaría de ese ensueño místico en el que se cree superior a los demás.

—¿Puedo marcharme o tienes reservada alguna otra sorpresita para hacernos perder aún más tiempo?

Yolanda me señala la puerta con cortesía histriónica. Sara se me acerca y me susurra que va a intentar hablar con ella. Me parece inútil, pero desisto de convencerla de nada. Le digo que la espero en el coche. La puerta de hormigón tiene, efectivamente, múltiples cerrojos, aunque puedo abrirla solo con girar la que parece la

cerradura principal. Pienso que voy a sentir alivio al salir al exterior, y sin embargo es todo lo contrario: aumenta mi rabia precisamente porque esa mujer me ha privado de un rato de sol y de luz natural solo por exhibir su ridículo concepto de venganza. Entro en el Jaguar y pongo un disco de Simple Minds mientras espero que salga Sara. Pero Simple Minds no es lo adecuado para relajarme y busco en la guantera algún otro CD más conveniente. Springsteen, que suele levantarme el ánimo. Oh, Bruce, The Boss, un tipo grande a cuyos conciertos he ido siempre, pagando lo que haga falta. El único músico al que le soy fiel. The Boss.

Sara aparece justo cuando termina *Brilliant Disguise*. Disimula como puede, pero se le ha escapado alguna lágrima. Debería entristecerme por ella, aunque ahora mismo me irrita especialmente el hecho incontestable de que haya sido capaz de compartir cama conmigo y con esa fanática resentida.

—Vámonos. No hay nada que hacer —dice al sentarse a mi lado.

Le quiero preguntar si está bien, pero no lo hago. Pongo en marcha el coche y hacemos todo el viaje en silencio, salvo por que le he preguntado si quería seguir escuchando la música de Springsteen. Ha dicho que no le importaba; yo he dejado que terminara el disco y únicamente he bajado el volumen. Solo volvemos a hablar cuando me indica el camino para llegar a la casa de su madre, donde está su hijo Rubén. Llegamos algo antes de las ocho. Dejo el coche en doble fila mientras nos despedimos.

—Lamento que todo haya salido así —dice ella, probablemente ya reconstituida ante la perspectiva de ver a su hijo.

—No es culpa tuya. Esa mujer está loca. Y volverá al manicomio pronto.

—No está loca, simplemente se siente sola. Siempre ha estado sola. ¿No te das cuenta? Por eso tengo que ayudarla. No puedo abandonarla.

—Yo también estoy solo. Joder, a lo mejor estoy más solo que ella. Ni siquiera tengo un puto gato al que acariciar. Pero la soledad no lleva necesariamente a la locura. Y nada justifica el desprecio al trabajo y el esfuerzo de los demás. Esa mujer no respeta a nada ni a nadie. Es un ser destructivo y solo conseguirás que te hunda. Deberías alejarte de ella. Está en el otro bando, Sara. No en el nuestro.

No dice nada, y al mismo tiempo lo dice todo. Me da un beso en la mejilla y nos despedimos. Ahora estoy convencido de que nunca más seremos amantes.

Tres veces he metido la cámara en la bolsa de la basura, y tres veces la he sacado. No sé por qué lo hago, en realidad. No sé si espero una llamada milagrosa que me salve de la ruina, o sencillamente quiero mortificarme viendo el fetiche sagrado de mi fracaso.

Suena el teléfono, y, por supuesto, no es la llamada milagrosa.

—Estoy en tu oficina. Acabo de llegar a Barcelona. ¿Te encuentras bien? Me han dicho que te has tomado el día.

No esperaba esta llamada de Francisco justamente hoy. Desde que sale con Eugenia, no he hablado personalmente con él ni una vez; toda nuestra comunicación ha sido por correo electrónico, y siempre sobre temas de la empresa. Me he esforzado en no pensar que seguramente él ocupa la cama que yo compartí con Eugenia, o que ha usado mi taza de café preferida, o cualquiera de las docenas de objetos personales que dejé en esa casa. Pensar en esa usurpación es demasiado peligroso en mi situación actual, en la que parece que Francisco y yo llevamos caminos inversos en todos los ámbitos. Espero que no se haya enterado de que he tenido que cancelar dos reuniones de cierta importancia por quedarme en mi casa y evitar así ver ni a Sara ni a nadie. Repito la mentira que le he dado a Carmen hace apenas dos horas. ¿De qué querrá informarme? ¿Habrá pasado algo con Eugenia? ¿Habrá intentado suicidarse otra vez? No sería en absoluto descartable, porque es evidente que la relación con Francisco solo puede llevarle al desastre.

—Sí, estoy bien. Lo que pasa es que llevo toda la noche vomitando. Algo en la cena me sentó mal.

—¿No puedes venir entonces hasta aquí? Tenemos que hablar de un tema importante, y es mejor no hacerlo por teléfono.

—¿No puede esperar a mañana?

—Me temo que no.

Intuyo que se refiere a Trántor, y no a Eugenia; el tono, las pausas, los tópicos me parecen más propios de la gramática empresarial que de una posible y desde luego horrible conversación entre hombres que han compartido a una mujer. Francisco se

esfuerza por actuar como un buen profesional, pero yo sé que en su interior está disfrutando este momento. ¿Se habrá ofrecido como voluntario para darme las malas noticias o habrá sido idea de Lezama? Dejo el periódico en la mesa de centro y me reclino en el sofá.

—¿Ha pasado algo?

—No, en realidad es una noticia positiva, una gran noticia. Se avecina una época de cambios, pero creo que son cambios indiscutiblemente beneficiosos. Mejor te lo digo ya. Trántor y Center se van a fusionar.

Esto sí me pilla de sorpresa. Balbuceo algo pero opto por callarme para no parecer demasiado estúpido o ingenuo; aunque sí lo sé, sé perfectamente que estas prácticas son lógicas y que son una de las claves de este mundo en el que nos movemos.

—Las negociaciones se han llevado en completo secreto. A mí Lezama me informó ayer y he sido uno de los primeros en saberlo. El anuncio se hará público este viernes y vamos a preparar una gran campaña publicitaria para aprovechar el impacto de la noticia, sobre todo aquí en Madrid. Según Lezama, se le ocurrió la idea hace unos seis meses, cuando empezó todo el asunto del Banco Mundial. No hay mercado para las dos empresas; hay que aliarse, está claro. Dice que la negociación ha sido dura pero que el resultado es bueno para las dos. Se va a crear un auténtico gigante español de la consultoría. ¡Coño, el volumen de facturación puede llegar a los sesenta millones! Creo que Lezama piensa retirarse, porque no es normal que renuncie así a su proyecto, que él fundó hace quince años. Parece ser que él no estará en el nuevo consejo de dirección. Supongo que se ha dado cuenta de que si quiere que su proyecto sobreviva tiene que adaptarlo a los nuevos tiempos. Es una decisión valiente por su parte, pero no habrá sido fácil, desde luego. Además, la fusión implica una reestructuración de las dos empresas. Habrá algunos recortes de plantilla para mejorar la eficiencia. Más o menos ya están decididos, por lo que me ha dicho Lezama.

—¿Soy yo uno de esos despedidos?

—¡No, por supuesto que no! Tú eres demasiado bueno para dejarte marchar. Lo que pasa es que hay que reestructurar la oficina de Barcelona. No hace falta que te lo diga; sabes tan bien como yo que Lezama no está contento con los resultados. En ese mercado

Center es mucho mejor, o sea que lo más probable es que la plantilla de Trántor sea absorbida por la de Center y ellos marquen la pauta. En Sevilla y en Bilbao será al revés, probablemente. Ya sabes cómo son estas cosas. Te pasaré la información en cuanto esté definida. Lo que quería decirte es que tenemos dos ofertas para ti. Creemos que son dos buenas oportunidades.

No, no estoy despedido, pero como si lo estuviera. Me van a hacer dos ofertas que no podré aceptar.

—Una posibilidad es que vengas a dirigir el área de desarrollo local en Madrid.

Francisco sabe que es imposible que yo trabaje a sus órdenes en Madrid para pasear mi humillación por los despachos.

—La otra posibilidad es más arriesgada, pero puede que te interese más en términos personales. Necesitamos a alguien en Buenos Aires. Provisionalmente, claro, y con un aumento de sueldo. Supongo que comprendes que esto no es un destierro. Creemos que con tu experiencia y tu perfil eres el hombre indicado para Argentina. De buen rollo te lo digo.

Evito el insulto o cualquier otra forma de zafiedad verbal; no le daré esa satisfacción. Me pregunto, de todas maneras, por qué todavía me odia tanto Francisco. Pienso que yo sí tengo motivos para odiarle ahora, y de forma enérgica. Él me ha derrotado y debería sentirse ya satisfecho. Imagino que cree que yo he ido contando por ahí lo suyo con la cubana y que esa estrategia merece un castigo superior.

—Está bien. Pensaré en ello. Pero dime, ¿cómo va a quedar el organigrama? ¿Quién quedará en el lugar de Lezama? ¿Alguien de Center? No me jodas que va a ser Krakowski.

—Será alguien de Center, pero desde luego no será Krakowski. Pensé que lo sabías.

—¿El qué?

—Krakowski se suicidó hace un par de semanas.

Se tiró por la terraza de su ático. Supongo que se cayó de cabeza, porque las piernas ya no las podía destrozar más… En fin, perdona, un chiste de mal gusto. Pero no nos engañemos, era un cabrón. No me hubiera gustado estar a sus órdenes. Aunque hay que reconocer que era bueno.

Alfredo y Sara entran en mi despacho y empezamos la reunión. Supongo que sospechan algo de mi escultural y multifacético fracaso, porque me han mirado de forma distinta en estos días, con una mezcla de compasión e inquietud. Alfredo posiblemente se extraña porque no le estoy abroncando en estos días como antes; le he sometido a una disciplina tan dura desde que llegué a esta oficina que sin duda está desconcertado porque esta semana no lo haya humillado ni una sola vez. En cuanto a Sara, sé que desea hablar conmigo. Está esperando que le dé alguna pista, sé que quiere algo, pero una oscura fuerza en mi interior me impide aceptar lo que podría ser medianamente bueno para los dos.

—Como sabréis, estamos en una etapa de cambios. La fusión de Center y Trántor lógicamente va a suponer muchas alteraciones y reestructuraciones. Desde Madrid dicen que piensan mantener a toda la plantilla salvo algunos casos excepcionales. Bien, yo os puedo decir que eso es mentira. No tengo ninguna duda de que van a despedir a todos los que puedan. Es la única forma de rentabilizar la fusión. Pura matemática: con la fusión, sobrará gente y habrá puestos duplicados. Es obvio; ellos lo saben y yo lo sé. La diferencia es que yo no estaré para ver esos cambios.

Los dos se sorprenden visiblemente y por eso me enternezco, creo que por primera vez desde que trabajo con ellos. Para ambos esta noticia es tan mala o peor que para mí. Y ahora tengo que explicarles el porqué. Sin embargo, solo explicaré las causas superficiales, sin entrar en los múltiples detalles de mi hundimiento personal y profesional. Utilizaré mi impostura de siempre y mantendré hasta el último instante la ficción de que tengo algún mínimo control sobre la situación.

—El puesto que me ofrecen en la reestructuración no responde a mis expectativas y creo que es momento de buscar nuevas oportunidades. Pero no es ese el motivo de que os reúna aquí hoy. Sé de buena tinta que quieren reestructurar de nuevo esta oficina porque consideran que mi etapa no ha sido positiva. No hemos cumplido con el plan estratégico y soy, sin discusión, responsable de ese fracaso. Si estoy en lo cierto, y creo que lo estoy, eso significa que también harán lo posible por prescindir de mi equipo de confianza. No sé si esto que digo tiene mucho sentido o no, pero vosotros habéis sido mi equipo de confianza. Con el resto de la

plantilla la relación ha sido, por decirlo con suavidad, fría. Ya no vale la pena pensar en ello ni intentar arreglarlo; el cambio es inminente y, como sabemos, en el mundo de la empresa todo pasa y nada queda. Mi obligación moral en estos momentos es advertiros de que intentarán despediros con la primera excusa; y, si no tienen excusa, no os renovarán el contrato. Se aprovecharán de que vuestra posición es vulnerable y de que el nuevo jefe no os conoce. Sería conveniente que tuvierais en cuenta esta posibilidad en los próximos meses, para que no os pille por sorpresa y tengáis un plan B.

Me siento singularmente reconfortado por mi discurso, que tiene algo de honor militar, lo cual no está mal para un objetor de conciencia. Sara suspira; la noticia es peor para ella. Madre divorciada y en paro no parece un buen destino; lo siento mucho más de lo que ella se pueda imaginar, pero tampoco se me ocurre ninguna alternativa. Nos quedamos en silencio durante unos instantes hasta que Carmen me pasa una llamada. Es de la Generalitat; que me llamen después. Ya qué más da. Me doy cuenta de que mi irritación alcanza un grado fetichista: ahora mismo detesto ese teléfono tan operativo durante los últimos meses, y espero no levantar nunca más el auricular.

—Si tienes algún proyecto nuevo —dice Alfredo, siempre tan perruno—, estoy dispuesto a acompañarte. Yo también quiero dejar Trántor.

—¿Para ir adónde? No tengo ningún proyecto; venderé mi barco y volveré a Madrid. Lamento no tener nada que ofreceros. Hemos perdido y hay que asumirlo. Así es la vida de hoy; de nada sirve quejarse. Es así y ya no cambiará nunca, porque, en el fondo, nadie quiere que cambie. Todos soñamos con ganar; todos queremos más dinero. Y no puede haber dinero para todos. Ahora sigamos trabajando; es lo único que podemos hacer.

—Yo he cumplido con mi trabajo correctamente. No pueden despedirme así como así.

Le miro con una compasión inicial que enseguida es sustituida por un menosprecio profundo, e incluso una cierta satisfacción por perderle de vista pronto.

—La nueva empresa facturará más de sesenta millones de euros —le explico—. Fácilmente pueden permitirse unos cuantos miles de

euros para despedir a los ineficaces. Lo van a hacer; yo, desde luego, lo haría. Además, no basta con decir que sí a todo para ser un buen trabajador. Con toda franqueza, te diré que eres previsible, careces de iniciativa, de ambición, y que tu rendimiento es absolutamente mejorable.

Alfredo se ruboriza y esa debilidad todavía me irrita más. Creo que Sara sí ha entendido el verdadero sentido de mi mensaje punitivo, pero posiblemente ya no hablemos de ello nunca; todo ha terminado entre ella y yo, de la misma esotérica forma en que todo ha terminado entre Barcelona y yo. Bajo la mirada a los papeles de mi escritorio para que los dos entiendan que la reunión ha terminado. Pero Sara no abandona el despacho detrás de Alfredo. Se queda en el umbral unos segundos, dubitativa, y vuelve a cerrar la puerta.

—¿Qué voy a hacer ahora? —me pregunta—. No puedo quedarme sin trabajo. Ahora, precisamente ahora. Tengo muchos problemas. Mi marido sigue sin encontrar trabajo.

—Lo siento. No puedo hacer nada.

—¿Y todo lo que me he esforzado en estos últimos tiempos? ¿De qué me va a servir ahora? ¿Volveré a ser la administrativa de siempre?

Es tan tierna su embrionaria codicia; no sabe nada, no ha entendido nada todavía. Creyó mis palabras, trató de jugar, como yo, a un juego que está muy por encima de sus posibilidades. No sé si desengañarla parcial o completamente.

—Se acabó, Sara. Todo se acabó.

Suena otra vez el teléfono y le repito a Carmen que no quiero recibir llamadas. Sara sigue de pie, mirándome con sus ojos todavía no vidriosos. Yo me acosté con esa mujer y fue maravilloso. Pude haberme enamorado de ella. Qué lejos queda eso.

—Hay algo más que quiero decirte —dice, con la mano en el pomo de la puerta—. Desde hace unos días circulan por aquí algunas informaciones sobre ti y sobre tu vida familiar. No sé de dónde salió, pero todos lo saben. Lo de tu hijo.

La venganza de Francisco es mucho más completa de lo que esperaba. Todo un ejercicio sistemático de aniquilación personal. Debería reservar para él un gramo de admiración, a pesar de todo. Francisco será una gran figura de los negocios, sin duda.

—¿Quieres saber si es verdad?

—Quiero saber si nos vamos a volver a ver y me vas a contar la verdad de todo. Si esto ha tenido algún sentido desde el principio. Si confiabas en mí o no. Porque a veces no lo tengo claro.

—Deberías preocuparte por tu trabajo. Eso es lo más importante ahora. Hazme caso.

—Te lo preguntaré por última vez. ¿Quieres que nos veamos? Desde nuestra reunión con Yolanda todo ha cambiado entre nosotros. Quiero saber por qué. Por qué Yolanda siempre ha de tener la culpa de todo.

La observo mientras pienso una respuesta más o menos sincera, pero también recuerdo mientras pienso, la recuerdo desnuda, y pienso que sí disfruté con ella, y que aunque le mentí sobre su talento en cierto modo sí creo que tiene algo especial. Pero nunca podríamos tener nada, y menos ahora que sabe lo de Jan, porque necesito ir a otro lugar donde nadie pueda mirarme y sugerir con la mirada que sabe o sospecha que soy un padre incapaz de cuidar de un hijo que ahora quizá está muerto o quizá no.

—No lo sé… quizá porque no soporto que alguien como Yolanda pueda tener razón.

O porque no soporto que esa mujer pueda conocer tu cuerpo mejor que yo, podría haberle dicho. O porque Yolanda apostó y ganó contra su padre, mientras que yo, que presumía de saber jugar, aposté y perdí. Pero es que tampoco sé muy bien qué explicarle ya a Sara; lo que debería contarle me parece inexplicable a mí mismo. Tan inexplicable como vergonzoso. Todo se desmorona en mi vida y no quiero la ayuda de nadie antes de ver exactamente en qué consiste todo ese proceso.

Sara sale del despacho y yo me reconforto con una inesperada fantasía que ha llegado a mi mente: Jan es adulto y llega a mi casa para matarme. No solo es justo para mí; el hecho demostraría que él ya es, por fin, normal, porque podría hacer algo normal y tan plenamente adulto como matar.

Los periódicos de esta semana me han ofrecido mucha información para discriminar, clasificar y valorar, y la he tratado de completar con averiguaciones por internet y algunas llamadas telefónicas. Con

todo ello creo que puedo afrontar el mosaico de la Gran Estrategia que, en realidad, no es más que una pirámide: veo a los que han ascendido y a los que se han quedado en la base. Y luego está el interior, porque toda pirámide es, en principio, una tumba. En esa tumba supongo que estoy yo. Pero enterrado en la absoluta soledad, sin riquezas ni séquito faraónico.

Examino con atención todos los indicios y aun así no puedo captar la estrategia en su conjunto; ha sido, probablemente, demasiado sofisticada para mí. Algo en España se ha movido de manera subterránea, como si se tratara de una placa tectónica, y ahora vemos los efectos en la superficie. Las grandes consecuencias históricas se verán dentro de unos años, supongo; pero España ya no es la misma, en muchos sentidos. Ahora sé cuál era el gran proyecto de Lezama: acaba de ser nombrado vicepresidente del Real Madrid y ya ha dado su primera rueda de prensa, en este caso sobre los posibles nuevos fichajes para la próxima temporada. Debería envidiarle porque parece haber conseguido su sueño; pero no puedo dejar de detestar su profunda incoherencia. Presumía de insaciable, nunca quiso aceptar órdenes de nadie, y, sin embargo, se rinde ante la secta del fútbol.

Summa, la nueva consultoría surgida de la fusión, será uno de los patrocinadores, y es de suponer que ese es el precio pagado por Lezama. Pero hay más: el corto de su hijo, titulado *El unicornio*, ha recibido un par de buenas críticas en el festival de cine al que se ha presentado. Estupendo. Todo sobre ruedas en la familia. Parece que Ariadna no ha triunfado en el campeonato nacional de doma, por lo que he podido averiguar, pero al menos ha llegado hasta la fase final que se ha celebrado en Córdoba, y seguro que habrá disfrutado de la estancia en la ciudad.

La fusión de Center y Trántor se ha realizado de modo ejemplar y hay quien dice que los americanos están especialmente preocupados por lo que significa para sus intereses en España. Francisco quedará como número dos, aunque sospecho que pronto será el número uno. Por su parte, Quintana ha logrado un pacto con Hacienda para devolver lo que debe sin ingresar en la cárcel. Eso sí, ha perdido su columna habitual en el periódico y su participación en la tertulia radiofónica. Supongo que le podría haber ido mucho peor; pero por lo menos no ha sido totalmente aplastado, como

otros.

Las acciones de la inmobiliaria de Cardús han subido espectacularmente, y sé que ha comprado un 25 por ciento del periódico de Barrios. Peñalver ha obtenido otro 25 por ciento; Barrios habrá vendido esos porcentajes a precio preferencial. El amago de infarto que sufrió el mes pasado le deja fuera de la pelea empresarial. Sin embargo, se anuncia la inminente publicación de un nuevo libro sobre su vida, que promete ser más hagiográfico aún que el que redactó el Anarquista.

Pero hay más, más noticias. El parte de guerra es mucho más completo (y decía Lezama que la democracia es aburrida). Solo hay que saber mirar: un proyecto de trescientos millones de dólares del Banco Mundial, que será gestionado por Summa, puede ahora mismo provocar la caída del presidente de Argentina. En el periódico del jueves veo a Rosell en otra cena de la Fundación Barrios; el político también parece haber sobrevivido a la invisible tempestad que todo lo ha agitado. Pero leo su discurso: ha cambiado algunos de sus mensajes. El partido le ha recomendado que cambie de actitud en algunos temas y parece que él les está haciendo caso: inmigración, delincuencia, impuestos. Se ha moderado notablemente en estos ámbitos. Cabe pensar que Rosell y Barrios se han ayudado a tapar sus respectivas vergüenzas. Aunque, sin duda, habrá ayudado la oportuna muerte del cuñado de Rosell. No se han hecho públicos los datos de la autopsia, pero cabe suponer que ha sido una sobredosis. La mano negra puede haber intervenido, o no: el cuñado era un corrupto y un defraudador, y esas malas vidas comportan malos finales, por lo que una muerte trágica puede ser perfectamente consecuente y casi natural.

Rosell será presidente dentro de tres años, casi con toda seguridad.

En el periódico de ayer también encontré una larga entrevista con Johan Cruyff. El entrevistador le pregunta tímidamente por sus peores momentos como entrenador. Cruyff elude mencionar ni un solo nombre. Quizá yo debería hacer lo mismo. Negar la realidad.

Tengo que aguantar una semana más en la oficina; no resultará fácil. Me paso el día haciendo llamadas telefónicas para conseguir

un nuevo trabajo, pero no consigo nada que llegue a los dos mil euros, que es la cantidad mínima para sobrevivir al menos unos meses, aunque sea vergonzosa para alguien con mi currículum. Podría intentar forzar un despido para cobrar un finiquito sustancioso, pero terminar mal en Trántor puede cerrarme muchas puertas en el futuro, y más teniendo en cuenta el poder que Summa tendrá a partir de ahora en los círculos empresariales españoles.

Alfredo entra en la oficina sin llamar antes, y estoy a punto de gritarle, hasta que me doy cuenta de que está nerviosísimo. Por fin sabemos lo que le ha pasado a Sara, el motivo por el que lleva tres días seguidos faltando sin avisar. Con una vanidad idiota llegué a pensar que estaba deprimida porque yo había renunciado a hacerle caso, sentimental o profesionalmente. Pero no ha sido nada de eso. Alfredo me lo cuenta todo con celeridad, y tengo que pedirle que repita casi todas las frases, porque cuesta creerlo.

—Estaba en el hospital. ¡La han apuñalado!

Lo primero que se me ocurre es que la ha atacado Yolanda. Pero no; fue agredida en la calle por un psicópata que llevaba un cuchillo de cocina en la mano y que la esperaba a la salida de su casa. Por suerte, la intervención de un repartidor que pasaba por allí le salvó la vida. Tiene varias heridas, pero ningún órgano vital fue afectado de gravedad, como tampoco el rostro. El psicópata fue detenido poco después: era el acosador telefónico que amenazó a Sara durante meses.

Le propongo a Alfredo que vayamos de inmediato a verla. Pero Alfredo dice que ella sigue en estado de *shock*, bajo tratamiento psicológico, y que la está cuidando su marido, que ha sido muy claro con el tema de las visitas.

—No creo que podamos verla en bastante tiempo —me dice—. Y eso me jode. Hace mucho que la quiero. Pero me da la impresión de que ya nunca volverá a ser la misma.

Alfredo se derrumba ante mí, huelo su aliento, que hoy es sin duda alcohólico, y doy mi primer abrazo real en Trántor. Pienso durante unos segundos que la Gran Estrategia todavía no estaba completa; faltaba poner en el mapa a los otros grandes perdedores, como Alfredo y Sara, o como Mónica, o Betriu, e incluso Carvajal. Y aún me permito un pensamiento cínico: después de esto, no creo que Francisco o su hombre de confianza despidan a Sara. Sería

excesivamente despiadado y daría un pésimo ejemplo. Es curioso cómo funciona todo. Curioso e infinitamente cruel.

Foix me increpa, y con razón. Los fallos son míos y por tanto merezco los gritos. Pero cómo puedo explicárselo para que lo entienda. ¿Debo decirle que Yolanda ha triunfado y que Trántor es un cementerio? ¿Debo decirle que también ha triunfado Francisco, de una forma completamente antagónica a la de Yolanda? ¿O le digo que estoy tomando pastillas, como Betriu en su momento, y que por eso estoy lento y torpe? Quisiera replicarle a Foix hablándole de algo completamente distinto. Quisiera hablarle de poesía, o hablarle de Wittgenstein, pero no puedo.

¿Cuándo sucedió que dejé de pensar? ¿Cuándo dejé de sentir? ¿Cuándo me entregué a este furor que ahora inequívocamente me está destruyendo? Mi error no es solo un error; es una traición. Yo antes miraba hacia las alturas, miraba al sol, miraba hacia el absoluto. Pero pensé que el mundo subsolar era mucho más interesante, con sus codicias, sus utopías y sus proezas. Me engañé, o me engañó Klaus Kinski. Me equivoqué a la hora de entender mi noche en Heathrow, esa noche que forma parte destacada de mi épica particular. ¿Cómo pude estar tan ciego como para no entender el evidente significado? Aquella noche en Heathrow solo me llené de soledad, no de mística.

—No tienes buena cara, Marcos.

Además, está bastante más delgado. Pero eso no le impide tomarse el *gin-tonic* en dos tragos. Se pide otro mientras yo apenas estoy esperando que se enfríe un poquito mi café.

—Y espérate a verme mañana, cuando me den el resultado de la biopsia. No estoy fino, César. Mucha ginebra y malos genes. Aunque tú tampoco tienes muy buen aspecto. Lo estás pasando mal, ¿verdad?

—Sí. Estoy buscando trabajo y enviando currículums, algo que no hacía desde hace cuatro o cinco años. Estoy jodido. Nadie quiere contratarme, o al menos no quieren pagarme lo que me merezco. No es solo el sueldo. Siento que estoy maldito. Es como si entrara

en las entrevistas con la cara de perdedor. No tengo nada en la vida. Lo he perdido todo.

—Vuelve a la filosofía. Termina el doctorado que nunca deberías haber abandonado. Vuelve a preocuparte por el misterio del ser y deja toda esta mierda. Tío, tiene que haber algo por lo que esforzarse. En alguna parte. La vida no puede ser tan absolutamente asquerosa. Digo absolutamente; sabemos que sí es bastante asquerosa. Pero no puede ser que todo se reduzca a televisión y declaraciones de impuestos.

Como tantas otras veces, no sé si habla realmente en serio.

—No. No hay ningún misterio del ser. Parece mentira que no te hayas dado cuenta. Acuérdate de lo que hablamos: el dinero compró todos los misterios. Lo demás es una lucha salvaje en la que lo más estúpido de todo es que nos creemos eternos. Lo único que veo es una enorme red en la que estamos atrapados todos y que nos va asfixiando poco a poco. Como en esas trampas en la selva en las que pisas en el sitio equivocado y te meten en una red que cuelga de un árbol. Solo que estamos millones en esa misma trampa.

—Pues dedícate al noble empeño de la venganza. Destroza a todos los que te han hundido. Busca un plan estratégico para sabotear esta pantomima de bienestar y progreso en la que dicen que vivimos.

—Demasiado tarde. Yo no soy un anarquista como tú. Soy cómplice de todo esto. Además, ni siquiera sé quién es el enemigo. Todos somos inocentes y culpables a la vez.

—Entonces, ¿qué esperanza nos queda?

—Ni puta idea.

Nos quedamos unos instantes en silencio. Estamos en un bar de la calle Tallers, en el barrio del Raval, un bar que ha propuesto él y que, desde luego, encaja bien con la nueva situación económica que ambos tenemos. Los dos estamos desempleados. Los dos hemos perdido nuestros respectivos paraísos terrenales. Los dos hemos sido jodidos. Pero él, a pesar de todo, conserva esa ingenuidad vagamente optimista, como si estuviera inmunizado contra todos los reveses. Como si su vocación sacerdotal fuera mucho más profunda de lo que quiere admitir y le acercara a un martirologio gozosamente aceptado.

—Resolvamos rápido los negocios, antes de que el alcohol me

vuelva torpe. —Se mete la mano en el bolsillo de la camisa y saca, entre varios papeles unidos por un clip, uno doblado. Yo me aseguro de que el maletín con la cámara sigue donde lo he dejado, en la otra silla de la mesa. Apenas la he perdido de vista desde que nos sentamos. Solo faltaría que uno de los típicos chorizos que se aprovechan de los turistas extranjeros en esta zona tenga la ocurrencia de llevarse el maletín durante alguna distracción.

—Aquí está. Lamento no poder darte más, pero lo cierto es que es casi todo lo que tengo.

Desdoblo el papel y compruebo que es el cheque: sesenta mil euros. No puedo evitar sonreír; es una sonrisa estúpida, descontrolada, nerviosa. Me siento humillado pero no tengo alternativa: necesito el dinero. Cortésmente, le indico a Marcos que ya puede considerar suyo el maletín. Marcos lo abre, examina la cámara durante apenas unos segundos y deja el maletín otra vez en su sitio.

—Con esto me has salvado la vida. De verdad.

—¿Qué piensas hacer con ese dinero?

—Empezar de nuevo, supongo. Pagar el primer plazo de las deudas que tengo, que son muchas y no pueden esperar. Y tener liquidez hasta que encuentre otro trabajo o mi ex mujer se decida a pagarme la mitad de mi piso.

—Te deseo suerte.

Estoy emocionado y las palabras me cuestan. No entiendo el comportamiento de Marcos Muñoz; nunca lo he entendido, en realidad. No debería aceptar ese dinero, pero tengo que hacerlo. Hay algo de adictivo en mi actitud.

—¿Por qué haces esto, Marcos? ¿Por qué pierdes todo ese dinero en un objeto estúpido que ya no sirve para nada? ¿Por qué te suicidas así, ayudando a un tipo como yo y quitándome el honor de ser el mayor imbécil de España? Soy un capullo repugnante que ha perdido toda dignidad. Soy el peor ejemplo posible en la familia, en el trabajo, en todo. Yo era inteligente, podría haber llegado a algo grande, y ya ves dónde he terminado. ¿Crees que estás salvando mi alma, o algo parecido?

Marcos repasa el culo de una jovencita que ha pasado a su lado; tras unos segundos de encantamiento en los que parece fantasear con esa chica o con otra que ha recordado, se decide a responder:

—¿Por qué lo hago?… ¿Realmente crees que lo sé? Tal vez es que ya no estoy en mi sano juicio. Tal vez es que he decidido convertirme en misionero y quiero renunciar a todas mis posesiones terrenales. O tal vez es que yo inventé este juego y de algún modo es un círculo que solo yo puedo cerrar.

—No me jodas. Dime la verdad. Nadie hace algo como lo que tú has hecho. Dime por qué. ¡Esa cámara ni siquiera funciona! Nunca podrás volver a ver las imágenes.

—No lo necesito… Todo está en mi cabeza, lo recuerdo perfectamente y puedo reconstruirlo sin dificultad en mi mente. ¿Quieres una respuesta más sencilla? Es un recuerdo de mi padre. Mi padre me lo dio con todo su cariño. Un padre y un hijo, César. Gente que vive y gente que muere. Cosas simples. Para qué nada más.

Se encoge de hombros y bebe de nuevo, dando por terminado el interrogatorio. Yo también bebo, mientras observo a la gente que pasa por delante del bar; hay de todo, desde jóvenes turistas o simplemente fiesteros a ancianos que caminan sin ninguna prisa, e incluso algún ejecutivo que parece perdido en este barrio. Pienso en este instante que en realidad no he conocido nada de Barcelona, que esta ciudad que voy a abandonar ha sido para mí un decorado y poco más. Barcelona, sin duda, ha sido un fracaso. Pero no es lo único que pienso: me despido con un fuerte abrazo de ese hombre que al mismo tiempo me ha humillado y me ha salvado, y me doy cuenta de que la destrucción de todo es mucho mayor de lo que creí. La guerra no ha terminado; no termina nunca. Ahora comprendo por qué quiere su cámara y también comprendo que esta es la última vez en mi vida que veo a Marcos Muñoz.

Epílogo

Es mi madre la que graba. No lo hace muy bien, y se le mueve mucho la cámara, pero esa torpeza se le puede perdonar: está nerviosa porque quiere hacerlo bien. Aunque quizá sea porque se ha tomado dos copas de vino y eso no es habitual en ella, siempre tan abstemia. No importa; lo que cuenta es que se nos ve a mi padre y a mí sin problemas, nítidamente, con la luz necesaria y el encuadre correcto. Yo llevo mi camiseta de Mazinger Z y un pantalón corto de deporte, y él lleva un polo Lacoste verde. Estamos ahí, en el bar de la playa, y ya hace rato que acabamos la paella. Son las cuatro o las cuatro y media de la tarde. Ellos dos han empezado a discutir de política pero han detectado mi aburrimiento y me han devuelto el protagonismo. Por eso ahora lo importante es el futbolín, y no los socialistas o los fachas.

Mi padre me da algunas lecciones necesarias. Me dice cómo debo coger los mandos, me dice cómo debo cubrir la portería dependiendo de dónde está la pelota. A veces es mejor poner el defensa central y a veces es mejor poner el defensa lateral. Trato de recordar la posición, pero aun así siempre consigue meter el gol de la manera más inesperada, y la pelota entra por el hueco que no he cubierto. No entiendo cómo lo hace; pasa el balón demasiado rápido de un delantero a otro, y en ocasiones mete el gol sin necesidad de pasar la pelota entre los jugadores. Él se ríe y yo me enfado, pero enseguida se deja marcar un gol para compensar y demostrarme que no es imbatible aunque sí lo es. Después intenta hacer paso a paso la jugada: pasa el balón del primer delantero al cuarto, es decir, el último, pero yo sé que hay futbolines con cinco delanteros (y en ese caso son dos defensas y tres centrocampistas). Ahora sí lo veo, sí sé lo que hace mi padre con la pelota en la delantera. Pero cuando lo hace rápidamente, no puedo pararlo. Primero-cuarto, imparable, aunque también hay primero-tercero, y

primero-segundo, e incluso cuarto-primero, al revés, de abajo arriba, eso no me lo esperaba. Siempre pasa la pelota. Qué bueno es el tío.

Se va un momento al lavabo y mi madre me graba a mí solo durante unos segundos. No me gusta que me grabe así, me pongo nervioso y le doy la espalda a la cámara. Además, quiero seguir practicando para sorprender a mi padre cuando regrese de hacer sus necesidades. Practicaré hasta que me salga el primero-cuarto. Mi madre se da cuenta de que me estoy ruborizando y se gira para dar la espalda al futbolín y grabar unos segundos de playa. Es un buen día, sí. No ha sido el mejor de las vacaciones, pero poco ha faltado.

Mi padre regresa y se burla de que el Barça esté perdiendo con el Madrid. Yo llevo a los jugadores del Barça, claro. Pregunta cómo vamos y yo le miento: digo que gana seis a dos. Es siete a uno, en realidad. Mira el ábaco que sirve de marcador y me recuerda que ha marcado siete goles. Le doy la razón y mi madre me reprocha tiernamente que intente hacer trampas. «Hay que saber perder», me dice. Mi padre dice que ahora vamos a entrenar y no a competir. Me enseña a pasar la pelota desde la media a la delantera. «Ahí está la clave, en la media. Ahí es donde puedes cortar los balones y pasar a la delantera. En la delantera puedes fallar, pero si tienes más oportunidades al final algún gol acabará entrando. Da igual que seas más o menos rápido; la verdadera técnica está en el control de la zona media del campo».

Yo le miro y veo cómo pasa la pelota entre sus jugadores sin que yo pueda interceptar los balones. Es demasiado rápido para mí. Pero creo que entiendo cuál es la estrategia. Y le empiezo a quitar balones. Incluso consigo marcar un buen gol. «¿Quién ha marcado el gol?», me pregunta. «Pues yo», le respondo. «No, hombre, qué jugador ha sido. ¿Quiénes son tus delanteros? ¿Maradona, Archibald, Lineker?». «No sé». «Tienes que ponerles nombres, César, y animarles. Así trabaja un buen entrenador. La psicología es fundamental».

«Papá, son solo muñecos. No son personas».

«Si no son personas y son solo muñecos, entonces ¿por qué nos gusta tanto este juego?».



AGRADECIMIENTOS

Como casi todo lo que he escrito, este libro está dedicado a mi familia: a mi padre (*in memoriam*), a mi madre, a Jorge, Esther, Claudia y Marc. Pero durante años muchos amigos han leído mis textos y han aportado críticas siempre útiles y, sobre todo, ánimo en las situaciones difíciles. Por eso, porque este libro y mi propia vida les deben mucho, quiero también dar las gracias a Blanca Bravo, Esteban Campbell, Vicente Campos, Alberto Clavero, Oriol Estela, Javier Fernández, Ricardo Fernández, Jordi Gracia, Toni López, Mauro Manjón, Alfonso Montelongo, Rudolf Ortega, Nayeli Prieto, Laura Ramos, Dolors Rasós, Luis Rodríguez, Virginia Trueba y Gabriel Wolfson.



Pablo Sánchez nació en Barcelona en 1970. Es doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona y durante varios años fue profesor de literatura en México.

Actualmente trabaja como investigador Ramón y Cajal en la Universidad de Sevilla y estudia las relaciones entre literatura e ideología en los años sesenta del siglo XX. Su primera novela, *Caja negra*, obtuvo en 2005 Premio Lengua de Trapo.

Con se novela *El alquiler del mundo* ha obtenido el Premio de Novela Francisco Casavella 2010.